54.º PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

FÉLIX MACHUCA

CUARESMA *de* SANGRE

algaida

54.º PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

FÉLIX MACHUCA

CUARESMA *de* SANGRE

algaida

Índice

Capítulo I. La conjura

Cuaresma. Sevilla, 1641
San Lázaro
Una casa de Tavira
Llevárselo muerto
Lorenzo di Bonaventura
La señora
El enviado

Capítulo II. Dos al día

Pringados
Ibulorena
Desesperado
Humillados
Cuestión de lealtad
Cruces
Oshun

Capítulo III. Poderoso caballero

Ojos invisibles
Socio y cómplice
Poderes
Limpieza
Lágrimas negras
La carta
Viernes de Dolores
Paradojas

Capítulo IV. Las cosas que pasaron

Han caído los dos…
La nueva medicina
Dudas, demasiadas dudas

La Palma verde
Ruidos
A cambio de qué
Dos regalos

Capítulo V. La orza del catalán

Regalos cumplimentados
Adeu
Hongos
Alquimistas
Mi hija
República libre
Apariencia y realidad

Capítulo VI. Un muerto en la pared

Mejoría
Sorpresas
Subida
La señora no está
Un muerto en la gañanía
Las fuentes
Piedras

Capítulo VII. Te perdí por culpa de un error

Labios venenosos
Ibukun
Un latigazo al aire
Una paz imposible
Un regalo para el rey
Regalos inesperados (I)
Regalos inesperados (II)

Capítulo VIII. Campanas y tambores por Negra Flor

Nada que hacer
Tomé el sabio
Todo pasa
Gritos
Son los celos

Adoradores de humo
El regreso de Tomé

Capítulo IX. Rezar las laudes

Lázaro en su finibusterre
De lobos y mastines
Soldados de Nápoles (I)
Soldados de Nápoles (II)
Veinte varas de anascote
Oyá, la dueña del cementerio
Las apariencias engañan
Disfraces
Ilegales

Capítulo X. Una mala racha

La duda
La confesión
El duelo
Noticias de Illescas
Saber retirarse
Por el río
Diáspora

Capítulo XI. Una verdad distinta

Encubado
La diablesa
La revelación
Perdido
Un judío apurado (I)
Un judío apurado (II)
Más respuestas
Oyá te llama
Postreros
Toda una vida
Abriendo puertas, cerrando heridas

Nota histórica

Bibliografía

Créditos

A mi hija, Patricia, por como es.

«Cuando uno quiere ocultar la verdad, lo primero que ha de hacer es darle a la gente una verdad distinta para tenerla callada».

JOHN LE CARRÉ, *El jardinero fiel*

CAPÍTULO I
La conjura

Cuaresma. Sevilla, 1641

Contra todo pronóstico, con no más de trece años, yo conocía con ventaja el calor perfumado de una hembra blanca en mis sábanas, las revelaciones caprichosas y multicolores de ver el mundo bajo influjo de unos hongos novohispanos y el incalculable poder de leer las letras y enterarme de lo que decían los libros. Repito: contra todo pronóstico. Porque yo era un paje negro del IX duque de Medina Sidonia, don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, parido por una aristócrata africana yoruba capturada en su aldea y vendida por moros negreros en el puerto de Assilah a un buque esclavista portugués. Mi madre fue hermosa y serena, orgullosa de su estirpe y empeñada en volver al corazón de África antes de morir. Para que fuera la tierra roja de sus antepasados la que envolviera con su manto el sueño eterno de su despedida e irse de este mundo con los oídos rebosantes de la música fresca y arrebatadora de los rápidos del gran río que bordeaba su aldea. Desde que desembarcó en Sevilla con no más de quince años y fue vendida en las Gradas, guardó para horas muy escondidas el dolor y la pena de su secuestro sirviendo en la casa de don Gaspar. Nadie le vio ningún asomo de turbación, miedo o tristeza que resbalara por sus mejillas o que alguna situación adversa le hiciera mostrar una mueca de debilidad ante personas de tanta alcurnia como las que entraban, salían y se quedaban en aquella casa. Era fuerte como el ébano. Y alegre como las palmeras. Aún hoy, con la bruma del tiempo en la memoria y tan después de su desembarco, continúa acercándose a las gradas de la Catedral cuando llega una nueva carga de esclavos, obsesionada por saber por boca de algunos de aquellos desgraciados si su aldea aún existe y si el río continúa cantando cada mañana su alegre y refrescante canción, al son de la flauta de los dioses del agua.

Yo vine acompañándola en aquel barco de negros que lloraban su suerte y de negras que estrellaban a sus bebés contra las cuadernas del mercante, para así liberarlos del destino insoportable de la esclavitud. No puedo acordarme de muchas más cosas. Porque, realmente, yo vine acompañándola, pero aún no estaba en el mundo. Madre, por Negra Flor la conocieron en la collación de San Miguel, donde los amos levantaron muchos años atrás su palacio, vino embarazada de unas lunas y yo nací, como los grandes señores, en la casa sevillana del duque de Medina Sidonia, donde mi estrella quiso darme una vida sin cargas, agradable y respetada. De mi infancia guardo la suave memoria de los tafetanes y golillas con los que me vestían como paje del duque, al que acompañaba como si fuera un lebrel, leal y dispuesto siempre para la zalamería, que don Gaspar celebraba diciendo que yo era el mejor ejemplo de que un negro, por el hecho de serlo, no era bruto ni esquinado *per se*, y que el color no condicionaba la naturaleza de los hombres. Algunos dominicos, sostenía el duque, se habían vuelto locos de amor por los indios en los albores de la colonización, defendiéndolos de las durísimas exigencias de determinados encomenderos españoles, promoviendo el poblamiento de las islas del Caribe con negros esclavos, que aliviaran del trabajo a los nativos. Al parecer, los negros teníamos menos alma o más pequeñita que la de los indios y, consecuentemente, podíamos ser explotados por ser menos personas que el resto de la humanidad con total alivio de conciencia. En realidad, legalmente, no se nos consideraba personas y, por tal razón, podríamos ser vendidos, comprados y explotados, como si fuéramos roznos.

En aquel palacio de la collación de San Miguel que recordaba, como otros palacios sevillanos que habían sido casas principales, tiempos en los que la ciudad no fue cristiana y en sus mezquitas se leía el Corán y un muecín llamaba a la oración a distintas horas del día; en aquel palacio, digo, me bautizaron y me pusieron por nombre cristiano el de Domingo, por ser el día de Santo Domingo de Silos en el que me cristianaron. Luego, con el tiempo, se hizo común que me llamaran Domingo Congo, porque en este reino se piensa que

todos los negros venimos del Congo o de Cabo Verde y Etiopia, una idea tan peregrina como la que tenemos nosotros de los blancos, a los que creemos todos de nación castellana, hasta que aprendemos que hay tantas estirpes entre ellos como tierras y naciones por todo el continente. Negra Flor, mi madre, siempre me contó que don Gaspar tuvo que ver en mí ese brillo imperceptible que el destino da a los que tienen buen cielo, porque con pocos meses no reparaba en preguntar por mi estado y se acercaba a verme y regalarme carantoñas. Gracias a él me dieron un alto grado de instrucción y aprendizaje en letras y números, también aprendí algo de lenguas clásicas, lo que me sirvió para que un día, ya manumitido de la gran casa de Medina Sidonia, fuera elegido en San Roque, donde los negros tenemos iglesia y barrio, alguacil de la comunidad.

Siendo el negro más blanco de Sevilla me concedieron la gracia de ser el rey de los cuervos, como nos llamaba ese maldito poeta llamado Quevedo y nos motejaba el populacho para zaherirnos. A Quevedo llegué a odiarlo con todas mis fuerzas y si hubiera tenido la oportunidad de tenerlo a dos brazos de mí, le hubiera escupido en sus anteojos para que la hiel de mi odio le resbalara hasta la boca y supiera que la saliva de un negro es mucho menos ácida y venenosa que la de un blanco tan despreciable como él. Ese odio me nació tras leerle una sátira que escribió a una boda de negros. Tanto desprecio y chanza en sus versos me dejaron rabioso varios días. Y de mi cabeza nunca pude borrar aquellas palabras que parecieron me la grabaron para hacerme sufrir y sentirme pequeño: «Iban los dos de las manos, como pudieran dos cuervos, otros dicen como grajos, porque a grajos van oliendo». Tanta blancura y pureza guardaba él en su alma que el rey lo mandó encerrar en prisión por espiar para el francés, alta traición esta que no la da el color, sino la nobleza del alma de un hombre, que en el caso del brillante poeta y prosista era negra, muy negra, sin duda como la de un grajo.

Así que con el tiempo y mis conocimientos me hicieron alguacil de la comunidad negra sevillana, una responsabilidad sin sueño o para perderlo por siempre, porque yo sería el

hombre encargado de poner paz en sus pleitos y trifulcas, de organizar las fiestas en la calle para que los tambores y el vino sonaran con buen compás y no encendieran más pasiones que las debidas y, en resumen, me cayó el trabajo enojoso y complicado de ser el rostro de la ley de una comunidad que no era mucho de guardarla y que solía vivir entre el impulso de la navaja barbera y el resentimiento hacia el blanco, origen de casi todas nuestras penalidades. Entre mundos tan distintos y distantes la Iglesia entendió que Dios nos hizo iguales o similares y que a sus ojos éramos hijos de la misma nación católica, apostólica y romana, una forma de cohesionar dos mundos que giraban cada uno a su forma y a alturas muy distintas. En realidad, no sé por qué razón mi cabeza se llena de estos recuerdos y sentimientos. Porque sobre la mesa del comedor de mi casa en San Roque tengo acodado a un negro que escucha, ve y entiende todo de lo que se habla en la calle. Confirmo que es capaz de traducirme los ladridos de un perro y de responder lo que le maúllan los gatos a la luna desde los tejados de las casas de Sevilla.

—Van a pasar cosas, alguacil.

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas malas.

—Siempre pasan cosas malas. Todos los días.

—Tómeme en serio, Domingo Congo. Van a pasar cosas malas.

—Malas para quién…

—Malas…

—Hay cosas malas para unos que son realmente buenas para otros. ¿Para quién serán malas las cosas que van a pasar? —quise asegurarme.

—Los de abajo siempre soportan sobre sus cabezas los duros pies que los pisotean.

—No eres muy concreto. Lo único que me dices sin decirme nada es que van a pasar cosas. ¿Sabemos aproximadamente cuándo?

—Algunos dicen que para Cuaresma.

—En Cuaresma estamos —respondí.

—Pues apretemos los dientes porque la tormenta puede

venir cargada de rayos.

Calenté una escudilla de caldo a mi negro cantor y le agradecí la información con una calderilla. Lo despedí en yoruba, con un adiós muy poco expresivo.

—*O dabo*…

Mi informante me respondió prescindiendo de la confianza y reconociendo mi jerarquía como jefe, como alguacil:

—*O dabo, oga*.

Reconozco que entré en un profundo silencio, como si esperara escuchar algo donde no se oía nada, tan solo mi precipitada respiración. Me puse en pie, abandoné la mesa y me asomé a una destartalada ventana que se llenaba de estrellas. Miré la luna y comenté lacónico:

—Estamos en Cuaresma…

Como un toque de prevención quedó suspendido en el aire de la casa el silbo monocorde que yo hacía sonar cada vez que alguna situación me mostraba un rostro adverso y preocupante. Muy preocupante…

San Lázaro

Antes que yo, el cargo de alguacil de los grajos de Sevilla, lo ejerció un negro listo al que llamaron Tomé el Guineo, de quien aprendí todos los atajos y ventajas del oficio. Viéndolo actuar, con aquella parsimonia y desenvoltura, desoyendo corazonadas y voces falsas, aplicando la lógica y pagando con favores la información buena, se entendía con rapidez el prestigio bien ganado de su fama. Conocía a la perfección, como un topo su madriguera, el mundo delincuencial y esquinado de los negros. Y tampoco tenía cabos sueltos que le impidieran tener bien acabado el manto de intereses y acuerdos sucios de las poderosas familias sevillanas. Un manto espeso y costoso, reluciente como el oro, pero oscuro como sus más aviesas intenciones, que hacían converger poder, dinero, estatus, religión y política en beneficio de su bienestar y gobierno. Sevilla, decían algunos escritores, era como el tablero del juego de damas, con casillas blancas y negras, por los colores de sus vecinos. Pero siempre ganaban las fichas blancas, como en casi todo el mundo. En otras partes eran los propios negros los que ganaban sobre otros negros. A esos guisos también asomaba su nariz chata y amplia Tomé el Guineo que, mejor que un funambulista callejero, sabía guardar equilibrios entre comunidades tan ajenas y, a veces, tan cercanas una a la otra. Había que saber dónde pisabas. Escondido tras el pie de un negro podía estar la poderosa huella de un blanco intocable.

Un mal día encontró en su piel el estigma de la lepra. Al principio no le dio importancia creyendo que, en una ciudad tan pestilente y sucia como Sevilla, por donde decían que corrían ríos de oro cuando, realmente, lo que arrastraba la marea eran ríos de mierda y pestilencia, aquellas manchas serían alguna erupción pasajera de la piel. Una patología

benigna a la que no había que darle importancia. Una de esas manchas que ensuciaban los rostros, brazos y piernas de los habitantes de la ciudad donde los baños no eran recomendables por los médicos y la mugre corporal se rebajaba enjuagando la ropa, pero jamás dándole jabón a los cuerpos. Lo sacó de su autoengaño el médico judío que vivía cerca del palacio de los Levíes, también eco lejano de una casa islámica de prestigio, ubicada cerca de Santa María la Blanca. Elías Benasayag lo examinó, evaluó aquellas manchas que eran más claras que su piel y que, poco a poco, robaban sensibilidad a la parte afectada, hasta volverlas insensibles.

—Tienes lepra, Tomé.

—Es una forma como otra cualquiera de decirme que estoy muerto y que debo advertir de mi presencia en los caminos haciendo sonar las tablillas de San Lázaro. No es bueno tanto ruido para mi trabajo —le respondió.

—Es mi forma de decirte que tienes que cuidarte y que yo te proporcionaré los remedios que están al alcance de mi conocimiento.

Elías era un sabio. En su casa tenía una importante biblioteca científica con la que adquiría conocimientos de la medicina de griegos y romanos, sin olvidar el gran legado de la hebraica y andalusí. Le movía el empeño de sanar Andalucía de epidemias y enfermedades, de limpiarla de taras lesivas por su falta de higiene, de devolverle la que él creía una pureza fundacional de tiempos remotos. La enfermedad no era sino la expresión externa del quebranto moral y la pérdida de principios de una sociedad encanallada por su ambición y latrocinio, corrupta en su salud y en su ética, tan pestilente y sucia como los vertederos que escalaban algunas partes de la muralla y adarves donde el olor putrefacto te impedía entrar. No era infrecuente que por esos vertederos se pudieran escalar las alturas de las casas y pasar así de una azotea a la otra. Sevilla era una ciudad enferma por dentro y por fuera. Como internada en un muladar…

Al poco tiempo, el alguacil abandonó su cargo, su cuarto alquilado y su escaso patrimonio, puesto que el prestigio personal no es carga que pese ni sobre, aunque con él no te

fíen en los mercados. Yo iba con cierta frecuencia a visitarle y a llevarle las drogas que el judío Elías le preparaba para sobrellevar su enfermedad. No quiero engañar a nadie. También lo buscaba para seguir aprendiendo de él y para enterarme de cosas que solo llegaban a sus oídos. Y eso que estaba recogido en el hospital más evitado de la ciudad, el de San Lázaro, Babalú Ayé en el santoral yoruba, en el camino del norte, fundado en época medieval. Entre mi admiración y el cariño que le profesaba a Tomé no existían vacíos que llenar.

—¿Cómo te encuentras, Tomé?

—Me alegra verte de nuevo por aquí, Domingo. Siempre me pones al día de lo que pasa por Sevilla —dijo con humildad el leproso.

—Te he traído las drogas que te prepara el médico Elías. Te vendrán bien.

—Mejor me vendría la negra que las prepara, esa Caridad de carnes prietas y busto terso que, entre negros, la llamamos por su verdadero nombre: Ibulorena, la hija de las dos aguas.

—Esa medicina no está al alcance de mi mano —dije dejando escapar un atisbo de sonrisa.

—Pues te aseguro que es la droga que necesito y que me curaría para siempre.

—El amor lo cura todo —respondí sin mucho convencimiento.

—O, al menos, hace lo duro más llevadero. Pero a mis carnes, el único abrazo que le llega es el de estas vendas que cubren las llagas. Y el único amor que me profesa lealtad es el de este perro que ves sentado siempre a mi lado. Lo llamo Lázaro. Me cuida mejor que los médicos. Y solo me pide a cambio que la carne que se me desprende del cuerpo se la regale como alimento. En esta ciudad, desde las cunas más altas a los perros más abandonados, nos hemos acostumbrado a sobrevivir comiéndonos los unos a los otros.

Tragué saliva para evitar una arcada. Quizás de asco o de miedo. O de ambas cosas a la vez. La soledad de los enfermos más pobres era la compañera habitual de los destinos más castigados y quedaba claramente explicado con lo que pasaba en aquellas habitaciones hospitalarias, divididas para ricos y

pobres, donde los ayes, la mortificación y el olvido reinaban de forma absoluta.

—¿Hay noticias nuevas por Sevilla? Estamos en plena Cuaresma…

Miré a los ojos del Guineo. Supe que él sabía…

—Tú sabes mejor que nadie lo que ocurre en Sevilla. No sé quién te da tanta y tan buena información.

Tomé miró al perro y lo señaló, bromeando, con su dedo:

—Lázaro lo sabe todo.

—Déjate de bromas. Hablo en serio —le respondí.

—Si quieres hablar en serio te diré algo: pon atención a lo que digan los portugueses…

Ambos nos miramos a los ojos. Tomé con serena complicidad. Con esa serenidad propia del que domina de forma absoluta una situación. Yo con evidente sorpresa. Portugal, Sevilla, la comunidad negra, ¿qué trataba de decirme o indicarme el Guineo? Me despedí con sumo respeto, diciéndole adiós en yoruba:

—*O dabo* —me respondió Tomé.

Mientras el perro Lázaro me ladraba, tomé el camino de regreso, haciendo sonar aquel silbo mío, monocorde, que delataba mejor que un tic gestual mis estados emocionales…

Una casa de Tavira

Pasada la desembocadura del Guadiana, bajo la vigilancia y control del IX duque de Medina Sidonia, los almendros y las higueras del Algarve explotaban en una sinfonía de flores y yemas, anunciando la llegada de una primavera inminente. Pero aquel paraíso ambiental era un trampantojo involuntario de la naturaleza que, de alguna forma, mentía sobre el verdadero clima político del otro lado de la raya. Portugal era un territorio independiente desde el 1 de diciembre del pasado año, 1640, tras un levantamiento nobiliario que convirtió en rey al duque de Braganza, Juan IV. La aristocracia lusa se rebeló contra las medidas fiscales y militares que el hombre más fuerte del imperio, el conde-duque de Olivares, había acordado para sofocar los movimientos independentistas de Cataluña en mayo de ese mismo año. Por Sevilla se comentaba que, como casi todos los grandes movimientos de la historia, aquel también se había calentado en la cama del duque portugués, casado con una hermana del de Medina Sidonia, doña Luisa de Guzmán. Era del común la frase pronunciada de la señora que, de alguna forma, medía la temperatura de su instigación, animación y participación en el golpe, que apuró a su indeciso esposo a tomar un camino sin retorno: «Más vale ser reina por un día que duquesa toda la vida». Como en casi la mayoría de los grandes pronunciamientos de la historia, una mujer se erigía en autora material, intelectual y sexual de la sedición. En un arrebato de incondicionalidad por la causa independentista y por la suya propia, tan ambiciosa, le había escrito a su hermano Gaspar que borrara su nombre de todos los archivos y memoria documental de la casa de Medina Sidonia. Saberlo me dio pena. Y entendí que el poder, el dinero y la ambición son capaces de romper lo que la sangre unió alguna vez…

En alguna casa de piedra y escudo nobiliario en el dintel de la puerta de entrada, en el barrio alto de Tavira, dominando la situación sobre el pedregoso río Gilao, tenía lugar una reunión conspiratoria y muy privada. Palabras ajustadas, intenciones de largo alcance. Voces que no saldrían de aquella casa. Pero que tendrían su efecto inmediato en una ciudad como la hispalense, uno de los puertos más importantes de Occidente, capital económica del imperio español y puerta de las Indias Occidentales, desde donde se bombeaba a las arterias del vasto dominio hispano, la sangre mineralizada del oro y la plata para mantener costosas guerras con medio mundo, pagar la deuda de la Corona con la banca alemana y judía, estar en paz con Dios y la Iglesia y soportar la carga improductiva de cierta nobleza que consideraba, como los antiguos aristócratas romanos, un deshonor manchar sus manos con el trabajo. Desestabilizar social y políticamente Sevilla era el primer paso para acabar con el dominio mundial hispano y repartirse sus ricos territorios entre las potencias emergentes.

—Hace falta dinero. ¿Lo tenemos? —dijo uno de los conspiradores reunidos en aquella casa del barrio alto de Tavira.

—Lo tenemos. No hay ningún problema —dijo el otro conjurado.

—Hacerlo llegar hasta Sevilla encarna un grado alto de riesgo. El rey español ha movilizado varios ejércitos a lo largo de la frontera.

—Es cierto. Pero al mando de esa frontera está el hermano de nuestra reina, don Gaspar, IX duque de Medina Sidonia. Suya es la responsabilidad fronteriza con el Algarve.

—Nuestros espías nos hablan de que tanto el duque como su primo el marqués de Ayamonte presiden, igualmente, una Junta de Guerra…

—Todos sabemos de qué parte están en esta guerra el duque y su primo el marqués de Ayamonte. Pero ¿sabes lo que me tranquiliza más?

—Habla.

—Nuestro mejor aliado.

—¿Francia, Holanda quizás?

—Cataluña. La rebelión de los catalanes absorbe todas las energía militares y económicas de Madrid. El conde-duque de Olivares volcará todas sus fuerzas en sofocar, primero, Cataluña. Y eso no va a llevar tres días. Temen que Cataluña se haga francesa y que, sin oposición, Francia y sus ejércitos lleguen hasta Madrid en pocas jornadas. Estemos tranquilos. Cataluña también trabaja por nuestra independencia…

Ambos conjurados lo celebraron, alzaron sus copas de cristal de Murano bellamente trabajadas y saborearon un suave y dulce vino de Madeira a la salud de los nuevos reyes de Portugal…y del futuro reino libre de Andalucía.

—¡Por un nuevo orden!

—¡Por dos nuevas potencias que unirán sus intereses para mandar sobre el mundo! —se unió al brindis una figura femenina que llevaba en sus ojos la determinación de que más vale ser reina por un día que duquesa toda la vida.

LLEVÁRSELO MUERTO

Cuando llegaba la flota americana al puerto de Indias, yo solía asomarme al río, para ver el espectáculo de una ciudad que espantaba todos sus miedos y ansiedades con la sangre mineral de Potosí o de Zacatecas. Sevilla era una especie de vampiro enorme, como los que habían visto los soldados de Lope de Aguirre en la selva del Marañón, que se mantenía de aquella sangre benefactora devolviéndole las energías perdidas en el tránsito de una flota a otra. No obstante, los miedos a los ataques piráticos, a los naufragios por huracanes y a las incautaciones reales para nutrir las arcas de la siempre necesitada e insaciable Corona, estaban permanentemente vivos entre mercaderes, banqueros y ciudadanos, sometiendo a la ciudad a unas crisis de angustia de las que solo se recuperaba cuando el puerto descargaba en el Arenal media América. Ya fuera en fardos de cuero, de tabaco, de añil, de palo campeche, de frutos desconocidos, de animales exóticos y de kilos y kilos de oro y de plata salvadora. Las quiebras no eran infrecuentes. Y más de una vez, en alguna ventana principal de la ciudad, aparecía el cadáver colgando de un hombre de negocios arruinado por unas pérdidas inasumibles. Pero cuando una flota llegaba franca, a salvo de piratas ingleses y holandeses, sin que tampoco el rey necesitara incautarse de algunas naves privadas para alimentar sus interminables frentes bélicos internacionales y nacionales, las campanas de la Torre fortísima brincaban de alegría. Los mercaderes respiraban tranquilos porque pronto habría dinero en circulación. Los banqueros se zafaban de sus angustias porque las deudas acumuladas por sus acreedores serían pagadas. Los artesanos recibirían caprichosos y caros encargos para satisfacer los gustos suntuosos de las familias principales. Y el dinero volvía a recuperar su ritmo habitual de máquina

bien engrasada. América nos daba de comer. Y Sevilla tenía un apetito voraz.

Yo contaba con amigos entre la marinería. Que me surtían de tabaco y hongos mexicanos que gustaba de consumir para relajarme o entrar en dimensiones sensoriales de difícil traducción a la realidad de los hombres. Como muchos negros sevillanos, también era aficionado al uso del tabaco, gusto que compartía con mi madre. Algunas noches de verano, en nuestra humilde casa de San Roque, salía a respirar la brisa ambiente con Negra Flor. Nos sentábamos en rústicas banquetas de madera a la puerta y fumábamos. Fumábamos aquellas hojas de tabaco antillano que me traían los amigos de la mar, dejando en el ambiente tórrido del verano un reguero de aroma caribeño que, de alguna forma, tapaba los insoportables olores de las calles de los arrabales, a veces tan difíciles de distinguir de los vertederos. Los hongos mexicanos eran un secreto bien guardado. Bajo sus efectos evitaba dejarme ver. Alguna lengua envenenada y envidiosa podía denunciarme por tener tratos con el diablo y eso no se pasaba por alto tan fácilmente. No me gustaba empinar la botella y convertirme en pasa con piernas. Pero fumaba y tomaba aquellos hongos que, según decía mi amigo de la mar, procedía de una tribu novohispana llamada mazateca, donde solía utilizarse para ritos religiosos y hablar con los dioses. Negra Flor jamás supo que su hijo los tomaba. Ni los vio nunca. Y si los hubiera descubierto tampoco le habría prestado mucha atención. Mi madre ponía todas sus fuerzas para que yo no dejara de practicar la lengua africana de sus antepasados. Y en las noches de verano, sentados a la puerta de la casa, solía contarme las viejas leyendas de su pueblo, en yoruba, por supuesto. Una de aquellas noches me preguntó qué diferencia había notado, tras ser declarados libres por el duque de Medina Sidonia, entre vivir lejos del palacio del barrio de San Miguel para hacerlo en San Roque. Le contesté en su antigua lengua:

—*Wipé*

—*Wipé?* —me preguntó Negra Flor.

—Exactamente, madre. *Wipé*. Claridad. En aquella casa

había mucha luz, el sol entraba por sus ventanas, sin cicaterías, como una catarata. Aquí todo es más oscuro. Como si nos hubiésemos quedado ciegos.

—Nunca vi tanta claridad como en mi pueblo africano, hijo mío. Aquello relucía como el agua en los estanques. Fue la luz de mi infancia. Y ella envuelve mis recuerdos más bonitos. Tuvimos suerte como esclavos. Vivimos bien. Nos trataron como personas. Pero yo no cambiaría la luz que perdí por la libertad que nos dieron. Me gustaría volver a verla antes de morir.

—Haremos lo posible por cumplir ese sueño. Pero no se te vaya a ocurrir morirte ahora. Eres aún muy joven.

Negra flor estalló en risas y me echó una bocanada de humo en la cara para celebrar la broma de su juventud.

—Tengo más años que la torre esa grande que está al lado de la Catedral. La que dicen que hicieron los moros.

—Bien bonita es para los años que tiene…

—Eres muy zalamero, negro. Aprendiste bien de estos blancos que hablan con las palabras justas y las intenciones escondidas. En realidad, eres un blanco con demasiado sol en la piel. Por eso me empeño en que no olvides ni nuestra lengua ni nuestras costumbres. El día que lo hagas te sentirás vacío. Porque es posible que ya no seas ni de los blancos ni de los negros. Y te convertirás en un *iwin*, en una especie de fantasma, de espectro de ti mismo.

Aquel consejo materno lo interioricé como los devotos convencidos interiorizan las oraciones. Y en los momentos en los que tomaba los hongos y mi clarividencia se multiplicaba, solía verme a mí mismo como un negro disfrazado de blanco, un ser con rasgos africanos, pero con piel lechosa y sonrosada. Las máscaras mortuorias de algunos pueblos se representan así: blancas con rasgos negros. Era una visión de mí mismo que me desasosegaba. Y que me hacía sentir el frío congelante del miedo. Era como si aquellas ensoñaciones trataran de convencerme de que algo de mi naturaleza había muerto para ser sustituido por una identidad ajena a mi sangre.

La Cuaresma de aquel año de 1641, en la que España estaba sumida en la desesperación de frenar las revueltas catalana y

portuguesa, avanzaba bajo la advertencia que días atrás, en el hospital San Lázaro, me había confirmado Tomé el Guineo. Iban a pasar cosas. Cosas graves. Dolorosas. Yo no dejaba de animar a mis perros de presa para que aguzaran los oídos y escucharan las lenguas de las calles, de los mercados, de los palacios y de la mancebía. Pero todo parecía estar controlado. No llegaban voces. Ni bajas ni altas. Todo era tan silencioso como un cementerio. Precisamente, en un cementerio cercano a San Bernardo, unos salteadores de tumbas, buscando entre los muertos lo que necesitaban los vivos, dieron con una orza repleta de monedas de plata y de perlas. No era un cementerio de gente principal. Pero aquella tumba parecía la de un faraón. Al día siguiente, muy temprano, uno de mis informadores me despertaba agitado y me decía:

—No sé si te valdrá de algo, Domingo. Pero en Sevilla hay desde ayer dos salteadores de tumbas con dinero suficiente para pagar un ejército.

—¿Y quién entierra una fortuna en un cementerio como el de San Bernardo? —me pregunté, extrañado, en voz alta.

—Un loco —me dijo.

—O un cuerdo que sabe lo que quiere…

Salí al patinillo de la casa, metí las manos en el agua clara de una tinaja y me despejé la cara del sueño recién cortado. Luego, como siempre, me puse a silbar ese monocorde sonido que musicaba en situaciones especiales, mientras me martilleaban en la cabeza tres hechos inconexos: pasarán cosas, Portugal y una orza repleta de monedas y perlas…

Lorenzo di Bonaventura

Un ciego que veía, Casimiro se hacía llamar, trabajando en su esquina del barrio del Arenal, cantaba al compás de una vihuela una letrilla de Lope que engloriaba al barrio más marinero de Sevilla. En Sevilla todo es apariencia. Y hay evidencias que confunden al más avisado. Tenemos palacios donde los encajes los tejen las arañas. Y chabolas donde se esconde la plata del contrabando. La justicia carga siempre su balanza a favor del kilo de plata. Y aunque casi todos juran, la mayoría lo hacen en falso. Hay veces que el sol es la luna y que la luna, a escondidas, es solo media y reniega del cerdo inmundo. En el castillo de Triana hay inocentes condenadas. Y en los palacios, damas prestigiosas de peinados tan verticales como el vuelo sobre las escobas de sus brujerías, libres e intocables. Tenemos tantos banqueros como quebrados. La fama no sopla aquí su trompeta. Más bien la silencia no sea que su nota llame la atención de los desavisados y empiecen a interesarse por las cosas que nos pasan. Cantaba el ciego, entre gallos y gallinas, la variedad de mercadurías que entraban y se iban por el río, no siempre con procedencia o destino americano. Un enjambre de chicos harapientos y locos por hacerles diabluras, hacían como los que escuchaban la letrilla:

Por cuchillos el francés,
mercerías y ruan
lleva aceite; el alemán
trae lienzo fustán, llantés;
carga vino de Alanís.
Hierro trae el vizcaíno
el cuartón, el tiro, el pino;
el indiano, el ámbar gris,
la perla, el oro, la plata,

palo de Campeche, cueros.
Toda esta arena es dineros…

Los chicos se agachaban sigilosos al suelo, cargaban sus manos de arena y se la tiraban al repelón a Casimiro, al ciego que veía:

—¡Tomad, tomad reales de plata! —se mofaban.

Y el ciego dejaba la vihuela y con una vara de olivo repartía lo que a su dignidad le habían quitado aquellos pícaros llenos de piojos y liendres que tenían por hogar la calle. Dominada la situación y con los niños en alegre desbandada por la corredera de la Mar arriba, Casimiro seguía cantando por Lope de Vega:

Los barcos de Gibraltar
traen pescado cada día
aunque suele Berbería
algunos de ellos pescar.
Toda España, Italia, Francia
vive por este Arenal,
porque es plaza general
de todo trato y ganancia.

Casimiro cogía con una mano la vihuela y la otra la extendía por si aquel Arenal se compadecía de un hombre que no podía ver tanto esplendor. Un negro a mis órdenes se le acercó al oído y le dejó algo en la mano. No pesaba como la plata. Tampoco como el cobre. Más bien era liviano como una tela o un trozo de papel. El negro le dijo:

—Te espera en San Roque. Ve pronto.

Con cuidado se guardó aquel trocito de papel. Pero antes pudo leer: «Domingo Congo». Y el ciego que veía cambió de esquina, barrio y lugar. Para sortear, de charco en charco, unas calles mal pavimentadas y herniadas por el trabajo que al suelo le daban las pesadas ruedas de las carretas de abasto. Simulando que no veía, paraba cuando la vara de olivo le chivateaba cualquier obstáculo, solicitando la mano por caridad de algún vecino para cruzar una calle, salvar una zanja o no meterse de bruces en un estercolero a cielo abierto. Se cercioró, al menos tres veces, de que nadie lo seguía. Pero por

la calle de los borceguineros se topó con el As de Diamante, con aquel sicario que se llamaba Lorenzo di Bonaventura.

—Hola, ciego. ¿A dónde vas?

—A mirar por mi negocio —le respondió con ironía.

—El ojo del amo engorda al caballo —se carcajeó Bonaventura.

—Eso cuenta el pueblo…

—¿Y qué más cuenta el pueblo, ciego? Tú ves por los oídos. Qué cuenta el pueblo.

—Lo de costumbre: que va a subir el trigo, que el rey quiere quitarles a los propietarios sus esclavos para darles remeros a las galeras, que los mercaderes portugueses se marchan con viento fresco por miedo a ser represaliados…

—¡Son todos judíos y estafadores! —respondió con rabia Bonaventura.

—Puede que sí, puede que no. Yo eso no lo sé. Solo sé lo que cuenta la gente.

Bonaventura le dio unas monedas y le recordó un compromiso:

—Siempre seré el primero en saber lo que tus orejas oyen. No te olvides jamás del que te da de comer. Ahora vete a mirar por tu negocio…

Y rompió a reír con esas ganas donde la alegría se esquina para que la risa se tiña de un sabor ácido, amargo, como inspirada por un viejo e inextinguible rencor.

Lorenzo di Bonaventura era muy conocido en Sevilla. Más de una vez nos rozamos y del roce no nació, precisamente, ni el cariño ni la admiración mutua. Trabajaba en la calle para mantener informado y protegido a su señor, don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán. Tenía talento para saber escuchar y sacar con rapidez la espada, si fuera necesario. Había cortado lenguas, orejas y dedos como avisos de cobros mayores. Y era un consumado maestro en una tajada que los esgrimistas llamaban «de tajo volado». Le llamaban el As de Diamante porque, en su rapada cabeza, se había hecho tatuar un brillante, como símbolo de su fuerza y poder. Cuando el sudor y la luz de la primavera caían sobre su testa, el brillante parecía proyectar sus cristalinos reflejos. Era hijo de una

familia de ricos mercaderes genoveses, con intereses en las Indias Occidentales, a los que la quiebra de la banca de Juan Castellanos a principios de siglo se lo quitó todo. El padre eligió el camino más corto para salir de tantas trampas y apareció colgado de una polea en su arruinado almacén de las Atarazanas. La madre no supo pasar de la seda al lienzo de sarga, ni del oro a la bisutería. Se fue ahogando en su propia pena. Y de eso murió. De no acostumbrarse a vivir con nada, ahogada por la puñalada de lo que había perdido. Los amigos de su padre ayudaron a salir adelante a Lorenzo di Bonaventura que, hasta aquella quiebra de Castellanos, apuntaba bien para los negocios y los números. La vida le torció el rumbo como una tempestad a un barco sin buen gobernalle. Y las armas y la lealtad sin fisuras a su señor le labraron la fama. Me dijeron que cuando lo llamó don Gaspar para que fuera el más importante de sus colaboradores juró que, algún día, tendría barcos como su padre, se haría tan rico como él y su casa sería de las mejores puestas y más respetadas de la ciudad, llenándola de pensiles y columnas venecianas, antiguas estatuas griegas y romanas, muebles lacados de China y cuadros de pintores napolitanos. Sin olvidar jamás que no había fuente de alimentación de odio hacia el rey más inagotable que la de su ruina. Culpaba de su suerte al monarca que, indirectamente, fue el causante de la quiebra del banco con el que operaba su padre. En eso, en no amar al rey, se parecía mucho al señor de Medina Sidonia, mi antiguo amo y señor.

Casimiro llegó a San Roque con tanto barro en los pies que parecía trabajara en el río. Se tomó un vaso de agua fresca mientras se despojaba del sombrero de paja y de los espejuelos. Era mulato adelantado. Con avanzada claridad en la piel.

—Aquí me tienes, Domingo Congo.

—Gracias, amigo. Espero me puedas ayudar.

—Contigo ya son dos las personas que hoy me han pedido ver por los ojos de este ciego.

—¿Cuál es la otra?

—Lorenzo di Bonaventura, el As de Diamante.

—¿El sicario de don Gaspar?

—¿Acaso conoces a otro con ese nombre y ese trabajo en Sevilla, alguacil?

Hice el amago de ofrecerle otro vaso de agua fresca. Pero el mulato que se hacía pasar por ciego lo rechazó.

—¿Qué pasa en Sevilla, alguacil? —preguntó con preocupación.

—Todavía, que yo sepa, nada de nada…

—Entonces ¿por qué Bonaventura me pregunta y tú me haces venir hasta aquí?

—Porque…

Y no encontré una respuesta creíble.

—¿Conoces a algún salteador de tumbas?

El mulato se santiguó y besó por dos veces sus dedos en forma de cruz.

—Los conozco, pero no me trato.

—Hazle un favor a tu alguacil. Y escucha qué te dicen de dos salteadores de tumbas en San Bernardo…

La señora

Entre aquellas tumbas que sobrevivieron al tiempo, medio destruidas por los saqueos y el abandono, solía verme con uno de mis secretos mejor guardados. Más oculto aún que mi afición a comer hongos novohispanos. Un secreto que, en cierta forma, me confería poder e influencias. Pero que, a su vez, si fuera desvelado, me haría más vulnerable que los galeones a la barra de Sanlúcar. Yo mantenía una relación con una aristócrata blanca que me amaba como solo se ama lo prohibido, con ese sentimiento que te secuestra y desampara y que, ¡por Dios!, desearías saber la fórmula de sobrevivir a su dulce tiranía. Entre aquellas tumbas viejas nos citábamos para vernos, besarnos, abrazarnos, amarnos y despedirnos, haciendo buena, una vez más, la estrecha relación que desde el comienzo del mundo hubo entre Eros y Tánatos, entre las fuerzas del amor y las de la muerte. El lugar estaba lo suficientemente retirado e impracticable como para que si alguien ajeno a aquellos encuentros clandestinos entre un negro manumitido y una aristócrata blanca los descubriera, no fuera un ciudadano que pudiera conocernos, ya que por allí solo se atrevían a pisar las familias gitanas que llegaban desde Cádiz para desbravar potros y esquilar burros. Las tumbas eran romanas. Y estaban situadas a un lado de la antigua calzada que unía la vieja Hispalis con la marinera Gades, siguiendo el curso del río. En latín estaban escritos unos desbaratados epitafios que alguna vez la señora, doña Isabel Henríquez de Mendoza, había leído y discutido conmigo, que por mi formación recibida en la casa ducal tenía conocimiento de griego y también leía la lengua de Cicerón.

Mi señora Isabel era una preciosa dama con piel de porcelana y ojos tan verdes como la hierbabuena. Su pelo era negro como el azabache. Y bajo las ricas basquiñas de seda y el

sayo que apretaba su busto, se adivinaba un cuerpo bonito y bien construido, quizás con mucho fuego aún por consumir. Estaba casada con un hombre mucho mayor que ella, de buena sangre y condición cristiana, al que un proceso degenerativo fatal, desconocido para la medicina, había condenado a vivir entre babas y algodones. No podía valerse por sí mismo y esperaba su hora definitiva sentado en una silla, beneficiándose del calor de la primavera en sus hermosos jardines palaciegos de San Lorenzo o frente al fuego de la chimenea en invierno. El alma, la dueña y señora de aquella casa era mi distinguida amante, que gestionaba el patrimonio de su esposo y se encargaba de multiplicarlo con su innata sagacidad para los negocios. Jamás le importó prestar dinero y cobrarlo a buen interés. Como tampoco le importó enfrentarse con ellos primero y, después, llegar a acuerdos ventajosos con el poderoso gremio de carboneros para participar de uno de los mercados locales que más rentas le daban al municipio.

Doña Isabel me vio desde su litera y presentí cómo su corazón le latía aceleradamente, hasta el punto de que la perla del Darién de su colgante de oro parecía bailarle en el pecho, que siempre se negó a cubrirlo con una de aquellas tortuosas golillas de encajes traídas desde Holanda, las más caras y solicitadas entre las damas de su clase. Salió como una niña de aquella litera, con el corazón en la boca y la boca frutal y roja como una granada, para desgañitarse diciéndome que tenía algo importante que comunicar. Me dejé llevar por la alegría que generaba doña Isabel y pensé que me traía noticias sobre aquel feo asunto que, al parecer, se fraguaba en Sevilla. Nos estrujamos en un apretado abrazo tan dulce como el chocolate con leche. Y durante un largo rato nos besamos y acariciamos como dos locos ingobernables. Tuve que pararla cuando ambos jadeábamos como corceles y nuestros bajos vientres eran dominados por impulsos irreprimibles.

—Espera, espera, mi señora. Dime el motivo de tanta alegría. Dime por qué me has hecho venir hasta aquí cuando faltaba más de una semana para volver a vernos.

—Es muy importante…

—¿Qué es importante? —contesté.

—El motivo para vernos. De enorme importancia para ambos —me dijo susurrándome las palabras en mis labios carnosos que con igual desenfreno besaba y mordía.

Le acaricié el pelo y enjaulé con mis manos el hermoso rostro de Isabel como si fuera una paloma.

—No hagas más larga mi desesperación. Dime lo que tengas que decirme, que si es bueno para Sevilla también lo será para nosotros.

—De Sevilla tendré que ausentarme, mi amado. Esa era una de las cosas que tenía que decirte.

—¿Corres peligro? ¿Corremos peligros? ¿Corre peligro la ciudad?

—No si hacemos las cosas como hay que hacerlas.

Me desesperé, enredaba las manos en el rizo tenaz de mi pelo para aclarar las ideas y de mi rostro desapareció la alegría inicial del encuentro.

—No te enojes, mi amado. No tienes motivo para hacerlo. Por el contrario, deberías compartir conmigo tanta felicidad.

—Pues dime el motivo porque pareces que te alegras de ausentarte…

—Necesito estar lejos de Sevilla para engendrar el hijo que me has hecho…

Una pesada turbación se apoderó de mi alma, me retiré de ella reculando, con las manos hacia atrás para buscar uno de aquellos túmulos funerarios romanos y descansar sobre la lápida.

—¿Un hijo?

—O una hija —respondió la señora.

Y comprendí que esa Cuaresma ya era distinta. Pasara lo que pasara con lo que decían los portugueses y con aquella orza de monedas y perlas del Darién que unos salteadores de tumbas tenían oculta en cualquier agujero asqueroso de una ciudad llena de mierda…

El enviado

Era difícil entenderle. Porque hablaba en una jeringonza entre castellano y catalán muy cerrada, hasta el punto de que, muchas veces, tenía que valerse de las manos para hacerse entender. A mí me costaba deslindar del guiso de sus palabras, las patatas castellanas y la butifarra de su tierra. Hablar con él era fácil. Entenderle, una auténtica odisea. Se llamaba Jaume Colom y, bajo la tapadera de ser mercader de la seda, deambulaba entre Andalucía occidental, el norte de Marruecos y el Algarve portugués con cierto grado de libertad para los tiempos que corrían. Gustaba de adornar su chambergo con una especie de lacito amarillo. Y en una esclavina de plata que le colgaba de la mano izquierda iba grabada la leyenda de su masía, allá en las tierras altas de Gerona: J + C. Tras el suceso de la orza repleta de perlas y monedas del cementerio de San Bernardo se personó en la casa de los Medina Sidonia, en la collación de San Miguel. Me cuentan que lo recibió el As de Diamante, severo y con una fuerte mano agarrándolo del hombro, que le preguntó:

—¿Quién eres y por qué llamas a esta puerta?

El mercader de la seda catalán se giró con rapidez y vio tras él a un tipo alto, fuerte, de medio tiempo, con un diamante tatuado en su cabeza.

—¿Eres la joya que ando buscando? —preguntó con sorna.

—¿Tú eres el catalán que viene de Portugal?

—Así es. Vengo a sentarme y a hablar…

—¿Con quién?

—Con el hombre de mayor confianza de don Gaspar.

—Ese soy yo. Y me llamo Lorenzo di Bonaventura.

—¿Napolitano acaso?

—Sevillano con ascendencia genovesa. Dicen que es una mezcla explosiva. Como la portuguesa y la catalana…

—Prefiero la francesa y la catalana, tiene más futuro.

Bonaventura lo invitó a pasar. Y a que se sentara.

—¿Has comido o te hago que te sirvan como te mereces? —le preguntó Bonaventura con esa doble intención con la que acostumbraba a manejar sus palabras.

—Me encantaría comer como me merezco, Lorenzo.

—En un momento tendrás un banquete a la altura de tu dignidad. Pero antes podemos aprovechar para hablar. Cuéntame.

—¿Está en tus manos la orza con plata y perlas que te enviaron de Portugal?

—No.

—Pero ¿has ido al sitio indicado a buscarlo?

—Fui, pero ya no estaba. ¿Tú estás seguro de que llegó?

—Seguro.

—Pues allí no estaba. Alguien se nos adelantó.

—Tendré que comunicarlo a Lisboa. Sin ese dinero no hacemos nada —sentenció el mercader.

—¿Te deja mucho margen el negocio de la seda…? —preguntó el genovés.

El catalán fue a responderle, pero se mordió la lengua. Intuyó en aquellas palabras la velada sospecha de Bonaventura, culpándolo de que la orza podría tenerla él mismo. A fin de cuentas ¿quién se atrevería a sospechar de su lealtad a la nueva aristocracia portuguesa y al hombre de toda confianza de los independentistas catalanes?

—Pon atención, Lorenzo. Yo que tú me olvidaría de mis ganancias con la seda. Y me volcaría en buscar esa orza, que vale mucho más que tu cabeza con el brillante incluido. Encuéntrala, desactiva a los ladrones y pon en marcha el plan pactado porque te va la vida en ello. Solo me iré de Sevilla cuando sepa que esa orza está en tus manos.

—Es bueno que ambos estemos en Sevilla, uno con el otro, de la mano, para asegurarnos que se meten donde deben y no donde jamás los llamaron…

—Tengo hambre, Bonaventura. ¿Me traes la comida?

—Te la traerá un esclavo berberisco. Ya sabes que tienen malas formas porque se creen los hombres más superiores de la

tierra. Que aproveches, Colom.

—*Gràcies*, genovés…

CAPÍTULO II
DOS AL DÍA

PRINGADOS

La equidistancia puede ser la coartada de los cobardes. Pero también la mejor forma de sobrevivir en mitad de dos corrientes tumultuosas agarrado solo a un madero. El mulato Casimiro, el ciego que veía, atendiendo al llamado de sus dos sangres, cumplió su palabra con Bonaventura y conmigo. Entre negros, mulatos y morenos claros teníamos, igualmente, nuestras luchas de privilegios y colores. Los menos achocolatados se creían disfrutar de mejor consideración que el resto de los que integrábamos las bandas de grajos, como el muy cabrón de Quevedo nos llamaba. Teníamos hermandades distintas y trabajos desiguales. Pero a la hora de la verdad, a la hora de pertenecer a un amo y que el amo fuera la encarnación del mismo demonio, todos sufríamos la misma pena de pringue. Un negro pringado no era otra cosa que un negro castigado a latigazos sobre cuyas heridas se hacía caer tocino hirviendo. Yo he visto a más de un pobre diablo que, por estar borracho o descansar a deshora, su amo lo mandaba pringar y era tanto el sufrimiento de aquellas criaturas que, como alguacil, de mi puño y letra, me animé en diversas ocasiones a elevar a la justicia un pliego de denuncia, indicando que esos negros esclavos tan maltratados deberían venderse a otros dueños. Nunca recibí respuesta. Quizás porque había pringados en casas importantes, quizás porque a la justicia le importaba una mierda lo que le ocurriera a la población menos considerada de la ciudad. Tampoco nuestra fama, a veces cierta y otras interesadamente infundada, ayudaba mucho.

Casimiro, a los pocos días de haber pasado por mi casa, me hizo llegar la noticia de que fueron dos negros los que asaltaron la tumba del cementerio de San Bernardo y se llevaron un tesoro casi faraónico. Era un hecho. Un dato objetivo. Dos negros, por casualidad o por encargo, eso aún me

era desconocido, se llevaron la orza aprovechando la oscuridad de la noche y el silencio obligado de los camposantos. Pero esa información era compartida. Ya digo que la parte blanca del ciego mulato servía a su señor Bonaventura, el que le daba de comer. Y por parte negra, le obligaba eso que llaman la fuerza de la sangre que, en su caso, aún continuaba activa, al menos conmigo y mis obligaciones. Aquel día estimé oportuno tomarme unos trocitos de hongos novohispanos que aceleraran mi clarividencia. No quería hablar con los dioses. En realidad, me son ajenos o, quizás, lejanos. Tanto los que venera mi madre como los que los blancos imponen con su convencida determinación de exclusividad y autenticidad. Yo sigo siendo un descreído para muchas cosas de la vida. Entre ellas la religión. Aunque en este tiempo de Cuaresma, mi madre ponga la misma devoción en hacer pestiños con miel y cuidar la túnica de la Hermandad de los Negros donde, por raza y obligación de mi cargo de alguacil, hago respetuosa estación de penitencia.

Pero la excitación por saber quiénes eran aquellos negros salteadores de tumbas y por qué habían robado la orza me disuadió de tomarme los hongos. Y arrebatado me fui a ver qué encontraba, qué oía, qué se decía entre la bullanga de la Puerta de Carmona, la más cercana al sur de San Roque, junto a los caños del acueducto que labraron los moros. Nadie de los nuestros, de los africanos que entraban y salían de ella para trabajar en las huertas cercanas a un antiguo palacio de los reyes moros o conduciendo carros cargados de piedras para la construcción, sabía nada. Eso decían. Lo que ocurre es que es muy difícil, incluso para un negro como yo, saber en qué imperceptible veladura de los ojos de un africano se esconde la verdad o la mentira. Casualmente, ¿casualmente?, me topé con el As de Diamante. Venía acompañado de un par de rufos, tan pendencieros como proclamaban sin engaños sus rostros esquinados. Lorenzo di Bonaventura me miró de arriba abajo, esbozó un comino de sonrisa y me saludó:

—Me agrada verte, paje —me dijo con sus secundarias intenciones.

—Tampoco me ofende encontrarte, carnicero.

—A tu antiguo señor no le gustaría oír eso…

—A mi antiguo señor, al que le debo formación y libertad, siempre le gustaron mis ocurrencias.

—Llevas razón, paje. Los negros o sois delincuentes o consumados bufones…

—Y no hay nadie mejor que un carnicero para tener siempre los cuchillos afilados.

—¿Qué te trae por aquí, alguacil? ¿Buscas a alguien?

—Lo mismo te pregunto. Estás muy retirado de la collación de San Miguel.

—Velo por los intereses de don Gaspar.

—Yo lo hago por los de los negros, tan amenazados siempre.

—La mayoría son pendencieros, flojos, dados a la bebida y a la delincuencia, cuando no al robo y al asesinato.

—Llevas razón, Bonaventura. Son tan parecidos a esos blancos que no trabajan, delinquen, hurtan, extorsionan y matan. Idénticos por dentro, aunque por fuera su color sea más benigno.

—Pero los negros son peores.

—Posiblemente tengan sus razones. ¿Te las imaginas, Bonaventura?

—Ya que hablamos de ladrones, pienso quiénes serán esos dos negros del cementerio de San Bernardo de los que Sevilla comienza a hablar.

—También he oído algo.

—Pero tú deberías saberlo. Eres su alguacil mayor. Su máximo responsable. Nada de lo que pasa por tu barrio se te escapa, Domingo.

—Entiendo ahora por qué te paseabas tan lejos de tus territorios y tan cerca de San Roque, Bonaventura.

—No eres tonto, paje. Donde hay humo hay fuego.

—Y a veces te abrasa. Hay que tener cuidado con él. Me quema saber una cosa. Y tú me lo puedes decir. ¿Qué intereses de don Gaspar vienes a cuidar por esta puerta tan negra? ¿Realmente son de don Gaspar?

—Tú preguntas y yo pregunto: ¿Para quién trabajaban esos negros salteadores de tumbas?

—Si tú haces esa pregunta, regálate también la respuesta.

Porque yo no la tengo.

Bonaventura miró a sus dos rufianes y les hizo un gesto de retirada.

—Nos vamos, Domingo Congo. Pero si no tengo respuestas del alguacil de los negros sobre esos dos ladrones de tumbas, cuenta a partir de una semana que, de forma accidental, fortuita, dejarán de respirar para siempre gente de tu pueblo. Hombres, mujeres y niños. Te lo repito: a partir de una semana esta ciudad contará con dos negros menos cada cierto tiempo. Deseo que Negra Flor siga gozando de buena salud…

Escuchar aquella amenaza tan directa me hizo subir la cólera al campanario, y el lugar que la intimidación y el miedo deberían ocupar en mi estómago se llenó de un odio interminable, justificado y brutal, que pedía a gritos acero, navajas y tajadas en el cuello para que la sangre brotara de la boca de aquel indeseable como el agua de las fuentes de las plazas de Sevilla. Sus palabras me martirizaron tanto como si sobre mis espaldas me hubieran pringado con tocino hirviendo. «Mierda genovesa» le dije escupiendo al suelo, pero en yoruba que sonaba más obsceno:

—*Idoti genovesa*…

IBULORENA

Hay dos días en la vida de los hombres que marcan nuestra existencia. Uno, el final de todos, el día que empezamos a convertirnos en polvo. El otro, ese que viene marcado por una decisión sin vuelta atrás y que nos deja en la mano un as de oro o una carta de perdedor. En esa complicada situación me veía en aquellas jornadas de Cuaresma de 1641. Sin duda fueron los días más agitados de mi vida. Los más agitados y confusos. No había hongo en toda la tierra de Cortés que me sacara de aquellas honduras. Ni labios de mujer que me complacieran para hacerme olvidar tanta angustia. Nunca me había sentido tan perdido y urgido por una amenaza tan brutal como la que me lanzó el carnicero genovés. Si algo había que destacar de las formas de emplearse de Lorenzo di Bonaventura era el alarde. Nunca alardeaba de guapo ni de matón. No era como esos medio hombres que abundaban en los bajos fondos de la ciudad y que antes echaban a pelear las palabras que las espadas. Para los guapos de esta ciudad, esa chusma que se pinta de brava y valiente y que gusta de hablar dejando las palabras a la mitad, Bonaventura era un dios. Por servir a quien servía. Y por hacerlo de forma tan expeditiva como impune. Estaba respaldado por el aura nobiliaria de los Medina Sidonia, por el dinero que disponía la casa para volver sordos a los alguaciles, por la plata de ley que regaba sobre las balanzas de los jueces para que siempre fallaran en la dirección convenida. Y luego estaba la implacable y fría efectividad del As de Diamante, de aquel brutal carnicero que dejó olvidada la compasión en algún rincón de su vida, en un pozo oscuro y repleto de culebras…

Bonaventura les daba su sitio a los hechos. Y los hechos los sustanciaba con acero vizcaíno, afilado y terrible, pinchando donde más vida había y más vena podía desangrar. Fui

consciente desde el primer momento de que su amenaza no era un farol de jugador de naipes aventajado. Era así. Firme y sin posibilidad de apelación. Entré en las tabernas del Arenal para ver si el vino gordo del Aljarafe, que tan buena lengua como mala cabeza tiene, me permitía encontrar pistas sobre la orza y los salteadores de tumbas; pagué a las prostitutas más sucias y desdentadas que te masturbaban en algún rincón oscuro y húmedo de las Atarazanas sin oír de ellas más palabras que las que solían encender la lujuria de los clientes; fui a visitar las parroquias con cementerios en sus plazas que habían sufrido, en los últimos meses, algún tipo de profanación en sus tumbas. Y fue como hablar con los muertos. O peor. Porque hay brujas que dicen que los muertos te hablan y te orientan. Los que yo buscaba estaban, decididamente, bien muertos.

Recordé que la ciudad era de tan espesa moral como de cielos perdidos para la regeneración. Hasta la luz incandescente de sus primaveras se me volvía oscura y oxidada, como si por encima de la Giganta, la atmósfera estuviera compuesta por vapores herrumbrosos de una siderurgia. Y recordé que unos veintitantos años atrás, un tipo, quizás tan perdido y ahogado por las circunstancias como yo, el licenciado Porras de la Cámara, enviaba un memorial al arzobispo de Sevilla, donde ofrecía una imagen desoladora de los vicios eclesiásticos y civiles de la capital económica del imperio español. Memoricé sus párrafos más realistas porque eran como un mapa para no perderte en un territorio hostil y repleto de trampas. Y, en ocasiones como estas, lo rememoro para saber dónde estoy y con quién me las tengo que ver. No hay peor estrategia para ganar una guerra que la que desconoce cómo es el enemigo. El memorial de Porras de la Cámara descubría que el enemigo estaba en casa y contaba cosas como estas:

«En ninguna administración de justicia, rara verdad, poca vergüenza y temor de Dios, menos confianza; ninguno alcanza su derecho sino comprándolo, ni cobra su hacienda si no es dando el diezmo al receptor; los dos polos que mueven este orbe son dones y doñas; aquí no azotan sino al que no tiene espaldas, ni condenan al remo, sino al que no tiene brazos; ni

perecen ningún delincuente sino el que padece necesidad y no tiene que dar a los escribanos, procuradores y jueces. Seis años ha que no he visto ahorcar en Sevilla ladrón, ni tal se probará, habiendo enjambres de ellos como de abejas y alguno de dos millones y otro de ochenta cuentos, y se han alzado en Sevilla en este año y el pasado 26 hombres con las haciendas ajenas, que ya lo tienen por cierta ganancia de cincuenta por ciento, si no se quedan con todo, como lo hacen casi todos, y se pasean libres dentro de seis meses; lo que más hay en Sevilla son forzantes, mancebados, testigos falsos, rufianes, asesinos. Logreros, regatones, vagabundos que viven del milagro de Mahoma, solo de lo que juegan y roban en las casas de bilhan y en las tablas de dados, pues pasan de trescientas casas de juego y de tres mil rameras, y hay hombres que con dos mesas quebradas y seis sillas viejas les vale cada año la coima 4.000 ducados, pues ya la mercería y el trato se han convertido en robo y regatonería, estancando todos los géneros, desde el oro y seda hasta las legumbres para revenderlos excesivamente cuando, por haberlas ellos atravesado, está falta de plaza. Y lo peor es que son de este trato los que avían de remediarlo…».

Con estas palabras me resultaba imposible perderme en esta ciudad donde las reglas del juego eran evidentes y nunca cambiaban. Mudábanse los protagonistas por ley de vida o ley de cuentas que se ajustan. Pero las reglas permanecían inalterables. El memorial de Porras seguía vigente. Y probablemente seguiría vigente durante mucho, muchísimo tiempo. Aquí habría ladrones con dinero para asar vacas. Muchos más que los cuatro o cinco golfos pendencieros sentados cerca de los jueces y procuradores. Y posaderos recibiendo ayudas de dinero público justificadas por los sagrados huevos del caballero veinticuatro de turno, con los que compartiría negocios y beneficios explotando el establecimiento como lupanar. Mi profunda excitación, propia de los que se ven perdidos en los laberintos sin salida, urgido por la amenaza real de las muertes anunciadas por Bonaventura, me empujó, de manera impulsiva, a ir hasta la casa del médico judío, de Elías Benasayag. ¿A buscar qué? ¿A encontrar qué respuestas? No era racional mi impulso. Pero

algo me seguía empujando a visitarlo. Cuando llegué a su casa, cerca del palacio de los Levíes, a la vera de Santa María la Blanca, encontré la puerta abierta. Me extrañó. Porque Elías era un hombre que vivía de puertas hacia dentro, encerrado en su mundo de investigación y lectura, poco dado a las algarabías callejeras, ya fueran procesiones de Corpus, de Semana Santa o fiestas de justas y lanzas. En cualquier caso, llamé a su puerta semicerrada y al primer golpe de mi puño se abrió de par en par. Todo estaba revuelto, libros por los suelos, frascos rotos, mesas del revés y la cabeza de un cerdo colgando de una viga. Sentada, reponiéndose de aquel asalto, estaba Caridad, la que nosotros los negros llamábamos Ibulorena, hija de Oshun y reina de las dos aguas, una negra insultantemente bella y orgullosa, que acostumbraba a pintarse de rojo la ese y el clavo grabados a fuego sobre su mejilla, marca que muchos negros cautivos llevaban como pasaporte de su condición. Lejos de humillarla, le daba lustre y color a su marca, para dar por sabido que la majestad de su gracia personal era tan poderosa que a pesar del azar, el destino y la trata se había convertido en una muchacha irreductible. Decían de ella que era negra jolofa, etnia senegalesa vecina de comunidades islámicas y, por tanto, contaminada de la rebeldía de los coránicos, considerándoseles individuos díscolos, vengativos, revolvedores y peleones. Alguna vez me comentaron que en tiempos de Carlos V se les prohibió su paso a Indias, donde habían sido protagonistas de rebeliones y matanzas entre colonos, para luego echarse al monte y fundar poblados cimarrones donde repetían el orden social y político de sus tribus africanas.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunté asombrado y con el corazón en la boca.

—Siempre llegas tarde a mi vida, alguacil.

—¿Y el médico?

—Se lo han llevado bajo la excusa de que es un judío hereje, pese a que es más católico que todos ellos.

—¿Ha sido la Inquisición?

—No. Se lo llevaron Bonaventura y sus hombres.

—No tienen ningún derecho.

—Él es la justicia en esta ciudad.

—¿Dijo por qué?

—Algo insinuó con esa malicia que siempre llevan sus palabras.

—¿Qué insinuó?

—Que llevándose al único hombre que es capaz de hacer las medicinas para Tomé el Guineo, es posible que otro negro pusiera más empeño en saber quiénes fueron los que saquearon la tumba de San Bernardo.

—Maldito cabrón. Sabe cómo y en qué parte de la herida apretar y echar sal para dejar claro quién manda sobre quién.

—Pero hay algo más, alguacil.

—Dime, Ibulorena —le respondí mientras acariciaba sus cabellos para calmarla y calmarme.

—Sabe que tú y yo nos pertenecemos.

—Imposible. —Y dejé, sobresaltado, de acariciar el pelo de la jolofa como si fueran ortigas.

—Lo sabe. Sabe que tú y yo somos la misma yunta, la misma cama y los mismos deseos. Sabe que tus labios son los míos. Y que mis pechos te embriagan como jamás te embriagó el mejor vino que tomaste en una juerga.

—Imposible que sepa eso. Nunca se lo he comentado a nadie. A no ser que tú…

—Siempre llegas tarde a mi vida, alguacil…

—Dime ¿has comentado algo con alguien?

—Ni con Negra Flor.

—Está jugando de farol.

—No está jugando a nada. Va muy en serio. ¿Sabes cómo se despidió de mí?

—Cómo.

—«Tengo a Domingo cogido por los huevos de Tomé el Guineo. Creo que no hará falta que le quite a su cama el calor que más le gusta. Coméntaselo cuando lo veas. Dile que necesito saber cuanto antes los nombres de esos dos negros que se llevaron la orza. También lo tengo cogido por el coño que más le gusta…».

—*Iyá iyá*, lo maldije en la lengua de mi madre.

—Así es. Es un maldito hijo de puta —corroboró Ibulorena.

DESESPERADO

No hay reloj que mida el tiempo de un desesperado porque la desesperación siempre tiene prisas y no encuentra hora para la calma. Eso era yo por aquellos días. Un ser desesperado, angustiado por el chantaje brutal de Bonaventura, perdido en mitad de un bosque de conjeturas y pistas inconexas, hozando como un cochino en la zahurda sevillana, para encontrar algo consistente que me hiciera llegar hasta aquellos dos negros que escondían la maldita orza portuguesa. Empujado por mi desesperación dejé mi barrio de San Roque atrás y me encaminé hacia el lazareto donde trataba de recuperase de su enfermedad Tomé el Guineo, mi maestro y anterior alguacil mayor de los negros. Esta vez fui sin medicinas. Pero le llevé tantas cosas para contar y estudiar que a buen seguro no las echaría en falta. Pronto divisé la Gran huerta y la huerta Chica, así como la llamada torre mora de los Gausines, que formaba parte del hospital de San Lázaro desde su fundación tras la conquista de Sevilla a los moros. No tuve que explicarle mi situación personal. Algo había en mi manera de desenvolverme que no se correspondía con mi forma de ser, con mi carácter sereno y reflexivo, rasgos que habían volado de mi persona como las cigüeñas de sus nidos cuando llega el invierno.

—¿Qué te trae nuevamente por aquí, Domingo? Tengo medicinas. Así que no será ese el asunto que te ha hecho dejar San Roque.

—No, no es ese el asunto, Tomé.

—Pues tú dirás. Pero, antes, mejor será que descanses un poco y respires a fondo. Te noto como si un demonio te hubiera robado tu alma para dejarte la de un desesperado.

—Lo estoy y no encuentro solución que me de sosiego.

Dejamos de hablar un momento mientras el perro Lázaro husmeaba mis pies reclamándome carantoñas. Por un espacio

de tiempo que no sé calibrar nos quedamos los dos sin cruzar palabras y mirándonos a los ojos. No porque no hubiera nada que contar, sino porque, contrariamente, había tantas cosas que se me trompicaban en la cabeza que era obligado poner mesura y orden en los temas que había que abordar. Tomé rompió el silencio y se adelantó a decirme lo que yo no quería oír.

—Si vienes a saber el norte de los dos negros que tienen la orza de los portugueses no te podré ayudar. No lo sé. Y dudo de que haya alguien en Sevilla que lo sepa.

—Eso es muy extraño porque sabemos quiénes se dedican a asaltar tumbas en Sevilla.

—Cierto. Ese gremio es controlable, Domingo.

—Entonces ¿por qué razón no saltan sus nombres ni en la mancebía, ni en las tabernas, ni en la Puerta de Carmona, ni tan siquiera en las cárceles, donde todo se habla y se cuenta a cambio de una pieza de pan?

—¿Has buscado sus nombres en los palacios, en las casas más prestigiosas, en los salones más ricos, en los comedores con platos y cubiertos de plata?

—Indirectamente.

—¿Indirectamente? Qué me quieres decir, alguacil.

—Que alguien que trabaja para esa casta lo está haciendo también.

—¿Quién es?

—Lorenzo di Bonaventura, el As de Diamante, el hombre de confianza de don Gaspar.

—Ummmmmm —dijo Tomé confundiéndose su recelosa expresión con un gesto de dolor en la pierna.

—¿Estás bien?

—Creo que mejor que tú, Domingo. Pese a mis vendajes y a que la enfermedad no parece reducirse con las medicinas del médico Elías.

—Bonaventura asaltó su casa, destrozó sus artes de medicina y echó abajo su biblioteca. ¿Lo sabías?

—Lo sé. Y sé lo que buscaba con eso.

—¿Quién te lo ha dicho, cómo te has podido enterar?

Tomé, burlonamente, miró al perro y señalándolo repitió la

broma de siempre:

—Él, mi más fiel amigo.

—Necesito saberlo, Tomé. No estoy para bromas.

—Relájate. Así podrás pensar mejor.

—Dime, por favor, quién te lo ha dicho. Podría ayudarme.

—Saberlo no te llevaría a ningún lado.

—Pero llevará a la muerte a dos negros cada cierto tiempo si antes no le digo a Bonaventura quiénes son los morenos que asaltaron aquella tumba y se llevaron la orza.

—Ese precio tendremos que pagarlo —dijo con frialdad Tomé el Guineo.

—Hay gente cercana, muy cercana, amenazada: mi madre, Ibulorena, quizás el médico Elías…

—No creo que apunte tan alto. Primero tratará de intimidarte para hacer más rentable su chantaje y empezará a sacrificar a desgraciados y desprotegidos.

—¿Y después?

—No deberías darle la oportunidad de que tenga un después…

—¿Qué insinúas? ¿Que acaballe al hombre fuerte de un señor todopoderoso? ¿Un negro como yo? ¿Que le corte el cuello al sicario del hombre que me crio, educó, enseñó y me liberó?

—No te he dicho nada de eso. Serénate y escucha. Te he tratado de decir que no le des la oportunidad de que haya un después.

—¿Y cómo lo hago?

—No lo sé. Tú eres el alguacil. Tuyo es ese trabajo. Te ayudaré siempre. Pero hoy no sé cómo hacerlo. Solo hay algo que se me descuadra en este asunto.

Cuando dijo aquello me iluminé, me acerqué al leproso para escucharle detenidamente y clavé mis ojos en sus gestos, para no perderme ni un mínimo detalle que pudiera llevar encerrado algo de luz.

—Nada, olvídalo. No tiene sentido lo que te iba a comentar.

—Lo mismo tiene todo el sentido del mundo. Yo estoy debajo de la tormenta. Tú la ves desde fuera. Y aprecias mejor que yo dónde saltan los rayos.

—No tiene sentido lo que te iba a comentar. Ninguno.

Mi desesperación iba en aumento. No lograba dominar mi ansiedad ni sabía cómo despejar mi mente. Estaba perdiendo el control y, por instantes, empecé a ver a mi antiguo maestro como un ser mezquino y resentido, gustoso de saber que no era él solo quien sufría en esta vida, congratulándose de verme tan roto y demudado.

—¿Conoces la historia de enfrentamientos entre la Hermandad de la Antigua y la de los Negros?

Aquella pregunta me encolerizó. No tenía sentido. La enfermedad parecía que estaba comiéndole el seso al anterior alguacil mayor de los negros. ¿A qué venía hablar ahora de los pleitos entre dos hermandades antagonistas sevillanas? Yo buscaba a dos negros con una orza de monedas de plata y perlas. No a un disciplinante de luz detrás de un crucificado.

—No, no la conozco bien —le dije sin aprecio.

—Te recomiendo que te la cuenten en nuestra hermandad. Creo que te vendrá bien. Y podrás encontrar alguna respuesta a todo este disparatado asunto.

Humillados

Hubo un momento en Sevilla en que los negros ni teníamos sitio en el cielo ni en la tierra. Nos habían expulsado del paraíso. En la tierra, porque nos sacaron a la fuerza de la nuestra para convertirnos en mulas de carga y trabajo. En el cielo, porque incluso compartiendo las mismas creencias que los blancos, empezaron a despreciar a nuestros crucificados y vírgenes, para mofarse de ellos y de nosotros públicamente, en nuestras queridas procesiones. Aquella misma tarde, tras regresar del lazareto, me presenté en la iglesia de los negros en San Roque, buscando al hermano mayor, para que me contara lo que a juicio de Tomé el Guineo podría aclararme el camino de la historia de nuestra Hermandad de los Ángeles y su enconada disputa con la de los señores más poderosos de Sevilla. Estos, mayormente, eran hermanos de la de Nuestra Señora de la Antigua, Siete Dolores y Compasión. Toda una tarde estuve oyendo una larga letanía de reproches y humillaciones que desconocía o había oído vagamente sin que le prestara mucha atención. En mi natural bulle siempre el deseo de mirar hacia adelante, cerrar con el pestillo del olvido las que pasaron y procurar no hacer ni del pretérito ni del futuro dos hierros que me encadenen a cosas que fueron o a cosas que no sabemos si serán.

Pero aquella tarde escuché cosas terribles, horrendas, sin sentido y que, palpablemente, demostraban la hostilidad que había en nuestra ciudad entre blancos y negros. Blancos de altas cunas y de catres pestosos y con rebaños de liendres en sus sucios colchones. Todos ellos, sin apenas distingos, nos despreciaban pese a compartir el mismo altar religioso y las mismas devociones católicas. Nos tomaban por una suerte de cristianos nuevos, sin formación ni hondura espiritual, indignos casi de la religión que nos habían hecho profesar,

para que olvidáramos la que cada cual traía de África, so pena de acusarnos de brujería. Aceptamos la católica como la religión verdadera. Como la única en posesión de la palabra de Dios. Pero todos los hechos que me contaron, sucedidos en la Semana Santa de 1604, daban a entender que había dos clases de católicos: los ricos de la Antigua y los negros de los Ángeles. Los primeros, tan doctos como los padres de la Iglesia del Antiguo Testamento. Nosotros, tan endebles y atrasados como los negros recién llegados de la selva, mentes obtusas e infantiles que no era aconsejable para la reputación católica exhibir en demasía. Nos toleraban…hasta cierto punto. Quizás una nota de exotismo que había que controlar con severidad puesto que, como negros, éramos dado a la pendencia y a la borrachera. Los blancos eran todos honestos y sobrios…

Ya nadie quería acordarse de la demostración de fe y piedad que dio mi comunidad en las dos fiestas montadas en 1615 para apoyar el dogma de la Purísima Concepción y que asombraron a Sevilla entera. La memoria casi nunca acude en ayuda de la verdad. Sobre todo, si hay que recordar cosas, hechos y acontecimientos que molestan como un moscardón a la hora de la siesta. Y en Sevilla se acostumbra a dormir las cosas que descubren las mentiras y a los mentirosos. Aquel Jueves Santo negro de 1604, me contaba el hermano mayor de la Hermandad de los Ángeles, figura como una vergüenza en los anales de la Semana Santa sevillana. Por una cuestión de prioridad de paso en el Salvador, al que nuestra hermandad, por antigüedad le correspondía, ambas cofradías se enfrentaron formando una gran escandalera, llegándose a la agresión física. Era, de alguna forma, la Sevilla de los amos contra la Sevilla de los esclavos, aunque fuéramos libres. La Sevilla de los poderosos contra la de los menesterosos. Y se nos acusó ante los tribunales de haber irrumpido en la fila de la Hermandad de la Antigua con carreras y violencia, tirando piedras y agrediendo a las hermanas de la dicha cofradía, con capilla en el compás del convento Casa Grande de San Pablo. En el pleito intervinieron testigos que vieron los hechos, argumentando a favor de la hermandad de los poderosos. Se nos acusó de negros bozales, individuos sin razón, personas ridículas y

dados por nuestra natural inclinación a los delitos públicos. Hubo testigos que declararon habernos vistos, por la calle Alcauceros, sacar espadas y objetos punzantes. Alguien más osado aún, pero igual de irrespetuoso con la verdad, declaró que un negro alto, que llevaba colgado un carcaj, recriminaba a otro de nuestra hermandad por no haber asaeteado al que llevaba el estandarte de la Antigua. En aquel pleito se denunció, como hecho lacerante, que por no tener nosotros ascendencia de cristianos antiguos, osáramos competir con las demás cofradías de gente blanca. Como conclusión solicitaron que los negros no saliéramos más en nuestra cofradía, ni nos juntáramos el Jueves Santo por la noche y que nos quitaran la regla. Si esto le parecía al tribunal demasiado severo, solicitaron que, al menos, nos obligaran a salir el Martes Santo, yendo desde San Roque a la Cruz del Campo sin entrar en Sevilla y se nos señalara hora para que en ningún momento coincidiéramos con cofradías de blancos.

Me alertó el hermano mayor de que, en el susodicho pleito, no parecía dársele la debida relevancia a las humillaciones que nuestra hermandad había recibido años antes de este gran escándalo. Como, por ejemplo, pasando Nuestra Señora de los Ángeles por las Gradas, la gente empezó a tirar piedras, dándole una de ellas a nuestro Cristo. Tampoco se quiso airear mucho que la gente, predispuesta, va a vernos con la intención de mofarse y reírse de nosotros, tirándose pedos para nuestros hermanos y llamándolos borrachos y negros, e imitando nuestra lengua en guineo para burlarse y clavarnos alfileres. Siempre hemos defendido nuestras imágenes, que no consideramos superior a otras, puesto que todas representan al mismo Dios y a la misma Virgen. De lo cual, concluía el hermano mayor, se desprende una evidencia: los blancos no quieren que nuestra hermandad compita con la suya. Y son los poderosos e influyentes hermanos de la Antigua los que mueven todas estas alteraciones, pagando a gente sin escrúpulos que saben soliviantar a unos hermanos contra otros… en beneficio propio. Porque ellos alcanzan a los tribunales, tienen acceso a la Iglesia, están representados en los bancos del poder de la ciudad y manejan la opinión de los

sevillanos con consignas populares y efectivas.

Esa frase me dio una clave: son esa gente poderosa e influyente de la Antigua los que mueven todas estas alteraciones. Por primera vez en días vislumbré un poco de claridad al final del pozo. Y comencé a unir cabos. Si tenía que pasar algo en Cuaresma ya tenía una idea de lo que podría ser. Y todo me llevaba a creer que la relación entre Portugal, los intereses de don Gaspar y la obsesión de Bonaventura por encontrar el dinero con urgencia podría explicarse si, de una vez por todas, alguien daba norte de esos dos negros que se habían llevado la orza con la que se intentaba poner del revés el orden en la capital económica del imperio. Posiblemente alimentando una pendencia callejera entre ambas hermandades con los motivos de siempre. Qué paradoja. Todo aquello parecía ser una conspiración de blancos y, en cambio, nos volvíamos locos por encontrar a dos negros…

Cuestión de lealtad

La prudencia ha salvado más vidas que la medicina. Y no hay mejor droga para sobrevivir en tiempos alborotados que una lengua corta, unos oídos largos y una inclinación irrefrenable por parecer invisible. Nada de esto casaba con el temperamento y el carácter de aquel catalán que decía ser mercader de la seda pese a la aspereza de su lengua. A Jaume Colom, carne y sangre del linaje de los Colom mallorquines y catalanes, casa cuya gloria mayor fue el descubridor de América, lo marcaba esa imprudencia. Sostenía con orgullo e indignación ese descubrimiento suyo, invento y fantasía de sus delirios catalanistas, por negársele a don Cristóbal sus raíces catalanas. A Jaume Colom le podía su verborrea, su prepotencia y su firme convicción de que pertenecía a una selección natural de hombres elegidos para la gloria. Para la gloria de acabar con el rey, con su facultad de gobernar los distintos reinos de España y con una Cataluña libre e independiente. Iba contando por las tabernas a las que acudía con frecuencia que a Cataluña y a Andalucía les esperaban futuros similares, tan altos como los Pirineos de su tierra o los picos agrestes de Sierra Morena. Pude conocerlo en uno de sus mejores días, subido sobre un tonel del famoso mesón de la calle Harinas, soltando en su jeringonza proclamas que nadie entendía y provocaban la risa. No solo la forma de hablar de los negros era risible para los blancos. Tampoco los sevillanos, muy andaluzados en su habla, admitían un lenguaje tan contaminado como el del catalán del lacito amarillo en el chambergo. Los parroquianos se lo tomaron a risa. Y le hacían repetir lo que hablaba, aduciendo que no se le entendía.

—¿Qué idioma es ese, mercader? —le gritaban entre risas.

—¿Hablas siempre así? ¿O solo cuando tratas con los rufianes de la germanía?

—¿Eres polaco o etíope?

Abandonó su tonel y se sentó en la mesa, para seguir comiendo y bebiendo un estofado de papas con carne de conejo. No dudé en aprovechar la ocasión. Le pedí permiso y me senté a su lado. No sin antes recibir un comentario sin medida:

—No acostumbro a comer con negros. Pero en esta ciudad no hay mucha diferencia entre los blancos y los negros. Puedes sentarte.

Traté de interesarme en las cosas que había hablado y que nadie pareció querer escuchar. Realmente estaba absolutamente loco. Y solo la poderosa reputación de la casa de Medina Sidonia, para la que trabajaba y el blindaje intimidatorio que le proporcionaba Bonaventura lo habían salvado del desprecio verdulero de los sevillanos, siempre dispuestos a lapidar con frutas podridas y verduras hediondas al que se lo ganara. Curiosamente, también los valedores de los intereses reales habían hecho oídos sordos a sus bravatas, tomándolo por un loco irrecuperable, más cercano a un payaso de calle que a un peligroso conspirador. Esa misma falta de atención y una confianza fatal en la aristocracia portuguesa fue la que sorprendió a Olivares cuando le comunicaron que los nobles portugueses se habían levantado contra Castilla. Los peligros más reales suelen comenzar de forma tan banal y venial que nadie les da importancia hasta que el peso de los acontecimientos te los presenta como un hecho consumado. Es como la pequeña bola de nieve que rodando montaña abajo se vuelve una fuerza destructora cuando llega al valle. Luego se estrella contra los tejados y arruina casas, haciendas, animales y personas. Pero nadie avisó del peligro porque nadie quiso verlo venir.

—Estoy interesado en lo que ha dicho usted, señor —comenté ladino.

—Todos deberían estar interesados, toda esa chusma que se ríe y alborota. —Señaló Jaume con la cuchara de palo que chorreaba salsa de estofado.

—He creído entenderle que Andalucía…

—Lo que hayas entendido es cosa tuya. Yo sé muy bien lo

que digo. Y lo que hago.

—Pero sus palabras suenan fuertes. ¿No tiene miedo?

—No hay palabras fuertes cuando los oídos están sordos y no quieren escuchar. A eso sí que hay que tenerle miedo.

—Alguien puede malinterpretar lo que ha dicho. Hay espías del rey por Sevilla…

—Nadie puede malinterpretar a alguien que ha gritado «viva el rey y muera el mal gobierno». Eso lo saben hasta en Olivares —dijo con sorna el mercader de sedas.

—Llevo escuchando desde hace días que van a pasar cosas dolorosas en Sevilla.

—¿Y?

Pensé que usted sabría algo.

—¿Por qué?

—Porque ha hablado de Portugal y Cataluña. Y creí que ambas cosas estarían relacionadas con lo que pueda pasar en Sevilla. También en Sevilla se ha gritado «viva el rey y muera el mal gobierno».

—Negro ¿a qué te dedicas?

—Soy una persona libre, trabajé como paje para el duque de Medina Sidonia hasta que manumitió a mi madre y a mí. Me llamo Domingo Congo.

Jaume Colom dejó de comer, se limpió la boca con la manga de su camisa y se quedó mirándome a los ojos como si hubiera visto en ellos la resurrección de Santa Coloma, el virrey catalán asesinado por los rebeldes catalanes durante la revuelta del pasado año por Corpus Christi.

—¿Conoces a don Gaspar?

—Como si fuera un pariente cercano.

—¿Un negro pariente cercano del duque de Medina Sidonia? O estás de vino como un tonel o estás loco de remate.

—Fui su paje durante años.

—¿Sigues siéndole leal?

—¿Cómo no serlo después de la educación, trato y enseñanzas que me dio?

Vi, por un momento, la duda en los ojos del catalán. Aquel hombre tan seguro de sí, displicente con el peligro, cebado por un alto concepto de sí mismo, había sentido la duda por la

simple revelación de un dato que le adelanté. Mi pasado vínculo con don Gaspar. Y esa era la mejor pista que yo pude sacar de aquella mesa donde el catalán comió solo, bebió solo y fue incapaz de ofrecerme tan siquiera un vaso de agua. Si nuestro futuro estaba en manos de tipos como aquel, no había necesidad de poner Sevilla boca abajo. Porque lo que llegara no mejoraría lo que se espantara. Pero hubo más aquel día. Y salió de esa misma mesa. De la boca de aquel deslenguado payaso.

—¿Me ayudarías?

—Depende —le respondí.

—Mejor dicho: ¿ayudarías a tu antiguo señor?

—Siempre.

—Pues hay que encontrar una orza con monedas de plata y perlas del Darién. Para que en Sevilla ocurran cosas dolorosas.

Todo comenzaba a encajar a la perfección. Ya no había lugar para las conjeturas ni las especulaciones. Las cosas dolorosas que iban a pasar en Sevilla venían inspiradas desde Portugal, lugar desde donde se hizo llegar la orza perdida para pagar y dirigir una serie de graves desórdenes públicos, empezando por la cofradía de los Negros, que convenientemente instigada a su paso por las calles de la ciudad por elementos peligrosos, reventaría el Jueves Santo. Todo estaba escrito para que por Sevilla no solo corriera la sangre del crucificado de los Negros… Salí del mesón y, ahora sí, con renovado optimismo, comencé a hacer sonar mi silbo característico, mientras pensaba en un cabo suelto pero importantísimo:

¿Debía ayudar o traicionar a mi antiguo señor, don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, IX duque de Medina Sidonia y pretendiente a la Corona de una Andalucía desvinculada de Castilla?

Cruces

Hay cautivos con las manos más libres que las mías. Cautivos que, al menos, tienen libertad para elegir a quién defender y a quién delatar. En mi caso, pese a ser un hombre libre, ni eso me fue concedido. Porque me debatía entre la posibilidad de servir al rey y la imposibilidad de ser creído cuando delatara al duque. ¿Quién iba a creer a un negro del barrio de San Roque de Sevilla? ¿Qué alto juez iba a escucharme decir que mi antiguo señor conspiraba en Portugal, junto al nuevo monarca luso, Juan IV, contra su poder y su gloria, por mucho que gritaran «viva el rey y muera el mal gobierno»? Nadie. Absolutamente nadie. En el mejor de los casos acabaría en galeras o bien sirviendo en los ejércitos de Felipe IV, tan necesitados de nuevas levas para aplastar los desórdenes que se levantaban en sus reinos: en Nápoles y Sicilia, en Aragón, en Valencia, en Lombardía y, quién sabe, quizás también en Andalucía. Así que, mientras silbaba por las calles de Sevilla, cada día más abandonadas y ganadas por ejércitos de ratas y charcas pestilentes, caí en la cuenta de mi nuevo cautiverio. Tenía las manos atadas para actuar en uno o en otro sentido. Porque siendo negro, aunque libre, no merecería mejor confianza que los calificativos con los que los sevillanos solían agasajarnos: borrachos y pendencieros. Yo era una mierda en la capital de la mierda.

Camino de San Roque, en algunas paredes de las casas intramuros, se había hecho pintar o levantar cruces para intimidar a los vecinos y hacerlos desistir de arrojar basuras a la calle. Pensaron que el respeto sería mayor a la cruz que su bárbara falta de urbanidad. Pero tuvieron el mismo efecto que si hubieran pintado monigotes. Los sevillanos seguían arrojando basuras a la calle, en tal cantidad y variedad, que espantaba. Pensaban que sus casas y las calles eran cuerpos

autónomos, diferenciados y antagonistas, por lo que todo lo que fuera susceptible de llamarse basura iba directamente al basurero comunal. O sea, a las calles de la ciudad. Incluidas las más céntricas. Esta apoteosis de la mierda, junto con los desagües de los hospitales intramuros y los cementerios adosados a los mismos, con sepulturas de mala calidad y, muchas de ellas, casi al ras del suelo, contaminaban el ambiente y lo hacían irrespirable. Yo mismo vi una vez cómo en el cementerio del Salvador, donde se enterraban los cuerpos del hospital de los Incurables, a un perro arrastrando el miembro de un enterrado para comérselo. Y los días de mercado en la misma plaza no era infrecuente ver cómo algunas monturas, al pasar por las tumbas, las desbarataban, quedando a la vista de todos los pudrideros que guardaban con tan poca consistencia.

Sorteé una montaña de escombros y estiércol tan grande que tuve que taparme la nariz para seguir adelante. De entre los cascotes aparecía la cabeza de un burro muerto, apilado en aquel muladar como si fuera basura doméstica, provocando gran queja de vecinos que reclamaban limpieza para el barrio. Es curioso: los mismos vecinos que la llenaban de mierda se quejaban después de tanta suciedad y abandono, que según los más enterados era origen de tantas pestilencias como nos asolaban. Pero Sevilla solo tenía limpio los compases de las casas más principales, verdaderas islas de higiene y salubridad, donde los jardines y las huertas interiores sanaban el aire y los sahumerios impregnaban el ambiente con el mejor incienso del mercado. Los ricos olían bien. Al menos por fuera… Llegando a la Puerta de Carmona, antes de traspasarla, decidí visitar la casa del médico Elías. Tal vez el judío, tan sagaz y prudente, pudiera contarme algo que yo no supiera, siempre y cuando el monstruo de Bonaventura lo hubiese liberado de su secuestro. Llamé a la puerta y me abrió Ibulorena, con sus pechos tersos, su marca de cautiva en la cara debidamente coloreada y una expresión entre dulce y dura que solo una negra jolofa como ella sabía ordenar en su hermoso rostro. Nuevamente me recibió con una queja:

—Alguacil, siempre llegas tarde a mi vida.

Y me abrazó y me besó. Como si ese mismo día fueran a quemarla por bruja o hereje. Yo me dejé hacer. Y en el suelo, porque la pasión nos impidió llegar a un sitio más confortable, nos amamos con furia, como ajustándonos cuentas pendientes, con besos que dolían, caricias que arañaban, jadeos que eran estertores y un placer tan intenso que anunciaba dolor y daño. Era dura de nalgas y muslos. De vientre tan plano como una tabla. Y su boca, redonda y carnosa, era el refugio perfecto para huir del mundo. Tres veces me vacié sobre ella. Y ella hubiera aguantado que el Guadalquivir entero, en una de sus furiosas avenidas, se vaciara sobre su espléndida naturaleza.

—¿Sigues pensando que siempre llego tarde a tu vida, Ibulorena?

—Lo sigo pensando. Por mucho que te ame y te posea.

—¿Y Elías?

—Salió. No dijo a qué.

—¿Lo maltrataron los hombres de Bonaventura?

—Vino sin señales.

—¿Comentó algo?

—Sí.

—Puedo saber qué.

—Bonaventura se interesó mucho por mí y mis creencias.

—Ese león anda detrás de una gacela. Y la gacela eres tú. Déjate ver por la iglesia, redobla tu asistencia a misas, demuestra tu fe y fervor. Y por Dios, que nadie sepa que eres hija de Oshun y que como tal te comportas.

—Despreocúpate. Así lo haré.

La besé de nuevo y antes de irme le expresé mi amor:

—*Mo infe re* —le dije en yoruba.

Ella me contestó en castellano.

—Yo también te amo.

OSHUN

En la capital de las dobles caras, los negros también tenían sus duplicidades. Así en la tierra como en el cielo. Ibulorena siguió mi consejo y se dejó ver por iglesias y altares, haciendo gala y ostentación de su supuesta fe en el credo de los cristianos. Pero la jolofa, hija de Oshun, una santa orisha reina de los ríos de agua dulce, arroyos y manantiales, que tomó su nombre del río africano donde nació, Ósun, era una consumada experta en interpretar papeles. Oshun personificaba la zalamería, la coquetería, la gracia, la dulzura, el amor, el romanticismo y un inagotable poder de seducción. En el caso de Ibulorena también podría haber añadido sus poderosas dotes interpretativas. Porque lo mismo que le rezaba a la Caridad tenía presente en sus oraciones y plegarias a Oshun. A veces llegó a confundirlas, a unirlas en una sola creencia celestial, pese a que llamara a cada una por su nombre. Solo los iniciados en la regla Ocha, la religión de los yorubas, sabrían interpretar los movimientos y amuletos que Ibulorena llevaba haciéndolos pasar por inocentes adornos femeninos. Sus collares de cuentas de cristal amarillo, sus pulseras de bronce imitando al oro, la olla de color amarillo donde depositaba la piedra fluvial que personificaba en la tierra su devoción y sus periódicas salidas a las escondidas riberas del Tagarete para hacer sus *ebbós,* sus ofrendas a la reina del río.

Todo eso lo hacía con tanto o más ocultamiento que los contrabandistas que, entre Sanlúcar y Coria, solían acompañar a las naos que llegaban de Indias para sacar por la baja los productos pactados con capitanes y pilotos corruptos, para mercadear con ellos en la ciudad. Toda precaución era poca. Y más ahora, cuando los ojos de un implacable sicario estaban clavados en ella, agarrándome aún más por el cuello de lo que

ya me tenía. A mí me resultaba cómico ver cómo Ibulorena, para alejar las cosas malas de la casa del médico Elías, preparaba sus despojos con perejil, agua, miel y canela en polvo, baldeando después con una palangana la entrada de la casa. Hay que aclarar que el perejil es una de las muchas hierbas de la que es dueña Oshun y que pone a disposición de sus hijas para utilizarlas como mejor les convenga. Me contó alguna vez que Elías la vio preparar aquel remedio que servía para alejar lo malo y para atraer el trabajo y que el médico, sorprendido, le preguntó si era una bruja. Ella le respondió con una risa en su hermosa boca que si Elías se consideraba un brujo. Porque, al fin y al cabo, ambos trabajaban con elementos parecidos para buscar sus remedios. El judío los corporales para frenar o corregir las enfermedades de los hombres. Ibulorena invocaba a los dioses yorubas para sanar los males del espíritu, las miradas envenenadas tan abundantes en aquella ciudad donde no había un solo cristiano que, a espaldas de sus confesores y guías espirituales, no portase bajo sus ropas un talismán o amuleto junto con una cruz o medalla religiosa. El judío, siempre tan razonable, se limitó a asentir con su cabeza y a exponerle un temor, como me explicó la jolofa en uno de nuestros encuentros amorosos:

—Lo que tengas que hacer, hazlo. Pero sin que se entere tu propio pensamiento. En esta ciudad las paredes oyen. Y las cosas que haces, manipuladas con mala fe, te llevarían directamente al castillo de Triana…

Realmente el judío llevaba razón. Si Bonaventura, por ejemplo, entrara otra vez en casa de Elías, convenientemente informado por algún negro comprado a buen precio, no se dedicaría a destrozar libros, ni matraces, ni frascos con medicinas en preparación. Se iría a ver qué había en aquella marmita, por qué Ibulorena baldeaba la puerta de entrada a la casa con aquellas zambumbias y, sobre todo, por qué con cierta periodicidad iba a bañarse en las riberas del Tagarete regalándole a la reina del río aquellas ofrendas frutales tan copiosas: naranjas, ciruelas, almendras y manzanas. Explicar eso no sería fácil. Y la situación del médico se vería, igualmente, muy comprometida. ¿Cómo convencer a un oficial

de la Santa que una negra bruja y un judío neoconverso, esclava y amo, no habían convertido aquella casa del barrio de Santa María la Blanca en una cueva de herejes? Para ser sinceros, nunca tuve dudas de la fe de la jolofa en sus orishas africanos. Pero viendo la desenvoltura con la que practicaba la religión católica, sin poder evitarlo, alguna vez pensé de forma involuntaria, como te suelen asaltar los pensamientos que no controlas, que quien es capaz de seguir dos religiones a la vez no tendría muchos problemas de conciencia para abrazar una tercera… ¿O sí?

CAPÍTULO III
PODEROSO CABALLERO

OJOS INVISIBLES

Hasta la oscuridad tiene luces en Sevilla. Y ni embozado con la capa de la prudencia dejas de sentirte desnudo. Esta ciudad lo ve todo. Y en eso se parece al Padre Eterno que toma nota con cuidado y dedicación de las faltas de sus hijos. Pero no es tan justo como Él. Sevilla tiene un juicio final cada día: por un platero que resella tramposamente la plata; por un carnicero que vende como vaca carne de mulo; por una bella señora que se fue al Perú engañando al marido para convertirse en Lima en la más desvergonzada cortesana ofreciendo sus favores, incluso, al virrey; por dos desertores de la guerra con Portugal vestidos de mujeres y expuestos en la plaza de San Francisco a la vergüenza pública por su cobardía… Siempre había un juicio en esta ciudad que muchas veces, por su agitación, me recordaba la de un hormiguero cuando de un pisotón lo desbaratas y las hormigas, en desbandada y sin control, se desatan en una tumultuosa anarquía. Miles de ojos están pendiente de los que no los ven.Y estos, a su vez, vigilantes de otros tantos. Para finalmente llegar a la conclusión de que todos nos miramos y nos vigilamos. A mí me vieron los ojos esquinados de un ayudante de Bonaventura en el mesón donde Jaume Colom quiso tenerme como colaborador de don Gaspar. Y no tardó mucho en saberlo el As de Diamante. ¿Qué hacía yo, el alguacil de los cuervos sevillanos sentado a la mesa del mercader de sedas? ¿De qué estuvimos hablando?

Eso no se lo pudieron leer los ojos de su espía en el mesón de la calle Harinas, tan celebrado por todos en la ciudad, tanto por su comida como por las formas tan comestibles de la mesonera que lo regentaba. Así que vino a preguntármelo. Imagino que, antes, también habría hablado con el catalán. Yo desconocía ese aspecto. Pero no era gratuito suponerlo. Supo

encontrarme en las Gradas donde, ese día, se vendía un lote de diez esclavos y esclavas, recién llegados del mercado de Zafra, al estar la frontera portuguesa inhabilitada para los negocios, debido a los conflictos generados por la independencia. Con su natural veneno se dirigió a mí:

—La guerra los ha encarecido. Tener un esclavo negro cada día cuesta más dinero. ¿Has venido a comprar uno? ¿Te lo puedes permitir?

—¿Y tú?

—Yo no tengo dinero. Pero es posible que tú hayas tenido un golpe de fortuna durante esta Cuaresma…

—¿Insinúas que tengo la orza de San Bernardo?

—Yo nunca insinúo. Actúo. Lo comprobarás un día de estos. Si antes no aparece lo que ando buscando.

—No debes buscar bien cuando un mercader que conoces me ha pedido ayuda.

—¿Conoces al catalán?

—Digamos que he comido con él…

—Yo le he hablado de ti.

—Supongo que bien. Dada la estima que me tienes…

Bonaventura dejó escapar una sonrisa para rematar la faena:

—Sin duda. Conoce la clase de negro que eres…

No me amilané.

—Uno de los más estimados por tu señor. Nunca lo olvides.

—Yo no olvido. Es una perniciosa manía que tengo. No sé olvidar. Y no quiero que olvides una cosa.

—Suena amenazante…

—La música la pones tú, que para eso eres negro y se te da bien la zarabanda y la chacona. Nunca olvides, por mucho que hayas engatusado al catalán, que don Gaspar se alegrará de saber que colaboras con nosotros, así se lo comunicaré yo mismo. Pero la voz de mando sigue siendo la mía.

Mientras finalizábamos aquella declaración de intenciones, de fondo, me martilleaba el llanto desconsolado de un pequeño en brazos de su madre, recién vendida a muy buen precio a un alfayate de San Marcos. La escena me recordó la que tuvo que vivir Negra Flor, tantos años atrás, embarazada y en tierra tan extraña, perdida, confundida, lamentando su destino. Sin nadie

a quien acudir. Sin nadie a quien abrazar. Terriblemente sola. Antes de despedirme de aquel maldito le dije algo:

—Ahora todos buscamos lo mismo. Imagino que eso levanta tu amenaza sobre los míos.

—Cierto. Ahora somos tres buscando lo mismo. Pero eso no levanta ninguna amenaza. Por el contrario, te obliga aún más a dar con esos putos negros que se llevaron la orza y la tendrán escondida en alguno de vuestros infiernos…

Socio y cómplice

Si la verdad costara dinero, ni los prestamistas la querrían. Suele dar más problemas que ventajas. Y yo hace tiempo que dejé de tratarla. Más que la verdad me interesa saber, conocer, estar al corriente de las cosas. Soy alguacil de negros, no un filósofo cavilando sobre la realidad última de la vida. Con la verdad, como con la poesía, no llegas muy lejos. A la gente le importa una mierda la verdad, como le importa otra mierda la poesía. Por eso es probable que haya tenido tanto éxito entre los lectores el personaje de Sancho Panza del libro escrito por Miguel de Cervantes. Ese gordo escudero, que viaja a lomos de un burro y que tiene un sentido tan realista de la vida me ha hecho reír y pensar a la vez, mucho más que las ilusas ensoñaciones de su señor, aquel hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Pero lamentablemente uno no le hace caso a la razón y se suele abandonar a las falsas ilusiones, por más costalazos que la vida te haya dado. Con muchas ilusiones fui a darle noticias de mis desvelos al mercader Jaume Colom, tras la conversación mantenida con Bonaventura. Me urgía tener, en aquel triunvirato de ocasión, a Colom de mi parte o, al menos, no contra mí. Las vidas amenazadas por el terrible sicario y la posibilidad de detener su criminal chantaje me pusieron, de forma obligada, a los pies del mercader, quizás una de las pocas personas que podían disuadir al As de Diamante de matar semanalmente a dos de los nuestros si no aparecía la orza del cementerio de San Bernardo.

—Señor Colom, esta alianza de los tres para ayudar al señor duque me hace socio y, a la vez, cómplice. Y entiendo que se me debe algo.

Jaume Colom estaba en su almacén de la Alcaicería de la Seda viendo el género que había comprado en Écija, donde

más de quinientos telares de tan fina tela y trescientos de lino aportaban cantidad y calidad al mercado siempre urgido de Sevilla. Tocaba las telas con la sensibilidad en sus dedos de una caricia y, por los gestos de su rostro, estaba complacido de lo que había adquirido. Se giró y centró su atención en mis preocupaciones.

—Llevas razón, Domingo. Eres socio de una alianza, pero, a la vez, te vuelves cómplice de una conspiración. Es evidente. Pero me dijiste que siempre ayudarías a tu antiguo amo.

—Y así lo haré si mis socios, a su vez, me ayudan.

—¿Puedes ser más claro, alguacil?

—Si te refieres al color de mi piel, resulta imposible…

El catalán soltó una sonora carcajada.

—No, evidentemente no me refería a eso. Me refería a tus peticiones. ¿Qué te podemos dar?

—Tranquilidad y sosiego.

Pasé a explicarle a Jaume Colom la amenaza que pendía sobre los negros si no aparecía la orza de los portugueses. Colom escuchaba, con entendimiento, pero sin soltar una sola palabra.

—¿Y cuándo se producirán esas ejecuciones? —me preguntó.

—Me temo que un día de estos si antes no encontramos esa maldita orza.

—La Semana Santa cada día está más cerca. Y en Lisboa esperan un levantamiento en Sevilla. Ese es mi objetivo en todo este asunto.

—Ese es el interés de Lisboa. El mío es que no se produzcan muertes. Solo quiero que hables con él, que trates de convencerle de que es una locura. En San Roque no está la orza.

—Pero sabemos que fueron dos negros los que se la llevaron.

—Presuponemos eso. Pero no sabemos nada más.

—Es suficiente para que tú, como alguacil de negros, lo soluciones. Ahí dejo de tener argumentos para poder asistirte. Bonaventura lleva razón.

Hice una pausa para tomar aire y aclarar ideas. Era evidente

que Jaume Colom no era ningún quijote y que si había forma de tenerlo de tu parte era a base de realismo puro y duro. Le respondí:

—Si Bonaventura lleva razón, yo me quedo en socio sin ninguna ventaja y en cómplice de un levantamiento contra el rey. Soy negro. Pero no estúpido, Colom.

—Te diría que levantarse contra el rey es el mejor pago que puedes recibir…

—Me suena a poesía. Y la poesía es una mierda, mercader. ¿Qué ganas tú en todo esto?

—La libertad de Cataluña y la posibilidad de vender mis sedas, sin intermediarios, en Indias, donde tengo prohibido llevarlas por ser mercado exclusivo de Castilla.

—¿Y Bonaventura qué ganaría?

—Imagino que si el duque triunfa en su alzamiento lo tendría muy fácil para convertirse en un aventajado mercader como lo fue su padre. Me han comentado que sueña con ser tan rico como él.

—¿Y yo qué saco de todo esto, Colom, si la poesía me parece una mierda?

El mercader me miró de arriba abajo, con cierto aire de superioridad, y le pudo su incontenible soberbia:

—Dime ahora mismo si sigues con nosotros o te vas.

—Sigo con vosotros hasta que ese maldito genovés ejecute a los dos primeros negros. Entonces ya te diré en qué bando me apunto. En tus manos está convencerlo.

Salí de su almacén de coloridas sedas tan rojo como un manojo de rábanos. La rabia me podía. Había ido a ganarme un incondicional y ahora estaba más solo que antes. Era el lugar que un negro debía ocupar en una conspiración de blancos. Como diría el hermano mayor de los Ángeles, mis dos socios pertenecían a la Hermandad de la Antigua y yo a la de los Negros. Caminé por Sevilla silbando, como siempre, mis preocupaciones. Pasé por Sierpes hasta la Cárcel Real, en cuyas puertas vi la mano cortada de un ajusticiado, tal vez de uno de los muchos ladrones que tienen su Potosí en esta ciudad. Luego me acerqué a la esquina de Casimiro, allá por donde se venden los hierros viejos, en el malbaratillo. No estaba. Dudé entre

salir por la Puerta de Triana y llegarme a la casa de mi amigo de la mar o salir por la Puerta de los Azacanes y entretenerme con la visión de las galeras a punto de terminar su invernada. Perdido en mi laberinto no vi venir, desbocado, un carro tirado por dos mulas cargado de piedras para la construcción. Una mano me apartó de una muerte segura. Era la de Elías Benasayag. Lo miré y le dije agradecido:

—Es evidente que tu destino es salvar vidas…

—Créeme, Domingo Congo, la tuya corre más peligro que la de un enfermo de bubas…

Poderes

El acero vizcaíno te da seguridad para andar por calles estrechas y oscuras. Pero no es comparable con la sensación de invulnerabilidad que te ofrecen una buena cuna, largos y sonoros apellidos y mucha ventaja en donde los hombres pierden la libertad y la vida. Allí, en los tribunales, he conocido a fieros que, a punta de cuchillo, han querido escapar de su suerte, que no era otra que un nudo de cáñamo al cuello para bailar en el aire de una horca, finibusterre le llaman los hampones. De esos lugares donde reinan los jueces, los procuradores y los escribanos no se sale con hierros. Por muy afilados que estén. Simplemente, no se entra si te acompaña una buena partida de nacimiento. Tras salvarme la vida creí oportuno compartir con Elías el tiempo que me habían regalado sus reflejos, sabiendo que la charla siempre es grata y pedagógica. Salimos al puerto que estaba invadido de gaviotas enloquecidas, no sé si porque el tiempo fuera a cambiar o porque los muladares adosados a la muralla suponían para aquellos pájaros blancos un verdadero festín gastronómico. Elías y yo nos sentamos sobre dos rudos cordajes de naos, dispuestas en rosca sobre el suelo para secarlas o darles utilidad en la próxima salida de la flota. El judío, con enorme satisfacción, me enseñó un magnífico dibujo a lápiz hecho en el taller de don Francisco Pacheco, uno de los artistas más considerados de la ciudad, veedor del oficio de los pintores y de pinturas sagradas, nombramiento este del Santo Oficio. Elías mantenía buenas relaciones con Pacheco, pese a ser más joven que el pintor sanluqueño, al que trataba de los achaques propios de la edad. No sé si será cierto, pero cuentan que, entre los muchos hombres cultos que pasaron por la tertulia del pintor, Pacheco los dibujó a todos y, entre tantos prohombres podría estar Elías Benasayag. Pero al médico no le

ganaba la vanidad. Le ganaba la ciencia, el saber y el ayudar a mejorar la salud de aquel pintor que lo había sido todo en Sevilla. No en vano, el gran Diego Velázquez empezó a formarse en su taller, para casarse luego con una de sus hijas y aprovechar las relaciones de su suegro en la corte, hasta donde lo mandó para que se convirtiera en el pintor de cámara de Felipe IV y uno de los más grandes artistas de todos los tiempos.

—¿Te gusta el dibujo?

—Es idéntico al Cristo de San Agustín —le dije.

—Parece más real que la propia talla, Domingo.

—Quizás fuera él quien te iluminara para salvarme la vida —le comenté.

—Quizás. Quién lo sabe. El caso es que estamos vivos.

Aquel «estamos vivos» hacía sutil referencia a la captura y secuestro que Bonaventura perpetró sobre el judío algunos días atrás.

—¿Te maltrataron?

—No, Domingo. Salvo si acordamos que sacarte de tu casa a la fuerza, sin motivo, y mantenerte encerrado en una habitación a oscuras no constituye ningún maltrato, entonces, digamos que no. Que no recibí ni un solo arañazo.

—Saben cuidar la mercancía, Elías.

—Es posible.

—¿Adivinas lo que querían con tu secuestro?

—Lo sé, alguacil. Resulta evidente. Pero no cayeron en que mis medicinas no solo curan a Tomé el Guineo. También las distribuyo entre grandes y poderosos nombres de la ciudad. Entre ellos el del artista propietario del taller que me ha dibujado este magnífico crucificado.

—Magnífico y milagroso, como hemos quedado —le dije a Elías para que ambos sonriéramos por nuestra buena suerte.

—Ibulorena se encargó de hacer correr la noticia por la ciudad. Se llegó a casa de Pacheco y a las casas de las personas principales que están bajo mi tratamiento médico. También hizo llegar la novedad al convento de los agustinos a quienes, como sabes, ayudo no solo con el trabajo profesional propio, sino con el dinero con el que les asisto para sus necesidades.

—Solo faltó que el asistente mayor le tirara de la oreja a Bonaventura…

—Faltó poco. Pero no fue necesario. Con los que te he nombrado me dejaron salir sano y salvo, sin un solo rasguño. Pero con el mensaje de su maldad diáfano y transparente. Eso lo sabes tú mejor que yo.

—Sí, Elías. Eso lo sé muy bien y lo llevo como un grano en el culo.

—En peores sitios los he sajado y curado, alguacil.

—Ojalá esto fuera solo una cuestión de sajar y colocar emplastes de hierbas, Elías. Ojalá esto fuera solo una cuestión de salud y medicina. Quieren hacer enfermar a la ciudad con algo más terrible que la peste o los polvos de Milán. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Se produjeron en Milán y luego en Cataluña unas pestes muy severas. Y se culpó de propagar la misma a unos desalmados herejes que echaban veneno en las arcas de agua que suministraban a las ciudades. Aquí se tomaron medidas en el tanque de los caños de Carmona y la peste no nos alcanzó.

—Siempre la culpa de todo lo malo la tienen los herejes, los pobres y los extranjeros.

—Eso es cierto, alguacil. Por eso es recomendable tener buenos apellidos cobijándote, amparándote. Luego, lo demás, lo dejas en manos de este Cristo —dijo el judío desplegando otra vez el papel y admirando el dibujo.

—¿Qué vas a hacer con ese dibujo?

—Colocarlo con un bello marco en la pared principal de mi laboratorio. Seguro que me guiará para salvar muchas vidas. No en vano a él se entrega Sevilla cuando la sequía es extrema, cuando el Guadalquivir embravece y nos ahoga con sus aguas, cuando las pestes nos asolan y cuando las guerras no se terminan. Yo solo le pediré que me dé luz e imaginación para acabar mejor mis medicinas y hacer bien mi trabajo.

Nos levantamos y decidí acompañarlo hasta su casa. Hablamos y reímos, como solo puedes reír cuando sabes que estás vivo gracias a la mano de un buen… iba a decir ángel de la guarda. Pero me parece un exceso. Estoy vivo y soy

agradecido. Todo lo demás sobra.

—Debes tener cuidado, Domingo. Lo del carro de hoy no creo que fuera casual.

—Yo tampoco lo creo. Pero me pregunto: ¿por qué me quieren acaballar? ¿Qué ganarían con eso?

—Quizás mandarían al cementerio a una de las pocas cabezas que saben pensar con lógica en Sevilla. Y pensar siempre es una amenaza.

—La única amenaza que me angustia es que van a ajusticiar a dos negros si no aparece esa maldita orza portuguesa.

Seguimos el camino hasta que llegamos cerca del palacio de los Levíes, donde Elías tenía su casa. Hacía calor. La agitación de las gaviotas del puerto no era normal. Y del interior de algunas huertas conventuales se desprendía un intenso olor a azahar. Ese calor pegajoso parecía que era un pregón de lluvias tras una severa sequía. Desde lejos creí ver que de la casa del judío salía un perro o un gato. ¿O fue una sombra?

—Aquí nos despedimos, Elías. Si fueras clérigo te besaría las manos —le dije.

—Menos mal que no lo soy. Hago más falta en mi botica que en una sacristía. Si no tuvieras tanta prisa te invitaría a pasar y tomar un jugo de frutas. Ibulorena los prepara muy bien.

Dudé. Dudé si seguir hasta San Roque o demorarme en casa del judío y ver, a distancia, disimulando nuestros sentimientos, a esa jolofa que me volvía loco de cintura hacia abajo y de cintura hacia arriba me inflamaba el corazón y perturbaba mi cabeza. Me sacó de la duda un comentario final del médico.

—Temo por su seguridad. Preguntaron mucho por ella mientras me tuvieron secuestrado. Creo que Ibulorena está entre sus objetivos más inmediatos.

Y entré y me quedé en casa de Elías Benasayag…

Limpieza

Cuando un cazador se obsesiona con una pieza solo caben dos posibilidades: que termine cobrándose lo que busca o que la pieza acabe por angustiarlo de tal forma que se olvide de vivir. Dejará de ser el cazador para coinvertirse en el animal cazado, cayendo sobre una trampa que, a duras penas, tiene escapatoria: la de perder la razón. Ibulorena no estaba en casa y, según me confesó su amo, es posible que hubiera ido al río, donde gustaba bañarse, me aseguró Elías sin saber muy bien, creo yo, el significado de lo que me decía. Yo en cambio conocía muy bien a qué iba al río aquella negra tan bella como independiente, pese a su condición de esclava. En el río estaba el espíritu de Oshun, dueña de las aguas dulces, de los arroyos y manantiales. Cada vez que Ibulorena se dirigía al Tagarete, buscando las zonas más tupidas por árboles de ribera y cañaverales, lo hacía para dejar su *ebbó,* la ofrenda a la santa con las frutas de su gusto. Debo reconocer que no verla en la casa me produjo desazón. Y un escalofrío que me nació en la nuca y recorrió toda mi columna vertebral, casi me deja en evidencia ante el astuto y observador judío. Dominé como pude mi inquietud y traté de aparentar serenidad y control de los miedos.

—¿Te pasa algo, Domingo Congo?

—Ibulorena…

—No te preocupes por ella, Domingo. Va al río porque dice que le recuerda su tierra africana. Lo hace a menudo.

Le contesté con un gesto silente de aparente despreocupación. Pero la *ikú,* la muerte, se había apoderado de mis pensamientos y presentimientos, envolviéndolos en un incómodo y atosigante fantasma de color ceniza que me hacía temer lo peor. Era evidente que la jolofa era pieza para cobrar por los cazadores de Bonaventura. Como Bonaventura le dijo,

sabía que me calentaba la cama… Tal vez alguien habló alguna vez más de la cuenta. Quién lo sabe. Pero a nadie se le ocultaba que Ibulorena iba con cierta periodicidad a mi casa de San Roque para hablar con Negra Flor, que la aconsejaba e instruía en cómo desenvolverse en ambientes tan hostiles a los negros como eran las calles de Sevilla. Días atrás yo le había casi suplicado que redoblara sus asistencias a misa y se dejara ver por los altares cristianos, haciendo pública su fe y recogimiento. Es verdad que lo hizo. Pero también es cierto que no se olvidó de Oshun y de sus símbolos y adornos más evidentes. Eso que no me había preocupado nunca comenzó a preocuparme ahora. Y eché un rápido vistazo al lugar donde la jolofa dormía. Le pedí permiso al judío para inspeccionar aquella humilde pero limpia habitación y me llevé su marmita, en cuyo fondo, en agua del Tagarete, guardaba el *otán,* la piedra que simbolizaba a Oshun. En Sevilla, salvo los negros que estaban en el secreto de sus creencias africanas, nadie sabía muy bien interpretar estas cosas. Pero lo primero que se le ocurría a todo aquel que intentaba cobrarse una pieza de caza negra por envidia, ajuste de cuentas, rencillas o deseos no correspondidos, era acusarnos de herejes, basándose en la prueba más insustancial. Guiado por la prudencia me llevé a San Roque la marmita y su *otán*. Para que ninguno de los cercanos cazadores que la merodeaban pudieran hacer de aquella olla una prueba contra su fe cristiana.

Antes de abandonar la casa, Elías, me confesó que había descubierto en su esclava conocimientos de hierbas y plantas que él estaba añadiendo a su amplio acervo médico. Y que le ayudaba a preparar remedios contra algunas enfermedades comunes como la tiña, la sarna y las diarreas con una botánica que le era desconocida. Vino para limpiar y ordenar la casa. Y se estaba convirtiendo en una consumada ayudante de la mejor botica.

—Más de un sevillano se ha curado con remedios de negros. Y lo más curioso del caso es que no pueden imaginarse de dónde le vino su sanación. ¿Ves ese mortero? —me dijo señalando uno que estaba sobre la mesa de su laboratorio.

—Lo veo, Elías. ¿Por qué?

—Porque en ese mortero está Ibulorena preparando una droga africana para Tomé el Guineo. Esa será la próxima medicina que le lleves.

—¿Y se puede saber qué es lo que le llevaré?

—Algo que lo va a mejorar mucho. Ibulorena dice que en su tierra africana se empleaba con frecuencia y que curaba la lepra.

—Es incurable.

—Ella dice que no hay razón para no intentarlo.

—Te repito, Elías, es incurable.

—La he visto trabajar con hojas de guayaba debidamente estrujadas antes de ponerlas a hervir. El agua se vierte sobre las llagas y las alivia. Lo único que no es curable, Domingo, es la muerte…

Dejé la casa del médico hondamente preocupado. Pero me aliviaba saber que, si entraban a buscar a Ibulorena, no iban a encontrar nada que pudiera incriminarla. Hice la debida limpieza en su cuarto. Ahora solo me quedaba confiar en el cielo y en la suerte.

—*Dáàbó bó ó*…

Yo, que tan descreído era de todas estas cosas, fueran africanas, europeas o americanas, me descubría mirando al cielo y pidiéndole que la amparara. El miedo siempre revela la fiel medida de nuestra insignificancia.

LÁGRIMAS NEGRAS

Por alguna no explicada razón se da por bueno que el dolor, el sufrimiento, hace más fuertes a los hombres. Yo no lo creo. Yo pienso que es el dolor de los otros el que hace más fuerte al que lo infringe, dejándote a merced de su violencia y subordinado a la intimidación del castigo. El que ha pasado mucho miedo nunca es más fuerte que el que se vio libre de tan cruel compañía. El miedo nunca te olvida. Negra Flor e Ibulorena solían charlar mucho en el patio huerto de la casa. En principio pensé que chismeaban de las cosas de las mujeres o de tal o cual cuento que circulara por Sevilla. Quizás de recuerdos de la madre África, de sus aldeas, de las amistades que dejaron atrás, del mundo que le arrebataron. Con el tiempo mi madre me reveló una durísima realidad. Ibulorena, aquel amor secreto que, para mi angustia, solo conocía el genovés, no era tan fuerte como aparentaba. Bajo aquel temperamento amurallado, inexpugnable como un castillo, indestructible como un yunque, habitaba un fantasma débil y vulnerable, que se había forjado durante la travesía en barco desde África a Sevilla. Tenía frecuentes ataques de pánico en las noches en las que aquel fantasma se despertaba y le susurraba al oído los ruidos del barco negrero, los llantos de los niños, el sufrimiento de los enfermos, la desesperación de las madres, el hedor insoportable de las bodegas atestadas de vómitos, mierda y deshechos humanos; el sonido de los pencazos, la brutalidad de aquellos diablos blancos que tiraban al mar a los moribundos…

Ibulorena nunca había salido de su aldea. Hasta que un mal día la cazaron junto con otros vecinos de su pueblo y fueron llevados, tras largas jornadas de camino, hasta un punto de la costa indeterminado, donde vio barcos con alas que brillaban bajo el sol como cuchillos. Allí vio cosas por primera vez en su

vida. Vio cómo la vendieron los negros cazadores de hombres a unos seres que jamás imaginó que pudieran existir, blancos como la sal, pálidos como la muerte y hablando lenguas indescifrables y escupiendo fuego por unos tubos ruidosos que te mataban si tratabas de huir. No era otro mundo. Era el mismísimo infierno. Donde conoció el dolor y tuvo que enfrentarse al miedo. Al miedo de ser arrancada de la aldea, de no saber qué destino te esperaba, qué tierra o que desierto sería tu nueva casa, qué había al otro lado del mar. Miedo a la incertidumbre de no entender si aquellos hombres blancos de los barcos con alas eran humanos o demonios. Miedo a no comprender lo que te decían, expresándose siempre con látigos y a golpes, la única lengua que encontraron para hacerse respetar. Miedo a ver tantas cosas nuevas como horribles, a llevar en tu piel cadenas y grillos que no te hacían mejor que el ganado, a mutar de persona a una vaca que podía cambiarse por telas de colores, pulseras de cobre y conchas marinas.

El pánico por dejar de ser tú y lo que aprendiste entre tu gente para convertirte en nada o menos que nada, el miedo a la soledad más absoluta y desvalida, el desgarro de saber que o sobrevivías entre tanta hostilidad o te tirabas al mar en la menor ocasión que se presentara. Solo la muerte acaba con el sufrimiento.

Fue tanto el dolor y el miedo que amontonó su alma desde que la cazaron hasta que la vendieron que jamás creyó que lo peor estuviera por llegar. Pero llegó. Llegó cuando la subieron, junto con los demás cazados, al barco con alas para encerrarlos a todos en una bodega, sujetos por los tobillos al negro de al lado con grillos de fierro. Uno eran dos encadenados por los pies. Y los tendieron sobre el suelo, con las ratas corriendo entre sus cuerpos, rumiando la tragedia de sus vidas y suplicando a los dioses que una tormenta no acabara con el barco y se los tragara el mar para siempre, sin tener la opción siquiera de poder agarrarse a un madero. Se hundía el barco y se hundían los negros. Sobre el suelo trataron de dormir el miedo y soñar sin dolor. Que para Ibulorena se quedó fijado en una fobia absoluta a los barcos. Veía un barco y sudaba frío y vomitaba de pavor. Creo que, por eso, cuando hacía sus

ofrendas a Oshun, prefería el Tagarete al Guadalquivir. Supo siempre que jamás regresaría a su tierra. Aquellos barcos con alas cortaron las suyas para alcanzar, algún día, la improbable oportunidad de regresar. Porque un mar de miedo y de dolor intransitables la separaron para siempre de donde fue secuestrada. Bajo aquella fortaleza de negra jolofa, desafiante y segura, dura e imperturbable, se escondía el secreto de su miedo, el fantasma que dormía bajo la suavidad de su piel y que, al despertar, siempre lloraba con lágrimas negras y gritos de dolor de una travesía a lo desconocido. Ella, como otros tantos que llegaron a un mundo distinto y distante en barcos con alas que brillaban bajo el sol como cuchillos, sabía que el dolor no te hace más fuerte, porque el miedo nunca es una amistad recomendable.

La carta

Un general solo, por muy brillante que sea su inteligencia dominando tácticas y estrategias, jamás podrá ganar una guerra. Para hacerlo necesita de sus soldados. Luego, si su fama le precede porque gana batallas y sus hombres lo aclaman, pasará a la historia solo, sin ningún nombre o razón de los que vertieron en el fragor de la batalla su sangre, su valentía y su coraje, cumpliendo lo que les ordenasen. Yo estaba necesitado de un buen general que, con su fama y gloria, me guiara en aquella guerra invisible que se libraba en Sevilla. A su manera, el judío Benasayag, me lo había dicho días atrás, explicándome cómo ni Bonaventura ni sus sicarios le pusieron la mano encima durante su secuestro: «Tienes que vivir a la sombra de una alta cuna, servir a apellidos de larga distancia y con caudales suficientes como para poder ver más que la Justicia y mandar en los tribunales por encima de su balanza». ¿A quién tenía yo con esas características? ¿A un duque que le estaba discutiendo al rey sus dominios en Andalucía? Estaba tan enajenado por la angustia del chantaje de Bonaventura que apenas mi natural chispa era capaz de alumbrar tan sombríos caminos. Hasta que caí en la cuenta de que iba a ser padre de un niño o niña mulata, estaba en amores clandestinos con una noble sevillana y sus apellidos eran tan sonoros y largos como para sentirte seguro y fuerte frente a las mismas murallas de Argel.

En Isabel Henríquez de Mendoza estaba mi escudo y mi espada, mi poder y mi gloria. Echaba de menos nuestros encuentros en las tumbas del camino romano a la antigua Gades. Aquella piel como el cristal, tan blanca y transparente que las venas delataban su presencia, con sus pechos redondos y maternales tan sabrosos como el melocotón y unas caderas tan anchas y poderosas que parecían estar trazadas por los

alarifes que diseñaron los arbotantes de la Catedral. Ella era mi salvación. El mástil al que agarrarme para que la tempestad no me mandara al fondo del abismo. Decidí tomar tinta, pluma y papel. Y por unas horas, dedicárselas a quien únicamente tendría acceso por su poder y cuna a las puertas a las que yo, ni como lacayo, podría llamar. Todo lo demás no importaba nada en ese momento. Ni siquiera la suerte que hubiera podido correr Ibulorena en el Tagarete. En ese momento lo único importante era mantener la cabeza fría, poner en orden las ideas y saber cómo pedirle a mi señora, doña Isabel Henríquez de Mendoza, su total apoyo y comprensión. Fuera comenzaba a llover con furia. El cielo sevillano parecía tan oscuro como la piel de los bozales, de los negros recién llegados de África y, poco a poco, las calles terrizas de San Roque se fueron transformando en barro, fango y charcas. Eso, al menos, mantendría ocupados a los negros más díscolos y pendencieros de la ciudad, sobre los que mi autoridad caía con todo su peso ante las circunstancias que vivía la comunidad por aquellos días. Cualquier fechoría de alguno de ellos, ya en las tabernas ya jugando a los tarafes, a los dados, con cuchillos retadores, los convertía en víctimas propiciatorias para que Bonaventura cumpliera su criminal extorsión.

La carta quedó de mi agrado. Solo en sus líneas finales le hice partícipe de mis preocupaciones como alguacil y del chantaje al que estaba sometido por el matón genovés de don Gaspar. Veladamente también le dejé entrever que, al igual que en Portugal y Cataluña, por Andalucía se hablaba de nobles levantiscos con la intención de restarle dominios a Felipe IV, lo que, bien llevado, podría valerle a la divisa de su casa honores y dádivas reales por su lealtad inquebrantable a la Corona. Pero eso fue al final de la carta, como he dicho. Más de las tres cuartas partes de esta las empleé en preocuparme por su estado, desear que mi hijo o hija viniera al mundo con buena estrella y confesarle cuánto echaba de menos sus besos, sus caricias, su inextinguible fuego corporal. Le pedí a Dios que no alargara en demasía esa condena de tenerla tan a desmano en aquellos días, pues la pena de galeras era más benigna que la de no poder tocarla y disfrutarla. En un círculo que dibujé

sobre el papel le remití el fuego de un beso de los que a doña Isabel Henríquez de Mendoza le gustaban: esos besos en los que su lengua y sus dientes mordían y acariciaban la mía, entre una sinfonía de quejidos y abrazos que, en poco, se volvían caricias donde más placer daban.

Negra Flor me preguntó, sin mucho interés, qué escribía. Y fui a responderle, pero me interrumpió.

—Hoy ha estado aquí Ibulorena. Cada día que pasa está más hermosa. Y es sata como Oshun. No me importaría que fuera, algún día, tu *iyawo,* la negra de tu vida.

Yo la miraba aliviado. No porque compartiera con ella la necesidad de atarme para siempre a una mujer, negra, blanca o mulata, sino por el hecho de que la jolofa no había ido al Tagarete, sino que estuvo en casa y, por tanto, sana y salva hasta el día de hoy. Me conocía lo suficiente como para saber que no era yo hombre de una sola mujer y que, de alguna forma, mi falta de compromiso con las religiones vigentes en Sevilla, ya fuera la oficial o las clandestinas, me hacía libre de ataduras tan dadas a los enredos. Negra Flor, que pese a su edad seguía manteniendo buena puntería, me lanzó un dardo de los que pican:

—Debes interesarte por el negro José del Rosario, el lucumí, porque se lo han llevado los de la Palma verde, acusado de tener tres mujeres. Se lo llevaron esta mañana y las tres mujeres salieron a defenderlo diciendo que solo tenía una mujer y las otras eran sobrinas…

Negra Flor y yo nos partimos de risa. En San Roque, aunque el ambiente fuese tan tormentoso como el de aquel día en Sevilla, siempre había un motivo para reírse de las cosas del mundo. A ver de qué forma, el alguacil de los negros, que tenía relaciones clandestinas y ocultas con dos mujeres a la vez, podía poner cordura y dar ejemplo al lucumí José del Rosario, vecino de San Roque, tintorero de profesión y hombre tan libre que creyó oportuno vivir bajo el mismo techo con tres mujeres al mismo tiempo. Mi madre me miró sin poder controlarse, riendo como si fuera una niña, mientras decía en su lengua:

—*Irikuri, irikuri, irikuri*…

Loco, loco, loco…

Viernes de Dolores

Hay hombres tan ilusos que creen poder cambiar su destino si cambian de geografía. Y no se quieren dar cuenta de que lo único que consiguen es llevarlo con él hasta donde fuera, como un fardo más de los baúles y arcas donde lleva su equipaje. He visto a muchos abandonar Sevilla para comenzar de nuevo en Indias. Y también he visto a muchos más regresar de aquellas tierras, los que pudieron hacerlo, con menos de lo que se llevaron y con su destino cumplido. Mientras pensaba en estas cosas me acordaba de un fraile que, en el camino de Sevilla a Carmona, había asesinado a un mercader para hacerse con sus mulas y cargas con el objetivo de sacar ganancias y poder trasladarse a Indias. Pero la justicia dio con él y confesó ser el autor del crimen y del robo. Lo sentenciaron a la finibusterre y descuartizamiento y su orden, por una cuestión de caridad y prestigio, movió Roma con Santiago para impedirlo, bajo la promesa firme de que ellos se encargarían de hacer justicia con aquel fraile criminal y ladrón. No lo lograron. El fraile murió, de forma secreta, dándole garrote en la cárcel. No obstante, pese al secretismo, los frailes consiguieron enterarse de su ajusticiamiento. Y pudieron ver con espanto cómo el hasta entonces hermano de la congregación, ya muerto, fue colgado en la horca de la plaza de San Francisco, donde fue exhibido durante tres horas. Por la noche, los religiosos de la congregación fueron a buscar los despojos del condenado para enterrarlo en el cementerio de su monasterio. Quiso cambiar su destino. Pero el destino tiene un alto sentido de la responsabilidad y siempre cumple con lo que se le ha ordenado.

En Sevilla llovía a mares desde hacía, al menos, diez días. Y me dio la impresión de que tampoco esta vez, como tantas otras, escaparía a su destino de ciudad asolada por las avenidas

del Guadalquivir. El temporal que la desbarataba vino precedido de una fuerte sequía, una pésima cosecha y un calor inexplicable para esas alturas del año. Las gaviotas del puerto no solían mentir. Y su bullanga en el muladar de la muralla no solo era alboroto animal sino fiel presagio del tiempo que estábamos sufriendo. Cayó tal cantidad de agua que el Guadalquivir aumentó tan poderosamente su caudal que algunos marineros lo compararon con los ríos caudalosos que habían visto en sus expediciones americanas. Pese a que se tomaron las medidas de siempre, como calafatear las puertas, cerrar los husillos y tapar los portillos, la ciudad fue materialmente engullida por las aguas. Yo subí a lo alto de la Torre fortísima y la visión que se tenía era la de una ciudad embuchada por el mar. Estaba cercada por las corrientes, sus huertas anegadas, barcos fuera del cauce y empotrados contra la muralla y el nivel del río casi alcanzando las segundas plantas del caserío intramuros. Todo lo que se intentó para controlar su furia resultó inútil. Las aguas inundaron el edificio de la Aduana, la Casa de la Moneda y las viviendas de la plaza que había delante del colegio de Maese Rodrigo. Pero le sobraban fuerzas para más. Y así fue conquistando terrenos y casas para su natural imperio: la Resolana, la Carretería, la Pescadería y la Puerta del Arenal; la Calderería, el Baratillo, la Cestería y la calle de las Vírgenes hasta la Puerta de Triana, la Puerta Real y los Humeros, alcanzando el agua una vara de altura y entrando en la mayoría de las casas de estos barrios. Más de dos varas subieron las aguas en la Alameda y, en las parroquias de la Feria y del Duque, la corriente maltrató lo que se encontraba. Por supuesto no se libraron zonas tan inclinadas a arruinarse con estas avenidas como la Puerta de Triana, la calle Cantarranas, la Puerta Real y la calle de las Armas. Algunos hortelanos del Aljarafe que bajaron a la ciudad cuando las aguas volvieron a su cauce me comentaron que desde el Carambolo en la cuesta de Castilleja, solo eran visibles del arrabal trianero los tejados de las casas. Extramuros el agua alcanzó el barrio de San Bernardo y el mío, el de San Roque, anegando también el prado de Santa Justa.

Toda esta relación catastrófica se puso encima de la mesa de

la Hermandad de los Ángeles, aquel Viernes de Dolores de 1641. La reunión era obligada por dos temas fundamentales: el primero, la imposibilidad absoluta de que la Hermandad de los Negros pudiera hacer estación de penitencia el Viernes Santo de madrugada. La otra, la consideración especialísima de algunos aspectos relacionados con el orden público y el buen discurrir de nuestra hermandad, llegado el improbable caso de que pudiéramos hacer estación de penitencia. En ese cabildo extraordinario nos sentamos alrededor de la mesa de decisiones el hermano mayor, oficiales de gobierno y yo en calidad de alguacil de los negros y hermano de los Ángeles. Dado que el primer punto dejaba fuera de toda lógica la información y debate del segundo, entendí que era mejor hablarlo de forma privada con el hermano mayor. Solo y exclusivamente con él. Para que no resultara ni ofensivo ni alarmista para los miembros del cabildo, se dio por levantada la sesión y cada cual se fue como pudo a su casa. Yo llevé a la mía a mi hermano mayor, lo invité a comer pescado frito y a beber el vino que le gustaba. Negra Flor resultó una excelente anfitriona, porque estuvo, atendió y se fue a hacer sobre el patio, con cenizas del hornillo de la cocina, un círculo con una cruz en medio, que supuestamente alejaría las tormentas y las inundaciones de nuestro barrio.

—Te escucho, Domingo Congo.

—El mal tiempo se ha aliado con nosotros —le dije.

—El mal tiempo nunca es un buen aliado de las procesiones, ni del Corpus, ni de las fiestas de justa y lanzas que solemos hacer.

—Hay excepciones, hermano mayor.

—¿Y son?

—No podré ser muy explícito porque ni tengo pruebas ni quiero preocuparte en demasía con conjeturas. Pero he manejado información de que nuestra Hermandad de los Ángeles había sido elegida para que protagonizara un altercado en Sevilla en la procesión de esta Semana Santa.

El hermano mayor engordaba los ojos, pintaba un rictus de preocupación en su rostro y dejó sobre el plato de barro el barbo adobado que le había preparado mi madre para cenar.

Eso sí, tuvo pulso para empinar el vaso de vino. Y centrar toda su atención en mis palabras.

—Claramente esa posibilidad ya no existe. Entre otras cosas porque no vamos a salir a la calle. Por eso te he dicho que el tiempo, a veces, es nuestro mejor aliado.

—¿Pero por qué nuestra hermandad y para qué alterar el orden público?

—Para que se repitieran los sucesos de la Semana Santa de 1604.

—Esos sucesos te los expliqué hace días, antes de que este temporal arruinara la Semana Santa, alguacil.

—Y muy bien explicados. Tan bien explicados que me han ayudado a comprender y encajar varias pistas dispersas e inconexas que no tenían sentido alguno.

El hermano mayor seguía buscando lucidez en el vino tinto.

—¿Puedo saber qué pistas dispersas e inconexas son esas que iban a poner a nuestra hermandad en peligro?

—Nuestra hermandad nunca iba a correr peligro. Por esa razón pedí estar presente en el cabildo que acabamos de cerrar.

—¿Seguro que querían repetir otra vez los sucesos de la madrugada de 1604? —me preguntó angustiado.

—Seguro.

—¿Otra vez por provocaciones y mentiras de los poderosos hermanos de la Antigua?

—Podría ser… en colaboración con otros agentes.

—Pero… —balbuceó el hermano mayor.

—Pero hasta aquí te puedo contar, hermano. Confío en tu discreción y me acojo a tu benevolencia para que entiendas mi hermetismo. Hay cosas que conforme menos se sepan, mejor se solucionan.

Negra Flor entró en la cocina donde estábamos cenando y dijo con seguridad que pronto dejaría de llover en Sevilla. Pero mirabas al cielo, oías el viento y veías las calles convertidas en caudalosos afluentes del Guadalquivir y, sin exagerar, podías pensar que eso no iba a suceder mañana. Hasta los temporales son fieles a cumplir su destino.

PARADOJAS

Hay paradojas inexplicables: el marinero que no sabe nadar, el carnicero que detesta la sangre, el barbero que no controla su pulso, el oficial de la Santa que cree menos en la cruz que en lo que le dicen las cartas, la ramera que se llama Pura y el criminal que asegura hacer su trabajo por caridad. Ese mundo de las paradojas es muy visible en Sevilla, quizás porque todo es lo que no es, sino lo contrario, pese a que se empeñe en presentarse como si fuera transparente y en absoluto equívoco. Ibulorena, sin ser sevillana, había aprendido esa forma de conducirse por la vida. Quizás para adaptarse mejor al sitio que el destino le deparó y sobrevivir sin demasiados sobresaltos en una ciudad que, cuando no tenía una ejecución en la horca de la plaza de San Francisco, tenía un escándalo en una casa principal por culpa de las pendencias nocturnas de sus más jóvenes ejemplares. Más de uno, por diversión en tabernas de vino gordo, sacó la vizcaína para estoquear a un ayudante del justicia por reconvenirle su conducta y solicitarle más prudencia.

Ibulorena seguía desconcertando a su amo, ya casi su compañero médico, enseñándole remedios africanos contra enfermedades tan corrientes como la sífilis, la tosferina y las lombrices. Para cada una de aquellas enfermedades, la jolofa, tenía una partida de hierbas y plantas que, trituradas en el mortero, mezcladas con miel, huevo u otros ingredientes, solían dar buen resultado. A mí nunca me sorprendió su capacidad de conocimiento y determinación. Era una de esas mujeres que podían hablar suave o chillar todo el tiempo. Hablar de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás. Algo le hervía en su cabeza que yo mismo, su amante, no había sabido nunca interpretar bien del todo. Era sol y luna. Agua y sed. Jungla y desierto. Piel y cicatriz. Aquellos días de

temporal apenas si salió de la casa del judío. Y mientras se afanaba en afinar las proporciones de la droga para que Tomé el Guineo mejorara de la lepra, le insistía, con esa martilleante fijación femenina, en saber las razones por las que yo me había llevado de su habitación el *otán* de Oshun y algunos de sus collares.

—Para protegerte, Ibulorena. Lo hizo para protegerte. Puse en conocimiento del alguacil que Bonaventura se había interesado mucho en saber de ti y teme que venga a revolver la casa y encontrar pruebas para acusarte de brujería.

—Llovía sobre mojado, amo.

—¿Qué intentas decirme?

—Que quizás, antes que tú, alguien ya le previno del interés de Bonaventura en saber cosas de mí —le dijo acordándose de que fue ella la que primero me puso en alerta.

—Puede ser. Aquí todo el mundo habla demasiado.

—Pero debió pedirme permiso, amo.

—No podía esperar. En cualquier momento, como ocurrió conmigo, podían llegar los rufianes de Bonaventura y encontrar esos objetos que, inmediatamente, te mandarían a la hoguera.

—Ellos no saben nada de eso. No se hubieran dado cuenta de nada, amo.

—Ellos pueden pagar a uno de tu nación para que les explique qué es lo que tienes en la marmita y qué significan esos collares.

—¿Tú lo sabes?

—Algo entiendo. Pero solo sé que cuando vas a la iglesia eres para mí Caridad. Y cuando vas al río eres una hija de Oshun.

—Para mí es lo mismo.

—Pero para ellos no. Y ese es tu punto débil. Un día un negro bien pagado actuará como testigo falso y te acusarán de bruja.

Ibulorena soltó una carcajada que fue como si saliera el sol por entre las tupidas nubes que reventaban sobre Sevilla. Era así. Tan imprevisible como independiente. Y eso me inspiraba mucha inseguridad. A veces llegué a pensar que se exponía y

arriesgaba tanto para demostrarse su valor o para obedecer ciegamente los impulsos de su lado más altanero. Quizá para escapar del dolor de la memoria del barco con alas… En cualquier caso a mí siempre me pareció que rebosaba seguridad y determinación. Aquel día, como me contaría después el propio Elías, tras acabar de mezclar las hierbas para la medicina de Tomé el Guineo, se limpió las manos sobre el delantal y, quitándose un pañuelo amarillo que le cubría la cabeza, le dijo al judío:

—Ni Caridad ni Ibulorena te defraudarán nunca, Elías. Yo sé perfectamente cuando tengo que ser una o la otra. En esta ciudad no es bueno ser una sola cosa. Debes, como el misterio de la Santa Trinidad, ser tres personas distintas y una sola verdadera.

Y siguió riendo mientras el judío, tan reflexivo y cauto, dejaba vagar su cabeza para pensar que en Sevilla se terminó la Cuaresma, no habría Semana Santa y no había pasado nada de nada. Nada de lo que yo había calibrado y por lo que había sufrido. También eso me pareció paradójico. Sufrir gratuitamente. Un despilfarro para la salud y el buen humor. Podía estar tranquilo. Tras repasar, brevemente, los hechos, el robo de la orza de San Bernardo, la conspiración de los agentes portugueses, la clara conexión de don Gaspar con los sediciosos y el intento de liquidarme días atrás desbocando a unos mulos que tiraban de un carro para la construcción, me lo pregunté: «¿No ha pasado nada de nada?».

Y un escalofrío me heló las manos y colocó, nuevamente, la angustia en mi alma. Yo mismo me respondí: «Pero puede pasar. De hecho, estoy seguro de que pasará…».

CAPÍTULO IV
LAS COSAS QUE PASARON

HAN CAÍDO LOS DOS…

La coartada, para ser creíble, siempre sale a la calle cogida de la mano de lo verosímil. Y nunca se separará de ella hasta que la evidencia de los hechos la desnuda. La tempestad que había asolado Sevilla durante más de dos semanas había sido tan devastadora como la de 1626, según la memoria de los más veteranos. Arruinó gran parte del caserío, causando una mortandad terrible, encareciendo los productos de primera necesidad, propagando el hambre y desatando fiebres y enfermedades, para instalarse entre nosotros ciciones, tercianas, cuartanas, romadizos y tabardillos que apuntillaron a muchos sobrevivientes. Yo llegué a ver, en uno de mis traslados en barca, cómo en la calle Peral y en otra contigua se vinieron abajo sesenta y seis casas y otras muchas se desmoronaron en la zona de la Laguna, la Pajería y Jimios. Buscando donde no llegara el agua, hubo sevillanos que se instalaron en los muladares que se elevaban apoyados en las murallas, levantando chozas y cabañas hasta que pasara lo peor y la ciudad devolviera al río el agua que le pertenecía. La mierda levantaba sus casas sobre la mierda. El hambre llegó a ser tan extrema que muchos desgraciados se comían los peces muertos que arrastraban las aguas, enfermando o muriendo por tan venenosa comida.

Aprovechando la confusión del desastre, embozado en la mortandad que produjo, me llegó la noticia de que Bonaventura había cumplimentado el primer plazo de su amenaza. Dos negros, de los muchos que perecieron en la ciudad, habían sido sentenciados no por el desastre, sino por la amenaza del As de Diamante. Pasó la tempestad, pero sobre mi cabeza se instaló otra, la más esperada, la que quise evitar y no supe hacerlo. En condiciones normales nadie se iba a preocupar de dos negros muertos. Pero con la ciudad medio

desbaratada y enterrada en fango, muerta de hambre, con nuevos pedigüeños en las calles a los que las aguas les robaron todo menos sus vidas, ¿quién se iba a preocupar de dos negros muertos? Aquel canalla sabía elegir los momentos para que nadie pudiera culparlo de su horrendo chantaje. Era tan hábil con el acero como construyendo coartadas. Los dos negros ajusticiados aparecieron enredados en las ramas de un árbol de San Roque, hasta donde, presumiblemente, los había arrastrado la corriente. En realidad, llegaron hasta allí en barcas de las que se usaban para sacar a los sevillanos de sus casas amenazadas, para trasladarlos a los puntos más altos donde el agua no alcanzara. Así llegaron y allí los dejaron. Sin más. Del resto se encargaba Bonaventura…

Casimiro servía, hasta la fecha, al señor que le daba de comer y a su alguacil, cumpliendo, una vez más, con ambos. Con Bonaventura y conmigo. Y aún con el agua en las calles y los husillos de la ciudad abiertos para devolverle al río la que le perturbaba, se llegó a San Roque. Lo atendí desde la ventana de arriba, puesto que la puerta aún estaba defendida por sacos terrizos y el agua llegaba por las rodillas a los que, para ganarse la vida, trasladaban sobre sus hombros a quien les pagara:

—Dice Bonaventura que las dos ciruelas negras que hay en el árbol son tuyas…

Le di las gracias con un movimiento de cabeza casi imperceptible. Y sentí en mi pecho esa asfixiante sensación que te impide respirar y no sabes si es impotencia, dolor, rabia, miedo o todo eso junto. El ciego que veía me preguntó:

—¿Le doy algún recado de tu parte?

Lo pensé. Y le dije que sí, que le dijera a Bonaventura que no era esta época de ciruelas negras, que le agradecía sus esfuerzos por encontrar un regalo tan especial y que haría lo que estuviera en mis manos para devolvérselo.

Lo mejor de todo este terrible asunto es que nadie en San Roque había visto antes a esos dos negros, nadie los conocía ni del barrio ni de Sevilla. Y los negros nos conocemos todos. O casi todos…

La nueva medicina

La realidad tiene tantas caras que, normalmente, nos confunde y como en el amor, solemos entregarnos a la más bonita, aunque suela ser siempre la más mala, la menos conveniente. Cuando la ciudad quedó razonablemente practicable, pese a que el lodo y el cieno eran los nuevos enlosados de las calles, a lomos de una mula cansada y sombría, me acerqué a consultar a Tomé el Guineo. La excusa era la nueva medicina que Ibulorena le había preparado en casa del judío Elías, siguiendo conocimientos africanos. Esa fue la excusa. La excusa para hacer una visita a un amigo que estaba muy enfermo. Pero yo tenía, por decirlo de alguna forma, intereses profesionales que consultarle. Aquellas dos ciruelas negras que habían aparecido enredadas en un árbol de San Roque merecían una interpretación del viejo alguacil de los negros. ¿Quiénes serían esos dos desgraciados? ¿Por qué Bonaventura se cobró con ellos el primer plazo de su terrible chantaje? ¿Qué me estaba diciendo u ocultando con las ejecuciones aleatorias de dos infelices? ¿Sabría el hombre mejor informado del submundo de los morenos algo que me pudiera ayudar a poner orden en aquel embrollo?

Tomé había empeorado de su enfermedad y el único que parecía disfrutar de aquella situación era su perro Lázaro que, literalmente, se estaba comiendo al dueño, alimentándose de las carnes desprendidas de sus llagas. El viejo alguacil no se quejaba. Era duro como la piedra berroqueña. También resignado ante su anunciada muerte como una gacela frente a un león. Y aún tenía humor para celebrar mis visitas:

—¿Cómo has podido sobrevivir a tanta lluvia cuando te ahogas en un vaso de agua, Domingo Congo?

Celebré su chispa con una sonrisa y le contesté:

—En barca, Tomé, en barca. Ya sabes que el agua me hace

gato y como un gato le temo.

—Dicen que la humedad es buena para la lepra. Pero a mí no me ha ayudado mucho.

—Esta droga te la ha hecho Ibulorena. Con remedios africanos. Dice que en su pueblo curó a muchos leprosos.

—Si la ha hecho ella seguro que me hará bien. Imaginaré cuando me las aplique que son como caricias de sus manos…

Sentí algo de celos en mi estómago. Un pequeño alfilerazo. No acababa de encajar esas bromas de Tomé, quizás porque pusiera en evidencia mis sentimientos y yo no quería reconocer que la jolofa, poco a poco, me iba haciendo su prisionero de guerra. Esa guerra que desata el amor y que te convierte en cautivo de una galera gobernada por el deseo. Es una manera como otra de caer en un duelo.

—Te supongo enterado de los dos negros que ha ajusticiado Bonaventura, Tomé.

—Supones bien, alguacil.

—Y supongo, igualmente, que sabes que esos dos negros no pertenecen a nuestra comunidad. Y que en Sevilla ningún moreno los conoce.

—También estoy enterado, Domingo.

—¿Y tienes una explicación para poder entenderlo?

Tomé se tomó su tiempo, se dejó lamer la pierna llagada por su perro, para después, como aliviado, decirme:

—En la cabeza de un matarife de vocación como Bonaventura caben cien infiernos. Y es posible que nunca, ni los que mejor lo conozcan, lleguen a saber nada del primero que, después, propició los demás.

—¿Un capricho, entonces? ¿Te refieres a eso?

—Puede ser. Pero quizás puedan ser otras muchas cosas. Indescifrables.

—Ya —le dije abatido.

—Pero hay algo interesante en este asunto…

—Dime —le respondí con renovado entusiasmo.

—Como te dije antes de que comenzaran las lluvias, Bonaventura no iba a empezar a cobrarse su chantaje con tus seres más cercanos. Está ganando tiempo. Pero no me digas para qué y por qué.

Me quedé pensativo. Y preocupado.

—¿Está ganando tiempo o me lo ha concedido para decirme que, la próxima vez, serán dos personas cercanas a mí las que asesine?

Tomé evitó mi mirada y, agachándose, acarició a Lázaro que celebró las muestras de cariño de su amo. Luego, el muy astuto, me dio la respuesta más ambigua que encontró en su brillante cabeza:

—¿Quién puede penetrar en la cabeza de un demonio, Domingo?

—Otro demonio —le respondí decidido.

—Búscalo. O inténtalo tú mismo —me aconsejó Tomé.

Me fui a lomos de la mula silbando como siempre hasta que la voz del viejo alguacil me cortó la respiración:

—¡¡Vigila a Ibulorena!!

Yo mejor que nadie sabía que la jolofa era imposible de vigilar. Era tan dueña de sí misma que, a veces, pensaba que conscientemente se situaba más cerca del peligro que de mi protección. Y entendí que lo mismo no era un demonio lo que necesitábamos para entrar en la cabeza de aquel mal nacido genovés, sino que quizás la jolofa… pudiera ser la hechicera que entrara en la cabeza de aquel maldito. Corté el pensamiento de raíz y me avergoncé de pensar lo que, sin poderlo evitar, me rondó la cabeza. Cerré el puño y me golpeé el pecho, para limpiarme de culpa y poder mirarme al espejo nuevamente sin sentir vergüenza de mí mismo por haber pensado lo que, involuntariamente, pensé. Por alguna extraña conexión de ideas me acordé del catalán. De ese mercader de la seda que proclamaba, con evidentes delirios de grandeza, que llevaba sangre de Cristóbal Colón en sus venas. Su nuevo papel en este embrollo podría ser todo un gran descubrimiento. A la altura del que realizó su improbable antepasado. Y más ahora que la gran arriada había arruinado las sedas y linos que tenía guardados en su almacén de la Alcaicería de la Seda, concretamente en su muro de poniente, por donde la calle Génova… El catalán había perdido mucho dinero por culpa del temporal. Y estaría al borde de la quiebra. Ahora sí que tenía un argumento de peso, de los que duelen en los bolsillos y no

en el corazón de los ideales, para encontrar la orza y cobrarse una buena recompensa. Ahora sí que tenía razones sobradas para dar con la orza, por encima de levantamientos e independencias. No hay mejor rey que el que gobierna en tu casa y pone en orden tu hacienda. Y ese rey es el dinero… ¿Querría él convertirse en el demonio que entrara en la cabeza del As de Diamante para enterarse de lo que se nos vedaba? ¿Sería él el hombre capaz de descabezar a Bonaventura del gobierno de aquel asunto de la orza y, de esta forma, liberar a mis negros de tan canalla sentencia? Ojalá la realidad, que tiene tantas caras para confundirnos, no me embrollara en esta elección y el catalán fuera la decisión adecuada. Esta vez no iría apelando a sus sentimientos. Había dinero, mucho, de por medio. Y una medio quiebra del mercader que necesitaría liquidez con urgencia pero que ningún banquero portugués de los que aún quedaban en Sevilla le iba a adelantar si no tenía con qué avalarlo. Nunca he dejado de pensar que los ideales siempre van a rebufo de las haciendas. O mejor pensado: la política solo sirve para consolidar y multiplicar tu tesorería. Para eso siempre es aconsejable tener buen ojo. Casi tanto o mejor que para elegir amantes… Lo pensé en lengua castellana, pero lo dije en yoruba:

—*Orire mi yipada.*

Mi suerte tenía que cambiar…

DUDAS, DEMASIADAS DUDAS

Las dudas y el miedo son hermanos gemelos, *ibeyis,* como se dice en mi lengua materna, y exponerse a su influencia es tan nocivo como respirar el aire de Sevilla tras una arriada. No te deja avanzar. Y te invita siempre a retroceder. Para convertirte en un ser tan dubitativo que busca la seguridad permaneciendo inmóvil, no apostando ni a los naipes. Tras entender que lo tenía todo a favor para convencer al catalán y darle la vuelta a la situación que gobernaba y mandaba Bonaventura, me asaltaron mil reservas y dudas, algunas de ellas de tanto peso que comencé a sospechar que la orza podía estar en manos de tan avispado mercader. ¿Quién mejor que Colom para haberla incautado? Nadie sospecharía jamás de un tipo que era enlace entre los insurrectos portugueses y los levantiscos aristócratas andaluces que se habían conjurado con el IX duque de Medina Sidonia. Jaume tenía un grado aceptable de movimientos entre el norte de África, Portugal y España. Y, para colmo, tras unas precisas averiguaciones que hice en su mundillo, me pude enterar de que no había solicitado aún el cobro del seguro de sus mercancías. Es posible que estuviera calculando el volumen total de lo perdido. Es posible. Eso siempre lleva su tiempo. O bien que, siendo el mercader, por naturaleza, un amigo declarado del caballero don Dinero estuviera esperando la mejor ocasión para que la jugada fuera redonda: cobrar el seguro y quedarse con la orza. Eso aún tenía mejor rima y verso.

Las variables no se contradecían. Por el contrario, todas encajaban de forma arquitectónica, como una columna en su base. Tenía que ir a verle. Hablar con él. Mirarle a los ojos. Contemplar cómo transpiraba en esta primavera adelantada que nos dejó el temporal. Quería ver su grado de preocupación. De simulación. O de serenidad. Hay veces que

un gesto o una respuesta no calculada te aportan más datos que una prueba. Tenía un buen argumento en mi mano para ir a ver al inventado descendiente de Colón: la muerte de los dos negros ajusticiados por Bonaventura. En su día le dije que si esto se producía daría por rota mi alianza con él y el genovés para buscar la orza. Eso me llevó hasta la novísima lonja de los mercaderes, ese hermoso edifico que mandó levantar Felipe II al lado de la Catedral, para evitar las razonables quejas de los canónigos por la invasión de los tratantes de la iglesia mayor quienes, con las voces de sus desacuerdos y sus formas rudas para cerrar negocios, eran una constante pesadilla para el exigido recogimiento de los fieles. Me lo encontré, sin aparente carga de quiebra, hablando con otros mercaderes no sobre lo perdido durante la arriada, sino sobre un hecho que tenía escandalizada a toda la ciudad.

Sevilla no dejaba de hablar, en corrillos, por las rejas de las ventanas y en las tabernas que un tipo condenado a muerte en la Real Audiencia, donde se veía su abominable causa, sacó un cuchillo en mitad del juicio, dándole una puñalada al alcaide de la cárcel que lo acompañaba, siendo la tajada tan grave que lo puso ante las puertas de la parca. El rufián, acto seguido, se hizo con una espada, saltando al estrado para acaballar a varios oidores. Ese día la suerte estaba de parte de los defensores de la ley, puesto que el condenado tropezó cayendo al piso. Inmediatamente fue reducido por alguaciles y ministros que, en el suelo, lo malhirieron a cuchilladas. De allí lo sacaron con los hierros y directo para la horca, donde fue ajusticiado. El canalla había intentado abusar, en ausencia de su marido, de la comadre. La buena mujer se encerró, rechazándolo, en su cuarto. Dejando a su crianza en la cama. El malandro quiso intimidarla diciéndole que saliera o echaba la puerta abajo. No lo hizo. Mal llevado por sus criminales entrañas cogió al rorro, lo estrelló contra el suelo y lo mató. En las puertas de la Cárcel Real «la madrastra», como la conocen los rufianes, clavaron su mano. Para que diera ejemplo y el pueblo entendiera que la justicia se emplea dura con los que atropellan la ley. Yo, no obstante, esperaba que, entre los mercaderes, tuviera más importancia los comentarios sobre sus

pérdidas que aquella nota de sucesos tan grave. Pero así es esta ciudad. Medio derruida por la tempestad, con hambre atrasada y los precios del pan y la carne por las nubes, con nuevos pobres en las calles por haberlo perdido todo, con focos de epidemias en los barrios más afectados, con mayoristas en quiebra y los hospitales a rebosar, los mercaderes hablaban del crimen del compadre. Olvidando, como si hubiera sido un susto pasajero, la grave situación social y económica que teníamos encima. Me despisté, sin dejar de ver al catalán, por otras dependencias de la lonja, escuchando a los vinateros que cuadraban sus envíos en la próxima flota. Aquel imponente edificio era la fiel expresión del poder y la gloria del dinero americano, del dinero de los mercaderes de Indias. Un edificio sólido, costeado, hermoso como los antiguos templos romanos, por donde entraba y salía el dinero que iba y venía a América. En estas cosas me entretuve mirando sus labradas cúpulas, mientras intentaba ganar tiempo y que Jaume Colom se quedara solo, para abordarlo con plena confianza.

Pero fui yo el abordado. Como si aquel cabrón que acababan de ajusticiar en la horca me hubiera acuchillado a mí en vez de al alcaide de la cárcel. Un hierro frío y mortal sentí entre las costillas. Un degüello por la espalda. Un mazo sobre el cráneo y sin yelmo. Así me hizo sentir aquella información de uno de mis confidentes.

—Ibulorena, Domingo. Falta desde hace días de casa del judío. Elías me ha suplicado que te lo dijera.

Mis dudas se disiparon. El catalán y mis sospechas podían esperar. La jolofa no. El cerco se estrechaba y me agarraba por los huevos, por mis sentimientos, por donde más me dolía. Bonaventura, una vez más, sabía aprovechar las algarabías de las calles para hacer cumplir sus plazos. Entre las secuelas de la riada y el horrendo crimen del compadre, no había lugar para preocuparse por una negra esclava desaparecida, aquella que servía en la casa del médico judío y que siempre llevaba un pañuelo amarillo en el pelo, unos collares de cuentas de cristal del mismo color y la marca en su rostro de esclava coloreada con afeites. ¿A quién le importaba Ibulorena? Quizás solo a mí y al médico. Mis dudas eran hermanas de mis miedos. Y

confieso que salí de la lonja como aturdido, cegado por un fuerte sol que envilecía aún más el cieno y las charcas que quedaban en la ciudad como recuerdo de la arriada. Sin importarme el caliente hedor que emanaba de los suelos de Sevilla, que tupía mis narices con una asquerosa combinación de pestes, eché a correr como un endemoniado hasta la collación de San Miguel. En mi cabeza y en mi corazón solo había sitio para matar. Para matar, ni más ni menos, al hombre de confianza en los bajos fondos del IX duque de Medina Sidonia, a quien hace tiempo serví como paje para luego manumitirme junto con mi madre.

«Èjè», grité en algún momento de la carrera. Sangre por sangre…

La Palma verde

No es aconsejable hacer candela con los palos de la discordia. Porque normalmente sale chamuscado quien lo intenta. He visto arder con menos intensidad a brujas en las hogueras de la Santa que a tipos dominados por un deseo irrefrenable de venganza. Así pude sentirme yo cuando, tras visitar a Bonaventura, el genovés, ufano y seguro de sí, me afirmó no saber nada de lo que le estaba diciendo, descartando cualquier posibilidad de que él o sus esbirros hubiesen secuestrado a Ibulorena. No le creí nunca. Ni cuando me dio razones firmes que descartaban su implicación en la desaparición de la jolofa. Era evidente que estaba detrás de aquella maniobra, como estuvo detrás del médico judío, del intento de mandarme al otro mundo cuando un par de mulas asustadas se echaron sobre mí con un carro lleno de piedras y de las dos ciruelas negras que me dejó como obsequio en un árbol de San Roque. Todo formaba parte del mismo juego. Pero esta vez, por alguna razón que yo desconocía, se mantenía al margen, negando y jurando por Dios que no sabía nada de lo que a la esclava de Elías y a mi amante le podía haber ocurrido.

Esa angustia aún me turbaba más. Porque iban para casi quince días los que Ibulorena llevaba fuera de la circulación, empujándome a pensar que podía estar muerta, tirada en algún estercolero de los muchos que había por la ciudad, o enfangada en una de las charcas extramuros que aún quedaban tras la retirada de las aguas. Desde el primer día que tuve conocimiento de su desaparición, puse a trabajar a los míos, preguntando por barrios y tabernas frecuentados por negros, exigiéndoles a algunos que entraran en los hospitales, a los que tan reacios eran por pura superstición, bajando a la ribera del Guadalquivir a buscarla o a los cañaverales y árboles del

Tagarete donde pudiera estar transformando su belleza y juventud en un amasijo de gusanos y podredumbre. Pero nadie sabía nada de Ibulorena. Ni cuando la tierra se traga a alguien deja tan escasas pistas. A la preocupación de su ausencia unía el tono hampón con el que Bonaventura, aquel día que fui a buscarla y a matarlo, me respondió a mi insistencia por saber de su paradero.

—Sabía que te calentaba la cama. Pero desconocía que te calentara tanto la cabeza. En estos tiempos no es recomendable querer a nadie. Y menos aún querer mucho…

Cuando la di por muerta y oculta en algún inmundo pozo repleto de ratas, Elías el judío me sacó de tan graves honduras, diciéndome que el escribano de la Santa Inquisición, amigo suyo y al que trataba del mal de la vejiga, le comunicó bajo severa exigencia de secreto bien guardado que su esclava estaba en el castillo de Triana. Fue acusada de bruja y hechicera por unos negros y que, durante esos días, se estaba instruyendo su causa. La Inquisición, como norma de funcionamiento, ponía la denuncia en manos de los llamados «calificadores», expertos que decidían si la delación estaba sustanciada o no y si constituía una falta grave a la religión y a la fe. Pero el acusado no sabía nunca qué delito había cometido. La Santa, la de la Palma verde como se la conocía en la calle, los mantenía incomunicados, sin poder recibir visitas y eran los jueces de tan santo tribunal los que invitaban al reo a explicar por qué se les acusaba. Tampoco se le comunicaba al reo quiénes lo denunciaba o denunciaban. Había que tener mucho coraje y ser muy fuerte de espíritu para que la confusión no te desarmara o te volviera loco. Como era frecuente en él, Elías comenzó a moverse entre sus círculos más influyentes, así como entre los religiosos de su convento de los agustinos, y vino a pedirme que el hermano mayor de la Hermandad de los Ángeles testificara, si así lo estimaban oportuno en Triana, sobre las frecuentes y piadosas visitas que la esclava hacía a la iglesia de los negros. De mover eso se ocuparía él con sus influencias. Quiso saber si yo también estaba dispuesto a testificar, si falta hiciera. Debió verme la respuesta en los ojos porque no abrí la boca y el médico me

estrechó la mano y me dio las gracias.

—A ti te las debo, Elías. A ti te las debo…

Luego le pedí por favor que se enterara de qué negros habían sido esos que la acusaron, nombres y vecinos de qué barrio. Porque era posible que yo, el aguacil de los negros, me adelantara a los plazos de exterminio de Bonaventura, corriendo por mi cuenta y riesgo la próxima entrega de vidas a plazo por una orza de monedas y perlas del Darién… Ya sabía que no es aconsejable hacer candela con los palos de la discordia. Pero una venganza bien servida ayuda a sobrevivir en una ciudad donde todos tenemos cuentas pendientes que ajustar y resolver…

Ruidos

Sevilla vive del ruido. Si hubiera que castigarla no habría peor cepo que cortarle la lengua y taponarle las orejas. Yo creo que no resistiría ese tormento. Mucho peor que el potro para los ajusticiados por la Santa. Las campanas de la Catedral y de sus mejores iglesias hablan todos los días. Y por ellas los sevillanos nos enteramos de que la flota parte o llega; de que el agua de una brutal arriada vence la Puerta del Arenal y entra como un ejército superando sus murallas; repican de alegría por una boda entre notables de casas principales y tañen a muerto si uno de sus hijos más distinguidos, con Cruz de Santiago en el pecho, ha cumplido el tiempo entre nosotros y solo le espera que la tierra le sea leve. Aquel día, aún por resolver la cuestión de la jolofa en el tribunal del castillo de Triana, donde llevaba dos meses, las campanas de San Lorenzo y de la Catedral entraron a competir para saber qué bronce anunciaba mejor la muerte del esposo de mi señora, doña Isabel Henríquez de Mendoza. Toda la ciudad estuvo curioseando detrás de aquel coche negro, con caballos negros y relucientes, que portaba un ataúd con un terciopelo oscuro con el escudo de la Orden de Santiago y la divisa familiar del finado. A Sevilla le encanta el entierro de un noble o la boda de una aristócrata. O un baile de negros en Santa María la Blanca. Tanto les gusta vernos bailar la zarabanda, el guineo y la chacona en nuestros días de fiesta que hasta nos aplauden. Y algunas señoras, en la privacidad de sus salones, aprenden sus osados y provocativos movimientos, como el caso de doña Isabel Henríquez de Mendoza, que bien le paga a la Duquesita, una negra cojitranca que vive por San Juan de la Palma y que enseña a las aristócratas más valientes de la ciudad. La negra, pese a su pie quebrado, lleva el demonio en las caderas y en el bajo vientre y verla bailar es regresar, sin moverte de Sevilla,

al corazón de África. Le llaman así por sus ínfulas y aires de grandeza, engendrados por su trato directo y desenfadado con alumnas tan socialmente poderosas. Esos sevillanos, ya sean del pueblo, ya de sus notables más influyentes, son los mismos que, luego, cuando sale la Hermandad de los Ángeles el Jueves Santo, nos insultan, nos provocan y lanzan piedras a nuestras imágenes. Es el mío un pueblo extraño, con la cara según qué día y con el humor según qué estación de la luna.

No me fue agradable ver pasar delante de mis ojos el cadáver del hombre cuya mujer me procuraba, siempre para lances de amor furtivo en la vieja calzada romana del camino de Cádiz. Desde que le escribí la carta solicitándole su apoyo para acceder a las puertas de la corte que mi condición de negro no me permitía y que serían definitivas para denunciar la rebelión que se conjuraba en Sevilla, no había tenido ninguna noticia suya. Tan solo visitas furtivas de sus ayudantes de confianza para indicarme que estaba bien, que el embarazo no presentaba complicaciones y que deseaba tener en sus manos al hijo de ambos, al que cuidaría como si no estuviera contaminado por el cruce de sangres. Según el tiempo trascurrido desde que me anunció su embarazo debía de haber parido o estar a punto de hacerlo, por lo que descarté que hubiera dejado su casa de campo para acompañar a su marido en el último paseo por la ciudad. Vi pasar aquel furgón fúnebre desde las Gradas sin darme cuenta de que, tras de mí, el propietario de aquella voz zumbona e hiriente no podía ser de otra garganta que de la del genovés:

—¿Qué haces en las Gradas, Domingo? No me digas que te has puesto en venta…

Me giré hacia él sin urgencia, lentamente, dominando el impulso que engendró la rabia y que me invitaba a aplastarle la boca con el mango de asta de ciervo de mi puñal.

—Veo que tú sigues empeñado en hacerte negrero. ¿Ahora los buscas en las Gradas?

—Para ti siempre serán los mejores. Como los que te envié a San Roque. ¿Tú no me vas a regalar nada? No esperaba tan poca generosidad de un negro educado en casa de un grande de España…

—Lo mejor que tienen los regalos, Bonaventura, es la ilusión que genera su espera. Los que yo te haga te impresionarán…

Decidí abandonar aquel lugar, como la moscas la mierda seca, y dejar a Bonaventura con su media sonrisa en la boca. Y me puse a pensar en el regalo que estaba obligado, por cortesía, a ofrecerle al As de Diamante. Mientras se me ocurría algo interesante, me pareció ver entrar en la Catedral, acompañada de sus damas, a mi señora Isabel Henríquez de Mendoza. Primero dudé. ¿Era ella? Luego su forma de andar y la distinción de su ropa, de riguroso luto la basquiña y el sayo, con una simple valona al cuello sin alardes de joyas, me confirmó lo que a la primera vi con turbación. Algo sentí en el estómago. El mismo cosquilleo que encendía mi pasión cuando nos encontrábamos, a solas, en las viejas tumbas del camino de Cádiz. Y me convencí de que aquella mirada furtiva era la de mi señora. Creo que ella también me vio. Estoy seguro. Y que, incluso con su esposo camino de la tierra, no pudo apagar el fuego interior que le prendió en sus blancas ingles. En ese momento comprendí, en el más amplio y absoluto sentido de la frase, aquello de «el muerto al hoyo y el vivo al bollo». Fueron nuestras miradas cruzadas, evitadas y fugaces pero incendiadas por la pólvora del deseo y la sorpresa. Como dos rayos que chocan y se desbaratan. Como dos balas que se encuentran en la misma dirección y explosionan. Como dos espadas que pelean en el amanecer y sus aceros sueltan chispas que iluminan los deseos dormidos durante nueve meses. En Sevilla se vive del ruido. Y yo estaba seguro de que doña Isabel Henríquez de Mendoza regresaba dispuesta a hacer mucho, mucho ruido…

A CAMBIO DE QUÉ

Te puedes levantar solo y sin mano que te ayude. Pero una de esas caídas será definitiva. Y el suelo, con las hormigas que entren en tu boca, será tu próxima morada. El arrojo y la bravura casan bien. Pero no hay mejor matrimonio que el que cuenta con padrinos en el infierno. Desde que vi a mi señora Isabel descubrí el valor seguro de una mano amiga y poderosa. Y eso, debo confesarlo, cambió mi actitud. Me posibilitó asumir riesgos y violencias que estaban aplastadas por mi condición. No tardó doña Isabel Henríquez de Mendoza en romper el luto por su finado esposo para citarme donde siempre. Fue un encuentro desmedido. Sin control. Desbocado. Tan enloquecido que nos parecía insensato que dejara de serlo. Su sonrisa era magia y música y dejarte llevar por aquella sinfonía era convertirte en un hombre nuevo. Sin memoria. Sin miedos en las espaldas. Sin angustias en el corazón. Besos, caricias, mordiscos y arañazos convirtieron nuestros cuerpos en selvas por explorar, ríos que atravesar y montañas que conquistar. La ternura y el dolor se complementaban y cada cuál era un soldado al servicio de una guerra apasionada y sin cuartel. Si pudiera contar lo que sentí sería un poeta o un escritor. Pero no lo soy. Y ese volcán que explotó después de tanto tiempo se vació convirtiendo la lava en deseo incandescente. Y así una y otra vez. Sin que el aljibe del amor se evacuara, sin que los manantiales se fatigaran, sin que el fuego que desprendíamos amenazara con secar el venero de una pasión tan animal.

Isabel seguía encarnada con mis labios y sus propuestas venían disfrazadas por la convincente palabra del deseo. Y me habló de nuestra hija, del tono canela de su piel, de los ojos verdes de su madre, de la boca tan parecida a la mía. Mientras hablaba de nuestra hija no dejaba de acariciarme y desearme,

explorando mi resistencia a sus propuestas que, como es fácil de suponer, siempre sucumbían a la fuerza de su ardor. Nos disfrutamos. Nos gozamos. Nos deleitamos. Desde la locura a la ternura. Sin dejar espacios por ocupar, ni rincones donde escondernos y refugiarnos, junto al placer, de una vida demasiado hostil. Cuando aquella masacre de besos y caricias, de penetraciones y éxtasis, firmó un armisticio para recobrar la cordura, la aproveché para decirle que Bonaventura me había intentado matar, que había ejecutado a dos negros, que secuestró al médico Elías y que, hacía dos meses, por boca de unos testigos falsos, negros y hampones, había denunciado a la esclava del judío Elías de bruja y hechicera. Me permití omitir el nombre de Ibulorena. Quizás avalado por un resorte de respeto a la jolofa. La respuesta de mi señora no se me olvidará jamás:

—Puedes contar conmigo para todo. Puedes contar con mi mano para alcanzar lo que necesites. Pero a cambio…

—Dime, señora, a cambio qué deseáis.

—Que dejes San Roque, renuncies a tu cargo de alguacil y te conviertas en el hombre que necesito en mi casa.

—¿El hombre? ¿Acaso no lo tienes ya?

—En mi casa, no. Y lo quiero allí. En mi alcoba y en mis negocios. ¿O no quieres ver crecer a tu hija?

Pensé en aquel cuadro que Velázquez le pintó a una mulata en la cocina, llena de humildad y resignación, carente del vigor de los libres, condenada de por vida a estar entre ajos, cebollas y fritangas, hablando con media lengua, como dicen que hablamos los negros menos adelantados, y la vida, en cambio, que podía llevar mi hija al lado de la madre clandestina al abrigo de sus inmensas posibilidades. También pensé que yo, que podía ser amante de mil mujeres a la vez y a todas quererlas por igual, estaba ante el dilema de dejar de ser Domingo Congo, alguacil de los negros, mujeriego silente y enamoradizo sin control, para convertirme en un semental palaciego, cuidado como una especie única, sin la angustia de mi cargo y la buena vida de los aristócratas y mercaderes que aspiraban a serlo. El negro más rico del mundo. Quizás también uno de los más poderosos de España. Y reí por cómo

el destino juega con nosotros ofreciéndome una mano liberadora a cambio de encadenarme con eslabones de oro… Era mucho mejor eso que verme en el suelo con una daga del genovés y la boca llena de hormigas.

Dos regalos

Hay en la venganza que espera impaciente su plazo para ejecutarse un incalculable volumen de placer. Tanto que puede hacerte sentir tan bien como el amor o el dinero. Tan poderoso como un banquero. Y tan libre como la mano de un escritor. Pensando en el placer de la venganza esperada, nuevamente, me acordé de Quevedo. Aquel gran cabrón caído en desgracia por haber escrito contra el todopoderoso señor de Olivares, denunciando su torpe gobierno y dejando sus avinagradas letras debajo de la servilleta del rey durante una cena en la corte. Gran cabrón, gran escritor, grandísimo hijo de puta cuando nos describía. Nos odiaba tanto o más que a los blancos a los que odió como si fueran negros. A veces pensé que Quevedo debía de tener un cuarterón de morisco, judío o mulato porque la hiel que vertió contra el fino poeta cordobés, don Luis de Góngora, era tan ácida como la que nos dedicaba a los morenos. Vuelvo al poema satírico en el que se ríe de nuestras bodas y de lo que parecemos cuando en la cama nos juntábamos un negro y una negra: «Sospecho yo que acostados / parecerán sus dos cuerpos / junto el uno con el otro / algodones y tintero…». Dicen que tras del odio hay admiración. No lo discutiré. Lo odiaba con todas mis fuerzas. Pero a la vez le reconocía estar sobrado de talento.

No hay mejor venganza que la que se cumple. No importa ni el plazo ni la espera. Cumpliéndose se goza lo sufrido, esperado, deseado, soñado y rogado. Porque los hay que santifican su venganza y al cielo se encomiendan para poder ejecutarla, haciendo a Dios cómplice de su desagravio y, consecuentemente, legalizándola a sus propios ojos para descargar sus conciencias. A mí eso jamás me importó. Solo aspiré a que me llegara el día, me cambiara la suerte, tuviera en mis manos el poder de hacerlo y devolverle a Bonaventura

tanto dolor y angustia como me había venido provocando. Y en cuanto Elías me dio seña y nombre de los dos negros que denunciaron a Ibulorena a la Inquisición, no paré en miramientos ni escrúpulos. Me presenté, sin más ayudas que las de un par de fieles colaboradores, a ajustarles las cuentas a aquellos dos hampones, uno de ellos buscados por los cazadores de esclavos, al ser huido de un cortijo de la Sierra Norte; y el otro un borracho sin escrúpulos que por el culo de una botella era capaz de mandar al cementerio al que le indicasen.

Antes de rebanarles el cuello, cosa que mandé hacer con todo el placer del mundo, busqué sacarle lo que me importaba tanto como la venganza: conocer quiénes los habían untado para realizar una denuncia tan falsa. Los llevamos a una zona conocida como las Bandurrias, donde hubo años atrás un molino de la pólvora, que se levantaba en la banda trianera del río y que explotó con estrépito años pasados, rompiendo vidrieras de la Catedral y ahogando en tierra y polvo casas y mesones, afectando zonas tan alejadas como la judería. En aquellas ruinas y descampado, dado su apartamiento, nos iban a dejar trabajar tranquilos. Eran tipos duros. Y no se impresionaron cuando sacamos las tijeras de esquilar burros y los cuchillos de la matanza de cerdos. Sabían que eran sus últimas horas entre vivos y que su próxima morada no estaba ni en el cementerio. Se imaginaban arrojados a cualquier arrollo putrefacto o a algún estercolero a mano, que por su condición solo las ratas y los perros hambrientos repararían en ellos. Cortamos dedos, orejas y hasta le sacamos un ojo al negro huido de la Sierra Norte. El suelo se convirtió en un asqueroso charco de sangre, espeso y caliente, reclamador de moscas y avispas, como el que se forma en el matadero, tan a mano de la Puerta de la Carne, cuando se sacrifican cerdos, terneras y corderos. Confieso que admiré tanto temple ante el dolor. Pero los muy burros no confesaron nada. Bueno, el más bozal, el que era huido del cortijo de la Sierra Norte, escupía en yoruba los insultos más escogidos:

—*Igbona, iyá iyá, aja*…

Lo que me convertía en un cabrón, en un hijo de puta y en

un perro, por este orden. Cuando procedimos a sacarle el ojo, me deseó el peor de los destinos, sin saber que yo ya había regresado del infierno a donde me enviaba:

—*Je ki orun apadi mu o!!!*

Nunca negaron que fueron los que denunciaron a la jolofa. Pero jamás hablaron de los que les pagaron para hacerlo. Ni de los que les informaron y documentaron para hacer creíble su denuncia. Podía matarlos y evitar tanta carnicería. Más por ahorro de trabajo que por compasión. Pero eso me dejaba sin escuchar por sus bocas lo que tenía que saber con certeza para darme el placer infinito de una venganza esperada. Decidí hacer un alto en la escabechina. Y dejar que el dolor, que se hace insoportable cuando el daño se enfría, los abatiera. Mis colaboradores me miraban, pese a su sobrada experiencia en casos como estos, con cierto grado de pavor, viendo en mi saña una brutalidad irreconocible. Yo también reparé en ello y no voy a ocultar que, en esos momentos, donde la venganza reclama sangre y la sangre te ciega como una adicción, no me pensé mejor persona que Bonaventura. En alguna esquina de nuestras vidas nos convertimos en lo que más detestamos y lo que siempre juramos no llegar a ser, para superarlo en maldad y brutalidad. Hacía calor, pero sudaba frío. Aparté la vista de ellos y la fijé en un montón de basura donde el sol hacía reverberar el cristal quebrado de una botella… Una botella… Quizás mi suerte estaría encerrada en una de esas…

Conseguimos una de un vino bueno, como el que se merece los últimos momentos de un borracho en la tierra. Se la dimos al borrachín insistiéndole en que aquello calmaría sus dolores y se la tragó como si fuera un biberón. Ya con la botella a la mitad, el tipo confesó sin necesidad de más cirugía:

—Bonaventura. Él nos pagó bien para delatar a esa esclava. Pero nosotros no la secuestramos. Lo hicieron sus hombres.

Un escalofrío me erizó el cuerpo. Primero la secuestraron. Luego la vendieron a la Inquisición. ¿Qué ocurrió durante los días que estuvo secuestrada por Bonaventura y sus valentones? Ibulorena debió pasar un calvario. Como si el fantasma de la travesía la hubiera obligado a ver una armada completa de barcos negreros. Y yo estaba dispuesto a compensar su dolor a

cambio del placer de reventar al genovés. Cuando terminó la botella, el negro, sin control ni medida en su lengua, dejó caer algo que recogí y guardé en la bolsa de mi memoria:

—La orza del catalán…

Lo demás me resultó imposible de entender. Di la orden de dormir eternamente a aquellos dos pobres diablos. Subimos sus cuerpos a un carro de carbón, los cubrimos con tan negra mortaja y lo dejamos delante de la puerta del palacio de Medina Sidonia. En la mano de uno de los dos testigos comprados iba un papel escrito y dirigido a Bonaventura:

—Esta ronda la pagan tus negros…

Aquel día entendí que puede haber tanto placer en una venganza como en una noche de amor desenfrenado. Sin que tuviera muy claro en mi cabeza cuál de ambos placeres era el que más me colmaba de satisfacción…Y eso no me hacía mejor que Bonaventura.

CAPÍTULO V

La orza del catalán

Regalos cumplimentados

No hay una llamada que tenga más pronta respuesta que la de la sangre. Es de una obediencia casi militar. Y de un cumplimiento tan exigido como el de un voto de clausura. Si la roja te empuja a cobrarte lo que crees que te deben, no hay tercio ni flota capaz de detenerte. Solo el amor es, quizás, más imperativo que la sangre. Y por eso, a veces, es tan terrible como una dulce venganza. No pasó ni una semana, tiempo que calculo le llevó a Bonaventura tratar con un barquero que trapicheaba y contrabandeaba en el río, en devolverme los regalos debidos. No alcanzo a saber cómo lo pudo tramar. Quizás convenció al barquero para que, el primer negro que solicitara de su concurso para hacer cualquier faena en el río o para pasar de una banda a la otra del Guadalquivir, cumplimentara otro nuevo plazo del chantaje criminal por la orza desaparecida. Dolorosamente cayeron una negra y su hijo pequeño. Y todo pareció un terrible accidente. Porque el barquero volcó premeditadamente la embarcación a sabiendas de que ni la madre ni el pequeño sabían defenderse del agua. Y se fueron al fondo del río como la basura y la mierda que volcaban en él la ciudad y la flota amarrada a la espera de su salida del puerto. Hasta eligiendo al azar sus víctimas aquel cabronazo genovés tenía tino y talento. Porque un esclavo valía un buen dinero y les servía a los blancos como inversión. Si las cosas se torcían, los dineros no entraban en casa y la necesidad dormía bajo tu techo, la venta de un negro esclavo siempre era un alivio, una especie de seguro de vida. En este caso, la negra y su hijito eran libres, vivían en San Roque y los conocíamos todos. Si hubieran sido esclavos, sin duda, habría levantado el interés del dueño por la pérdida de su mercancía, obligando a intervenir a los siempre molestos e incordiantes alguaciles y justicias.

A ella no se le daba mal el coser. Y los jubones gastados, las camisas rotas y las calzas tan abiertas de huecos como una cárcel sin rejas, los resucitaba, dándole una nueva vida y una temporada más de uso. Solía decir para bromear que conocía el culo de cada negro del barrio, de tantos zurcidos como había cosido en calzas tan acabadas como las nuestras. Tenía marido. Más dado a la taberna y al juego que a otra cosa. En su juventud fue un estupendo jinete y solía participar con decoro y victorias en los juegos que se celebraban por la fiesta de la Virgen de los Ángeles, cada quince de agosto. Supe que, en otros tiempos, estas fiestas estaban amparadas por el Real Cuerpo de Maestrantes de Caballería, que solía asistir con agrado a las carreras de caballos y gansos en honor de nuestra bellísima Virgen, que se corrían frente a la explanada de la capilla de San Roque. Siempre el pulso era el mismo, midiéndose así los dos mundos de diferentes colores que predominaban en Sevilla, puesto que la carrera la protagonizaban un blanco y un negro. El marido de la costurera nos dio muchas alegrías en algunas festividades de la Virgen de los Ángeles. Hoy tenía motivos para perder la cabeza en la taberna y gritar, más fuerte de la cuenta, por qué Dios permite que a un pequeño y una mujer se los trague un río, sin poder siquiera despedirse de ellos con un humilde y merecido entierro en el cementerio del hospital de los Negros. Al Dios de los blancos no conviene chillarle ni reñirle. Porque ese tipo de venganzas sí se persiguen y se pagan. En cambio, en la religión que secretamente seguían practicando algunos de los negros en esta ciudad, se era mucho más flexible, y permitido estaba a los seguidores de la regla de Ocha castigar a Eleguá, el dios niño, juguetón y travieso, que abre y cierra caminos. Con dejarlo bajo un caño de agua sin dulces ni tabaco, se le castigaba su poca atención con el creyente…

Todos dieron por bueno el accidente, conforme lo testificado por el barquero criminal y canalla que fue el autor material del mismo. Hasta yo lo entendí así en un principio. Del engaño en el que caí por tan medida trama me sacó Casimiro, el ciego que todo lo ve. Buscándome por Sevilla, me encontró cerca de la taberna de la calle Harinas, donde quedé

para ajustar las cuentas que el catalán me quería hacer para pasar por el aro de la ciudad del Betis y ponerla bocabajo. Jaume Colom frecuentaba aquel famoso comedero. Fui hasta allí porque tenía pendiente, desde que el negro borrachín balbuceó antes de expirar lo de la orza, un encuentro con él. Muchas cosas por aclarar. Muchas cosas que explicar. Y, sobre todo, muchas muertes que evitar si lo descubría y presentaba ante Bonaventura como el cabrón que se había quedado con la orza que desapareció en el cementerio de San Bernardo. Rentabilizando su mentira, Casimiro se hacía el ciego como un actor del teatro del corral de la Montería, el que regaló a los sevillanos en conde-duque de Olivares, midiendo la distancia de los posibles obstáculos con su vara y con la otra mano extendida. Así interpretaba su papel, lamentándose de su suerte, y pidiendo por caridad que unas limosnas se la cambiasen. Me acerqué a él y el mulato me sacó de mi atolondrado desconocimiento:

—Me dice Bonaventura que te comunique que el río es como la vida porque nos da alegrías y tristezas. Insistió en que valoraras bien lo que nos da y nos quita…

Pronto me devolvió el regalo que le hice envuelto en carbón. Y es verdad que la sangre llama a la sangre y que no hay obediencia más inmediata y obligada que la de su voz. Me maldecí por necio y desavisado. Atolondrado quizás por culpa de la ofuscación de vengar lo que le hizo a Ibulorena. Tal vez enajenado por el reencuentro con mi señora doña Isabel. A lo peor porque me olvidé, con todos aquellos acontecimientos, de lo más importante. De la única certeza hasta el momento: mientras que la orza no apareciera Bonaventura seguiría siendo fiel a su palabra que solo tenía un idioma para expresarse, el de la sangre…

ADEU

Llegando tarde es posible que seas puntual. Eso nadie lo sabe. Y solo el desarrollo de los acontecimientos te dirá si la demora te sirvió o te perjudicó. Hay quien se ha salvado de una muerte segura por no pasar a la hora acostumbrada por su esquina habitual. Y esa misma situación, en cambio, ha permitido que el diablo se lleve por delante a otros con peor estrella. El destino nuca te avisa. Habla poco. Y cuando lo hace nos fiamos de los que, dicen, saben interpretarlo. Y en ese aspecto es muy parecido a lo que aseguran nuestros marineros sobre el mar: muy deleitoso de mirar y muy peligroso de pasear. Mi paseo para visitar a Jaume Colom lo hice demasiado tarde. Con dos días de retraso. Porque cuando fui a merodear por la Alcaicería de la Seda, buscándolo en su almacén afectado por la riada, los mercaderes vecinos me dijeron que se había marchado. Sin decir adónde iba. Eso sí: partió con una risa en la boca porque había conseguido cobrar el dinero del seguro y, supuse, que también llevaba consigo la orza portuguesa que no había servido para volver a Sevilla contra su rey, sino para coronarse él sin problemas financieros, capaz de olvidar ideales o, mejor dicho, poner su vida y hacienda por encima de cualesquiera otros por los que merece la pena pelear.

Mis sospechas, tras lo que balbuceó el negro borrachín, («la orza del catalán») se confirmaban ahora. Nadie se va tan presto de un lugar si no tiene motivos suficientes para hacerlo. Huyó como si fuera un cimarrón perseguido por los perros de los cazadores de esclavos, con esa misma urgencia y determinación. Tenía todos los motivos del mundo para hacerlo. Porque el cáñamo de una horca le esperaba si descubrían que era un agente al servicio de la causa portuguesa en Sevilla. Y Portugal no podía pisarla por haber

traicionado a los que confiaron en su compromiso. Pero ninguna de esas dos responsabilidades criminales me afectaba o interesaba. Lo que me preocupaba era mi comunidad y su bienestar. Y no supe ver sus maniobras hasta que fue demasiado tarde para cuatro morenos asesinados. Suya era la culpa y la responsabilidad de las muertes producidas por la venalidad de Bonaventura. Y suya era también la culpa de que el dinero que invirtieron los portugueses en la rebelión no se hubiera traducido en nada, bueno, sí se tradujo en algo importante: el catalán le había dado un vuelco a su vida y regresaría a su encendida Cataluña como una de las primeras fortunas que la guerra contra el rey había generado. Una orza repleta de reales de plata y perlas del Darién viajaba, probablemente, hacia el principado, por tierra o por mar, quién sabe cómo…Colom era el primer protagonista del proceso, ardorosamente enriquecido, gracias al amor patrio…

Con evidencias tan potentes pedí entrevistarme con Bonaventura y hacerle partícipe de mis descubrimientos. El As de Diamante había tenido delante de sus asquerosas narices al autor del robo de la orza, sin darse cuenta de que la lluvia siempre cae hacia abajo y de que, si escupes hacia arriba, sueles mancharte la cara. Ese era mi deseo. Exponerle su ridícula y brutal actuación de forma cruda y sin matices, para que se avergonzara de su poco seso, de su escasa inteligencia y de sus mínimas dotes para servir a su duque con eficacia y satisfacción. Su forma de llevar el caso había costado un secuestro, una denuncia a la Inquisición y cuatro muertos. ¿Cómo se resarcía ahora todo aquello? ¿Cómo se le devolvía la vida a una madre y a un hijo que se tragó el Guadalquivir? ¿Y qué verano podrían disfrutar aquellas dos ciruelas que dejó trabadas entre las ramas de un árbol de San Roque durante la arriada? Tampoco sabía nada de lo que le hicieron a Ibulorena durante los días que estuvo secuestrada. ¿Sería capaz de contármelo? Bonaventura carecía de cualquier tipo de honor. Una rata de agua tenía mucho más que el genovés. Y mucho menos que cualquiera de esos niños huérfanos, tirados en el Arenal, a la espera de que algún maestre de la flota se fijara en ellos y les enseñara la profesión de marinero, a cambios de

mendrugos y muchas palizas. Curiosamente, todo lo que me tenía que desvelar y descubrir el catalán ahora pasaba a su socio, como una pelota enloquecida por el giro de los acontecimientos.

Esperé ese encuentro por días. Pero no me llegaba su respuesta. Entendí que era una forma como otra cualquiera que Bonaventura empleaba para ser él quien marcara los tiempos, quien llevara la rienda de aquel tortuoso carro. Las entrevistas las pedía él y las concedía cuando le diera su real gana. También comprendí que Bonaventura sabía ya quién tenía la orza. Y que no iba a ponerse delante de un alguacil de negros a reconocer su torpeza. Había tenido de socio y hombro con hombro al tipo que engañó a portugueses, al duque, a nobles andaluces implicados en la revuelta y… al mismísimo Bonaventura, algo así como el representante del diablo en Sevilla. El rostro más sevillano de aquella confabulación. Y no se dio cuenta. Esa mancha en su prestigio olía peor que una mierda en sus calzas. De que lo supiera Sevilla me encargaría yo, como una forma sutil de vengarme de sus abusos. Lo mejor de todo aquello, lo que más me importaba y emocionaba era que los asesinatos de negros dejarían de ejecutarse. Ya no había motivos para seguir la cacería.

El tiempo aplacó mi ira. Y pensé que, de encontrarnos en la calle, las explicaciones que le reclamara no deberían dejarlo en evidencia, como un tonto y estúpido soberbio. Casi al mes de que Colom se marchara sin dejar huellas de su camino, me encontré con Bonaventura en el Malbaratillo, un lugar en el Arenal inundado de puestos con toldos en forma de cono para protegerse del sol y donde podías comprar pescados del río, ostras, almejas y cangrejos, también lugar de encuentro de malandrines y hampones que vendían allí lo que habían sisado a los más incautos. Quiso evitarme. Pero me puse detrás de él con un pescado maloliente en la mano:

—Apestaban tanto como este pescado las intenciones del catalán. Y ni lo oliste…

Bonaventura se apartó del pescado y me dedicó una cara de asco. No dijo nada y siguió a lo suyo. Como yo, que insistía midiendo palabras e intenciones.

—La orza solo le sirvió a él. Ni a Portugal, ni a tu duque, ni a ti. Maldito bribón de mercader.

—Maldito sea, sí. ¿Por qué sospechaste de él, negro?

—Porque uno de los bandidos que pagaste para denunciar a Ibulorena al Santo Oficio, borracho y balbuciente, soltó algo sobre una orza y un catalán…

—Los borrachos suelen hablar tonterías. Yo no le hubiera dado crédito.

—Los borrachos y los locos suelen decir la verdad. A su forma… Solo hay que saber escucharlos.

—Tú sabrás lo que haces y escuchas, negro.

—Eso intento, Bonaventura. Lo importante es que la masacre debe terminar.

—Y la orza debe aparecer.

—Pero ya no es asunto mío ni de mis negros. Se la llevó tu socio. Blanco, catalán y rebelde a favor de la causa de Portugal y de tu duque. Caso cerrado por mi parte.

—Daré con él, aunque tenga que ir a Cataluña.

—Otros, por tu mala entraña, se han ido más lejos, al otro mundo. Sin posibilidad de regreso.

—Fueron trágicos accidentes…

—Tan trágicos que los negros que te cobraste por vez primera no los conocía nadie… Y me pregunto: ¿Para qué vinieron a Sevilla? ¿Quién los trajo…?

Y me fui, dejándole delante de sus narices aquel apestoso pescado del mercado del Malbaratillo del Arenal, silbando como era mi costumbre. Mientras regresaba a San Roque, evitando el plomo candente que caía sobre Sevilla en aquel recién iniciado verano de 1641, pensaba que es cierto, que llegando tarde a un sitio es posible que seas puntual y encuentres lo que te está reservado…

HONGOS

Tras la tempestad viene la calma y hay que aprovecharla porque no suele durar mucho. La existencia es una lucha permanente por sobrevivir que te exige un agónico estado de alerta. Relajarte es como ofrecerle el cuello a un lobo. Y por el sitio más inesperado puede pillarte la desolación. Tras aquel encuentro con Bonaventura me tomé el tiempo necesario para poner en orden los asuntos pendientes: Ibulorena, doña Isabel y sus pretensiones, Tomé el Guineo y su enfermedad, las visitas al judío que encubrían mis encuentros con la jolofa y… mis hongos novohispanos. Me los merecía. Me merecía, tras tanta angustia y desventuras, tomarme uno de aquellos hongos y vivir el sueño que me inspiraban. Tenía pendiente, también, mi intercesión en un feo asunto de fraude de un marinero mulato que, en unión de su maestre y piloto, fueron detenidos en Tomares con un caballo cargado de plata, producto de sus tratos ilegales en el Nuevo Mundo. Era corriente entre la marinería, para mejorar sus sueldos, negociar en América con vinos y ropas que se llevaban en la nao como propias, para luego venderlas clandestinamente en tierra firme. La justificación que dieron los tres sorprendidos hombres del océano fue que, dada la pesada carga que traía el barco, decidieron aliviarla para que pudiera pasar mejor los bajos del río y que su intención no era guardar aquella plata en beneficio propio, sino llevarla a la Casa de la Contratación. No era muy creíble el argumento. Entre otras cosas porque Tomares está situada en la margen del río opuesta a la Casa de la Contratación. Pero, realmente, no tenían otro argumento…

Antes de retomar la rutina diaria de mi trabajo y poner en orden los asuntos pendientes, la mayoría muy personales, decidí bajar al río, buscar un lugar fresco y boscoso, con intención de relajarme y tomarme uno de aquellos hongos que

tenían la bendición de no dejarte olor a vino en la boca y, en cambio, proporcionarte todos los beneficios del mejor de los licores. Ingerí una pequeña porción. La suficiente para aliviarme y dejarme llevar por sus efectos, que trastornaban caprichosamente el mundo real, presentándomelo con colores nuevos, formas de dimensiones desconocidas y sonidos sorprendentes. Podía ver colores que no tenían nombres, formas antojadizas y escuchar con nitidez el sonido de un ratón que me hablaba como un ser humano. Aquello no solo me relajaba. También me divertía. Y no era infrecuente que me dieran ataques de risa. Lo malo es que si te veían reír solo y sin motivos en mitad de la calle, te tomaban por loco. Y era lo que le faltaba a mi comunidad: que Sevilla fuera diciendo por ahí que el alguacil de los negros era un loco más, un tipo que reía solo y sin motivos, tan borracho y delincuente como todos los morenos, argumentos sobrados para que mi escasa autoridad se resintiera aún más. El río era un buen lugar para gozar. Y no solo de los favores, pagados o no, de las hembras…

Aquel día todo fue bien hasta que, por alguna extraña razón, la risa se tornó inquietud y la inquietud, miedo. Del ratón que me hablaba como una persona y se interesaba por mis amores con la jolofa y doña Isabel, cuál de las dos me era más placentera, cuál de ambas más insaciable, a cuál de las dos elegiría amante y a cuál como esposa, torné a ver una anguila descomunal serpentear por el agua, para transformarse en serpiente y abrir su venenosa boca delante de mi cara. La serpiente tomó el rostro de Bonaventura y no dejaba de amenazarme con sus colmillos afilados. El hongo me estaba limpiando el cerebro de la angustia provocada por el As de Diamante desde la pasada Cuaresma, tiempo en el que comenzaron todos mis pesares. Luego se me apareció Jaume Colom con cara de zorro, hablándome en su lengua, incomprensible para mí, riéndose con una carcajada chirriante y amenazándome con una cruz amarilla. Ambas apariciones se difuminaron cuando se mostró Ibulorena, pronunciando su reproche favorito cada vez que me veía:

—Alguacil, siempre llegas tarde a mi vida…

Para sonreírme con dulzura y acariciarme el rostro. Al

reproche de siempre le añadió algo nuevo:

—Yo en cambio no dejo de protegerte…

Y fue decir eso y transformarse en la viva imagen de Oshun, la santa que la preservaba. Con la imagen de Oshun y su hermosura delante de mí, sus pulseras de oro y sus collares amarillos, me tumbé sobre la hierba de la ribera y fijé la vista en el cielo. Poco a poco me quedé dormido, pese a que oía el caminar de las hormigas cargando la despensa para el próximo invierno como si fueran pisadas de elefantes. La vida es un permanente estado de alerta incluso cuando solo buscas relajarte. En el mejor de los momentos, te sorprenden los alguaciles camino de Tomares con la plata que te has ganado en el Nuevo Mundo. O sale una anguila del agua para transformarse en la peor de tus pesadillas. Menos mal que Ibulorena no dejaba de protegerme…

ALQUIMISTAS

Dios te libre de caer en la tentación de creer que lo sabes todo. Porque es la forma más directa de convertirte en tonto. Los prudentes aseguran siempre estar aprendiendo. A los estúpidos les sobran estudios y experiencias porque están convencidos de convertir el plomo en oro. Son alquimistas de su propia bobería. Y de tontos morirán. Sin saber nunca dónde pisaron y en qué mundo vivieron. De este tipo de soberbia, tan común entre los hampones y los rufianes de la ciudad, me salvó la prudencia. También la formación que recibí, como paje, en mis años de servidumbre al duque de Medina Sidonia. Pero hay gente, estudiada y reconocida, que creen saberlo todo y solo saben expresar su ignorancia. Ibulorena me descubrió, con el paso del tiempo, que era tan despierta de conciencia como prudente con sus palabras que sabía convertir en silencios. No me quiso contar muchas cosas de su penoso calvario. Ni estando en manos de Bonaventura ni de lo que le ocurrió en el castillo de Triana. Pero en el mapa hermoso y terso de su piel, había huellas de un rumbo doloroso. Sus espaldas y nalgas mostraban las cicatrices de los pencazos recibidos y sus frutales labios quedaron marcados para siempre por una herida de cuchillo. Mis caricias, desde su regreso, iban siempre dirigidas a darle a esa parte de su cuerpo el calor que otrora ocupó el frío desalmado del maltrato. Me sobraban besos para cerrarle la herida de su memoria.

No descarté nunca que Ibulorena sufriera más castigo físico y moral en manos de Bonaventura que durante sus meses en el castillo. Aquel sicario sabía que la jolofa me calentaba la cama y, alguna vez, me recordó que no corrían buenos tiempos para querer en demasía. El genovés odiaba todo lo que yo amaba. Porque despreciándolo me humillaba, me castigaba. Y esa fue siempre su forma de demostrarme que estaba por encima de

mí, de la opinión que en el palacio de su señor don Gaspar tenían del que fuera su paje y de lo que por Sevilla se solía comentar del negro alguacil de San Roque. Si la huella del dolor en el cuerpo de Ibulorena manifestaba algo era precisamente eso: el rastro evidente de un odio no humano hacia lo que tuviera relación afectiva conmigo. No lo voy a ocultar. Siempre tuve la fría sensación de que, en uno de sus ataques de iracundia, Bonaventura inventara algo para acabar con Negra Flor.

Así que de aquellos calvarios que el destino puso en la vida de la jolofa, no pude saber mucho más de lo que, por pura especulación, saqué en conclusión. Lo intenté muchas veces. Pero siempre me cerraba con sus dedos los labios y luego me besaba para que no se nos olvidara el amor. Eso no me hizo saber más. Pero sí sentir mucho. Demasiado. Tanto que cada vez que nos encontrábamos y convertíamos el amor en una especie de carta de despedida, repletas de besos interminables y signos de interrogación que preguntaban quién quería más a quién, en mi cabeza revivía aquellas palabras que, en el sueño de los hongos novohispanos, la alucinación ponía en sus labios: «Yo en cambio no dejo de protegerte…».

¿De quién me protegía Ibulorena? ¿No era yo acaso el que la aconsejaba que no fuera, por cuestiones de religión, al río a realizar sus *ebbós,* que se prodigara por los altares cristianos y evitara los peligros derivados de su propia determinación? ¿De quién me protegía Ibulorena? A los sueños les suelo dar el valor que tienen. Mucho. Más de lo que la gente se cree. Porque los sueños no son solo sueños, como el celebrado Calderón de la Barca ha dejado escrito en su teatro. Los sueños, al menos para mí, son otra manera de aprender y de evitar caer en la tentación de que todo lo sabes y que lo que no comprendes lo desprecias. En todo este tiempo, Ibulorena solo me confesó una cosa:

—Necesito que me devuelvas mi *otán,* la vasija amarilla donde tengo la piedra del río, mis collares y mis pulseras de bronce.

—Todo eso lo guardo por tu bien.

—Por mi bien y por el tuyo, devuélvemelo cuanto antes. Porque es más valioso que esa orza que ha costado tantas vidas y dicen que se la llevó el catalán…

Me miró a los ojos, me volvió a besar, dejándome en la boca el sabor del desconcierto. ¿Por qué sabía la jolofa que el catalán se llevó la orza? ¿Quién se lo dijo? ¿Con quién andaba?

Mi hija

Los hombres les dan importancia a sus hijos no porque propaguen su vida y en cada gesto, rostro y sangre se perpetúen. Sino porque les hacen el trabajo más llevadero, les sirven de ingresos en situaciones extremas, son un seguro para la vejez y, en caso de que sean hembras, sueñan con que hagan buen matrimonio y les afloje el nudo que la necesidad siempre aprieta en el cuello. La primera vez que tuve un hijo entre mis brazos me sentí confuso y perdido. Con una rara mezcla de emociones en la que no faltó la extrañeza. La niña que mi señora doña Isabel puso en mis brazos era mi hija, aunque no la sintiera como tal, agradándome la viveza de sus ojos verdes y el color tan bello que derramó mi color en su piel. Pude conocerla tras ser llamado por doña Isabel Henríquez de Mendoza a su palacio de San Lorenzo, previo requerimiento mío para enseñarle una carta y solicitarle un favor. Uno más. La noche la empleé en escribir una carta que debería ser entregada en Madrid, en la corte, a don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, el hombre, quizás, más poderoso del mundo.

Bien aconsejado por la reflexión y la mesura, creí que la mejor forma de cerrar mis cuentas pendientes con el genovés y que pagara por los crímenes que había cometido y que pudiera haber perpetrado con Ibulorena, era redactar una carta denuncia sobre los sucesos previstos para el pasado Jueves Santo, sin involucrar a mi antiguo señor. Me llevó horas y hervor de sesos redactar aquella carta sin que una sola pizca de tinta emborronara el prestigio de mi antiguo amo, volcando toda la responsabilidad de la trama en unos aristócratas portugueses, un espía catalán y un colaborador del duque ambicioso en extremo y que traicionó su confianza. Igualmente, esa denuncia reforzaría en Madrid el poder de mi

señora, de sus influencias y prestigio, ganándose la confianza de un rey que necesitaba la lealtad de sus nobles tras conocer la desafección de algunos de los andaluces que secundaron la insurrección. Cuando estimé que no había cabo suelto y que la carta, no firmada por mí, pero que debería llegar a las manos del conde-duque a través de doña Isabel, como envío anónimo llegado a su casa, esperé con los ojos abiertos a que amaneciera. Mil vueltas como mulo de noria le di a tan delicado asunto. Era la única forma que tenía de vengar las muertes perpetradas por Bonaventura, de acabar con su enloquecida influencia y sus actos de terror. También de que un negro como yo pudiera tumbar, sin mancharse, al enemigo más implacable y poderoso que tenía mi comunidad en Sevilla.

Cuando le entregué la carta a doña Isabel, como si fuera un intercambio de intenciones, me dejó a mi hija en los brazos. Ella leyó con suma atención aquel informe y cuando terminó, como jugando, sin dejar de fijar sus verdes ojos en mis brazos y en la niña, forzó la situación para que yo le preguntara:

—¿Qué te parece?

—Lo mejor para ti y para mí —me contestó.

—Nunca haremos una cosa tan grande —le repliqué.

—Todas mis esperanzas e ilusiones están ahí —dijo acercándose y abrazándome, dejando a la niña en mitad del cerco de ternura.

—También las mías —le contesté confiado.

—No esperaba menos de un hombre como tú.

—¿Estás decidida entonces?

—Cuanto antes mejor.

—Entonces, ¿cuándo la enviarás a Madrid y a través de quién? —pregunté ajeno a su juego.

—¿A Madrid? ¿A través de quién? A qué te refieres —me respondió muy extrañada.

—La carta que acabas de leer. Tienes que hacerla llegar a la corte, a las manos del conde-duque.

Mi señora dejó la carta sobre una mesa china, de un precioso lacado, con pájaros multicolores que parecían vivos por la claridad que entraba por la galería superior de la casa en aquella habitación.

—Tú hablas de la carta. Yo me refiero a la hija que tienes en brazos. ¿Qué te parece la niña? ¿No es lo más bello que has visto en tu vida? Es la primera vez que la ves y que la tienes cerca de tu pecho.

Me sentí más estúpido que ridículo, más torpe que bobo. Y debo confesar que aquella hermosura que tenía en los brazos no despertó en mi corazón ningún tipo de sentimiento paterno. Creo que los padres se hacen conforme tratan con sus hijos. Las madres, en cambio, lo son desde que fueron engendradas. Tal vez por eso, mi señora, tan sutil y perspicaz, me dijo lo que yo no esperaba que me planteara aún:

—Es bueno que tu hija te vaya reconociendo. Y que esta casa cuente con tus inestimables servicios.

—¿Y la carta?

—Se cumplimentará.

—Dame tiempo para resolver lo que tengo aplazado y que tanto depende de ti. De esa carta, mi señora.

—Y de ti, amado mío. Y de ti. De una sola y fácil decisión tuya. Bajo este techo tendrás lo que jamás habrás imaginado tener.

Aquel día traté de reponerme de mi vista a San Lorenzo enredándome en el llamado rastro, frente al matadero, a la salida de la Puerta de la Carne, donde se suelen lancear toros y hay tanta mierda y estiércol como en los mejores adarves de Sevilla. Y pensé que es cierto que los hijos vienen con un pan bajo el brazo, aunque ese pan cada día estuviera más caro en esta enloquecida ciudad… y a mí me lo acababan de poner a precio de oro americano.

República libre

El arte de la conspiración no está hecho para pusilánimes. Ni para caracteres dubitativos. Rapidez y determinación son los principales argumentos de una conjura. Que nunca debe olvidar el sigilo, la sorpresa y el golpe de mano definitivo. Todo esto escuchaba una noche calurosa de mediados de agosto a dos notables espectadores en el corral de la Montería, donde se representaba una comedia titulada *San Cristóbal*. Soy aficionado al teatro. Me gusta el popular y el culto. Aunque en las representaciones para el pueblo, las obras, por su tono y picardía, me obliguen a veces a salir antes de tiempo, llevándome a algún mulato o negro alborotado por lo que ve y envalentonado por el vino con el que se acompaña. La noche que refiero hubo alboroto. Pero de color blanco, de palomos, como la germanía los conoce. Porque intervino un oficial de la Inquisición requisando el libreto de la obra para repasar algunas escenas consideradas indecorosas. Cuando el empresario de la compañía salió a escena para anunciar que esa noche no había representación por razones de la Santa, los espectadores empezaron a protestar, tirar bancos, romper sillas y celosías, desmayarse las mujeres, obligando a los alguaciles y tenientes que estaban en el corral, a sacar a la gente y acabar con semejante escándalo. Pero la gente no se iba. Y cada vez gritaba con más fuerza: «¡¡Queremos *San Cristóbal!!»,* «¡¡Queremos *San Cristóbal!!»*. Me retiré, por prudencia, de semejante algarabía y me situé cercano a los dos notables que hablaban del arte de la conspiración. No hubo teatro. Pero aprendí mucho de aquella novela escrita a dos lenguas por gente bien informada de la ciudad.

Días más tarde pude corroborar lo que en el corral de la Montería escuché. El rey había perdido toda la confianza en el duque de Medina Sidonia, al que acusó de derrotista e

indolente, ya que los informes enviados por mi antiguo amo le pedían siempre lo mismo: más hombres para no hacer nada. Su actitud dilatoria y en absoluto intervencionista desesperaba en Madrid y alentaba serias sospechas sobre su lealtad. Los espías de Felipe IV en Lisboa habían alertado de una conspiración liderada por ambos nobles, el duque Gaspar Alonso y su primo el marqués de Ayamonte, con el fin de «hacer la república libre de Andalucía» y proclamar rey al de Medina Sidonia. Esto obligaba a que mi antiguo señor permitiera la entrada de portugueses por la frontera de Huelva y explicaba su inhibición en la raya del Guadiana. Por su parte el marqués de Ayamonte, en una extrema situación económica, marcharía sobre Sevilla. Mientras, el duque esperaría en Sanlúcar de Barrameda la llegada de una flota franco-lusa que llegó a avistarse en el horizonte gaditano. La conjura estaría apoyada por nobles levantiscos como el marqués de Poza, que tomaría Málaga; con el duque de Arcos se negociaba para que abrazara la causa y don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán habría pactado con el reino de Fez con el fin de disponer de tropas marroquíes. Hasta meses después de ser emplazado en Madrid, el duque de Medina Sidonia no se presentó a dar explicaciones y ser interrogado en la corte. Para entonces su poder se había resentido ostensiblemente. Y le quedaba por delante un largo proceso del que supo salir trasquilado, pero no con una soga al cuello. La mediación del conde-duque de Olivares y la permisividad real fueron decisivas. Suerte que no tuvo su primo, el marqués de Ayamonte, que pagaría con su vida sin mucho agrado de pasar a la historia como un noble infamante y con poco seso.

La diferencia entre la vida y el teatro no es mucha. Todos somos personajes de una misma comedia. Y el libreto puede ser intervenido en cualquier momento por considerarse inconveniente. Entonces solo quedan dos opciones: o quemas el teatro o conviertes tu personaje en lo que más les guste a los poderosos. Bonaventura estaba al tanto de la suerte de la rebelión y de los peores días vividos por su señor. Sabía que el conde-duque envió al noble andaluz, don Luis de Haro, para apaciguar a los insubordinados aristócratas sureños y le

encomendó al conde de Peñaranda que recogiera todo tipo de pruebas y declaraciones en la villa de Ayamonte contra el descubierto duque conjurado. Y pensé que era el momento justo para que doña Isabel enviara a la corte la carta que le redacté algunos días atrás y acelerara la debilitada situación de Bonaventura. A la venganza no se le hace esperar. Alguien debería estar ya trenzando el cáñamo para que la luciera al cuello en un magnífico día de horca. Y yo, mientras pensaba en estas cosas al pasar por delante de la capilla de San Roque, tentado estuve, pese a mi escasa fe, de hincarme de hinojos delante de la Virgen de los Ángeles. Tenía todos los motivos del mundo para darle las gracias. Porque lo que previeron los conjurados para que Sevilla estallara el pasado Jueves Santo nunca se dio. Un catalán se llevó el dinero de la conjura, una arriada suspendió la Semana Santa, el marqués de Ayamonte jamás ocupó la ciudad y Bonaventura dependía, como un perro, de la suerte de su señor, acusado en Madrid de ser un desleal y viviendo sus horas más inciertas en la corte. Cuando el agua te llega al cuello te agarras a lo más inverosímil para no hundirte. Mi antiguo señor don Gaspar se defendería culpando a su primo quien, según su propio testimonio, lo había seducido por incauto. Mi carta debía salir cuanto antes para Madrid. Para que la corte supiera que el ingenuo señor de Medina Sidonia tenía en su casa sevillana a un matón, un bravote, que formaba parte importante de la trama portuguesa, que había traicionado su confianza e inocencia. En esa carta estaba escrito mi futuro y el de la casa de la señora a la que tendría que servir en la alcoba y en los negocios. Una vida que, para Calderón de la Barca, uno de mis dramaturgos preferidos, es sueño… o pesadilla. Cuando llegué a mi casa me abracé a Negra Flor, esa angustia permanente en mi pecho mientras siguiera vivo Bonaventura. Mi madre celebró verme y me dijo en yoruba:

—*O dará ojo*.

—Sí, madre, hace un bonito día…

Y me abracé a ella con esa mezcla extraña de sentimiento y temor, de dulzura y miedo, con la que sueles abrazar a los seres que amas y corren peligro. Mientras la apretaba contra

mi pecho recordé una frase de mi escritor más odiado y, a la vez, admirado. Aquella cita de Quevedo donde aseguraba que «los corazones que se quieren solo con el corazón se hablan». Una vez más aquel gran cabrón que nos dibujó diciendo que «tan pobres somos que una blanca no se halla entre todos ellos» era capaz de expresar un sentimiento mejor que los propios sentimientos. Qué duro me resultaba tener que admirar a un ser que nos despreciaba, nos infravaloraba y nos ridiculizaba. Nunca negaré que, a veces, en mi imaginación, disparatada por sus desprecios, le puse la cara de Bonaventura…

Apariencia y realidad

Los celos suelen engendrar monstruos. Y el que se convierte en uno de sus hijos padecerá bajo su imperio las más terribles emociones hasta convertirse, a base de sufrimiento, en algo peor que su creador. En esa situación puedes esperar lo peor. Desde perder la razón para siempre o cometer los crímenes más viles y execrables. Siempre pensé que de existir el infierno no estaba, como amenazaban los frailes menos aventajados, en una especie de inframundo. El infierno siempre va con nosotros, en nuestro corazón y en nuestra alma, si has caído en la desgracia de ser hijo de los celos. En estas reflexiones me enredaba mientras dejaba San Roque y me dirigía, a pie forzado, hasta Santa María la Blanca, para visitar a Elías. Seguía obsesionado con saber qué sufrimientos pasó la jolofa en manos de Bonaventura. Estaba seguro de que el judío sabía más cosas que yo. Y me interesaba conocer, tan a mano me tenían ya los celos, si las huellas del dolor que quebraron su suave piel y sus bonitos labios tenían la autoría que sospechaba. Elías Benasayag estaba leyendo relajadamente cerca de la puerta de su casa, con esta a medio abrir, para aprovechar la corriente de aire que refrescaba aquel infernal ambiente del verano local.

—Dios te acompañe, Elías.

—Que también te guarde, Domingo Congo. Entremos y me cuentas cosas.

—A eso vengo a tu casa. Pero no a contártelas sino a que tú me cuentes.

—¿Te interesa ahora la medicina? —me dijo en broma.

—Solo cuando enfermo, Elías. Me interesa saber lo que tú sepas de lo sufrido por Ibulorena.

El judío movió la cabeza, indicándome que no sabía mucho.

—No habla sobre el asunto. Es como si quisiera olvidarlo

para siempre.

—Hay cosas que no se pueden olvidar y que el silencio tampoco es capaz de ocultar.

—Debo decirte que ella lo ha conseguido. No sé si es miedo o soberbia, intimidación u orgullo. Pero no me ha dicho nada de lo que sufrió o le hicieron.

—Te diré algo que tal vez tú no sepas…

—Dime.

—Antes de que la prendieran los de la Palma verde lo hicieron los bravotes de Bonaventura. La tuvieron secuestrada durante un tiempo. Hasta que encontraron a dos testigos falsos y la denunciaron.

—Eso lo sabía.

—¿Ella te lo dijo?

—Me lo dijo mi amigo en el castillo de Triana.

—El que tratas de los males de la vejiga, claro.

—No, otro.

—¿Entonces?

—Era mi carta más alta, la mejor guardada, la que tendría que jugarme si la partida se ponía fea y la Inquisición no soltaba a Ibulorena.

—Me pierdo, Elías.

—Es bien fácil: el procurador fiscal, el encargado de elaborar la acusación, investigando las denuncias e interrogando a los testigos, me es muy conocido. Creo que puedo decirlo así.

—¿Un judío neoconverso y un alto cargo de la Inquisición mantienen buenas relaciones? El mundo cambia a una velocidad que no puedo seguirlo.

Elías Benasayag me regaló una mirada casi misericordiosa, como esas con las que se pagan la ingenuidad y la inocencia. Y fue muy conciso.

—Le gusta frecuentar la hoya de Tablada…

—¿La hoya de Tablada? Allí solo va la escoria buscando la basura que no quieren en la mancebía. Todas las putas enfermas, las que padecen el mal francorum, descartadas por el médico del prostíbulo, se destierran allí.

—Tiene sífilis. Y lo trato de su enfermedad. ¿Te gusta la

carta?

—As de oro.

—No ha hecho falta utilizarla. Un favor menos que debo.

Me quedé pensando en aquel hombre sabio, medido y culto, prudente y justo, que pasaba casi de puntillas por la ciudad y que, en cambio, sus leves pasos retumbaban con estruendo en los pasillos más poderosos de Sevilla. Me sacó de mi embobamiento el propio judío.

—Ibulorena solo se interesa por una cosa, Domingo.

—Habla.

—Quiere que le devuelvas el *otán,* con su piedra, los collares y las pulseras. Solo ha pedio eso. Pero insistentemente.

Me levanté y dejé la bolsa que llevaba prendida del hombro sobre una mesa.

—Aquí están. Me las pidió hace días. Pero dile que no juegue con fuego.

Cuando dejé caer aquel consejo yo no sabía muy bien si lo hacía como un enamorado y celoso negro o como un alguacil incapaz de controlar a una esclava que parecía ser más libre que el dueño del apellido más prestigioso de Sevilla. En ese instante me di cuenta de que los celos me habían apadrinado. Y eso, para un mujeriego como yo, era una noticia muy desfavorable. Pero no tanto como lo que intentó decirme el judío en la puerta de su casa, al despedirnos.

—¿Se sabe algo del catalán, Domingo?

—Nada.

—¿Tú crees que él se llevó la orza?

—A rajatabla —le dije.

—¿Sin ningún tipo de dudas?

—Tan seguro estoy como del color de mi piel.

El judío se llevó su mano a la barbilla, en un gesto reflexivo. Luego, con esa serenidad y temple que le eran habituales, me miró fijamente y me soltó:

—Tú eres el alguacil. Tú manejas toda la información del caso. Tú sabes de esto más que nadie. Pero…

—¿Pero qué, Elías?

—Pero…

Y lo dejó en el aire, bailando como un interrogante sin

signos, como una duda que no terminaba de serlo…

CAPÍTULO VI

UN MUERTO EN LA PARED

Mejoría

Cuando no se tiene, se busca o se fabrica, saltándose normas y leyes, porque si es cierto que la letra con sangre entra, tampoco es mentira que la palabra escrita por la ley con hambre y necesidad se paga. Sobre todo, para aquellos que no tuvieron muy alta su cuna y sus apellidos son tan mudos que no hablan de ellos ni por señas. Sobre esto reflexionaba Tomé el Guineo en mi último encuentro, tras más tiempo del debido sin visitarlo en San Lázaro, a propósito de un escándalo descubierto en la ciudad. La carestía y el precio elevado de la carne, los huevos y el pan obligaron a una familia a fabricar monedas falsas, cuartos y reales, en la casa de unas mujeres de la calle Azafrán que fueron descubiertas por el alcalde de la Justicia. Tras el pertinente juicio ambas mujeres fueron condenadas a muerte.

—La plata, Domingo, es más mortal que la lepra. Todos sucumben a su brillo.

—Al real y al falso, Tomé.

—Unos la quieren para tener más; otros para tener algo que alguna vez brille en su vida.

—Estos últimos son los que suelen sucumbir a su seducción, fíjate lo que ha pasado en la calle Azafrán.

—Siempre estás bien informado, Tomé.

Y Tomé, como era recurrente en estos casos, miraba a su perro Lázaro, señalándolo con el dedo y riendo a carcajadas, mientras el can parecía seguirle la broma ladrando y moviendo alegremente el rabo.

—Lo sé, siempre me dices lo mismo, Domingo Congo. Ese perro, al parecer, lo sabe y se entera de todo.

—Si trabajara para el rey no le habría sorprendido la revuelta portuguesa…

—Se entera de muchas cosas, sí. De otras que también son

importantes no logra enterarse del todo. Pero sí le llega el rumor, el eco de las voces, que hay que saber escuchar, alguacil.

Me quedé pensando en las intenciones de lo que me decía el viejo alguacil porque, sin duda, hablaba con la luz de la inteligencia encendida, viendo dos metros antes que yo, siempre tratando de decirme algo. No quise demostrar ni impaciencia ni desconocimiento, que era grande en el caso de las monedas falsas que me acababa de relatar y del que me había enterado por su boca, pese a estar en el lazareto, alejado de la ciudad. Pero no quise desprestigiarme como alguacil y dar la sensación de que las cosas pasaban delante de mis narices y no era capaz de olerlas. Cambié la dirección de la charla y le dije lo que veía:

—Te encuentro mucho mejor de la enfermedad, muchísimo mejor que la última vez que nos vimos.

—Las manos de Ibulorena tienen la culpa.

—¿Resultó su medicina africana?

—Aquí me tienes. En cambio, quien más se resiente de mi mejoría es Lázaro, que ya hace tiempo que no come mi carne muerta.

—Esa jolofa sabe tanto o más que el médico judío para quien trabaja.

—Entre ambos pueden fundar un hospital y curar a Sevilla de todos sus males. ¿Qué sabes de ella, Domingo?

—No lo ha pasado bien últimamente.

—Hay pocos entre nosotros que no llevan una vida de sobresaltos y angustias.

—¿Tu perro Lázaro no te ha contado que fue secuestrada por Bonaventura y que dos testigos falsos, negros comprados por el As de Diamante, la denunciaron a la Inquisición por bruja?

—Ecos, Lázaro tan solo me trajo ecos de ese fatal asunto. ¿Cómo se resolvió?

—A su favor, Tomé. Oshun no la abandona.

—*Ore yéyé o!!!*

—*Ore yéyé o!!!*

Invocamos a la benevolencia de la madre Oshun, que

siempre estuvo con su hija, Ibulorena, protegiéndola, para entonar entre ambos una pequeña oración cantada en su honor. Tomé decía que nos faltaban los tambores y estar más cerca del río, donde el espíritu de la orisha yoruba, aliada de Yemayá e hija de Nana Buruku, amante, entre otros tantos, de Orula y esposa de Aggayú Solá, se hacía más evidente. Tras cantarle callamos un largo rato. Y lamentamos no tener un chivo a mano para ofrecérselo a la diosa del amor y dueña de los ríos de agua dulce agradeciéndole la protección a la jolofa. Nada de aquel ritual me nubló la cabeza donde seguía fija mi curiosidad. Tomé sonrió y con sus ojos me indicó que mirara, en el recodo del camino del jardín del hospital, una tortuga, uno de los animales preferidos por la orisha en sus ofrendas. Le devolví la sonrisa haciéndome cómplice de su alegría por una señal de Oshun tan evidente. Al fin y al cabo, como he confesado más de una vez, las religiones me convierten en una especie de artista de la simulación, que intento seguir más por respeto a los creyentes que porque me considere, realmente, uno de ellos. Por fin me decidí a hablar para preguntarle:

—¿Qué ecos son los que ha oído Lázaro últimamente, Tomé?

—Ecos de muertos.

—¿Y esos muertos me son familiares? —pregunté pensando en la suerte de mi madre, en aquella obsesiva idea que me dejaba sin aliento, temiéndola perder a mano de la cólera de Bonaventura.

—Muy familiares.

Me dejó helado en un día de verano de tanto calor que las piedras del suelo ardían. Apenas si pude seguir la conversación. Las palabras se ahogaban en miedo, en angustia, en zozobra.

—¿Familiares de sangre o de tratamiento? —inquirí demudado.

—Son solo ecos, Domingo. Y hasta ahí te puedo ayudar.

Me levanté sin aire en el pecho. Y me subí en la mula de un salto ágil y urgente. ¿Habría enviado Bonaventura a alguno de sus sicarios a buscar a Negra Flor aprovechando mi ausencia? Esta vez me olvidé de abrazar al leproso al despedirme. Pero le

prometí que regresaría pronto para traerle aquella milagrosa medicina que le preparaba Ibulorena. A unos cincuenta metros de donde dejé al Guineo lo oí chillar preguntándome:

—¿Qué sabes del catalán y de la orza, que te fueron tan familiares…?

Paré en seco a la mula y me giré hacia donde Tomé que, con más salud que nunca, me miraba riéndose a carcajadas y Lázaro ladraba sin dejar de mover el rabo. Esos eran los ecos de muerte que Lázaro le había alcanzado. Una broma que, por la zozobra que me produjo, bien se la hubiera devuelto con un juego de kiries en la espalda, con una somanta de latigazos. Pero no pude desearle a aquel leproso listo y cabrón la misma suerte que tuvieron las dos mujeres que el alcalde de la Justicia descubrió falsificando monedas en su casa de la calle Azafrán. Lo respetaba y estimaba tanto que estaba por encima de mis muchas ganas de mandarlo al mismísimo infierno… Era negro de verdad. Tan astuto como nuestro maldito color significa en la lengua camuflada de los bajos fondos…

Sorpresas

Por muy preparado que te creas, la vida siempre te da sorpresas. Llevo esa certeza marcada a fuego en mi corazón; quizás porque si las sorpresas son malas, me duelan menos y si son buenas, me alegren lo justo. Pero hay veces que la vida sorprende a tu propia capacidad de asombro, desnudándote de tus prevenciones y demostrándote que si lo sorprendente viene a por ti sucumbirás a sus consecuencias. Negra Flor me recordaba muchas veces un sucedido años atrás en el llamado Caño de los Locos, por el barrio de San Juan de la Palma, donde unos vecinos denunciaron al cura quejidos y lloros que salían de una casa contigua a los delatores. Un veinticuatro se presentó en el lugar, acompañado de testigos y ministros de Justicia, aclarándose la situación. Cuando accedieron a la habitación de donde salían las quejas, acceso cuya propietaria obstaculizó de mil formas, contemplaron un cuadro siniestro, tan sobrecogedor como los que algunos artistas flamencos pintaron del mundo oscuro y tenebroso del padecimiento. Una chica de doce años, desnuda y amoratada por los golpes, padecía largo secuestro en manos de aquella vecina del Caño de los Locos que nunca supo explicar por qué le daba tan mal trato. La niña resultó ser la hija de un mercader al que se la robaron con cuatro años y que fue identificada por sus padres, ocho años más tarde, tras haberse alertado a la población mediante bandos. Tenía en su espalda un lunar grande, a modo de antojo, que la identificó mejor que el nombre que le dieron al nacer y que había olvidado por completo. Nunca se supo de las razones del secuestro. Pero sí trascendió, un año después de ser descubierta, que la secuestradora había aparecido ahorcada en la cárcel, de forma voluntaria o condenada por la ley de los delincuentes, más severa e inclemente que la oficial.

Escuché a Negra Flor con toda mi atención, pese a que el

jazmín que había plantado, años atrás, con sus manos en un tonel de vino que le traje para embellecer el patio trasero con las flores que le gustaban, inundaba de ese dulzor embriagador que expele en las noches de agosto. Negra Flor sintió curiosidad de saber de mí y me preguntó, a su forma, si yo no tenía ninguna sorpresa que darle.

—¿A qué te refieres, madre?

—Pareces tonto, Domingo, con lo listo que eres. ¿No tienes ninguna sorpresa con la que hacer más agradable esta charla de una noche de verano en el barrio de San Roque?

—No se me ocurre ninguna, madre.

—¿Ninguna?

—Bueno, solo que te quiero más que nunca y que, muchas veces, pienso que eres la única mujer a la que quiero de verdad.

Negra Flor echó una bocanada de humo del tizón de hojas de tabaco que fumaba por encima de su cabeza para que, fundiéndose con las estrellas, pareciera una lechosa dirección más de la Vía Láctea.

—Yo también te quiero con locura, Domingo. Tú has sido mi fuerza y mi ilusión por sobrevivir lejos de donde me arrancaron. Además de mi hijo eres la parte de África que dejé atrás.

—África nunca abandona tus recuerdos, madre.

—Y sé que nunca conseguiré hacer realidad mi deseo de volverla a ver antes de morirme.

—Los sueños nunca deben dejar de soñarse para hacerlos realidad, madre.

—Yo sueño todos los días con ese momento.

—Llegará.

—Sé que peleas y trabajas para regalármelo. Pero ya no soy joven, Domingo. No creo que mis huesos y mis pellejos aguantaran un viaje como ese. En esos barcos…

—Esos barcos no se parecen en nada al que te trajo hasta Sevilla. Ni las condiciones del viaje serán, en absoluto, las mismas.

—¿Realmente, Domingo, no piensas que ese sueño no es más que eso, un sueño y nada más?

—Yo quiero llevarte a tu tierra y también quiero conocerla, madre.

—¿Me quieres engañar? Tú naciste aquí, creciste aquí y morirás aquí. Estás hecho a esta vida como el cauce a un río. Tus amistades, tus mesones, tus líos con los negros de San Roque, tus mujeres…

Negra Flor no se equivocaba. Yo no tendría nada que hacer y poco que ver en una tierra tan alejada, tan distinta, tan incómoda, tan contraria a la vida a la que estaba hecho y acostumbrado. Era el sueño de Negra Flor. No el mío. El mío era satisfacerlo en la medida de mis posibilidades. Y estas no eran muchas. El sueño era de ella y le permitía tener esa pequeña llamita de ilusión que te ayuda a levantarte cada día, dar gracias al cielo por ver la luz otra jornada más y que la calidad de tus ilusiones te hagan más llano el tortuoso camino de la existencia. Su sueño la llevaba hasta donde, sin permiso, obligada por grillos y cadenas, la secuestraron, arrancándola de su tierra, de sus palmeras, de sus ríos, de sus soles, de sus estrellas y de sus raíces. Todo ese patrimonio del alma de Negra Flor yo lo tenía aquí, en Sevilla. Y en mi corazón no habitaban fantasmas en forma de barcos con alas, como los que hacían vomitar de miedo a Ibulorena y como quizás, alguna vez, hicieron temblar a mi madre. La miré fijamente, con admiración, para decirle:

—Eres la negra más bella de Sevilla, lo sabes y te gusta que te lo diga.

—Y tú el alguacil más ciego de este reino y el hijo más lindo que me regaló la vida. Anda ¡dame una sorpresa! ¡La sorpresa que espero!

Me puse en pie y traté de sortear la situación de un capricho materno que no acaba de entender. ¿Estaría Negra Flor, por su edad, perdiendo la cabeza? ¿O la tenía tan bien puesta como siempre y me empujaba a llevarme a un terreno donde esperaba oír algo que le alegrara la noche?

—¿Has encontrado al catalán y la orza? —me preguntó Negra Flor despistándome más aún.

—No, madre. Nadie sabe nada de él.

—¿Y de Ibulorena? Hace tiempo que no me visita.

—Un día de estos vendrá para darte la miel de Oshun que tanto te gusta.

—Bueno, si no tienes ninguna sorpresa que darme, mejor será descansar, si una noche tan pegajosa como esta nos deja dormir.

La retuve con un recurso simple. En aquel patio trasero, donde el jazminero se ofrecía en sus mejores galas blancas, había un cobertizo para la mula y una pequeña huerta donde Negra Flor cultivaba tomates, patatas, zanahorias, coles y una especie de batata africana que conseguí me trajeran años atrás desde el puerto de Tánger. Se llamaba yuca y con arroz blanco y huevo solemos comerla en casa.

—Agarró bien la yuca, madre. Parece que esta tierra de San Roque es tan fértil como la africana. Esa sí que fue para ti una buena sorpresa…

Negra Flor me mandó una sonrisa dulce y cariñosa.

—Es lo poco que me quedó de África. Siempre te estaré agradecido por el empeño que pusiste para que te la trajeran de allá.

Nos quedamos en silencio en mitad de aquella noche y de aquel patio tan rústico como cuidado, tan pobre como limpio y ordenado. Avancé unos pasos hacia mi madre, la cogí de las manos y la invité a sentarse nuevamente.

—Tengo sueño, alguacil —casi protestó.

—Pronto te lo quitaré, Negra Flor.

—¿Por qué?

—¿No querías una sorpresa?

—Claramente.

—Pues la tengo para ti.

—*Soro!!* —me dijo imperativa en yoruba.

—Hablo, madre, hablo. Tengo una hija, te he hecho abuela y ni siquiera la conoces.

—¿Fantaseas?

—Nunca he dicho nada tan real.

—¿Hija de Ibulorena?

—No. Hija de una blanca.

Negra Flor trató de someter su ira e indignación. Pero no supo hacerlo.

—¿De una blanca sucia, callejera y malhablada? ¿De esas blancas de la mancebía o de la hoya de Tablada?

—No, madre. Una blanca de sangre azul, aristócrata y limpia por fuera y por dentro.

—Pero una blanca de esa posición nunca te dará tu sitio como marido. Serás siempre su perro faldero, su esclavo de día y su amante de noche.

—Pero mi hija no limpiará mesones como la mulata que pintó Velázquez en el estudio de su yerno.

—Ni conozco a ese Velázquez ni a la mulata de la que hablas. Quiero conocer a mi nieta, Domingo.

—Tendré que pedir permiso.

Negra Flor se indignó. Estalló en cólera. Y me levantó la mano, cosa que no había hecho en toda su vida. Cuando pudo controlarse me recordó que ella tenía sangre de príncipes yorubas y que yo era hijo de un rey africano. Por mucha sangre azul que tuviera aquella blanca, jamás igualaría el color real de la que corría por nuestras venas. Negra Flor entendió que yo había sido devorado por el monstruo que siempre quiso evitarme: el de haber perdido la conciencia de mis raíces africanas y haberme agarrado, como la hiedra a un muro, al lugar de subordinación y servilismo que los blancos me habían concedido.

—¿Cómo que vas a pedir permiso? Eres su padre y si esa mujer ha querido tener una hija de color manchado es porque sabía lo que hacía. Mañana me llevas a ver a mi nieta. Ahora vete a dormir y descansa.

Me acosté sin poder pegar ojo. Recordando aquellas visiones donde una máscara africana, pintada de blanco, utilizada en las ceremonias mortuorias, la llevaba ahora en mi cara como ejemplo ajustado de lo que era: el negro más blanco de la ciudad. La vida siempre te da sorpresas…

SUBIDA

Para no convertirte en sombra de ti mismo es aconsejable que el sol te ilumine de lleno pese a que puedas deslumbrarte. Ese riesgo es calculable y evitable. Pero no hay camino más corto para engañarte y perder la dimensión de lo que eres que subir más de lo que cada uno debe a su condición. Esa luz es engañosa y bocado apetecible de la vanidad. Muchos perdieron todo por culpa de esa luz, de ese sol vanidoso que supone aspirar a situarte por encima de tu estado. Por el camino de San Roque hasta San Lorenzo, Negra Flor, más conmocionada que emocionada, no dejaba de hacerme llegar su enojo. Yo callaba y tiraba de la rienda de la mula, donde la llevaba para evitarle la fatiga de un camino tan largo, luciendo por encima de los años y los achaques aquella pose principal que llevaba en su sangre de aristócrata africana. Hablaba y hablaba y hablaba. Y no se guardó un reproche que regalarme. Insistió en que yo mismo me había desplazado de mi sitio, que torpemente vendí mi libertad por una transitoria jaula de oro, para convertirme en loro que habla por la lengua de su dueño. Me atreví a responderle suave y bajito:

—Es el futuro de tu nieta. ¿O quieres verla cargando cántaras de agua como esa mulata con la que acabamos de cruzarnos y que por la noche le quitará la otra sed a su amo en la alcoba?

—No trates de engañarme con tus sutilezas de blanco. Es tu presente lo que buscas, no el futuro de tu hija. Y conociéndote dudo de que ates tu vida a un destino tan sacrificado. Te convertirás en esa mulata que carga agua y que por la noche le quita la otra sed a tu nueva dueña en su alcoba. ¿Cuánto tiempo podrás resistirlo?

—Hay formas de convertir al dueño en tu esclavo…

—Palabrerías.

—Eres mujer y lo sabes.

—Por eso mismo te lo digo. Porque soy mujer y sé por lo que un hombre pierde la cabeza, como es tu caso.

—Solo he querido a una mujer, Negra Flor.

—¿Acaso crees que soy sorda o ciega? Sé que te gustan las mujeres, que las buscas sin preocuparte su edad, su color y su condición. Que eres capaz de no volverte loco amando a tres o cuatro a la vez. Ni confundir sus nombres ni equivocarte con sus gustos. Pero no has querido a nadie.

—Tan solo a ti.

—No hablamos de ese amor. ¿O es que eres incapaz de querer a una mujer?

No quise o no supe contestarle. Callé y seguí tirando de la mula aprovechando el frescor de la mañana, preocupado por que la solanera del verano pudiera afectarle. Un aguador de confianza, de los que portan cántaras de agua fresca y pura, ajena a los pozos contaminados de mierda y a la del río que tantas diarreas provoca, me ofreció un par de jarras. Paramos y bebimos. Y era tan deliciosa que me permití preguntarle:

—¿Es de la fuente del Arzobispo?

—Se cuenta el milagro, pero no el santo —me respondió el aguador guiñándome un ojo.

—¿Quieres más, madre?

—Bien servida voy, Domingo.

El aguador no quiso cobrarme el vaso de Negra Flor, por más que insistí. Fue un regalo que reconocía la gracia natural de mi madre y que, personalmente, me llenó de orgullo. Proseguimos el camino y, quizás por no haber digerido bien todos sus anteriores reproches, le hice un comentario cargado de intenciones. Quizás de malas intenciones…

—Tanto entusiasmo has puesto en ver a tu nieta que ni siquiera me has preguntado cómo es…

Negra Flor calló. Yo insistí.

—¿No quieres saber qué color tiene? ¿Ni cómo es su pelo? ¿Y su boca?

Esta vez no se calló y me devolvió el arcabuzazo.

—La voy a ver ahora. Si la señora de esa casa te da permiso…

Sonreí evitando que me viera. Su cabeza funcionaba divinamente. Y su lengua era tan rápida y veloz como la de un camaleón cuando caza una libélula. A pocos pasos de la residencia de mi señora doña Isabel Henríquez de Mendoza, vi a uno de los esclavos de confianza que la acompañaban a nuestro lugar de encuentro, entre las tumbas del antiguo camino romano a Cádiz. Hablé con él. Y le adelanté que venía a ver a la señora. Mirando a mi madre preguntó:

—¿Ella también?

—Ella sobre todo…

—Se lo diré a doña Isabel. Será mejor que entres por las caballerizas para dejar a la mula.

—Atiende bien esto: será mejor que entremos por la puerta principal y que uno de los morenos que guardan la puerta lleve el mulo a las caballerizas. ¿A que lo ves así más lindo?

Y así pasó. Entramos por la puerta principal y la mula se la llevaron a las caballerizas. Negra Flor no dio muestra alguna de intimidación o sorpresa ante la casa palacio de San Lorenzo.

—Tiene tanta luz como la del duque de Medina Sidonia —intenté congraciarme con sus recuerdos.

—¿Cómo se llama la niña, Domingo?

—Pues…

—No sabes cómo se llama la niña. Mucho mejor así. Porque su madre le pondrá su nombre. Y su abuela el que más le guste. Así que la llamaré Ibukun…

—¿Bendición?

—¿Acaso no es una bendición del cielo que un hombre que no quiere a las mujeres le haya dado a su madre una nieta?

Negra Flor me concedió una sonrisa y un beso sin mucho entusiasmo en la mejilla. Y zanjó la espera recordándome lo que me había dicho cuando salimos de San Roque:

—No hay camino más corto para engañarte que subir más de lo que te da tu condición…

La señora no está

A los amores no conviene someterlos a pruebas difíciles para que no nos fallen. Y quizás yo le estaba exigiendo demasiado al amor, al cariño, a la pasión o al capricho sensual de mi señora. Que aún no sabía a ciencia cierta, más allá de la atracción carnal, qué es lo que la encadenaba a mí. Una de sus damas de confianza nos recibió con detallada educación y exquisitas formas. Pero me comunicó lo que yo esperaba oír:

—La señora no está en casa. ¿Puedo comunicarle el motivo de su visita, alguacil?

—Dígale que he venido a cerrar el acuerdo propuesto para ponerme a trabajar cuanto antes.

—Se lo diré, alguacil.

—No se le olvide. Es de suma importancia.

—No se preocupe, alguacil. No olvido lo importante. Por cierto, la señora me comunicó que tenía libertad para ver y estudiar lo que creyera conveniente de la casa. Yo le puedo servir de guía.

Miré a mi madre que parecía convertida en mineral, pura estatua ante aquella exaltación del disimulo, ahuyentando de la reunión de cómicos impostados de la legua cualquier expresión externa de algunos de los sentimientos que la asaltaran. Sin más le respondí a la ayudante de mi señora:

—Llévanos a la habitación donde descansa la pequeña.

—¿Se refiere a Isabel, la niña que le dejaron en la puerta de la casa de campo de doña Isabel?

—¿Hay otra quizás? —respondí irónico.

—No.

—Pues entonces condúcenos a esa habitación. ¿Isabel se llama?

—Isabel es el nombre con el que la bautizó la señora.

—Le dio su nombre. Debe quererla mucho.

—Es su vida. La enviada del cielo que ocupará el lugar vacío que le arrebató el destino llevándose a su esposo.

—Un vacío terrible sin consuelo posible. Pero dicen que una mancha de mora con otra se quita.

—A mi señora le encantan las moras prietas —me respondió con el escozor de un rebencazo aquella sirvienta deslenguada. Le contesté sin pelos en la lengua.

—A mí, en cambio, me pueden las blancas y maduras. Tienen ese paladar dulce que se le exige a un buen postre…

Negra Flor asistía a aquella comedia sin permitirse pestañear. Su cara no era ni dulce ni grave. Y eso me desconcertaba más aún. La miré, le hice un leve gesto y la puse a mi lado. Subimos por unas escaleras envueltas en la luz cegadora del verano sevillano, hasta donde llegaban los chirriantes parloteos de las aves multicolores que, enjauladas, le daban aires de patio criollo al frondoso espacio central de la casa, dominado por una fuente de tritones de mármol rosado. Imagino que para hacer menos tensa la situación, a la dama de confianza de doña Isabel se le ocurrió llenar el silencio con una pregunta capciosa.

—¿Le interesa inspeccionar especialmente el cuarto de la pequeña Isabel?

Le mentí, a sabiendas de que ella sabía que le mentía, que le seguía el teatro, dejándole bien claro que si la niña era tan valiosa para el corazón de mi señora era lógico que conociera con todo detalle el lugar, para saber si estaba bien guardado o era accesible desde la calle. Abrió una puerta de cedro y nos recomendó que no hiciéramos mucho ruido.

—La niña descansa.

—No la despertaremos.

Y ahí intervino, sin importarle en absoluto la comedia interpretada por la sirvienta y yo, una abuela decidida a serlo, por encima de simulaciones, tratos y subcontratos sentimentales. Aquella niña llamada Isabel era para Negra Flor, Ibukun, la bendición del cielo y llevaba consigo la intención de susurrárselo al oído y dejarla bendecida con un resguardo yoruba. Afortunadamente la niña estaba despierta, entretenida con unos sonajeros en las manos, atendidas por amas de leche

que se reían con sus juegos. Negra Flor, sin dirigirse en especial a nadie, menos aún a la dama de confianza de mi señora, dijo con voz serena y firme:

—Le traigo un regalo a la niña que la protegerá de por vida.

—¿Puede decirme qué es? —se interesó la dama de compañía.

Negra Flor no se dignó a mirarla. A mí tampoco. Fue directamente a la cuna y le dejó a sus pies una medallita de plata de la Virgen de los Ángeles. Luego la tomó en brazos ante los rostros sorprendidos de las ayas que mirándose entre ellas despreciaban la osadía de aquella negra, de Negra Flor. Besó a la niña, Ibukun rio con estrépito y le colocó en una sabanita de hilo holandés un imperdible con cuentas de azabache y coral rojo.

—Nunca pierdas esto, Ibukun —le dijo como si la niña pudiera entenderla.

—¿Ibuqué? —protestó la dama de confianza.

—Bendición en mi lengua. Es una bendición para esta casa —respondió sin mirarla—. No es tan sonoro como Dolores, Angustias o Soledad pero sí más amable.

Luego me dirigió la palabra pidiéndome, casi exigiéndolo, diligencia en hacer mi trabajo, para que pusiera toda mi atención y conocimiento en comprobar si aquella habitación era la más adecuada para la seguridad de la niña, uniéndose así, cuando a ella le dio su real gana, a la comedia que desde que pisamos la casa habíamos representado los actores principales del encuentro. No me demoré mucho en acabar con mi papel. En cinco minutos regresé a la habitación para comprobar con perplejidad cómo mi madre jugueteaba con Ibukun con tanta familiaridad que, cuando la niña abandonaba los brazos de Negra Flor, protestaba y lloraba. Mi madre me miró con una sonrisa infinita de satisfacción:

—Ibukun conoce ya los colores…

—Es muy despierta —le dije para escapar de un comentario tan comprometido.

Una de las ayas, con la lengua envenenada, comentó:

—Es una pena que la señora doña Isabel no haya visto lo que ha pasado…

Y Negra Flor, con la autoridad que le daba la sangre, ese derecho inalienable que se ejerce sin miedo a las consecuencias, despreció el comentario y preguntó si había terminado mi trabajo.

—Todo está visto. La habitación es segura —le dije.

Al abandonar la casa, Negra Flor, ya en lo alto de la mula, comentó que Ibukun había sido la prueba de amor más hermosa que había tenido en Sevilla y que estaba orgullosa de que yo fuera su padre.

—Me gustaría saber qué habría pensado su madre si te hubiera visto con la niña en tus brazos.

—Su madre me ha visto con Ibukun en los brazos. Ten por seguro que ella estaba en casa, mirando, pero oculta a otras miradas. Domingo Congo esa jamás será tu casa. Y ya te he dicho cuál será tu sitio en esa jaula de oro. Ella será la jaca pura sangre. Y tú el asno que le llevará a su alcoba las cántaras de agua para saciarle su sed…

UN MUERTO EN LA GAÑANÍA

El azar, sorprendiendo nuestro desconocimiento, nos coge de la mano para llevarnos, como un padre sin corazón, sin demora ni esperas, hacia personas y destinos que nos aguardan desde siempre. Desde que se creó el mundo están ahí, flotando en el éter como una invisible semilla que dará su fruto justo cuando el tiempo del destino se cumpla. Lo que está para ti no te lo quita nadie. Ya sea abundante o magro, dulce o amargo, saludable o dañino, feliz o desgraciado, luminoso o tenebroso, blanco o negro… Lo que está para ti no te lo quita ni el mejor abogado del mundo. Ni el milagro más sobrenatural de cualquiera de las religiones que conozco. Está escrito lo que somos y seremos en las páginas ignotas de la predestinación, esos relatos que los ilusos creen poder averiguar en las estrellas, en las cartas y en los caracoles que los yorubas tiran al azar para interpretar con sus combinaciones sucesos por venir de tu vida. El catalán era uno de esos nombres que el azar había escrito en las páginas de mi destino. Vino, pasó por mi vida fugazmente y, cuando menos lo esperaba, apareció de forma caprichosa en cuerpo y alma. Mejor dicho, en cuerpo mortal y sin alma. Porque el pobre de Jaume Colom volvió a nuestras vidas bien muerto, empotrado en la pared de una gañanía abandonada camino de Coria, descubierto por unos niños que jugaban por allí. Su alma es probable que estuviera en algún rincón del universo o de su soñada república catalana. Pero de él no quedaba en la tierra más que los despojos de aquel pudridero empotrado en una pared de una cortijada medio derruida y abandonada. Alucinado creí oír la voz de Colom durante su asesinato encomendarse, por última vez, a la Virgen del Mar de la Catedral de Barcelona:

—*Media pro nobis*…

Otra vez empezábamos de cero…

A Colom se le había imputado la autoría del robo de la orza. Sin pruebas. Por eliminación lógica de otros sospechosos. Yo estaba entre ellos, como me hizo saber Bonaventura. Sospechoso de robo o encubridor de este. Por eso, pese a mis esfuerzos por hacerle ver su equivocación, emprendió su política de chantaje y muerte contra los negros, cuyo fin era que yo le dijera dónde estaban los negros ladrones y la orza. Pero la inesperada desaparición de Colom tras la desastrosa arriada lo convirtió en culpable, en el criminal que se llevó consigo el dinero destinado a levantar a los sevillanos contra Felipe IV. Todos pensaron que aquella interpretación de Bonaventura era la buena. El napolitano se encargó y se esforzó en explicarla como conclusión del caso. Yo mismo la corroboré. Pero la aparición de su cadáver podría desmentir su culpabilidad y hacerlo pasar de verdugo a víctima. Aquel loco catalán, el del lacito amarillo en su chambergo, el que lanzaba soflamas políticas contra la monarquía de Felipe IV en una jeringonza que costaba hacerse entender, se presentaba ahora como uno de los máximos perdedores de esta alocada aventura política. Se quedó sin su negocio de sedas en Sevilla por la arriada, no constaba si la orza la llevaba con él cuando lo mataron o, quién sabe, si nunca la tuvo en sus manos, se fue sin saber si Cataluña serviría al rey o a la república y, sobre todo, lo asesinaron sin que, por el momento, hubiera alguna razón que lo explicase. Esclarecer los motivos de la muerte de Colom revelaría muchas cosas. Revelaría por qué se fue tan rápidamente de la ciudad, por qué no se despidió de nadie, por qué no le dijo a Bonaventura que desertaba de aquel complot de aristócratas andaluces y revelaría, quizás, quién pudo llevarse la orza con monedas de plata y perlas del Darién. Mientras pensaba todo esto se me vinieron a la cabeza las dudas que, alguna vez, tiempo atrás, me habían expresado Tomé y el judío Elías sobre la certeza absoluta de que fuera Colom el autor del robo de la orza. Y me convencí de que no tenía mucho más de donde tirar para investigar este asunto que aquellas dos buenas amistades. ¿Sabrían algo que me pudiera ayudar? La muerte de Colom no era un asunto mío. Era blanco y su investigación recaía sobre los justicias de la

ciudad. Pero nunca viene mal meter las narices con mucho tiento en asuntos que, de alguna forma, han pasado por delante de ti y pueden ser la llave de muchas explicaciones. El azar siempre acaba por cogernos de la mano para llevarnos a destinos que nos aguardan desde siempre y que esperan concretarse cuando les cumple su tiempo. La muerte de aquel loco catalán estaba predestinada para mí…

Las fuentes

El poco hablar es oro y el mucho hablar es lodo. El refrán es viejo. Pero habla de la inteligencia de los que no hacen de su lengua una máquina de trabajo o un argumento de sustento diario. Mis dos fuentes para despejar tantas dudas sobre la muerte de Colom no eran precisamente muy cantarinas. Todo lo contrario. Daba la impresión, a veces, de que ni siquiera pensaban, no fuera que los pensamientos se leyeran y se supiera lo que, con tanto tacto, silenciaban. Fui a ver a Tomé al lazareto y esta vez lo sorprendí. O creí sorprenderlo con mis recuerdos y dudas. El conejo se comía al mastín.

—No me había enterado de ese asunto, Domingo Congo.

—Pues media Sevilla lo tiene en la boca, como si fuera un mendrugo de buen pan blanco.

—¿Y qué piensas de su muerte?

—Precisamente venía a saber tu opinión.

—Pues no la tengo. No he tenido tiempo de pensar en el asesinato del hombre que todos creímos que había traicionado al duque y a los portugueses, que había huido y se había quedado con tanto dinero.

—Haz memoria, Tomé.

—Lo intentaré.

—En una ocasión, antes incluso de la riada, soltaste una exclamación, cuando te respondí a una pregunta.

—¿Me la puedes recordar, alguacil?

—Claro, Tomé. Estaba buscando a los salteadores de tumbas que se llevaron la orza del cementerio de San Bernardo. Y quisiste saber si había alguien más, ajeno a mí, que estuviese investigando el robo. Te dije que sí, que era un tipo que tenía acceso a las casas principales de Sevilla.

—Bonaventura…

—Exactamente. Ese fue el nombre que te dije, Tomé.

—¿Y cuál fue mi reacción?

—Una exclamación. Una especie de ummmmmm muy ilustrativo y que trataste de ocultar, con un supuesto dolor, llevándote las manos a las llagas vendadas de tu pierna. Como si aquel ummmmmm fuese un gemido.

—Sí, lo recuerdo, Domingo. Y te aseguro que fue un gemido, una exclamación de dolor lo suficientemente medido como para no intimidarte. Nada que pudieras asociar con Bonaventura. Desgraciadamente.

Me quedé en silencio. Mirándolo. Escrutando alguna expresión mínima, un gesto que se le escapara a su envidiable autocontrol. Pero Tomé hizo la estatua y tuve que creerle. Pese a que me engendraba muchas dudas. Si sospechaba de Bonaventura ¿qué razón tenía para no decírmelo? Descarté por completo aquella posibilidad. Y di por bueno que la exclamación de Tomé aquel día lejano de la Cuaresma sevillana era de dolor y no ocultaba más nada. Solo el dolor de un leproso al que se le caía a pedazos la carne de su pierna.

—¿Sigues mejorando, Tomé?

—Cada día que pasa estoy mejor. Esa Ibulorena es una bruja africana —me dijo con media sonrisa en la boca y con la voz muy bajita.

—¿Qué dicen los médicos?

—¿Los médicos? Aquí hay más frailes que médicos. Y los frailes dicen que estoy sanando por las oraciones y plegarias que envían a San Lázaro.

—¿Y lo crees?

—Que rezan, seguro. Están todo el día rezando. Otra cosa es que los escuche quien tiene que escucharlos. Pero desde que Ibulorena me trajo esa droga africana, mira cómo están mis llagas.

—Pronto estaré de vuelta, Tomé, con más medicina. Pero te pido un favor.

—Te lo haré.

—*O dabo*.

—No me des las gracias, Domingo. Dime qué favor requieres.

—Más que nunca escucha lo que te llega de Sevilla y trata

de buscarle un motivo, si puedes, al asesinato del catalán. Eso explicaría muchas cosas.

—*Sora!!!*

—Tú también. Cuídate más que nunca, Tomé.

Cuando la mula ya hacía el camino de vuelta, por aquella vereda polvorienta y agostada por el infierno del verano local, le grité al viejo sin darle la cara:

—¿Te gustaría que la próxima vez fuera Ibulorena la que te trajese la medicina?

—Una palabra suya, muy cerca de mis labios, le bastaría para sanarme, Domingo.

—Pero ya estás casi curado. Tal vez le guste ver en persona el milagro que ha hecho en tu piel.

—Aun así me encantaría que sus labios rozaran los míos. ¿La traerás?

—Un día de estos, Tomé. Un día en el que estés más vivo que hoy y sepas diferenciar una broma de un imposible.

—Maldito seas, alguacil. Así te cobras la chanza de hace semanas cuando te dije que me llegaron ecos de muerte que te afectarían. Y te jiñaste. Negro cagón. Y tuve que sacarte de tu canguelo diciéndote que me refería al catalán…

A mis espaldas oía las piedras rendirse sin fuerza caer al suelo sin alcanzarme y que, preso de rabia por la broma, me tiraba el Guineo. Yo le contestaba riendo, riendo y silbando. Silbando aquella musiquilla que expresaba mis múltiples estados de ánimo. Apuré a la mula para llegar con tiempo a casa de Elías Benasayag. El judío era la otra lengua de oro que podía alumbrarme con su magnífica cabeza. Alguna vez me preguntó, con esa velada sagacidad que manejaba su clara inteligencia, si yo estaba seguro de que el catalán había sido el ladrón de la orza. Y recuerdo que fui determinante y le contesté que sí, que lo creía a rajatabla. Quise saber la razón de su pregunta. Y me dijo que yo era el alguacil, que de esas cosas el que sabía era yo. Pero…

—¿Pero qué, Elías? —le pregunté ansioso.

Y dejó la palabra en el aire, sostenida por los hilos de misterio que movían sus cábalas. Ya era hora de que me lo contara. Por qué Colom había aparecido asesinado y sin orza.

El poco hablar es oro y el mucho hablar es lodo. Es cierto. Y aunque no toda palabra quiere respuesta, yo sí necesitaba una. Tan solo una que el oro de su lengua no me evitara…

PIEDRAS

Nunca supe si a Elías todo aquel asunto de la orza le interesaba o ni siquiera despertaba su siempre ocupada atención. Pero cada vez que hablaba sobre el asunto solía mostrarse delicadamente evasivo y acostumbraba a decirme lo mismo: «El diamante brilla, pero al fin y al cabo es piedra». Pero hay piedras y piedras. Y la orza era una piedra muy cara. Capaz de cambiarte la vida. O incluso destronar a un rey. A Felipe II, según le escuché a don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán mucho tiempo atrás, cuando aún vivíamos en su casa y yo era su paje, le valió de regalo de bodas con su tercera esposa, Isabel de Valois. Era el brillante más espectacular que tuvo hasta entonces la Casa Real española. Lo bautizaron como «el Estanque», pesaba cien quilates y tenía forma cuadrangular. Los agentes del rey lo adquirieron en Amberes por la considerable suma de ocho mil coronas. Y lo tallaron en Castilla. La orza no sumaba tan desmesurada cantidad. Pero sí valía lo suficiente como para cambiar la lealtad de Sevilla, debidamente agitada y predispuesta, para convertir a mi antiguo señor en nuevo rey de la república de Andalucía. Es verdad que el diamante es una piedra. Pero no una losa de Tarifa.

Posiblemente, el espíritu elevado del judío, que vivía por entonces el drama de ver cómo muchos de los suyos abandonaron la judería para asentarse en Holanda, lugar donde previamente algunos de ellos habían depositado el dinero de sus ganancias en España, obtenido del comercio, la usura y el arrendamiento de rentas públicas; posiblemente el espíritu elevado de Elías proyectaba su atención en lo que realmente le preocupaba, que no era otra cosa que sus estudios y la medicina. El médico sefardita nunca dio muestras de apetencia por la plata ni por las riquezas. Pese a tenerlas por el

grado de pericia médica y la atención que les daba a las personas más principales de la ciudad. Ni vestía con suntuosidad ni su casa derramaba ostentación. Más aún: vivía más cerca del carácter ascético de un cartujo que del confortable esplendor de un príncipe de la Iglesia. Mucho de lo que ganaba lo repartía en obras sociales y de caridad. Y era muy dadivoso con los frailes del convento de San Agustín, del que se ufanaba ser protector. Le recuerdo muy interesado en promover el adorno y embellecimiento del altar mayor del convento de los agustinos con trabajos de maestros de la pintura sevillana. Pero no fue aquel un tema que a mí me interesara especialmente. Diría que me preocupaba tanto como a Elías la suerte de la orza. Otra parte importante de su dinero lo invertía en comprar libros, documentos y escritos que no dudaba en hacer llegar desde Atenas, Roma y Alejandría. No exagero si digo que su biblioteca era una de las más completas de Andalucía. La mejor, sin dudas, era la que el conde-duque había reunido en su hacienda de Miraflores. A toda aquella cantidad de papeles sí los consideraba Elías una fortuna, un tesoro. Más valioso que el Estanque de Isabel de Valois. Algunos de sus instrumentales médicos los reinterpretó de los dibujos de aquellos viejos documentos, actualizándolos en metales nobles. En ese mundo suyo, cerrado y febril, sin horas ni trabas, gobernaba con pasión y discernimiento.

Concluí que la orza, tan de sumo interés para mí, no despertaba en él más atención que el de un chisme, uno de tantos como diariamente rodaban por las plazas de Sevilla, sus mercados y sus puertas. Pero incluso así interpretado, como un chisme más de los que con patas de centauros corrían por la ciudad, me obligaba a escucharlo. A un sabio se le atiende hasta en sus silencios. La inexistencia de pistas para buscarle una explicación al asesinato de Jaume Colom me empujaba hacia él, hacia el luminoso faro de su mente. Pese a que corriera el peligro de que saliera, una vez más, con aquello de que un diamante brilla, pero al fin y al cabo es una piedra. Elías no estaba en su casa. Aunque la casa no estaba vacía. Por el contrario, la llenaba la vitalidad contagiosa y el deseo inagotable de la jolofa. Vi cómo se le iluminaban los ojos de la

pasión desatendiendo el almirez donde majaba algunas de sus hierbas medicinales y extendía sus brazos de canela reclamándome. Me encadenó contra su cintura y sentí galopar su corazón sobre mi pecho. Nos besamos como dos amores condenados a no volver a verse. Y casi sin despegar la frutal frescura de sus labios de los míos me preguntó:

—¿Has venido a verme?

Le mentí pero, realmente, en ese momento, yo estaba convencido de que le decía la verdad.

—Sí, he venido a verte y a poseerte.

Ibulorena me dejó hacer y sus movimientos, tan lentos y serpenteantes, absorbieron mi voluntad, para dejarle a aquella hija de Oshun toda iniciativa en el juego amoroso.

—¿Por qué has tardado tanto en visitarme?

—Porque los besos que no se dan son los que con más deseo te cobras.

Cabalgó sobre mí como si fuera la mejor jineta de las fiestas de la Virgen de los Ángeles y llevándome al punto más alto de aquella ruidosa cascada de placer, justo antes de que el agua cayera precipitada desde la cumbre a su fondo, con una dulzura que disfrazaba un enorme rencor, me dijo:

—¿Qué besos te encadenan: los de San Lorenzo o por los que te derrites ahora?

Y me dejó con la miel en la boca y con la hiel en el corazón. Para sentirme triste como una botella vacía al final de la noche y mudo como una vihuela sin cuerdas. Quedé sin seso y sin sexo. Como el burlador burlado. Como el ladrón sorprendido. Como el soldado desarmado. Como la lágrima sin sentimiento. La vi arreglarse con celeridad, dándole brillo a su marca de esclava en la mejilla, colocándose su pañuelo amarillo sobre la cabeza y sus collares de cuentas de cristal dorado sobre su terso y deseable pecho. Ni una palabra. Por más que insistí.

—Te lo puedo explicar, Ibulorena.

—Lo dudo, alguacil. Te he dicho siempre que llegabas tarde a mi vida. Ya sé la razón. No hay nada que explicar. Quédate con San Lorenzo. Que yo me quedaré con San Siro de Génova…

Y mis palabras volaban sobre aquella casa como

murciélagos cegados por la luz, trompicándose por su falsedad, carentes de la picardía del engaño, sosas y estúpidas. Ibulorena dejó la casa. Fui a verla tras la ventana. Y ahí fue cuando me mató. Cuando el acero de sus celos me atravesó el costado. Cuando entendí que era verdad lo que Negra Flor solía decir de las hijas de Oshun:

—Mátalos con tu éxito y entiérralos con tu sonrisa.

La sonrisa que la jolofa me tiró desde la calle cuando se fue a no sé qué sitio acompañada por uno de los esbirros de Bonaventura… Y se fue dejándome como un muñeco roto, como un perro sin dueño, como un baúl vacío, como una tormenta sin cielo, como un corazón despellejado, como una oración sin santo y yo de rodillas. Me dejó con San Lorenzo. Y ella se fue con San Siro de Génova…

CAPÍTULO VII

TE PERDÍ POR CULPA DE UN ERROR

Labios venenosos

Más daño que el acero vizcaíno provoca la afilada deslealtad de unos labios traicioneros. El amor es el aliado que más usa el engaño para obtener beneficios. Y conmigo se cobró una pieza de caza mayor. El burlador burlado, como escribió Tirso de Molina. O como también discernió mi odiado Francisco de Quevedo y Villegas en el arranque de su *Milagros de corte son:* «Que tenga el engaño asiento / cerca de alguna grandeza / y que pueda la riqueza / dar a un necio entendimiento…». Mi señora Isabel me tuvo por tan buen amante como por insuperable necio. Pasaron los días, las semanas y los meses. Y aquella carta que escribí al conde-duque de Olivares para ponerle en antecedentes de que un siervo del de Medina Sidonia estaba implicado en la red golpista portuguesa contra el rey Felipe IV en Sevilla jamás se movió del bonito bargueño, de cedro y con incrustaciones en marfil, que tenía en su palacio de San Lorenzo. Ni un centímetro avanzó en la dirección requerida. Se quedó en aquel cajón tal y como se la entregué. Imitando al lagarto cuando toma el sol: inanimado, inmóvil, embalsamado en su quietud. Empecé a sospechar porque doña Isabel jamás mostró intención de marchar ni mandar a alguien de confianza hasta Madrid. Tampoco se excusaba con argumentos sólidos para explicarlo. Nunca le preocupó en absoluto la suerte de aquella carta y los motivos que expresaba, algunos tan ventajosos para su casa y apellidos, al erigirse en persona leal y fiel a su majestad y ponerle en aviso de lo que perpetraba un traidor a sus reinos.

Di por perdida mi mejor carta en aquel juego. Y ya me quedó tan solo el ansia de saber por qué mi señora, que seguía devorándome a besos y reclamándome para vivir en su jaula de oro, no había hecho llegar la misiva a las manos del gran

poder de España y las Américas: el señor don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares. Cada vez que lo intenté desvió la conversación con suma habilidad y cortesía, armas siempre que la buena educación pone al servicio de las causas más oscuras, escondiéndose en naderías y banalidades. Un día, que tocaba amarrarnos el uno al otro con las sogas candentes de nuestros brazos, sobre las tumbas del camino romano de Cádiz, se excitó de tal forma que me asustó. Me hizo sangrar por los labios, me arañó las espaldas como si la Santa hubiera jugado conmigo a los kiries, ensañándose a pencazos en el castillo de Triana. Me obligó a vaciarme las veces que quiso hasta hacerme temer por mi prestigio de garañón, tan insaciable se mostraba como la fiscalidad real. Cuando la señora quiso dar por terminada una jornada agotadora, me preguntó con sangre de mi sangre en sus pecaminosos labios:

—¿Te he servido bien?

—¿Y yo? —le contesté exhausto pero sin aparentarlo.

—Me servirías mejor en casa, en habitaciones perfumadas con sándalo e incienso, con sábanas de sedas orientales y ventanales tan amplios que puedes hacerte amigo de la luz. Esa luz que en San Roque no tienes.

—En San Roque tengo otras cosas, señora.

—Es una pena. Parece que a tu madre le gusta más San Lorenzo que San Roque.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté intrigado.

—Porque no hay semana que deje pasar sin venir a ver a la niña, a su Ibukun. ¿Acaso no habla contigo de su nieta?

—No mucho. ¿La conoces ya?

—¿A Negra Flor? —me devolvió la pregunta con cierta altivez que le nació en el fondo de su alma.

—En realidad, Domingo, no me importa que la niña tenga a tu madre… como aya.

—Te he preguntado si la conoces ya.

Doña Isabel Henríquez de Mendoza intentaba devolverle a su bella estampa la dignidad de un pelo arreglado, de unos pendientes en su sitio y de un vestido sin rastro de polvo y matorral reseco. Cuando creyó que estaba revestida de su poder y gloria natural me contestó:

—No la conozco aún. Mejor dicho, sé como es. Pero tu madre no acapara mi atención.

La sangre me subió a la cabeza, me sacó de la barriga los peores instintos, la desprecié con toda la fuerza de que fui capaz y entendí que, del amor más apasionado al odio más peligroso, solo hay el trecho de un insulto, de un desprecio inasumible.

—No te vendría mal conocerla. Aprenderías muchas cosas, doña Isabel.

—Algún día, alguacil. Ahora no es el tiempo.

—Tampoco tienes tiempo para mí. Solo lo encuentras para estas citas que cada vez se parecen más a las de la mancebía.

Mi señora ni se inmutó. Pero me devolvió la estocada con agilidad y puntería.

—Ya sabes, alguacil, que me gusta lo prohibido. Tanto o más que a ti. Y seguro que me gozas tanto como a esa negra jolofa que tanto va por tu casa y que dicen que te tiene loco…

Me dejó sin habla. Tan mudo como un monje cartujano. Sin capacidad para reaccionar y para devolverle la estocada defendiendo mi sitio. ¿Quién le habló de mis relaciones con Ibulorena? ¿Cómo pudo enterarse de un secreto que solo compartíamos mi madre, Bonaventura y probablemente nadie más? Me quedé sin sitio, es cierto. Me sentí sin escudo, sin ese lugar inviolable donde tus pies pisan y tu seguridad te reconforta. Negra Flor me lo advirtió el primer día que la llevé a San Lorenzo para que conociera a Ibukun. Sus palabras se quedaron grabadas en mi corazón como el hierro del amo en la cara del esclavo. «Ella será la jaca pura sangre y tú el asno que le llevará a su alcoba las cántaras de agua para saciarle la sed…».Cuando se subía al coche para regresar a su mundo real, doña Isabel se despidió diciéndome lo que tanto tiempo me tuvo oculto.

Mi boca debía de expresar mi sorpresa porque doña Isabel, burlándose de mi ignorancia, me hizo señales con la mano para que la cerrara. Como si fuera un chiquillo sorprendido haciendo una maldad, cerré la boca instintivamente, dispuesto a seguir escuchándola.

—Como comprenderás, no iba a enviarle esa carta al de

Olivares, que sigue obsesionado, pese a los años transcurridos, con limpiar las corruptelas que dejó como rastro de su relajo el duque de Lerma. No me gustaría nada que, por una carta inoportuna de alguien que quiere ganarse la confianza del rey, se acordara de esta pobre viuda que gran parte de lo que tiene se lo debe a los pocos elegantes negocios que su marido hizo con su antecesor en el cargo.

—Antes de marcharte ¿me puedes contestar a una pregunta?

—Hazla rápido. Tengo poco tiempo para ti, alguacil…

—¿Dónde hay más ladrones: en los palacios o en las cárceles?

Doña Isabel ordenó que los caballos comenzaran a tirar del coche, se asomó a la ventanilla con cortinillas de damasco y me dijo:

—Es necesario que existan casas como la tuya de San Roque para que existan palacios como el mío en San Lorenzo…

Monté en la burra, dejé aquel catre de mármol viejo y latines semidifusos gastados por el tiempo y me dirigí hasta San Roque, con la cabeza perdida, preguntándome si por culpa de un error de cálculo era posible que hubiera perdió a doña Isabel y a Ibulorena. Y me convencí de que no hay acero más afilado que el que guarda en su canana el amor burlado…

IBUKUN

Dicen que la buena fama es como el ciprés, que si una vez quiebra, no reverdece más. Camino de San Roque, hacia aquella casa que no tenía la luz, ni las sombras, ni el poder de la de San Lorenzo pero que era mía, me entretuve en pensar que el prestigio es tan poderoso que por eso lo pagan los señores acaudalados, pero sin pizca de nobleza en su sangre. Con el prestigio puedes abrir más puertas que un picador con su ganzúa. Cuando llegué a mi casa me encontré a la vecindad atareada en despedir el día dándole a la botella y a la lengua, con animación de negros y pullas a la justicia de los blancos, que aquella misma mañana había dejado con el culo al aire al alcalde de casa y corte don Pedro de Amesqueta. Dos nombres principales de la ciudad, un teniente de asistente y un caballero de pretendida grandeza, fueron descubiertos en el mal negocio del resello de moneda. Curiosamente, ambos delincuentes consiguieron huir y zafarse de unas terribles sentencias. Los negros hablaban de que eso no pasaba con los muchos vecinos de baja condición que también pisotearon la ley y abusaron del resello. Era evidente la fuerza del prestigio y de la condición de tu fama que, siendo blanca y de apellidos sonoros, casi siempre resulta intocable. A mí me preocupaba el resello de mi prestigio, que me convertiría en la falsa moneda acuñada por una amante despechada. Ibulorena podría convertirme en un ciprés quebrado. Si la calle chismeara que se veía con el As de Diamante, mi mayor enemigo, el alguacil de los negros no tardaría en ser gallina de huevos gordos y cuernos largos…

Entre tanta animación justiciera andaba mi madre, Negra Flor. Se alegró al verme pero, inmediatamente, supo leer en mi rostro la preocupación que me acompañaba. Abandonó tan encendido coro de comadres y compadres para acariciarme la

cara y besarme la mejilla.

—Preocupado pareces… ¿Malas noticias?

—Buenas, muy buenas no son.

—Dime.

—No sabía que fueras asiduamente a ver a Ibukun a esa casa que para ti es una jaula de oro.

—Y lo es. Ya te dije que la madre de Ibukun solo te quiere de semental en su cuadra. Cuando no le plazca se olvidará de ti y se quedará con tu hija.

—¿Por qué no me has dicho que vas a verla?

—Me lo hubieras prohibido.

—No estoy seguro de eso, madre. Pero me gusta acompañarte cuando sales de San Roque. Las calles de Sevilla son peligrosas.

—Hablas por el miedo que te inspira tu amor de hijo. ¿Qué puede pasarle a una negra vieja que nada malo hace?

—A mí me lo pueden hacer si algo te ocurriera. Y te aseguro que en Sevilla hay algunos a los que les gustaría verme padecer.

—Tienes buenas amistades, hijo… ¿Te preparo algo de cenar? Seguro que ha sido un día agotador, que necesitas reponer fuerzas, que le exiges demasiado a tu cuerpo.

—¿Qué me quieres decir, madre?

—Que cuando te besé ahí fuera olías a perfume caro, de mujer poderosa. Esa clase de perfume que solo usan las damas de alta cuna y las actrices de teatro que son protegidas por admiradores muy ricos. Si me apuras, te diría que en San Lorenzo he podido oler ese perfume cuando he ido a ver a Ibukun…

—De acuerdo, he estado con ella.

—¿Y ese es tu pesar? —me preguntó con sorpresa.

—Parte tan solo.

—¿Cuál es la otra parte, hijo?

—Ibulorena…

—La amas de verdad…

—Amo de verdad a todas las mujeres. Nunca he pensado que pueda serle desleal a sus corazones, aunque esté con una y con cien a la vez. Me gustan todas, madre. Amo a todas,

madre. Es como una condena maravillosa. Como un sufrimiento dulce. También un peligro evidente…

Negra Flor lio un par de hojas de tabaco y lo encendió.

—El tabaco me ayuda a pensar. ¿A ti no, Domingo?

—No quiero pensar, madre.

Nos quedamos en silencio un rato. Negra Flor haciendo aros de humo con su tabaco. Yo intentando colarme en algunos de ellos como si fuera la apertura de una entrada al infierno para comprobar que no lo hay peor que el que se vive en la tierra.

—Dime qué te pasa con Ibulorena.

—Que se ha amancebado con mi peor enemigo…

Negra Flor reprimió la sorpresa. Ni dijo nada ni nada dibujó en su rostro. Solo me miró fijamente, quizás decepcionada, pero en absoluto asombrada. Luego habló y comentó algo sobre el amor y el cuidado de los huertos donde los corazones crecen y las pasiones se riegan con el agua dulce de los pozos. No quise entenderla. Pero se me quedó grabado su mirar: me sentí como el ciprés quebrado, sin prestigio para salir a la calle y ser respetado por una ciudad que, para dañarte, habla, habla y habla…

UN LATIGAZO AL AIRE

Me juraron haber leído una frase que me la guardé para siempre en mi memoria: «Las palabras son como monedas, que una vale por muchas como muchas no valen por una». Del resello de monedas que malbarataba mi prestigio pasé pronto a hacerme fuerte intentando perder miedo para manejar la situación. Yo no soy de plata. Pero tampoco, pese a mi color, me tengo por carbón chamuscado. Aunque bien es verdad que días padecí en los que el desasosiego me abrasaba. La situación no era fácil. Porque me contaron que ambas mujeres, doña Isabel e Ibulorena, se encontraron fortuitamente en el paseo de la Alameda. Mi negra sola y comprando flores para sus ceremonias yorubas, quiero pensar. Y la señora de San Lorenzo paseando en su coche y haciéndose ver en su grandeza y dominio. Me contaron que, en algún punto de tan hermoso paseo, arbolado y encantado por sus fuentes y estatuas, la negra y la blanca coincidieron en sus miradas y aunque no se conocían físicamente, entendieron, la una y la otra, que eran ellas, las mismas que compartían engañadas al hombre que querían en exclusiva. Al parecer, doña Isabel mandó parar su coche para ver mejor a la jolofa. La examinó, me cuentan, de arriba abajo, como intentando descifrar qué tenía la negra que ella no tuviera. Y tras examinarla con detenimiento, un impulso de soberbia femenina le levanto el mentón, para dejar claro quién era quién en aquel encuentro promovido por el azar. Doña Isabel mandó a su cochero que siguiera el camino pero… pasando justo por el lado de la jolofa. Al cruzarse, la cabalgadura ralentizó su paso, los ojos de las dos mujeres se estrellaron en la cercanía en un arrebato de discordia disimulada, que se resolvió con una orden dada por la aristócrata al cochero: un trallazo de su látigo que sonó por encima de la cabeza de Ibulorena. El coche siguió su camino.

En su interior sonaba una risa atronadora, pero sin felicidad…

Cuando escuché aquel pasaje de la historia de dos mujeres enceladas empecé a coger mi sitio, al menos a empezar a encontrarlo. Ambas, pese a sus desplantes y dobleces, demostraban tener ligazón conmigo, la misma dependencia que yo tenía de ellas. No estaba tan perdido. E incluso, jugando bien la partida, podría ganarla para mis intereses. Mi detestado y admirado Quevedo escribió en alguna parte que «la soberbia nunca baja de donde sube, pero siempre cae de donde subió». Así que llevado por tan buena conseja me agarré a cierta sacrificada humildad, no dejé que la soberbia dominara mis pulsos y comencé a hacer acopio de información, que es de lo que vive un alguacil como yo. Aunque en este caso, como en tantos otros, mediaran en la situación una blanca poderosa, una esclava medio bruja y un alguacil casi alguacilado…

Las noticias que recogí no eran de mi agrado. Sobre todo, por la parte de Ibulorena que, pese a su esclavitud, tenía más libertad de movimientos que doña Isabel, porque de una esclava joven y bonita se podía presuponer todo, sin que por su desenvolvimiento manchara la fama. En este caso había motivos para entender que el chismorreo y la fabulación no desmentían su imagen. Los hechos eran los hechos porque frecuentaba más de lo debido los territorios de Bonaventura y hasta hubo alguien que, con cierta complicidad de vecindad, me aseguró que entraba y salía de aquella casa del de Medina Sidonia, con absoluta naturalidad. Casi con la misma naturalidad que entraba y salía de casa de su amo, de la casa de Elías Benasayag. Nuevamente el As de Diamante tenía en su mano todo el poder para acabar con mi reputación. Con tan solo airear que se acostaba con la novia del alguacil de los negros me mandaba directamente a la horca social. Busqué a la jolofa por días y noches contadas desde la angustia y el sufrimiento. Hasta que di con ella en casa del judío, acariciando al perro de Tomé. ¿Qué hacia allí ese perro tan alejado del lazareto sevillano? ¿Quién y por qué lo había hecho llegar hasta casa del médico?

—Dices que siempre llego tarde a tu vida, jolofa.

—Tanto que ya no tengo la preocupación de protegerte.

—Ya veo, me dicen que entras y sales de la casa de Bonaventura, tu torturador y delator, como si lo hicieras de esta casa.

La jolofa dejó de acariciar al perro, le dio una palmada en el lomo y lo alejó de la judería, con rumbo de perro sin dueño.

—No es tan malo el diablo como lo pintan, Domingo.

—Ha asesinado a algunos de los nuestros porque su corazón es un pozo de odio y culebras.

—¿Es el tuyo mejor?

—Reconozco que también me he deleitado con darle a la sangre la respuesta de otra sangre cercana a la suya.

—¿Entonces?

—Entonces, te pregunto yo a ti. ¿Entonces es que te gustó lo que te hicieron los días en los que estuviste bajo su absoluto dominio?

—Quién sabe…

Me dio la espalda y se fue hacia la mesa donde preparaba la medicina para Tomé. Puso unas hierbas en el almirez y las machacó con una maza de bronce.

—Es para Tomé. Te la llevas y se la das cuando vayas a verlo.

—¿Qué hacía aquí su perro?

—¿Su perro?

—El que hace un rato acariciabas en la puerta.

—No sé qué perro es ese. Ni tampoco sé que Tomé tenga un perro.

—El caso es que algo ha olido que le es familiar y ha llegado hasta aquí.

—Quizás sean las hierbas que le preparo al leproso…

Callamos por un rato. El que invirtió en preparar su droga africana contra la lepra. Rompí el silencio con el trallazo al aire del látigo del cochero de doña Isabel.

—Aseguran que en la Alameda suenan los látigos para asustar a las negras bonitas.

—Yo solo oí el vuelo de una paloma…

—Debes cuidarte el oído porque sonó en toda Sevilla.

—En Sevilla suenan más fuertes los latigazos con los que

algunas lenguas te castigan, alguacil.

—Las de ese mal nacido de Bonaventura…

—No lo des por seguro. Hay lenguas peores por San Lorenzo.

—¿Acusas a doña Isabel de infringirme ese daño?

—No seas necio, Domingo. Y tenle más miedo al amor de una mujer que al odio de un hombre…

—Doña Isabel podría decir lo mismo de ti.

—Tú sabrás en quién confiar. Somos dos mujeres despechadas. Una con poder. Otra esclava. Una blanca y lujosa. Otra negra y marcada en la cara. Pero la verdad no tiene condición. Abre los ojos y azuza el oído, alguacil.

—De ellos y de mis oídos vivo. Y también por lo que me dicen esos sentidos, sufro. Cuídate, Ibulorena. Ya sabes que te amo con todas mis fuerzas.

—Pero pierdes el tiempo gastándolas con señoras que solo te tratan como al ganado.

—Cuídate, Ibulorena. Sigo amándote como siempre.

—Lo más dulce que me sale del corazón para despedirte es darte este tarro de miel de Oshun para Negra Flor…

Y me fui con un dolor en el pecho, una duda en el alma y un olor africano en mis narices que me hacía enloquecer. Es verdad que las palabras son como las monedas. Pero en boca de Ibulorena siempre tuvieron para mí el valor de un Potosí peruano. Incluso ahora que vivo arruinado tras perder su corazón.

UNA PAZ IMPOSIBLE

Un enemigo nunca deja de serlo. Por muchos armisticios que se firmen, abrazos que lo confirmen y manos que se estrechen. Hay pelillos que nunca se van a la mar. No es por una cuestión de rencor imborrable o de corazón de hierro. Es una simple cuestión de poder. Tu enemigo siempre esperará la ocasión propicia para recobrar lo que considere haber perdido en la pelea. Y eso es lo que hizo mi mayor enemigo en Sevilla, ese genovés con un as de diamante tatuado en su cabeza, que no deja de alimentar su peor instinto, su versión más canalla. Fue él quien informó a doña Isabel de mi querencia sentimental con Ibulorena en un encuentro de cortesía que el sicario de Gaspar Alonso Pérez de Guzmán mantuvo con la señora de San Lorenzo. Lo hizo con la pericia que guardaba para estas ocasiones en las que creía jugarse la mayor ración de tasajo. Bonaventura era consciente de que el poder de su señor se había resentido tras su más que probada participación en el frustrado levantamiento de Andalucía contra el rey. Y su sombra no era tan frondosa como antes de aquella terrible apuesta. Por eso buscaba árboles robustos a los que arrimarse, bajo los que protegerse si las investigaciones prosperaban y su cuello corriera la misma suerte que el del otro golpista, el marqués de Ayamonte. Si iban a mandar al cadalso a todo un aristócrata, ¿qué no harían con un rufián como él de tan dudosa alcurnia…?

Aquella confesión le dio trato y cierta cercanía a Bonaventura con mi señora. Solía hacerle favores con algunos malos pagadores que antes me los encargaba a mí. Cosas de matones. Amenazas y miedo. Nunca se lo reproché. En realidad, me quitaba un peso de encima. No me gustaba abusar de pobres vendedores de carbón que, por culpa de la carestía, no conseguían cuadrar cuentas para pagarles a sus deudores. El

trato y la cercanía llegó al extremo preocupante de que doña Isabel hizo partícipe al sicario de algunas reuniones sociales en su casa. Al fin y al cabo, era el hombre de la seguridad de Medina Sidonia y en aquellos momentos, tan delicados para el aristócrata rebelde, su presencia en estas tertulias era muy estimada por lo que pudiera contar. Un día convino con doña Isabel en reunirse en San Lorenzo, con la condición de que llevara a esa esclava negra que había estado en amores con el alguacil de los negros. Le puso como excusa la necesidad que tenía en casa de una buena moza para la ayuda doméstica. La reunión se celebró. Pero esta vez no hubo ni nobles ni aristócratas con lenguas de doble filo que, delante del genovés, apoyaban las razones del levantisco marqués de convertir Andalucía en un reino independiente. Para luego, a espaldas del sicario, maldecir al golpista y dar vivas al rey Felipe IV como si fueran capitanes de sus ejércitos. Sevilla tiene tantas caras como la luna y es capaz de ser luna de Nisán y media luna sarracena a la vez. Decía que la reunión se celebró con la asistencia, por sorpresa, de Negra Flor, que fue a ver a Ibukun. Estuve a punto de acompañarla. Me libraron esos guiños que el destino me propicia de vez en vez y me sacan de honduras tan comprometidas. Lo que he podido saber de aquella reunión no ha sido ni por Negra Flor ni por Ibulorena ni por doña Isabel. Todos parecían conjurados. Excepto el As de Diamante que se hizo el encontradizo y me comentó, con su natural acidez y displicencia, que la señora de San Lorenzo iba a hablar con el judío Elías para comprar la propiedad de la jolofa, que serviría a partir del cambio de amo en casa de doña Isabel. Tampoco evitó una alusión a mi madre, haciéndome ver que seguía teniéndola entre ceja y ceja. La alusión fue como un veneno disimulado en azúcar. Y me soltó que Negra Flor parecía cada día más joven y con más fuerzas, sobre todo con aquella niña de color canela y ojos verdes que tenía en sus brazos. Él pudo verla cuando coincidieron todos en el palacio de San Lorenzo.

—No sabía que tu madre, a su edad, se hubiera visto obligada a trabajar como la esclava que fue…

—La suerte de tu señor te tiene más pendiente de la tuya que de tus obligaciones. Parece que buscas buena sombra para

cobijarte. Y eso te despista.

—Tengo buena sombra en la que antes tú te cobijabas y ahora me acoge a mí —dijo ladinamente, con media sonrisa sarcástica en su cara, refiriéndose a Ibulorena.

—Doña Isabel la sacará del infierno.

—¿Del infierno? ¡¡Si goza más que en África!! ¡Parece estar en la gloria! Seré yo el damnificado porque no tendrá la libertad que tiene ahora con el judío. Y doña Isabel no la dejará callejear como si fuera una negra de muchos rumbos.

Tragué saliva, reprimí la furia que me desgarraba el estómago y desvié la ira en dirección a un deseo.

—Nos veremos algún día, Bonaventura, y ni todos los árboles de la selva te servirán para cobijarte.

—Bienvenido sea el día que dices.

Le di la espalda y lo abandoné con otra de sus pullas saliéndole de la boca como culebras del demonio. Me gritó:

—¿Le doy a la negra un beso de tu parte, alguacil?

Me llevó varios días encajar aquella situación. ¿Por qué doña Isabel propició aquel encuentro? ¿Con qué intención y propósito? ¿De verdad quería comprar a Ibulorena? ¿Quizás perseguía que viera a mi hija en brazos de mi madre para humillar a la jolofa? ¿Cómo reaccionaron ella y Negra Flor al verse en aquella casa? ¿Qué pasó allí? En realidad todo se reducía a una muestra de poder de mi señora. Que hacía y deshacía a su antojo. Delante de mis narices y de las de Bonaventura, al que la inseguridad de su falta de protección había rebajado el olfato. Aquella reunión era toda una declaración de fuerza y jerarquía. Apartaría a Ibulorena de su ocasional protegido, la pondría lejos de mi alcance y la martirizaría con la evidencia carnal de ver todos los días a una niña que no se gestó en su vientre, sino en el de aquella aristócrata sevillana a la que le gustaba lo prohibido. Poder. Puro poder. Por eso los enemigos jamás firman una paz definitiva. Siempre se confía en las vueltas que da la vida para que te brinde la ocasión de que tu suerte cambie y el placer sea tuyo…

UN REGALO PARA EL REY

Hay necios con coronas y sabios con grilletes. El conocimiento no te garantiza ni fama ni prestigio. El poder, en cambio, sí. Alcanza más el poderoso que el instruido quien, a veces, se ve en la tediosa tarea de asesorar al necio. Hay bobos con prosa y poesía alabando sus dotes inventadas. No abunda la literatura para los que están tras de ellos abriéndole los ojos para que no equivoquen ni metas ni caminos, evidenciando lo que son. Campoalegre es un negro esclavo, unos años mayor que yo, que hace bueno lo que arriba he dicho. Su cabeza jamás ha llevado laureles triunfales. Pero esconde ideas y chispas que valen un imperio como el español. Fue calafate en varios viajes americanos, con sus idas y vueltas. Su amo lo alquilaba por el sueldo que cobraba y Campoalegre se hizo un virtuoso de la brea y la estopa, tapando siempre heridas de las naos y los galeones, con la misma habilidad con que la justicia tapa criminales si el culpado tiene apellidos e influencias. Hasta un trapero puede salir de la cárcel habiendo traicionado a la nación si a los jueces les llega el oportuno guiño del poderoso. El amo de Campoalegre creyó oportuno que dejara la mar pese a que le proporcionaba una bolsa extra, quizás por temor a perderlo cuando llegara al Nuevo Mundo, alcanzando la libertad en algún poblado de cimarrones. Lo colocó en lugar seguro y a mano: las Atarazanas. Allí trabaja también a cambio de jornal en algunos de los almacenes donde se guardan toneles y pellejos de cordero rellenos de mercurio de los comerciantes con Indias. Hace unos días, guiado por la inquietud de aquella reunión en San Lorenzo, me fui a saludarlo. Hacía tiempo que no lo veía. Y verlo fue de gran consuelo.

Campoalegre, como si fuera la reencarnación de Eleguá, me abrió el camino iluminado por las buenas razones. Nunca las

daba para que las siguiera su oidor. Hablaba y las dejaba en el aire, porque a buen entendedor… Reconozco que un comino de melancolía le pellizcó el corazón cuando, sin proponerlo ninguno de los dos, la conversación terminó en los caprichos de su majestad. De joven, cuando el conde-duque de Olivares comenzó su irresistible ascensión en la corte, trabajó en lo único que el poderoso sevillano hizo por el viejo arsenal labrado por Alfonso el Sabio, de cuyas naves salieron las galeras mejor dispuestas y pertrechadas de Europa. Nada que envidiarles a las genovesas. Hasta el punto de que, algunas de ellas, llegaron a remontar el Támesis y depredar e incendiar varias poblaciones próximas a Londres. Campoalegre me contó, mientras bebíamos un vaso de vino en una tabernucha cercana, que intervino en la construcción de aquel barco en miniatura con el que Olivares agasajó a Felipe IV para agradecerle tantas cosas… Desde que subió al trono, su majestad, no dejó de agasajar a aquel segundón de los Medina Sidonia que iba a alcanzar la cima de la aristocracia española. A poco de sentarse en el trono de las Españas, Olivares recibió la merced de poder exhibirse por las calles de Sevilla como un virrey indiano, protegido por una guardia de honor de veinticuatro alabarderos y vistiendo así el cargo de ser alcaide de los Alcázares y de las Atarazanas. Siempre es bueno regalar y obsequiar al que te nombra y te da. Olivares se sabía la lección latina al dedillo.

Campoalegre trabajó en el regalo que Olivares le hizo a su señor, una auténtica obra de arte, un galeón en miniatura bautizado con el nombre del Santo Rey don Fernando. Previamente le habría procurado a su majestad un lago junto al palacio madrileño del Buen Retiro donde sería botado el precioso juguete real que medía cinco metros de eslora y, como la nave de un faraón o de un césar romano, estaba repleto de estatuas doradas y pinturas de Zurbarán. En el centro de la nave se ubicó un trono forrado de terciopelo, desde donde Felipe IV, con cuerdas de seda podía manipular el timón. El barco fue trasladado desde el Arenal hasta Madrid en un carretón de cuatro ruedas, llegando a su destino en julio de 1638. Pese a que la capital, como todo el reino, vivía estrecha

y sin apenas despensa por culpa del eterno conflicto bélico con Francia. Este pueblo está tan acostumbrado a ser buey que ni siquiera se alteraron los ánimos en las calles capitalinas por el dispendio invertido en aquel juguetito, cuando tanta hambre caminaba canija y enferma por las calles. Alguien enemistado con la corte escribió con puntería: «Mal oiréis, señor, gemidos y quejas / de las dos Castillas, la Nueva y la Vieja. / Alargad los ojos; que el Andalucía / sin zapatos anda, si un tiempo lucía».

—Tuvo que ser emocionante, Campoalegre, trabajar en un regalo personal para el rey —le dije con cierta ingenuidad.

—Emocionante fueron los viajes de ida y vuelta a América, ver tierras nuevas, estrellas distintas, árboles gigantescos y ríos que parecían mares. Estar a merced de olas como montañas y disfrutar de la bondad del mar de las Damas. Hacerle un barco al rey para que su nuevo valido pasara de segunda condición a primera realmente no me causó emoción.

—América es la tierra prometida para todos los que no tenemos ni promesas…

—Por eso me quitó del mar mi amo. Tiene buen ojo. Sabía que de uno de aquellos viajes no regresaría.

—Nunca te has quejado de mal trato.

—No es de mano larga. Pero sigo siendo tan esclavo como cuando me compró en las Gradas hecho un mocoso. Pasa el tiempo y no me llega tu hora.

—¿Mi hora?

—Sí, la hora que tu amo vio oportuna para daros la libertad a ti y a Negra Flor… ¿Sigue bien tu madre?

—Mejor que nunca, gracias a Dios.

—*Adupe Iowo Olorun.*

Gracias a Dios, me contestó en yoruba. Y callamos por un rato con los ojos clavados en el río, en las aguas que bajan hacia Sanlúcar y que, desde allí en adelante, con un mar de larguísima travesía, los viajeros sueñan con tierras de tres cosechas al año, con ganado que den carne y cuero para hacer la vida placentera, con esmeraldas sorprendentes paridas por volcanes o perlas tan puras como el mar que las fecunda. Los sueños son medicinas. Curan.

—Los más pobres, Domingo, soñamos en esas travesías con la libertad. Eso nos basta, nos sobra y nos da fuerzas para no caer en la tentación de amarrarte una piedra del lastre del barco a la cintura y tirarte por la borda para que te engulla un mar profundo y oscuro.

—Seguro que tu amo te dará la libertad pronto. Ya vamos siendo mayor, Campoalegre.

—Espero que me haga persona antes de que la pálida me haga cenizas…

Insistí en mi ingenuidad para sacar a Campoalegre de su melancolía.

—Me hubiera gustado intervenir en la construcción de aquel galeón para el rey.

—¿Y no te hubiera gustado más ser el de Olivares? —me respondió Campoalegre con una risa irónica en su boca.

—Tampoco es mal lote ese, Campoalegre. Puestos a soñar me quedo con esa medicina, llevas razón.

Le eché la mano sobre sus hombros y reímos los dos de nuestras suertes, de nuestras vidas y de los destinos que cada uno peleaba como podía. Apuramos la botella, Campoalegre la arrojó al río y le dije, bromeando, si le había metido algún mensaje. Serio, muy serio, me dijo:

—Vacía va porque nada puedo darle a la fortuna para que cambie mi suerte. Domingo, si no das, no te dan. Si no tienes, pides en las puertas de las iglesias. Más vale un dan que un don. Un hoy por ti y mañana por mí.

Nos despedimos en la lengua de los ancestros. Un adiós amigo muy sincero.

—*O dabo ore.*

—*O dabo ore.*

Y me fui con la cabeza iluminada y la boca llena de aire, silbando mi melodía de siempre, mientras pensaba que para recuperar mi sitio entre Ibulorena y doña Isabel, tenía que dar, tenía que regalar, tenía que hacer barcos de juguetes o palacios como el Buen Retiro de Madrid. En definitiva, tenía que regalar para que me devolviesen. O, al menos, que no me volvieran sus espaldas. Silbaba y silbaba. Entusiasmado con la idea. Aquel rey de España tuvo suerte con Olivares. Primero le

dio más de lo que podía imaginar. Luego el valido le procuró lo que más quería: mujeres, regalos de emperadores y liberación de las aburridas obligaciones de la política. Hizo al rey un hombre libre. Podía cazar ciervos o elefantes en África si se le antojaba. Podía ir de un mundo a otro, que por algo le llamaban el Rey Planeta. La diferencia entre el olor y el hedor era mi rey. Yo por andarme enamoriscado de dos mujeres sufría unas consecuencias desmesuradas. Él por calentar sus inviernos con doncellas, viudas, altas damas, sirvientas de palacio, burguesas, actrices, tusonas y cantoneras era siempre perdonado por la Iglesia, tal era la clase de su arrepentimiento… Lo bueno de mi rey era que se arrepentía muchas veces. Era absoluto y disoluto. Pero el negro soy yo. Y el blanco sin blanca mis vecinos. No hay mucho que entender en todo esto. Salvo que es cierto lo que dije al comenzar esta historia: hay necios con corona y sabios con grilletes. Llegando a San Roque volví a recobrar la luz y zafarme de prejuicios sin solución. Y caí en la cuenta de que tenía que pensar en regalos, en donaciones a mis mujeres despechadas. Tal vez si lograra dar con la orza del catalán…

Regalos inesperados (I)

No hay regalo más grande que una vida con salud. Y eso no lo concede ninguna de las grandes familias de Castilla. Ni los Alba, ni los Infantado, ni los Medina Sidonia, ni los Medina de Rioseco… Ellos, si te han de regalar algo, antes te quitan. Solo el cielo es tan generoso como para darnos tanto y tenerlo en tan escasa consideración. La vida nos preocupa cuando la vemos amenazada y la salud cuando no la tenemos. Pero mientras gozamos de sus privilegios no hay don que las supere. Tan solo la libertad llega a discutirles sus bendiciones. Pronto entendí que el mejor regalo que podía hacerle a doña Isabel no era ni más salud, ni más libertad, ni más dinero. De todo eso estaba sobrada. Pero le faltaba prudencia. Suele el poderoso carecer de ella. Acostumbrado a caminar por la vida de su inseparable amiga: la impunidad.

De todo esto podría hablarnos muy bien su marido, que en gloria esté y que la vida disfrutó a la sombra de un grande de España, siendo uno de los principales beneficiarios de su alianza con don Francisco de Sandoval y Rojas, valido de Felipe III. Ya he constatado que el duque de Lerma fue un grandísimo especulador inmobiliario, que compró medio Madrid a precio de ganga cuando el rey Piadoso, influenciado por sus consejos, decidió trasladar la corte a Valladolid. Toda aquella insaciable y conspiradora casta de aristócratas, linajudos de pura sangre, acaparadores de privilegios, segundones con ambiciones de llegar a lo alto, comerciantes, cortesanos, pretendientes y postulantes siguieron al rey como una hormiga que encabeza la fila hasta el hormiguero. Porque vivían de los acuerdos que alcanzaban en los patios del Alcázar de Madrid, al oeste del Manzanares, donde radicaba el Gobierno de España y la residencia real. Cuando Lerma consiguió llevar la corte hasta Valladolid ya había comprado,

igualmente, muchas casas para venderlas a los recién llegados de la capital. Pero desplomó el mercado inmobiliario capitalino. Cinco años después, en una operación calculada por la buena cabeza que el duque tenía para multiplicar sus beneficios, la corte regresaba a Madrid impulsada por el miedo a una epidemia de peste y por los privilegios que el dinero madrileño derramaba a los pies del rey. Y todas las viviendas y edificios de buen porte que compró a bajo precio tras la deslocalización de la corte, los volvió a vender a un precio endiabladamente alto. Entre un ir y venir, entre un adiós y un ahora vuelvo, don Francisco se hizo multimillonario, levantando tal escándalo que su trama fue investigada. Uno de sus agentes inmobiliarios, Rodrigo Calderón, fue juzgado y ejecutado en la Plaza Mayor. El asunto se puso tan feo que el duque salió en escapada hacia Roma, donde consiguió el capelo cardenalicio. Salvando así la vida. Roma sigue haciendo milagros increíbles…

Toda esa información era para mí como pólvora para cañones contra un abordaje pirata. Y podía enseñarle a doña Isabel, primero, un galeón bien armado de artillería y bombas. Un ataque definitivo. Un regalo que la colocara a la altura de su inalcanzable condición… O bien, también tenía pensado, ofrecerle un intercambio de intereses para que ambos saliéramos inmunes de aquella refriega de celos y amores. Así que aproveché que Negra Flor iba a ver a Ibukun para acompañarla hasta San Lorenzo. Lo hice sin avisar. Sin saber si en aquel palacio seguían urdiendo sorpresas contra mi persona. Negra Flor no dejó de insistirme durante el camino en que esa era mi obligación como padre. Ir a ver a mi hija las más veces posibles. Incluso a una jaula de oro que podía atraparme para siempre…

—No soy buen padre, lo sabes. Por más entusiasmo que pongo, nunca lo seré. Me duele decírtelo. Pero Ibukun no me despierta el amor necesario. Nunca pensé en tenerla cuando yacía con la señora.

—Es tu sangre. Y a ella te debes. Te sientas padre o

padrastro. Te sientas hombre o maricón. No me importa en absoluto. Esa niña lleva en su alma el cruce de dos aristocracias que las leyes de esta nación nunca reconocerán. Pero las lleva. Lleva Europa y África en sus venas. Y es tan noble y aristócrata como un grande de España, de esos a los que el rey les regala el privilegio de estar cubiertos ante su majestad.

—Nada de eso varía mis sentimientos.

—*Nipase olorum o buruju!* —exclamó con desesperación Negra Flor.

—Sí madre, ya sé que soy muy torpe. Pero mejor que Ibukun siga en San Lorenzo. Así jamás tendrá que freír en ningún mesón, como la mulata que pintó Velázquez.

—A ti te voy a freír yo pero a palos. Los que nunca te di los vas a recibir todos juntos como abandones a la niña en manos de esa mujer que parece barbo en harina.

Hice un esfuerzo por no reír. Pero no supe ni pude hacerlo. Y rompí en risas tan sonoras que mi madre no tuvo más remedio que unirse y desternillarse conmigo. En lo alto de la mula camino de San Roque, éramos dos urracas riéndonos de un mundo tan blanco por fuera y tan negro por dentro. Cuando nos calmamos, Negra Flor me regaló uno de sus pensamientos.

—Esa niña es tu parte de eternidad, hijo. No renuncies a ella.

Nos instalaron en el mismo sitio del palacio en el que Negra Flor se entretenía con Ibukun. Un despejado y luminoso peristilo que rodeaba un jardín con plantas y pájaros americanos. La luz rebotaba en las palmeras y en los mármoles de los tritones de la fuente. Allí se pasaba las horas muertas mi madre, moviendo la cuna de Ibukun o teniéndola en brazos, mientras le susurraba al oído cuentos, cantos y rezos de su lejana tierra africana. Sabía que doña Isabel iba a tenerme allí esperándola el tiempo que ella considerara necesario para marcar el terreno de su superioridad y poder. Aunque eran evidentes los grandes abismos que nos separaban, ella ponía empeño en evidenciarlos aún más. Así que decidí colocar toda la atención que un buen padre debe poner cuando la abuela instruye a su nieta, pese a que aún casi no tuviera dientes. Y le

oí susurrarle que era el paso de Changó, el de Obatalá, la risa de Yemayá, la valentía de Oggun, la bola de Eleguá…Todo en lengua africana, con el ritmo pegadizo de la música que envolvía aquel rosario de santos yorubas. Ibukun lo celebraba. Reía e intentaba seguir el ritmo con unas palmaditas torpes pero entusiásticas. Luego, Negra Flor le agitó la muñeca, donde llevaba un pulso de cuentas de vidrios verdes y amarillas, para cantarle: «Soy la mano de la verdad, soy Arere, soy conciencia, soy Orula…». La niña se desbarató en la cuna y con sus brazos extendidos le pedía a la abuela que la sacara y la acogiera en sus brazos. Parecía que la atraía el imán de la sangre.

—Saca a la niña de la cuna, Domingo. Y compórtate como un padre. La besas y me la das.

No transgredí ni una sola orden. Lo hice tal y como me lo mandó. Y en sus brazos, Ibukun, la niña de canela y los ojos verdes, pareció sentirse cerca de lo que pudiera parecerle un arrebato de identidad y pertenencia. No tenía ni edad ni educación para saber nada de esas cosas. Pero le nacía así. O al menos, tanto mi madre como yo queríamos verlo así. Pasó más de media hora cuando una sirvienta me reclamó.

—La señora ya puede atenderle.

—¿Dónde me recibe?

—Trabaja en su alcoba.

—Ahórrate el camino. Sé cómo se llega.

Subí por aquella espléndida escalera donde cabían siete casas como la mía y llamé a la puerta de su habitación.

—¿Quién es? No quiero distracciones fútiles. Tengo mucho trabajo… —dijo con un tono impostado.

—Soy el alguacil de los negros.

Un silencio que pareció eterno creció entre su pregunta y mi respuesta. Luego la oí carraspear y ordenarme que entrara.

—¿Qué te trae por aquí, alguacil?

—He venido a ver a Ibukun. Hacía tiempo que no lo hacía.

—Cada día está más hermosa y vivaracha.

—Tiene a quien salir —le contesté.

—A su madre, sobre todo. Solo hay que verla.

—Sin duda, señora. Si se pareciera a mí ni para mula valdría.

Doña Isabel asintió con una sonrisa. Le gustaba, le placía ver mi humildad arrastrarse por el suelo, como los mutilados de piernas dejadas en algún campo de batalla arrastran su cuerpo por el barro de las calles.

—Tú dirás. Si quieres puedes sentarte. O quedarte en pie. Yo te oiré mientras arreglo estos papeles que viven en desorden.

—Me sentaré entonces.

—Dime, Domingo. ¿Vienes a saber si he comprado ya a la jolofa?

—Si eso se diera, saldría de la casa del demonio, señora. Pero en realidad vengo a ofrecerte un regalo.

—¿Me has escrito algún poema? ¿O has conseguido de un marinero alguna perla americana? —contestó entre la sorpresa y el sarcasmo.

—El poema te lo escribiré si esto sale bien. Y ni Lope lo igualaría.

—Dime entonces qué regalo me traes —dijo doña Isabel abandonando la tarea de sus papeles atrasados y mirándome, ahora sí, a la cara.

—Mi regalo lo conseguí en Madrid y en Valladolid. Y no es ajeno a la fama que tuvo el duque de Lerma…

Regalos inesperados (II)

No sé cómo lo hizo, pero dominó su cólera. No dejó traslucir ni un mal gesto de incordio. O de ira. Y la situación lo demandaba. Porque en su alcoba, el padre de su hija, un negro que la había engañado con una esclava, había ido a ofrecerle como regalo la propia horca. Era un absoluto insulto. Puesto que tuve la osadía de colocarme a su mismo nivel. En mi mano le enseñé copia de la carta que ella tenía en su bargueño y jamás fue enviada a Madrid, al despacho en el Alcázar del conde-duque de Olivares. Clavó sus hermosos ojos en la carta y sin acalorarse me preguntó:

—No me gustan los regalos que hay que pedir en la corte, Domingo. Creo que quedaron bien clara las razones. Pero si te empeñas en hacerme ese regalo, ¿crees que me quedaré sin agradecértelo…?

—Tú verás…

—Quiero dar por sabido que esa carta tiene apoderados poderosos en Sevilla que la hagan llegar hasta la mesa de trabajo del conde-duque en Madrid. Imagino que son esas manos hebreas que tan buena medicina prepara y tan buenas amistades procura.

—Tú verás…

—Lo veo, alguacil. Lo veo. Pero tú no eres ciego. Aunque tu natural oscuridad te confunda. Y deberías ver que el de Olivares ha perdido mucha fuerza en Madrid. Ya no tiene el respaldo que tuvo cuando llegó a ser el primer ministro del rey con un mensaje de regeneración política que limpiara los excesos del duque de Lerma. De aquellas buenas intenciones está empedrado el camino de su infierno político actual.

—Sigue siendo el hombre más poderoso de España…

—Y también el que más enemigos tiene y menos poder que hace años para combatirlos. ¿Acaso has olvidado cómo llegó

tarde para sofocar la independencia de Portugal? ¿Y la sublevación de Cataluña? ¿Y la que estaba preparándose aquí en Sevilla, con el duque de Medina Sidonia?

—Eso también iría en la carta como adenda. ¿Qué hacía un sicario del duque rebelde manteniendo reuniones con otros nobles en casa de doña Isabel Enríquez de Mendoza, la señora de aquel socio del duque de Lerma que colapsó los mercados inmobiliarios en Madrid y Valladolid?

—Ese flanco mejor que no lo versifiques, poeta. Porque la rima tampoco te sale bien. También fuiste paje del duque levantisco y te presupone lealtad a tu antiguo señor, en las duras y las maduras.

—La carta no va firmada. Nada de eso me hará cambiar de opinión si…

Doña Isabel me interrumpió con urgencia.

—Si qué, alguacil. ¿Qué caballo de Troya quieres dejar en mi vida?

—Ninguno, señora. Solo trato de llegar a un acuerdo y que finalicen las murmuraciones que su cuerpo de casa va divulgando por Sevilla sobre mi persona.

—Entonces, olvidemos el regalo de Madrid. Y me buscas otro más de mi agrado, que yo acepte de buen gusto.

Dejé de dar rodeos y elegí el estilo directo:

—Ni una sola palabra más en la calle que me desprestigie, señora. Eso demando.

—Hecho. Pero, tal vez, lo tengas que decir en otro sitio a otra lengua larga, viscosa y viciosa que se arremolina en la cama con tu mayor enemigo.

—Apagaremos el incendio por partes. Pero empecemos por San Lorenzo. Ni una palabra más, ni un chisme más.

—Nadie aquí dirá nada contra el alguacil de los negros.

—Y yo no mandaré carta alguna al valido del rey, por muy discutidos que estén ahora su poder e influencias…

La señora se levantó de su escritorio, caminó hacia mí con dulzura y agarró mi cabeza para apoyarla contra su vientre.

—¿Me escribirás esa poesía?

—Dalo por hecho.

—Pues entonces comienza a inspirarte y entra en mi mundo

más placentero sin que lo que venga a continuación tenga punto final…

Y no lo tuvo. Con ella subí al cielo y bajé al infierno. Nos poseímos para desposeernos de nuestra conciencia. Nos volvimos locos en la cordura insaciable del placer. Fuimos uva y tonel en una borrachera dulce del vino del amor. Nuestros cuerpos se exigían con el frenesí desbocado de los animales de pura sangre. Y durante el tiempo que nos fundimos en un solo ay de satisfacción, todas las palabras de nuestra lengua desaparecieron para quedar una sola intacta, viva y galopante: el deseo. Esa era la única ley que nos regía, la del deseo voraz. Nos agotamos como lebreles tras una liebre zigzagueante y velocísima. Ambos, sin más ropaje que los de nuestra piel, descansábamos en su cama revuelta, boca arriba y con los brazos extendidos, como crucificados en aquel calvario de una dependencia tan brutal. Cuando tuvo aire para hablarme, mi señora me dijo:

—Esto es lo que te pido, Domingo. Tan solo esto.

—Y te lo he dado con creces. Hasta el punto de que tienes una hija de mi sangre. ¿Qué más deseas, señora?

—Tenerte para mí sola. Que vengas a esta casa y…

Me incorporé sobre su cuerpo, donde unos senos redondos y excitados daban cuenta de su incansable fogosidad, y le tapé sus labios suavemente con mis dedos. Y sin prisas, como cae el agua de una fuente, le dije:

—Eso no es posible, señora. Te cansarías pronto de mí. Porque de este negro de San Roque te atrae el atractivo de la clandestinidad, del amor imposible, de lo prohibido. Creo que gozas tanto conmigo porque sentir esa sensación de infringir ciertas normas te excita tanto como que te penetre.

—Nunca me cansaría de ti.

—Siempre y cuando no me tuvieras en casa como un perrito faldero, como uno de esos pájaros de plumajes exóticos que tienes en el jardín en jaulas doradas y cómodas.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Dejarnos llevar. Sin necesidad de que la mano derecha se entere de lo que hace la izquierda. Tú me puedes dar todo lo que veo en esta casa y yo no necesito. Yo te puedo dar mucho

menos, pero tú lo necesitas como el trigo el sol.

—¿Me amas?

—Nunca he dejado de desearte. Y yo no sé distinguir muy bien entre el deseo y el amor. En realidad, solo he querido a mi madre.

—¿Y a la esclava? ¿La deseas o la amas?

—La esclava, según murmura Sevilla, ya no me pertenece. Da igual lo que sentía o siento por ella en este momento.

Doña Isabel se incorporó sobre sus poderosas piernas, las abrió sobre mi cuerpo tendido en la cama y, poco a poco, se dejó caer sobre mi excitado miembro. Ella sola, sin que yo dirigiera la nave que debía entrar en la bahía de su cuerpo, con calculados movimientos de pelvis, se lo ajustó al beso cálido que me concedían sus ingles. De aquella hoguera interminable nos sacó una de sus sirvientas, avisando tras de la puerta que Negra Flor no se sentía bien y quería marcharse a casa. Y hacia San Roque nos fuimos. Yo tan feliz como uno de esos universitarios sevillanos que cuando terminan sus estudios graban con pintura roja un vítor en las piedras sacras de la Catedral o en las indianas del Consulado. Realmente me merecía ese reconocimiento. Porque de San Lorenzo salí licenciado en retórica. Y en la casa del judío me doctoré como médico de corazones rotos…

CAPÍTULO VIII

CAMPANAS Y TAMBORES POR NEGRA FLOR

NADA QUE HACER

La felicidad siempre me aterró. Porque es corta como un verano y fugaz como una estrella. Y en cambio nos aferramos a ella sabiendo que nos defraudará, que llegará el momento de decirnos adiós para volar a otro corazón, dejando el nuestro solo, vacío y seco. La felicidad que me hizo sentir el acuerdo pleno alcanzado con doña Isabel duró lo que la mula tarda en el camino de San Lorenzo a San Roque. No estaba bien Negra Flor. Le cogí las manos y las sentí frías. Tampoco podía controlar la tiritera de su boca. Y me daba la sensación de que, por momentos, deliraba. Hablaba en yoruba para hacerme ver lo hermoso que estaba el río de su vieja aldea, la altura que tenían las palmeras del poblado y lo roja que aquel verano lucía la tierra de su nación. Me asusté. La vida me ponía delante del momento para el que siempre supe no estar preparado. Pasé, desesperado, por casa del judío. La vio y no me dijo nada. Le tomó el pulso, le escuchó el pecho y le dio un bebedizo para calmarla. Luego me dio la receta que nunca quise escuchar: había que confiar en las fuerzas de mi madre para que superara aquellas fiebres. Antes de proseguir hasta San Roque, Elías Benasayag me recomendó que llamara a Ibulorena. Y que su laboratorio estaba a disposición de Negra Flor.

Tres días de agonía pasó Negra Flor en su jergón. Tres días que Ibulorena no se apartó de su lado. Dándole drogas y medicinas que no supieron devolverle lo que perdió. El don más preciado que el cielo nos puede dar. Cuando murió lo hizo con un collar blanco de Obatalá que Ibulorena le colocó en su cuello pero que mi madre, para no levantar sospechas, se quitaba cada vez que iba a San Lorenzo. Ese collar, una túnica blanca y una medalla de la Virgen de los Ángeles es lo que se llevó de esta vida a la otra, al cielo de los cristianos o al de

Olofi de los yorubas. Tocaron a muerto las campanas de San Roque. Y el hermano mayor de nuestra hermandad nos regaló cuatro velones de cera para su velatorio. También me hizo llegar el pésame, por escrito, del arzobispo don Gaspar de Borja y Velasco, cardenal de la Santa Cruz de Jerusalén y anterior obispo de Albano. Fue una nota muy emotiva, donde destacaba las virtudes cristianas de la fe de Negra Flor. Lógicamente no sabía que también tuvo virtudes elogiables de su fe africana. Leyendo aquel pésame, por contraste, me acordé de las tensiones que, a principios del siglo, mantuvimos con el cardenal-arzobispo don Fernando Niño de Guevara, tan convencido de la responsabilidad de las hermandades de negros y mulatos sevillanas en los escándalos, pecados y ofensas que se nos imputaban. Como por ejemplo el de robar dinero a nuestros amos para mantener la hermandad y sus costosos gastos de cera, insignias y flores además de imputarnos las riñas y burlas con las que el pueblo nos afligía cuando estaba la procesión en la calle, convirtiendo, decía, una demostración de fe en un acto despreciable. Aquel Guevara realmente tenía la mentalidad de su nombre, la mentalidad de un niño…Y también las malas ideas.

Tocaron a muerto las campanas de San Roque. Y también, en algunas casas, sonaron tambores roncos de piel de chivo y algunas oraciones cantadas en voz bajita y en lengua yoruba que mi desconsuelo y ensimismamiento no me permitieron interpretar. Algo relacionado con la petición de bendiciones para Negra Flor debió ser… Muy bajito. Para no molestar a los siempre sensibles oídos de la Santa y de los que, como aquel arzobispo Niño de Guevara, nos tenían por responsables de todo lo malo que pasaba en Sevilla. Dejamos a mi madre enterrada en San Bernardo, donde estuvo el tesoro portugués para revolucionar Sevilla contra el rey, y ahora descansaba la fortuna más grande que la tierra me dio en mi vida. Mi patria fue Negra Flor. Y mi imperio, sus sueños. Lloré. Mucho. Como un desconsolado. Como el que pierde un tesoro. Más valioso que aquella orza llena de plata y de perlas del Darién que nadie sabía dónde estaba. Doliéndome porque de todo lo que mi madre me dio, desde la vida al orgullo, desde la existencia a

la alta consideración de mi sangre africana, nada le pude devolver. Quizás algo de tabaco que tanto le gustaba. Un cubo de tierra roja de las tierras de olivar de la villa de Gines y una de aquellas yucas africanas que le conseguí para plantarlas en la pequeña huerta de nuestra casa. Solo eso le pude dar con todo lo que le prometí. Con tan poco amasó la pasta inmaterial del sueño que alimentaba su vida: volver a tocar la tierra donde nació, besar sus palmeras y beber el agua de sus ríos. Nunca tuve la oportunidad de convertir todo aquello en realidad. Esperando que su salud durase hasta la eternidad. Agarrado a esa boba ilusión de que la muerte existe pero que es un asunto que solo alcanza a los demás. Fui incapaz de entender que el tiempo pasa también sobre lo que más queremos para arrebatárnoslo el día menos pensado.

—¿Necesitas algo, Domingo? —me preguntó apenada Ibulorena.

—Necesito lo que ya no tengo —le dije con el desgarro que siempre arrastra la *ikú*, la muerte.

—Quiero que sepas que Negra Flor fue también mi madre en este mundo de blancos…

—Ella sí llegó a tiempo a tu vida, Ibulorena.

—Ella no era como tú…

—¿Y cómo soy yo?

—Como una bonita canción cuya letra ya no recuerdo.

—Si te resulta importante recordarla puedo escribirla de nuevo.

—Ya no quiero oírla más. Ahora tengo otras cosas importantes que hacer en memoria de Negra Flor y de los negros sevillanos…

TOMÉ EL SABIO

Más lecciones da el que sabe explicar que el que por erudito se tiene. Enseñar es tan difícil como aprender. Pero todo se vuelve más fácil si el maestro desprecia la soberbia de su ilustración y se acerca al desavisado con la humildad de los sabios. Tomé era así, sabía tanto y tanto enseñaba con su método de dejar caer las cosas, para que bailaran en el aire y en tu cabeza, que a fuerza de darles vueltas casi siempre paraban en conclusiones iluminadas. Tras la muerte de mi madre, entregado por días a la soledad de una casa donde habitaba su fantasma, tomé los hongos novohispanos y me dejé llevar por sus sueños. En aquellos sueños siempre aparecía Tomé. Y lo soñé tan claro y vivo que pude entrar en su mente. Los hongos habían disparatado la industria de mi entendimiento y, en la melopea de sus efectos alucinógenos, fui su perro Lázaro y un piojo en la cabeza. A la que pude acceder transformándome en música. Y yo transformado en música le descubrí el secreto de su sabiduría. Y las muchas cosas que guardaba para ir enseñándolas a los que él creía que sabrían aprovecharla. Cuando me pasó el efecto de la alucinación, solo recordaba que Tomé, más allá de las drogas que necesitaban sus ya casi curadas llagas, me estaba llamando, me reclamaba con cierta urgencia. Quizás para decirme, a su forma, algo que ya sabía el hombre que casi todo lo sabe. Su ironía me recibió con cariño en el lazareto sevillano.

—¡Alguacil, eres famoso, me han dicho que por fin encontraste la orza de los portugueses!

Le respondí sin entusiasmo:

—La vida es tramposa, Tomé: te quita un tesoro y no te da nada a cambio.

—Muchacho, siento mucho lo de Negra Flor. Sé que la

enterraste hace unos días y que tu dolor es grande. Te dejó solo la única mujer a la que has sabido querer.

—Venía a decírtelo y a dejarte estas medicinas que te preparó Ibulorena. Disculpa mi atolondramiento: ¿cómo puedes enterarte de lo que pasa en Sevilla?

Y me dio la respuesta de siempre. Estiró un brazo, señaló a su perro Lázaro y me dijo:

—Él me lo cuenta todo…

Con retranca le dije que antes de que mi madre muriera, en casa del judío, vi a Ibulorena con el perro, sin saber qué hacía allí. Y Tomé me dio idéntica respuesta que la jolofa, como si ambos hubieran acordado dar la misma si me mostraba muy curioso. Pero eso era improbable. Ni la jolofa ni él tenían trato de cercanía. Tomé me respondió:

—Lázaro es así. Aparece y desaparece. Ahora con más frecuencia porque no tiene carne que comer de mis piernas. Quizás fuera hasta allí siguiendo el rastro del olor tan potente que tiene la medicina que prepara la negra.

—¿Viene por aquí Ibulorena?

—¿Estás loco? ¿Quién va a venir a un lazareto a ver a un leproso como yo? Además, apenas si nos tratamos.

Comencé a sospechar que Tomé e Ibulorena tenían en común algo más que las medicinas que le preparaba. Lo que fuese, el tiempo me lo revelaría. O de manera sutil, con esa forma que tenía el viejo alguacil de decir las cosas sin decirlas, lograría enterarme.

—Veo que tus heridas están sanas.

—Tan sanas que en una semana los frailes y los médicos me dejarán marchar.

—La jolofa te ha curado. Es una bruja. Y quien la tenga a su lado se sentirá protegido siempre.

—No es una bruja. Tiene el don de la medicina. Como otros tienen el don de la seducción…

Lo miré por alusiones. Y me guiñó un ojo lleno de picardía. Le regalé una sonrisa y una casa para su regreso.

—En mi casa hay sitio para los dos, Tomé. Me agradaría que te alojaras hasta que la Hermandad de los Negros te busque un sitio acorde con tu condición.

—Muy amable. Estaba seguro de que me lo pedirías. Y debes saber que no voy a rechazar tan hospitalaria oferta.

—*Ku ile* —le dije para darle la bienvenida a casa.

—*O seun arakunrin olorun bukun fu o*.

Y me dio las gracias como hermano. Perdí una madre, un amor africano y la vida me dejó a cambio una señora apasionada en San Lorenzo y un hermano a punto de dejar el lazareto. Me despedí mirando al perro.

—Vendré a recogerte. Solo tienes que avisarme.

—Olvida eso, Domingo. Ya me las apañaré. Tú pon toda la atención en las cosas que pasan en Sevilla… porque van a pasar cosas. Y esta vez no las parará ninguna arriada.

TODO PASA

Y todo llega. Pero a su tiempo. Las cosas pasan cuando tienen que pasar. No cuando nosotros las deseamos, las necesitamos, las imploramos o las buscamos. Las cosas que tienen que pasar, pasan. Pero a su tiempo. Y no todos los tiempos, pese a estar medidos por el mismo reloj, duran lo mismo. El tiempo del poder, por ejemplo, tiene sus días, sus horas y sus años. Que son diferentes a nuestros días, horas y años. El poder también pasa. Pero se lleva su tiempo. Sobre todo, si hablamos de jerarquías y poderes absolutos. Como el de Olivares. O el de Medina Sidonia. Ambos tan tocados por sus gestiones políticas en este año de 1641. El tiempo del conde-duque lo han marcado su penosa reforma política y sus ambiciones expansionistas buscando siempre servir a su rey. Todo lo hizo para servir a su señor… y a ese vicio esclavizante que se convierte en tu dueño y se apropia de tu albedrío. El poder te hace sentir intocable e inaccesible, un dios terrenal que todo lo alcanza y puede. En realidad, te convierte en un esclavo de sus exigencias y pretensiones. En un galeote que rema según las leyes que marquen las circunstancias. Muchas veces pensé que la irresistible atracción que yo sentía por las mujeres debía ser muy parecida a la que algunos hombres sienten por el poder. Al fin y al cabo, en ambas inclinaciones suele anidar la idea del dominio, de la posesión absoluta…

La popularidad de uno de los hombres más poderosos del mundo caía como el agua de una catarata, en torrencial abundancia hacia el suelo, para estrellarse y romperse en millones de cristales líquidos. Las tensiones en los diferentes territorios del imperio se hacían notar sin disimulo. Olivares apretaba cada vez más el mordisco de una fiscalidad insoportable. Para sufragar las guerras contra Francia, Holanda, Cataluña y Portugal. Todo a mayor gloria del rey.

Pero había muchos reinos que al rey no sabían ponerle la cara, nunca pisó territorios tan alejados del Buen Retiro. Y así resulta muy difícil que crezca en los hombres el sentimiento de la lealtad. Nápoles, Sicilia, Vizcaya, Navarra, Portugal, Aragón y, al otro lado del largo Atlántico, Nueva España y el Perú no ocultaron nunca sus profundas diferencias con Madrid. Todos se levantaban a favor del rey y en contra del mal gobierno. Y Olivares, según los chismes que llegaban hasta Sevilla desde la corte, no podía con tantos pesares, cayendo en profundos estados de melancolía donde, contaban, expresaba sus deseos de encontrar la paz y retirarse de la política. Nunca pudo entender que los vasallos del rey amaran antes su terruño que al monarca. Y dejó para la historia una frase que definía su pensamiento: «No soy yo nacional, que es cosa de muchachos». Amar tu tierra, tus costumbres, defender tus privilegios era cosa de niños. El conde-duque, pese a su formación universitaria y amor por las letras, en posesión de una de las mejores bibliotecas de Europa y con la medalla en su pecho de haber mandado encerrar a uno de los más grandes escritores de nuestra época, el malvado Francisco de Quevedo y Villegas, fue incapaz de entender algo tan simple. No es de extrañar que no viera venir lo de Portugal, pese a que, en Évora, en 1637, se lo declararan en forma de algarabía y motines…

Su primo, el levantisco duque de Medina Sidonia, mi señor en la infancia y mi libertador en mi juvenil existencia, no tenía mejor estrella. Su connivencia con la independencia lusitana y su plan para convertir Andalucía en un nuevo reino independiente de la Corona y él ser el administrador y gestor de los territorios ultramarinos, lo marcaron para siempre, ayudando poco o nada al buen nombre de la casa de los Guzmán, tan embarrada por la fama del conde-duque. Dicen que cuando lo llamaron a Madrid para ajustar cuentas, fue tan cobarde que le temblaron las piernas y la boca, arrojándose teatralmente a los pies de Felipe IV para implorar su perdón. Lo obtuvo, imagino, pese a las dudosas influencias que sobre el monarca ejercía a esas alturas su valido, el conde-duque. Pero evidentemente era ya un hombre tan marcado como lo es un esclavo con la cara al hierro candente. No obstante, como

refería al principio, estas caídas desde las alturas se toman su tiempo. Tienen un reloj diferente para medir la travesía de su decadencia. Pese a su implicación desleal en la rebelión frustrada de Andalucía, el señor de Medina Sidonia aún manejaba resortes firmes para amparar y librar de la horca a un teniente segundo de asistentes en Sevilla, el licenciado Lucas Fajardo. Un malandrín muy preparado y estudiado. Pero un auténtico ladrón, vinculado al resello de moneda. Fue la comidilla de toda la ciudad, porque el señor Lucas Fajardo se repartió con el escribano que entendió en la causa, Gabriel de Palacios, la plata incautada al defraudador. Adujo siempre que fundió la plata resellada para entregarla. Pero ambos pájaros se quedaron con tan plateado alpiste. Lo descubrieron y lo encarcelaron. Poco duró en la madrastra. Porque en connivencia con el alcaide de la cárcel, al que le untaría con buena manteca del Potosí su magro pan diario, escapó y puso tierra de por medio. Sin que pudiera ser hallado. El licenciado estaba a buen cobijo. Porque le dio asilo el duque de Medina Sidonia en su casa, donde sirvió junto a Bonaventura, pero en otra esfera por su saber e ilustración. Pasaba por gran letrado y ayudó mucho a su señor en sus múltiples pleitos. Digamos que Lucas Fajardo estaba para la letra y Bonaventura para los puntos finales… El duque lo amparó y lo ocultó y, pasado algún tiempo, logró su indulto en Madrid, en aquella corte que tan mal lo miraba. Curiosamente, como hizo muchos años atrás el duque de Lerma, cuando enviudó Lucas Fajardo se hizo clérigo y fue ordenado sacerdote. Aquel sinvergüenza supo ganarse los mejores guardaespaldas que atrincheraran su persona: la aristocracia y la Iglesia. Siguió sirviendo al duque, se afincó en Sanlúcar de Barrameda y lo nombró juez de apelación en sus Estados. El brillo de la plata que se apropió seguía alumbrando su buena estrella. Porque el arzobispado de Sevilla lo nombró vicario de Sanlúcar de Barrameda y murió disfrutando de sus cargos. Los poderosos tienen su tiempo de caída. Si te subes a la torre alta de la Catedral y dejas caer una plomada y una cinta de seda, ambas buscarán el suelo. Pero con más rapidez lo encontrará el plomo de los desafortunados, de los olvidados, de los que sobreviven en un mundo que les

resulta muy adverso. Hace tiempo, cuando me instruían en casa del duque de Medina Sidonia, pusieron en mis manos el libro de un escritor inglés, creo recordar que se llamaba Shakespeare y que algunos lo echaban a pelear con Cervantes. Le recuerdo una frase que decía: «Tiempos de calamidad, cuando los locos guían a los ciegos». Esta nación era una calamidad, en guerra con medio mundo, sangrado por las sanguijuelas fiscales de Olivares, con una corte ensimismada en sus naumaquias, putiferios y cacerías, con pocos hombres con la cabeza en su sitio y la mayoría con las manos muy largas y el estómago encogido. Son tiempos calamitosos con unos cuantos locos guiando a tantos ciegos que solo alcanzan a ver sus razones para rebelarse contra el mal gobierno…

GRITOS

Sevilla es una ciudad que no habla, chilla. Y lo hace continuamente. Debe tener la garganta arañada, como si cien gatos se pelearan por su campanilla. Para acallar un chillido es necesario una algarabía más sonora. Esquinas, puertas y tabernas hablaban del desahogo criminal de Lucas Fajardo, el letrado acogido a asilo en la casa del duque de Medina Sidonia. Pero pronto hubo otro grito mayor, otro enredo que ahogó en silencio el del licenciado. En las puertas de una iglesia sevillana había aparecido un pasquín con la siguiente leyenda: «¡Viva Moisés, su ley y los que la observan, que lo demás es locura!». En las entrañas de la ciudad, los ácidos de sus malas digestiones agriaban y multiplicaban sus antipatías por negros, moriscos y hebreos. Era evidente que la mano que colocó aquel pasquín en la puerta de la iglesia sevillana era hijo de David o de algunas de las tribus de Israel. A Olivares, que tuvo por la sangre del tercer duque de la casa impureza mosaica, siempre se le criticó su simpatía por los hebreos. Es cierto que en la corte hubo muchos judíos solapados, sobre todo portugueses, que supieron por su talento, habilidad y dinero, colarse por los intercisos del poder para situarse con ventaja en el mundo de los mercaderes, los préstamos y las influencias. No creo que esté exagerando si esa presencia inevitable de portugueses en la capital económica de nuestro imperio, lo convirtieran, junto con negros, moriscos y judíos, en la cuarta pata del banco donde se asentaban los odios por raza y religión. Ser portugués y judío era casi tan deleznable como ser negro y esclavo. La pureza de sangre era ley.

Aquel grito de rebeldía en forma de cartel en la puerta de una iglesia se repitió días más tardes. Para entonces, prevenidos, estaban los ojos de la Santa vigilando tanta osadía mosaica y tanta herejía semita. Cazaron a un esclavo llamado

Domingo Vicente con la prueba concluyente de que, al pasar el viático, el judío lo evitó, escondiéndose en un zaguán para no inclinarse ante el Santísimo. El esclavo lo negó todo. Pero le dieron potro y no solo confesó ser el autor de tan osada proclama en la puerta de una iglesia. Además, no sé si porque la verdad aflora bajo tortura o porque el dolor para no prolongarlo asume culpas que le son ajenas, dijo a los ministros del Santo Oficio que por ofensa a Dios no oía misa los días de precepto porque no creía en ella, ni que se consagrasen el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. También negaba la venida del Mesías y, cuando su amo lo obligaba a ir a misa, maldecía al clérigo que la decía y lo llamaba, sin tapujos ni metáforas, embustero. También confesó que, por odio a la religión, arrojó un crucifijo a un pozo. La declaración de Domingo Vicente aún tenía pasajes más iracundos. Porque dijo sin que le temblara la voz, las piernas ni las manos que, puesto delante de una imagen de Cristo atado a una columna, si él hubiera vivido en aquellos tiempos, en vez de cinco mil azotes le hubiera dado diez mil. Y que cuando su amo le hacía salir a la puerta de la casa con una vela encendida para reverenciar el sacramento, se daba con una higa en el pecho para rechazarlo y, ladinamente, decía en voz alta «alabado y reverenciado» y en voz bajita, terminaba la frase añadiendo «la ley de Moisés».

El tribunal lo condenó a que saliese en sambenito y vela amarilla por las calles de la ciudad, recibiera doscientos azotes y que, en una argolla dispuesta frente a la puerta de la iglesia donde colocó sus proclamas mosaicas, le colgaran de una mano durante el tiempo que estimara conveniente el Santo Oficio. Así estuvo cuatro días, subido sobre una escalera soportando tan humillante picota que, los sevillanos, tan entregados al realismo tenebroso de los teatrales autos de fe, lo celebraron durante todo el tiempo que duró tan triste función. Se agolpaban sobre el judío para arrojarle todo tipo de inmundicias, tirarle piedras y llamarle hereje. Cuando se lo llevaron para remar en las galeras, el desdichado o iracundo israelita, quién lo sabe, debió respirar de puro alivio. Era mejor dejar aquella ciudad de locos y ciegos por la fe que una

condena de por vida remando en la mar.

Yo fui a ver la escena de aquel escarnio. Y tan inhumano castigo no me pareció ni mal ni bien. Pensé que siempre es mejor, en una situación de manifiesta inferioridad como es la de un esclavo judío, adaptarse a la situación o disfrazar tus sentimientos religiosos, como hacía Ibulorena. Buscarte un potro, jugar a los kiries y pasar el resto de tu vida en el mar atado al duro banco de una galera real, por no saber dominar tus impulsos religiosos, no hablaba bien de la cabeza del condenado. O quizás hablaba muy bien del valor de su persona y de lo arraigado de su fe. No era cuestión mía dilucidar ese laberinto. Abandoné rápido aquel bochorno porque me levantaba el estómago el argumento de la obra. Un culpable y cientos de endemoniados pasando por santos. Quiero ser sincero. Y posiblemente sea muy partidista. La situación me tocó el corazón porque me recordaba a mis hermanos que acompañaban en Semana Santa a la Virgen de los Ángeles, que sufrían, igualmente, el salvaje comportamiento de los sevillanos que nos insultaban, nos agredían y se mofaban.

Una ardiente tarde noche de finales de agosto tomé la decisión de pasear por la Alameda. Un lugar tan refrescado como concurrido por los sevillanos que aliviaban los calores de la noche paseando y hablando por el paseo. Antes de llegar, entre la calle Feria y San Martín, me salieron al paso dos emboscados con las vizcaínas desenfundadas y con malas intenciones. Guardé mi espalda contra la pared y les dije:

—Soy negro y no tengo dinero.

—Eres negro y pronto te dejaremos blanco —me contestaron.

Y sin más saqué mi espada y afronté el desafío. Cogí mi distancia y traté de mantener la espalda a resguardo. Los dos bravos me apuraban cada uno por un costado. Pero supe pararlos porque mi esgrima, tan bien enseñada en casa del duque de Medina Sidonia, era mucho más limpia, hábil y agresiva que la de aquellos dos bravotes. Al de la izquierda le paré un tajo y le repliqué con un pinchazo en la mano que lo desarmó. Aproveché el uno contra uno y mi espada tocó hueso en el muslo del que aún peleaba. La herida debió ser seria

porque, descalabrado, le gritó al compañero:

—¡¡Echa a correr, caballo!!

Y salieron corriendo como una cotorrera cuando le enseñan un asno y un montón de plumas. Tras ello hablaba y los chivaba un reguero de sangre. Los dejé correr. Y me dediqué a seguir una pista tan roja como la capa de un cardenal. El reguero terminaba justo en el palacio de Medina Sidonia. Y volví sobre mis pasos. Pensando que hay gritos en Sevilla que ahogan otros que a mí, personalmente, no me interesa que suenen como trompetas en el Corpus. El problema era que aquellos dos pencos con sus centellas, como les llamaban a las espadas los hampones, trabajaban para Bonaventura. ¿Por qué los había lanzado contra mí? ¿Qué quería ahora? ¿Acaso no me había robado a Ibulorena y el catalán había aparecido muerto? ¿Qué guerra me declaraba este miserable, en nombre de qué y de quién…?

SON LOS CELOS

Las preguntas cuanto antes tengan respuestas más camino le comen a la intranquilidad y al desasosiego. Es verdad que muchas de ellas no las tienen y hay que echar mano de la fe para entenderlas. Por ejemplo, nunca entendí, por más que me lo explicaran sesudos clérigos, lo del fuego en el infierno y lo de las almas en pena. Con la de trabajos y penas que pasamos ya en el infierno de la vida. Como tampoco entraba en mi cabeza el empeño político de Cataluña de no darles cobijo en las casas de los naturales a los soldados napolitanos que fueron hasta el principado para defenderlos de Richelieu y sus ejércitos. Así que ni las almas en pena ni la aversión catalana a estar obligados a la igualdad de obligaciones que el resto de otros reinos tenían respuestas inmediatas para mí. Aunque sí efectos parecidos. Porque estando la fe por medio de estas cosas siempre se concluye en lo mismo: la emoción se antepone a la razón. Pero las preguntas que tienen respuestas ciertas cuanto antes las manejemos mejor será para nuestra tranquilidad y sosiego. A veces estas respuestas saltan donde menos lo esperas. Eso mismo me ocurrió en San Lorenzo, hasta donde me llevó mi señora para expresarme su dolor por la muerte de Negra Flor. Me recibió sin señal de luto. Más bien emperifollada para un fin de fiesta alegre y gustoso, para celebrar más la vida que la muerte.

He de significar que doña Isabel, queriendo darme lustre, quiso recogerme en San Roque en uno de sus coches. Me negué con cortesía. Y agradecido quedé en el alma. Pero no era razón que un negro de pocas camisas y menos calzas saliera como un señor del barrio de los morenos. Y menos aún con la voz de Negra Flor zumbándome en los oídos, tan acostumbrados como me los tuvo a escuchar pocas lisonjas sobre aquella dama tan pálida y murmuradora. Llegué, como iba siempre a todos

lados, sin galas de caballerizas, a lomos de aquella mula que me recordaba, haciéndome reír, el caballo que le dieron al Buscón don Pablos para ir a la escuela: «… un caballo hético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias…». Así llegué a San Lorenzo, no mucho mejor que si me enviaran a la piedra y al rollo, para escuchar el pésame de mi señora. Doña Isabel, que nunca tuvo con mi madre ni un no ni un sí, atendió a mi pérdida no sé si con sinceridad o teatro. Pero sí con suma cortesía:

—Lo siento mucho, Domingo. Perder a una madre siempre causa un dolor insoportable. Y te deja una sensación extraña en el cuerpo y en el alma. ¿Me dejas que te abrace?

—Señora…

Y me abrazó con más alegría que dolor, con más carne que huesos, con más pasión que compasión.

—Señora…

—Dime lo que necesitas y te lo daré al instante. Sin demoras. Sin esperas.

—Señora…

Y continuó abrazándome con más calor que respeto, con más intimidad que distancia, con más ardor que dolor… Cuando vio que mis ojos no se encendían y entre mis calzas no se inflamaba el deseo, cambió de estrategia para ablandar mi resistencia, pasando a hablarme de Ibukun.

—Desde que tu madre dejó de venir por la casa, la niña está caprichosa y llorona. Como si echara en falta algo.

—¿Puedo verla?

—Claro. Eres su padre y deberías verla con tanto disimulo como frecuencia. Los padres se hacen con el roce, como el cariño.

—Usted y yo, señora, más que rozarnos, nos atravesamos como puñalada de pícaro…

Y rompió a reír con mi ocurrencia. La madre cogió a la niña de la cuna, la elevó sobre sus brazos y la puso delante de mi rostro, como si yo fuera un altar con su crucificado y la pequeña el cáliz de mi sangre.

—¿La ves? Hasta hace un momento lloraba y no por echar dientes. Lo hacía porque le faltaba algo que no sé discernir.

¿Será el color?

—Lo desconozco, señora. Tal vez sea eso. Tal vez sea que le gusten los brazos de su madre y los requiera.

—Prueba a decirle algo en esa jeringonza con la que tu madre le hablaba.

—¿En yoruba?

—O como le digáis a ese desenfreno de sonidos que solo sabéis entender los negros. Y quizás los vizcaínos. Que también abusan de los cañonazos en su lengua.

—*Iewa!!*

—¿Qué le has dicho?

—Bonita…

—¿Te has fijado, Domingo, cómo Ibukun ha reaccionado con una sonrisita?

—Me he fijado.

—¿Entonces…?

—Entonces no es una enajenación pensar que echa de menos a su abuela.

—Debes venir más a menudo por casa. A tu madre le gustaría que la niña aprendiera su vieja lengua.

—¿La jeringonza, señora? —le respondí irónico.

—Era una forma de hablar, Domingo. Sin hiel alguna.

—Tampoco mucha miel, Isabel.

—Me sobra en mis labios. Y no te disgusta.

Aproveché la oportunidad que me brindaba. Tomé a la niña en mis brazos y la chiquita hablaba por sus manos y me dediqué a decirle palabras en yoruba que, sin duda, por su musicalidad, le recordarían el cariño que entre sus brazos y su pecho le regaló Negra Flor. Le dije palabras para los números, para los colores, para las plantas, para los pájaros. Y se quedó confortablemente dormida en mis brazos. La coloqué en su cuna, donde advertí que seguían el broche de Eleguá y la medalla de la Virgen de los Ángeles que le regaló mi madre nada más conocerla. E invoqué a los labios de doña Isabel si tenía respuesta para una inquietud.

—Hace unas noches, señora, cuando me dirigía a refrescar la calor a la Alameda, entre la calle Feria y San Martín, me atajaron el paso dos bravos con las centellas desenfundadas.

—¿Qué me dices, Domingo? Sevilla está imposible. La carestía y la falta de alimentos han dejado suelto por la calle el animal de la violencia.

—Siempre la he conocido así, señora. Con muchos bichos sueltos y muy violenta.

—¿Le diste el dinero que seguramente te pidieron?

—¿A un negro de San Roque le van a pedir dinero dos bellacos con acero en las manos?

—Entonces me pierdo.

—Pues he venido a que me encuentres. Verá, señora. Le hice frente a los dos. A uno le malogré su mano. Al otro le descalabré la pierna. Sangraban. Y para saber de dónde eran y a qué casa defendían, los seguí calmo y con atención, tras el rastro de sangre que dejaban.

—¿Hasta dónde te llevó?

—Hasta la casa de Medina Sidonia, donde vive Bonaventura y ese Lucas Fajardo que de tantos pleitos ha sacado al aristócrata.

—¿Ha pleiteado Bonaventura por celos con Ibulorena?

—Le repito que esa huerta no la piso ni la riego. No es mía.

—¿Entonces?

—Entonces he pensado que quizás tengas una buena explicación. Te hago la pregunta en el sentido contrario al que tú me la has hecho, señora.

—Dime.

—¿Has tenido algún desencuentro con el As de Diamante? No sé. ¿Le has rebajado las prerrogativas que le concediste antes de tu ruptura conmigo? ¿Le has recortado los servicios que prestaba a tus intereses? ¿Creyó, quizás, que también podría calentar tu cama como dice que Ibulorena le calienta ahora la suya? Piensa, por favor. Es importante.

Doña Isabel comprobó que Ibukun había quedado dormida en su cuna, con un rayo de sol iluminando su sueño, que no dejaba de gozar como expresaba las inconscientes sonrisas de la pequeña. Luego me agarró por la cabeza, fuertemente, como si estuviera en un cepo. Y comenzó a besarme y a castigarme con la dulce música de sus costumbres amorosas. Me mordió los labios, casi los devoró, hasta hacerlos, otra vez, sangrar.

—Necesito una respuesta, señora.

—Y yo te necesito a ti.

—Es cuestión de vida o…

—¿O qué, Domingo? Es cuestión de que tu señora te dé las respuestas que deseas. Pero antes desea que tú les des respuestas a sus deseos insatisfechos.

Y fueron dos horas de absoluto desenfreno. De acometidas y retiradas, de enfrentamientos y deserciones, de respirar y ahogarse en aquel encuentro entre dos sexos tan hambrientos como la calle. Cuando salimos victoriosos, en satisfacciones, de aquella Breda de tálamo revuelto, dintel alto y de sedas claras, con serenidad de filósofo escolástico, me dijo:

—Bonaventura es menos que nada. Creía que jugaba mejor que yo a las damas. Pero lo utilicé y yo no me dejé utilizar. ¿Acaso veías aprovechable para mis intereses que unieran mi fama a la de la casa de un duque desleal?

—Entonces me atacaron sus hombres por…

—Celos. Son los celos los que encienden siempre la mecha de sus pistoletes. Y luego dispara a dar. Creyó que también caería en sus brazos y en sus catres, como los de esa esclava que te esclavizó. Y le dije que por ese camino no llegaría a ningún sitio. Que en mi casa y en mi cama mando yo. Y no entran ni bellacos, ni malandros.

—Por eso entonces…

—Por eso entonces te mando picar, te mandó matar. Tienes que cuidarte, Domingo. Lo intentará otra vez. Puedo darte protección con algunos de mis negros de servicio. Algunos manejan el hacha con mucha propiedad. Los cerdos saben de lo que hablo…

—Buen cerdo es Bonaventura para probar la pericia de esas hachas negras… Pero te lo agradezco. En San Roque, aunque con poca frecuencia, también tenemos negros que saben rajar cochinos.

—¿Te vas ya?

—Regreso a casa. Tengo la respuesta que buscaba.

—¿No te apetece subir otra vez al cielo?

Y me besó la espalda, me acarició las ingles y un deseo absoluto ajeno al dominio de la voluntad me obligó a poseerla,

pero esta vez por el ojo que no tiene niña, con ensalada de aceite y cremas para su goce que, visto cómo fue, la convirtió en ángel del cielo caído en el pecado más retrasado y prohibido…

ADORADORES DE HUMO

Dijo el poeta que Sevilla es Roma triunfante en ánimo y grandeza. Cervantes nos conoció bien. Aunque pasó su tiempo en la madrastra, en la Cárcel Real, donde con la única mano buena que le dejó Lepanto escribió parte de ese libro universal que es *Don Quijote de la Mancha*, también tuvo tiempo para conocernos. Sin necesidad de túmulo al rey Felipe II, yo también creo que esta ciudad es victoriosa en ánimo y grandeza, y que le faltan para ser la Roma de los césares muy pocas cosas. Como a aquella capital del mundo que fue la ciudad italiana, a la que hemos saqueado imitando sus mejores jornadas militares, nos apasiona la sangre, el humo y el exterminio. Nos damos golpes de pecho cuando los luteranos queman nuestras Biblias. Pero nos reímos como romanos en el circo cuando pillamos a esos bárbaros y los condenamos al fuego. Los luteranos, hago constar, también hacen lo mismo con nosotros. Debe ser eso que llaman condición humana. Somos adoradores de humo. Como los romanos lo fueron de incendiar ciudades, quemar rebeldes y asar cristianos. Parece que no avanzamos mucho en esto de las luminarias humanas. Y las hogueras sevillanas no tienen mucho que envidiar a las que Diocleciano decretó con cruces donde convertía en bujías a los cristianos.

Así mismo le dije al judío Elías Benasayag cuando me decidí a ir a verlo. Cumplida la retórica del pésame, que en su boca sonó muy sentido y apenado, como chirimías de entierro, hablamos del pobre infeliz condenado recientemente por sus pasquines en una iglesia de la ciudad. Judío como Elías, compartían nación, raza y, quiero pensar, que en absoluto religión. A no ser que Elías, tan sabio, tan prudente, tan medido, también le hiciera ascos al olor del tocino y lo llevara en silencio. Como acostumbraba su esclava, Ibulorena, todo un

canto a la simulación religiosa. O a su complementariedad, que aún no sé discernir con luces suficiente ese estado espiritual donde en tu templo caben tus dioses de nación y los de imposición. Empezaba a sentirme en estos asuntos tan obsesionado como algunos clérigos cercanos a la Santa. En cuanto a mí, la religión, las religiones, las respeté siempre que me respetaron, tratando de no restarle mandamientos a ninguna y ser respetuoso con los dioses de los creyentes. En eso Sevilla no se pareció a la Roma imperial. Aquí no podías confundir a Moisés con Cristo, ni a Cristo con Mahoma, pese a compartir libros muy similares. Tan solo los hampones, los canallas que hablaban la germanía, le guiñaban un ojo de complicidad a los mahometanos, llamando con sus latines *aetatem mahomemetican* al juego de naipes, por las cuarenta y ocho cartas de la baraja, los mismos años con los que murió el profeta de la Arabia feliz.

Elías dejó sus trabajos de farmacopea y me invitó a sentarme. Lamentó que Ibulorena estuviera en ese momento ausente, porque era día de calor y sus granizados de frutas eran tan buenos como las medicinas que preparaba. Los unos refrigeraban los cuerpos. Las otras los sanaban de calenturas indeseables. Le dije que no tenía importancia. Que un buen vaso de agua de aquel pozo tan saludable que tenía en su patio me valdría y me confortaría.

—Está bien fresca y dulce, Elías. Limpia como el agua bendita —le dije guiñándole un ojo.

—Es buena, Domingo. Bébela.

—Lo que habría dado ese infeliz que acusaron de hereje por celebrar la ley de Moisés por un sorbo, tan solo un sorbo, de esta agua, durante su tortura…

—Cuatro días con sus noches con la sed física y la moral, Domingo. Porque el pueblo, con sus fobias más afiladas, lo humilló lanzándole lo más podrido de sus huertas.

—Lo vi, con estos ojos, Elías…

—Yo no fui a verlo. Me moví en sombras para dulcificar su situación. Lo salvamos de la hoguera con el arrepentimiento y las confesiones que hizo de sus herejías. Pero de las galeras solo lo sacará su muerte.

—No parece el siglo bueno para negros, moriscos y judíos.

—No lo parece, no lo es. No te negaré que, en más de una ocasión, he pensado marchar de Sevilla, a la nueva Portugal o a Holanda. Donde se aprieta menos.

—Pero tú estás bien protegido.

—Yo soy cristiano nuevo. Y eso solo se defiende alcanzando influencias en las más altas jerarquías.

—Es cierto, Elías. Pero hasta las más altas jerarquías que os ampararon parecen estar ahora en declive.

—¿Te refieres al conde-duque?

—En él pienso.

Elías creyó prudente cambiar la conversación. Darle un giro al hilo de los últimos rumores que circulaban por Sevilla.

—Hasta esa inquietud compartimos, Domingo Congo. Yo por la inseguridad de los tiempos para los que no somos cristianos viejos. Tú por la de un genovés que el otro día te atacó con espadas de pago cerca de la Alameda.

—Fueron dos rufos, Elías.

—Dos camorristas, Domingo, al servicio del patrón de la pendencia sevillana, el hombre del duque desleal.

—No corren tiempos seguros, Elías.

—Solo corren los corchetes tras los bellacos y los recaudadores por el dinero de los que no tienen ni para pan. Y siempre nos alcanzan. Hasta los galgos parecen cojos.

—¿Puedo saber por qué ese hombre ha vuelto a declararte la guerra?

—Me cuentan que por celos, Elías.

—¿Por celos?

—También caí asombrado como tú cuando me lo revelaron.

—¿Se puede saber quién es el objeto de sus celos?

Una aparición evitó tenerle que mentir y no revelar mi relación con doña Isabel, un secreto absoluto. En todo su esplendor, con sus pulseras de cristal, sus collares y pañuelos amarillos, atravesó la puerta Ibulorena. Sus ojos se clavaron en los míos. Me asaltaron besos, abrazos y caricias en torbellino de recuerdos. Y fui completamente consciente de que no mandaba en mi persona, que no tenía jurisdicción sobre mi voluntad. Elías captó esa inasible turbación que se da entre dos

personas a las que el amor, en vez de unirlos, separó. Terció el judío con su prudente habilidad:

—Hablábamos de ti, Ibulorena. Hace el día indicado para que nos prepare un buen granizado de frutas.

—Me aplico al instante.

—Qué se oye por las calles, jolofa —le pregunté.

—Ruidos que te molestarán la vida, alguacil.

—¿Puedo saber qué clase de ruidos?

—¿Por qué preguntas lo que ya sabes y has vivido?

—Si te refieres a los dos rufos que me atacaron, más que ruidos fueron marchas fúnebres. Casi los mato.

—Irán a por ti otra vez. Y dice la calle que se cobrarán la sangre.

—Palabras de bravote, Ibulorena.

—Palabras que deberías tener en cuenta, alguacil.

—No temo por mi vida. Temía por la de Negra Flor. Esa vida era la que más me importaba y la que estaba seguro de que el As de Diamante se cobraría para matarme. Pero el cielo se la llevó. También esa mano se la he ganado a los fulleros, sin necesidad de florearles el naipe…

—Más bravos están…

—Antes me protegías —le dije con una sonrisa en la cara.

—Antes no es hoy…

Decidí cambiar la conversación. Toda vez que Ibulorena me había desterrado de sus pensamientos y obras sin posibilidad de rescatar tiempos pasados. Yo que tanto la amé quedé en sambenito de su condena, de su despecho.

—Tomé os da las gracias por las medicinas. Me dijo que os vería pronto —les comuniqué a ambos.

—¿Se ha curado? —preguntó felizmente sorprendido Elías.

—Completamente. Nadie podrá decir que el viejo Tomé es impuro. En estos días lo espero en San Roque. Se quedará en casa hasta que la Hermandad de los Negros le encuentre un lugar adecuado a su condición.

—Me alegra escuchar eso —dijo Ibulorena.

—Esa alegría, Ibulorena, nació de la industria de tu sabiduría —apostilló el judío.

—Solo hice lo que los médicos de mi aldea hacían en África

para curar ese mal. No tiene mucho mérito.

—Lo tiene. Lo malo es que el mérito se lo llevarán los frailes que lo cuidaban, dejando en manos de sus oraciones lo que solo se cura con medicinas —comentó Elías con cierta frustración científica.

—Lo importante es que se ha curado. No hay mucho más que hablar. Bueno, me gustaría saber si te dijo algo más, Domingo.

—Lo mismo que tú. Que iban a pasarme cosas. Y ya ves que la más importante de las cosas que me podría pasar fue perder a mi madre.

—No te confíes, Domingo Congo —me dijo preocupado Elías.

E Ibulorena, sin atisbo de dolor y solo alertando mi prevención, insistió:

—Ni salgas solo a la calle. Porque te buscarán en bigornio, en pandilla de valentones, y esta vez no irán con canguelo. Te tomarán por cerdo y te felicitarán por ser llegado tu día, el de San Martín, con cuchilladas de matarifes…

El regreso de Tomé

El día sin pleito hace a la noche soñolienta y las preocupaciones son los tronos donde se sienta el desasosiego. Tantas advertencias sobre mi seguridad consiguieron instalarme en un sinvivir que traté de disimular. Las palabras de un sabio como Elías y de una mujer fuerte y astuta como Ibulorena me pusieron en guardia. Pero también me hicieron sentir tan inseguro como un galeón en mitad de una tormenta. La soledad da de comer a muchos fantasmas. Tan fantásticos como reales. Y entre ellos siempre se oye arrastrando las cadenas al espectro del miedo. Pasé noches en blanco, pese a la oscuridad de mi piel, que tan blanqueado me dejaban que hubiese pasado cualquier examen exigente sobre pureza de sangre. Y un sonido por determinar en la casa, de ratones, de gatos, de maderas quejándose o de aire silbando y escalando por la ventana me sobresaltaba. No hubo noche en que no me asomara al huerto o mirara al tejado, de tan seguro como andaba de que, por entre las tejas, se moviera un ventoso, que en la germanía de los negros y los blancos arrufianados significa el ladrón que hurta por las ventanas para hacer su industria.

De esas preocupaciones me sacó el retorno de Tomé. Lo esperaba, pero no aquel día. Aporreó la puerta y me sobresalté. ¿Quién llamaba tan recio a la casa del alguacil? ¿Me enviaba avisos el recadero del As de Diamante? La abrí con cuidado, mirando previamente por algunas rendijas, para que la sorpresa no me convirtiera en sorprendido. Respiré a fondo cuando vi que más que una amenaza, frente a la puerta tenía una salvación. Con una amplia y blanca sonrisa me dio el *Deo gratias*, el saludo habitual. Aunque yo le contesté en yoruba. Y lo abracé dándole los buenos días.

—*E Kaaro!!*

No traía ni zurrones ni morrales. Estaba desnudo de propiedades, luciendo tan solo el patrimonio de su persona. Todas sus pertenecías eran él. Y Lázaro, el perro que lo sabía todo.

—Creí que lo ibas a dejar en el lazareto, Tomé.

—¿Te molesta aquí?

—En absoluto. Y menos ahora que necesito saber tantas cosas que puedan poner en peligro mi vida.

—Han pasado cosas, ¿verdad? Te lo advertí.

—Algunas, Tomé.

—Y van a pasar más. Por eso es bueno que Lázaro siga con nosotros. Se entera de todo —me dijo dejando en las estrecheces de la casa una sonora carcajada, feliz y sincera.

Mientras le preparaba un trozo de queso, aceitunas y pan, con un vaso de vino tinto, lo escuché con atención. Sabedor siempre de que Tomé te dice las cosas sin decirlas…

—Domingo, me entero de que sigues siendo hábil con la centella…

—Falta me hace, Tomé. Gracias al acero sigo entero.

—Lo sabe toda Sevilla. Lo comentan como si hubieras triunfado en Flandes peleando con los tercios. Pusiste en fuga a dos rufos…

—Que me había enviado Bonaventura…

Tomé asintió con la cabeza, dando a entender que lo comprendía todo, sin que le provocará la más mínima sorpresa. Y fue cuando, inopinadamente, como el que pasa de la solana a la sombra, me preguntó:

—¿Qué pasó con la orza del catalán?

—Nadie sabe nada.

—¿Imaginas que no haya existido nunca? —preguntó para mi desconcierto.

—Vieron a dos negros trabajando con ella en el cementerio de San Bernardo.

—¿Lo viste tú o te lo dijeron? Y el que te lo dijo ¿tiene tu absoluta confianza? A veces damos por cierto algo que quieren hacer pasar por lo que no es…

—Casimiro es de mi confianza. Y fue él quien me dijo lo de los negros.

—Ahhhh, bueno. Casimiro. El ciego que ve. El hombre que sirve al señor que le da de comer y al hermano de sangre. Chivato con dos puertas difícil es de guardar, Domingo Congo.

Me quedé pensativo y desconcertado. Nunca reparé en que todo aquello fuera una invención, una enorme mentira con fines desconocidos. Una descomunal y brutal fantasía para tapar algo que nunca me planteé. Arrastré un banquillo y me senté cerca del viejo alguacil, observando que comía y bebía con felicidad.

—Entiendo, entonces, que tú crees que esa orza existe y que anda por ahí perdida o escondida —me dijo el viejo.

—Eso creo, Tomé. Al catalán, cuando lo mataron, no se le encontró nada. Y aquel negro borrachín al que le arranqué confesión y su propia vida me habló de un catalán y de la orza antes de expirar.

—Para ser más concreto ¿qué fue lo que te dijo?

—La orza del catalán…

—¿Eso fue todo?

—Sí, eso fue todo. Y lo vi tan evidente entonces…

—Ahora ya no lo ves tan evidente. Ya no estás tan seguro… ¿Sabes o sospechas quién lo pudo matar?

—Puede que alguno de los agentes del rey, uno de los muchos espías que enviaron a Sevilla para saber de los movimientos de mi antiguo señor.

—Todos los espías estaban en la corte y en Lisboa, que es donde se cocía el puchero. No comparto tus sospechas, Domingo.

—Dime entonces quién crees tú que tiene la orza. ¿Dos negros salteadores de tumbas como creyó Bonaventura?

Se tomó su tiempo, trillando con la cabeza el grano de la idea que alimentara un camino, el mejor camino, para no decirme nada pero insinuarlo todo. Miró a Lázaro, le arrojó un pellizco de pan y me dijo:

—Si alguien sabe en Sevilla si esa orza existe nos lo dirá el perro…

Aquella noche la recuerdo libre de fantasmas y de cadenas arrastradas por mi imaginación. Ausente de pleitos y repletas de alegrías, no obstante, la respuesta de Tomé me impidió

dormir y por vez primera en todo aquel endiablado asunto, me planteé la posibilidad de que la orza fuera un invento, una mascarada que tantas vidas había costado en mi comunidad.

—Disculpa, Domingo. ¿Tampoco sabemos por qué razón se fue el catalán tan presto?

CAPÍTULO IX
REZAR LAS LAUDES

LÁZARO EN SU FINIBUSTERRE

El hábito no hace al monje. Pero sí lo obliga a parecerlo. En algunas reuniones de la birlesca, como la germanía denomina a la junta de ladrones, se tiene en alta estima a los del gremio que se visten con el saco pardo, se dejan las barbas largas, lucen en una mano cruz de madera y en la otra atolondran la noche con una campanilla, para hacer de la oscuridad y del miedo de los vecinos el filón ganancial de su industria. Engañan de esta guisa al desavisado, tan tierno de entendimiento, que da limosnas de corazón al que no lo tiene para las ánimas del purgatorio. Por las calles salmodian siempre la misma canción: «Acordaos de la muerte y haced bien para las ánimas del purgatorio» y, como Sevilla es el mismísimo infierno, sus vecinos, como trucha que ve mosca en el agua, pica el anzuelo por no dar con los huesos en tan incómoda posada eterna. El desalmado que dejó a Lázaro, el perro de Tomé, colgado del mismo árbol donde aparecieron los dos primeros negros asesinados por el genovés durante la riada, nunca reuniría dinero suficiente no para salvar su alma, perdida ya por haber asesinado antes a otros perros de su misma calaña, sino para escapar de la venganza del negro Tomé. Un perro solo es un perro. En Sevilla, donde el hambre no encuentra olla llena donde curarse de su vacío y convierte en vigilia los días de muchos de sus vecinos, los hay que los cazan, despellejan y asan, convirtiendo la jornada en banquete de bodas. Un perro es solo un perro. Un animal más que trata de ganarse el día de su existencia sorteando peligros y amenazas. Igual que los sevillanos que, de ser comidos, lo son por los piojos y las deudas, de tal forma que llevan una vida de perros… Pero Lázaro era otra cosa.

Entre el viejo alguacil y su perro se había trabado una profunda complicidad. Fue su compañía diaria durante el

tiempo que estuvo en el lazareto. Y quiero imaginar que, en las largas horas de espera e incertidumbre de su enfermedad, donde la lepra buscaba el hueso que a la carne le había restado, encontró en el perro el calor que ningún humano le daba por su condición y por tan mala salud. Mis visitas, creo, fueron las únicas que le recordó la vida que había dejado atrás en San Roque y que, aunque apartado y escondido, por ser hijo de las tablillas de San Lázaro, él seguía perteneciendo al género humano. La noticia de lo que habían hecho con Lázaro lo conmovió. Nunca lo había visto antes así, disimulando tanto quebranto. Incluso en el trance más duro de su enfermedad jamás dejó de tratarse con la entereza, el buen humor y la chanza, convirtiendo al perro en el cómplice de sus secretos. Cada vez que me interesaba por su forma de enterarse de lo que pasaba en Sevilla, tanto en las chozas de los muladares como en las alcobas palaciegas, solía contestarme lo mismo: Lázaro se lo cantaba todo. Lázaro lo sabía todo. Juro que me exasperaba, me irritaba tanto secretismo. Sobre todo, cuando en los momentos más duros del chantaje de Bonaventura, yo temía por las vidas de mi Negra Flor y de Ibulorena y necesitaba saber lo que el perro callaba. Cuando alguien del barrio le comentó que había visto a Lázaro colgado del cuello de aquel árbol para ahorcados, juraría haberle descubierto los ojos aguados, pero no sé decirlo a ciencia cierta. Solo sé que, sin mirarme, me dijo que lo acompañara a recoger al perro y, no mediando palabra, nos montamos en la mula y recogimos al animal para enterrarlo. Durante el camino apenas si hablamos. Yo silbaba como siempre. Hasta que dejé de hacerlo porque pudiera molestar al viejo. Tomé aprovechó el descanso del concierto de flauta y me dijo:

—Me están avisando, Domingo Congo.

—¿Quién, Tomé?

—Los mismos que te esperan a ti para acaballarte.

—Aquí se matan perros, gatos y hasta ratas para sobornar el hambre todos los días. Y hay gardillos, zagales, que se entretienen ahorcando animales. Son cosas de niños, Tomé. Sosiégate.

—Esos niños que tú dices usan centellas vizcaínas y

embozos de criminales. Estamos avisados. Los dos. Los dos alguaciles. Te dije que iban a pasar cosas, pero esto nunca lo había previsto…

Tomamos el camino de los caños de Carmona para buscarle un lugar adecuado, a resguardo de ratas y carroñeros. Y lo enterramos. Cubrió su cuerpo con piedras y, colocando la última, le dijo en su lengua africana:

—*O dabo ore!* —para decirle adiós a su amigo.

Es verdad que el hábito no hace al monje. Y que muchos en esta ciudad lo usan para vivir de las ventajas conventuales de la rufianesca. Pero el que jamás lo utilizó en vano fue Tomé. Quien llegando a San Roque y tras haber masticado su pena con el pan agrio de la venganza, me dijo firme, guapo y sereno:

—¿Te quedan huevos o los has gastado todos en las mujeres que galanteas?

—¿Por qué me dices eso ahora, Tomé?

—Porque vamos a ir a por ellos, vamos a darle trabajo al plantador, al sepulturero. Quedan muchos perros que enterrar en Sevilla…

De lobos y mastines

A carne de lobo, diente de mastín. Eso dice la gente cuando el peligro es grave y acechante. A Tomé le vi fundir en su alma ambos animales: era lobo y mastín. Era un toro con ganas de pelea. Pero ¿a quién? ¿A quién quería embestir? ¿Por qué tenía tan claro que los sicarios de Bonaventura le habían enviado un mensaje ahorcando a Lázaro? Le gané tiempo donde no había más que horas para la venganza. Y me encontré en su esquina con Casimiro. El ciego que veía. El siervo con dos amos. El chocolate claro. El hombre que me aseguró que la orza del catalán se la llevaron dos salteadores de tumbas del cementerio de San Bernardo. Le entré suave.

—*Deo gratias,* Casimiro.

—Buenos días te dé Dios, Domingo Congo.

—Vengo a preguntarte algo.

—Para eso sirvo, alguacil.

—Sirves a dos señores. Y espero que a mí, a tu sangre, no me engañes.

—Soy buen medidor, alguacil. Sé hasta dónde llega tu geografía y dónde empieza la de Bonaventura. No hay problemas con las lindes.

—Eso deseo, Casimiro. Dime una cosa.

—Si la sé te la digo. ¿Qué quieres saber?

—A Tomé el Guineo le ahorcaron hace unos días el perro. Anda queriendo organizar una escabechina para vengarlo.

—¿Por un perro?

—Por un buen amigo. Dime, ¿sabes quién lo ahorcó?

—Si te lo digo tengo problemas de lindes. Me meto en tierras que no son tuyas. Comprendes, ¿verdad?

—Comprendo, Casimiro. Con eso está dicho lo que quería saber.

Le di unos cobres en agradecimiento y despedida. Pero antes

me advirtió:

—Domingo Congo, los blancos siempre ganan las guerras contra los negros… Hasta cuando porfían por cuestiones de cofradías.

—Va siendo hora ya de que eso cambie, Casimiro.

Estaba la ciudad revuelta porque, desde Cataluña, habían llegado novecientos soldados napolitanos camino de Badajoz. Iban a la raya de Portugal. Pero llegaron tan abandonados y hambrientos que el padre Rafael Pereira, de la Compañía, los describió como «todos oliendo peor que a muertos, desnudos, sin camisa, ni zapatos; y cubiertos no de ropa, sino de sarna y hechos una cochambre; comían el bacalao como si fueran perdices». Esta famélica legión pronto comenzó a multiplicar desmanes, atropellos y robos en los alrededores de la ciudad. Y me recordó que Bonaventura elegía siempre los días de revolución, los estados de alarma, ya fuera por culpa de arriadas o de sucesos locales, para emprender sus guerras y confundirlas y ocultarlas en el ruido general. Así se lo dije a Tomé cuando llegué a casa.

—Van a pasar cosas, Tomé. Pero esta vez las vamos a iniciar nosotros.

—Me gusta verte tan decidido. ¿Puedo saber la razón?

—A Lázaro lo ahorcaron los sicarios de Bonaventura. La razón no la sé. Pero sí sé que fueron ellos.

—Algún día morirás de prudente, Domingo Congo. Y la prudencia hay veces que es más dañina que la locura. Yo sabía que habían sido ellos. También me lo había dicho Lázaro… colgando de ese puto árbol de San Roque donde dejaron a los dos primeros negros que asesinó Bonaventura. ¿Puede un mensaje ser más claro?

El Guineo se tomó un tiempo para rumiar algo. Y aproveché para decirle lo del ejército de Nápoles y los disturbios que estaban organizando en los alrededores de la ciudad. Tomé me miró con los ojos iluminados. Y mientras se congratulaba de su suerte, con una sonrisa llena de maldad, me dijo:

—Busca tres o cuatro hombres. De los de verdad. Bravos y fajaos. Que ya va siendo hora de que a la carne del lobo le enseñemos el diente del mastín…

Soldados de Nápoles (I)

Hasta la muerte, pie fuerte. Y Tomé pisó con la determinación que en él era habitual. Hasta la muerte si era necesario. Todo o nada. Montó un plan de ataque silencioso, efectivo y sorprendente. Me hizo buscar por la Puerta de Carmona, por el Arenal y Triana, lugares comunes a los negros, los hombres que necesitaba, bravos y fríos, de pinchos largos y lengua corta. Me hizo estudiar los movimientos de las rondas y de las guardias en las puertas. Sin pasar por alto el retén de soldados que el asistente había colocado en las casas de Cabildo por si los napolitanos osaban llevar sus rapiñas al corazón de la ciudad. Quería manejar todos los datos sobre el despliegue de fuerzas que la autoridad había planteado para defender a Sevilla de un ejército de hambrientos y moribundos, de desesperados fantasmas que intimidaban más por su estado que por su ferocidad. Luego me propuso, con esas luces que el ingenio enciende cuando la venganza las reclama, llegarme hasta el hospital del Amor de Dios, donde los soldados olvidados por el rey y por el conde-duque caían como chinches vencidos por ese ejército despiadado y cruel que integran los tercios del hambre y los batallones de la necesidad. Los desgraciados que aún se sostenían sobre sus descalzos pies, los aludidos por el padre Rafael Pereira de la Compañía como peor que muertos y que comían el bacalao como si fueran perdices, fueron ubicados en el barrio de San Telmo. Lo que no me cuadraba en absoluto de las peticiones de Tomé fue lo de ir al hospital del Amor de Dios. Y le pregunté:

—Una vez allí qué hago, Tomé.

—¿No lo intuyes, alguacil?

—Tengo inocente la picardía. Lo reconozco.

—Llévate algo de plata, acaricias la mano del sepulturero con los reales y le compras un par de muertos napolitanos, a

ser posible con la poca ropa militar que lleven encima.

Me quedé horro de conocimiento, carente de luces para interpretar su encargo.

—Tienes cara de bobo, Domingo Congo. Te lo repito: compras los cadáveres al sepulturero, los metes en un carro y los disimulas lo mejor que sepas, como aquella vez que le dejaste a Bonaventura en su casa un carro de carbón tapando los negros que le sacrificaste. Eso es lo que quiero.

—Entiendo. Quieres dejarle unos presentes napolitanos a Bonaventura…

No me tomó en cuenta. Y fastidiado porque se le había olvidado algo que creía indispensable, chasqueó su lengua y me apuró:

—¡Ah, Domingo, busca sangre! Mucha sangre. Que la necesitaremos…

—Tomé, no entiendo nada.

—Es una cuestión de tiempo. Lo entenderás muy pronto.

—¿Dónde piensas encontrarte con los rufianes de Bonaventura?

—De eso te encargarás tú.

—¿Cómo, cuándo?

—Provocándolo.

—¿Provocándolo? —le respondí.

—Me dijiste que, pese a tus galanteos, aún tenías huevos para una empresa como esta. ¿Cierto?

—Cierto.

—Pues cuando yo te diga te irás en su busca, a su casa, aprovechando la oscuridad y evitando las rondas.

—¿Y entonces?

—Le dirás que lo esperas en el lugar que te indicaré, para vengar la muerte del mejor amigo de tu mejor consejero.

—No irá. Es muy cruel. Pero igual de ladino.

—Lo sé. Pero mandará a sus lacayos, a sus sicarios. Y ahí mismo los dejaremos sin cabezas.

—¿Y la sangre, los soldados muertos napolitanos…?

—Hazme caso. Hasta la muerte, pie fuerte…

Soldados de Nápoles (II)

Todo se hizo según el plan trazado por Tomé el Guineo. Todo se hizo en nombre de Lázaro. Todo se hizo por un buen amigo. Y todo me pareció una locura. Recordé las palabras de Casimiro, que me avivó la memoria conmemorando que ninguna guerra contra los blancos la ganó jamás un negro. Pero por los amigos, por la sangre, los principios te obligaban a encabezar locuras como aquella. Hay un momento que, en verdad, a la carne de lobo había que enseñarle el diente del mastín. Y mientras en el matadero me hacía con una pequeña tina de sangre de cordero y alquilaba un carro para esconder a los dos soldados napolitanos, me acordé de Ibulorena. Y creí conveniente hacerle llegar a Elías Benasayag lo que iba a pasar y que, por lo que más quisiera en el mundo, le prohibiera salir la noche de nuestro asalto fuera de la casa. Quién sabe si con Ibulorena en manos de Bonaventura, todo lo planeado se viniera abajo. El mismo día en que me hice con la tina de sangre, con el carro alquilado y los dos muertos del hospital del Amor de Dios, designó Tomé esperar a la noche para ir a enseñar los dientes y el acero. Me alargué a casa del judío y le di el recado. Se lo rogué encarecidamente. Y le dije que no dejara salir a Ibulorena de la casa. Que los soldados napolitanos estaban cometiendo pillajes y violaciones sin reparar en nada, que igualmente se cuidara y no pisara la judería, por muchas rondas y corchetes que viera tratando de infundir seguridad a los vecinos. De vuelta a San Roque, Tomé me envió al infierno:

—Te toca, Domingo. Ve a buscar a Bonaventura y escúpele a la cara. Los motivos te sobran. Luego le dices que lo esperas en la calle del Cementerio, tan cercana al palacio de su amo y al hospital del Amor de Dios.

—*Olorum ran wa Iowo* —le desee a Tomé. Él me lo dijo en

castellano de San Roque:

—Dios nos ampare.

Llamé recio a la puerta del palacio del duque. Salió un esclavo y le di traza de lo que quería. Me hizo esperar y, al tanto, salió Bonaventura, con la boca caliente y sin saludar:

—Una pena que hayas venido hoy porque Ibulorena no está. Y no podrás verme la calidad con la que la amo.

—Ese es asunto tuyo. Yo vengo, tratándose de ti, por una cuestión de perros. Tan sarnoso y rabioso como tu propia casta, Bonaventura.

Al pronunciar su nombre escupí en el suelo. Y continué:

—El asunto que me trae hasta esta perrera donde te escondes es que dicho está que muerto el perro se acabó la rabia. Y te doy lugar para ejecutarlo ahora mismo, en la calle del Cementerio del hospital del Amor.

—Qué lindo suena tanta prosa. Déjame que recoja la herrería y la enfunde que en pocos minutos me tienes allí. Y entonces verás cómo es una muerte de perro.

Conforme a lo establecido, en aquella lúgubre y poco transitada calle, estaban emboscados los míos, con el carro en un extremo y a la espera de que llegaran los bravotes de Bonaventura, cada vez más el cherinol de la rufianesca sevillana. No tardaron en llegar seis de sus lacayos para dar buena cuenta de mi provocación. Como era previsible, el genovés se quedó en casa. Brindando por adelantado por mi incauta provocación, la misma que me llevaría hasta la muerte. Pronto sacaron aquellos palomos, que por muy blanco que fueran no nos adelantaban en sagacidades, sus centellas y dagas, cuya primera acometida paré sin apenas darle sudor a la frente y sin que sus aceros rozaran mis gavilanes. Sonó un silbido. Y fue entonces cuando salieron los negros de nuestro bigornio tapetado a estocadas sin miramientos. Cayeron los seis palomos como banquete en mesón. Y entonces fue cuando Tomé dio la orden de sajar miembros, derramar la tina de sangre por el lugar de la batalla y dejar a los soldados napolitanos como muertos en la refriega. Nos subimos al carro y regresó cada negro a su cueva, uno para Triana, otro por el Arenal y Tomé y yo, hasta San Roque.

—Me gustaría ver la cara de Bonaventura cuando vea tantos perros muertos en la calle del Cementerio —le comenté al viejo.

—Domingo, mañana en Sevilla, se hablará de cómo los hombres de Bonaventura cerraron heroicamente el paso, con sus vidas, a los desalmados soldados napolitanos. Para él será la gloria flaca; para mí el placer cebado de una venganza obligada. Ya sabe el As de Diamante cómo de largos son los dientes del mastín. No lo olvides nunca, Domingo Congo. Porque seguirán pasando cosas…

VEINTE VARAS DE ANASCOTE

Hay victorias que llevan en su barriga el presagio de la derrota. Tormentas inesperadas que sorprenden el cielo azul de lo que fue una gloria dulce y efímera. A los soldados napolitanos que ubicaron en el barrio de San Telmo, las autoridades decidieron sacarlos de Sevilla y darles alojamiento en Alcalá de Guadaira y Carmona. La ciudad volvió en sí. Se quitó de encima el miedo a los soldados que el rey tenía abandonados, sin municiones y sin pan. Se redujeron las rondas, se relajaron las guardias de las puertas y se levantó el retén militar en las casas de Cabildo. Durante días fue el chisme en plazas, mesones, casas principales y hasta en las subordinadas, el sangriento encuentro de Bonaventura, sus hombres y una cuadrilla de napolitanos hambrientos que iban de rapiña por la ciudad. Así lo denunció el propio Bonaventura a las autoridades, que celebraron su bizarría y lamentaron la pérdida de aquellos hombres a su servicio, ya enterrados pero vivos para siempre en el recuerdo y agradecimiento del pueblo y sus príncipes. El As de Diamante seguía teniendo viva la sesera. Y era capaz de convertir su mierda en dulce, su cobardía en valeroso temple, las ortigas en laureles…

Uno de aquellos días, el hermano mayor y el mayordomo de nuestra Hermandad de los Negros, se dejaron ver por mi casa de San Roque, para saludar a Tomé y responsabilizar la dicha de su curación a las manos milagrosas de la Virgen de los Ángeles. Compré sollos, albures y sábalos del Alamillo para que holgaran con lo mejor del Guadalquivir. La pesquería la acompañé de un buen vino del Condado y pan blanco, el que llaman de Gallegos. Hasta los colores del pan nos hacen diferencias, buenos y malos. Si es negro, ni para cerdos. Si es blanco, hermosura le sobra. Como buenos cofrades, el hermano mayor y el mayordomo hablaron de la Semana Santa que

arruinó la arriada, tanta ilusión invertida en comprar veinte varas de anascote de color negro para mandar hacer un nuevo manto a la Virgen de los Ángeles, tras pagar doscientos reales de vellón. También se deshicieron en halagos y celebraciones por tener en la iglesia de San Roque el Cristo que el maestro Andrés Ocampo había tallado en su día y que estuvo en casa de un pintor flamenco afincado en Sevilla, el tal Pablo Legot, al que se le había comprado años atrás y que cada vez lucía más bello. Ambos tenían en mente, como un dulzor de ángeles, darle una nueva urna en la que procesionar y cambiar el calvario para el año por venir, objetivos donde fijaban todas sus energías y atenciones, al margen de lo que pudiera pasar en Sevilla y a sus vecinos. Zumbados por el tinto, que la gente del común llama rezar las laudes, y satisfechos por la pesca que les traje del Alamillo, se echaron a dormir una siesta que fue interrumpida a golpes en la puerta de la casa. Me levanté urgido.

—¿Qué pasó? —pregunté al tapetado, como nos dicen por el color a los negros.

—¡Alguacil, alguacil! —decía el muchacho sin que la inquietud le dejara pronunciar más palabras.

—¡Habla, muchacho, habla de una vez!

Tomé se levantó, los dos hermanos de la cofradía se alertaron y, con toda la cofradía en pie, más en manos de los demonios que de los ángeles, el negro acertó con las palabras, diciendo:

—¡¡El cementerio, el cementerio de San Bernardo…!!

Se me iluminó la cara, el corazón me brincó de alegría, pensando que en aquel cementerio había aparecido, por fin, la orza que del mismo me aseguraron que se llevaron. Impulsado por tan buen presentimiento le dije al recadero:

—¡Por fin apareció la orza del catalán!

Y el muchacho rompió en lágrimas tan sentidas que ni una de las dolorosas que pasean por Sevilla las derrama igual.

—No, no alguacil. La tumba, la tumba…

—¿La tumba de quién, moreno bobo? —le dije enojado.

—La tumba de Negra Flor. La han profanado…

Me inundó un profundo pesar. Los de la hermandad se

persignaron contritos y se fueron con sus ceras y santos. Y Tomé me miró con los ojos que lucía siempre cuando la furia los cegaba. Me abrazó y le dije al oído, también inspirado por la furia:

—Hay victorias como las nuestras que llevan en su barriga la derrota.

Deshizo el abrazo fraternal y me dijo:

—En ese caso sigamos peleando hasta la victoria final.

OYÁ, LA DUEÑA DEL CEMENTERIO

No hay injuria ni afrenta sin memoria. Y menos si el desprecio te da en lo más hondo de tus sentimientos, allí donde la carne desaparece y palpita lo más puro, lo menos contaminado, lo más intocable de uno mismo. Digamos que la parte más vulnerable del ser. La tumba de Negra Flor, su última morada en esta tierra impuesta, la desbarataron, la profanaron con mierda de caballo y carbón, pintando sobre la tapadera del féretro, con pulso infantil, un perro. No sé explicar tanto daño como sufrí. No sé cómo decir de qué forma apagué la furia que me nació. No sé cómo encontré palabras y fuerza para hacerme ver como persona de cuenta y razón, sin que los sentimientos que me mandaban deslucieran la imagen del alguacil de los negros. Tragué sapos, culebras y salamandras. Y más que un negro, parecía una charca oscura, repleto de sentimientos más oscuros aún. Recuerdo que en el cementerio di órdenes sin apenas alzar la voz, dominando la situación, sin dejar de ver lo que hacían algunos morenos de San Roque y de la Hermandad de los Negros, devolviendo dignidad y sentido al enterramiento. Se quitó la mierda de caballo, el carbón con el que prendieron la candela del insulto y limpiaron de la tapa del cajón el perro que habían pintado con tanta burla mala. Tomé no se apartó de mi lado ni un solo momento y cuando se cruzaban nuestras miradas me pareció no necesitar su voz para saber lo que me decía. Y me decía, con la claridad de aquellos ojos tan oscuros, lo que escuchaba mi corazón:

—*Ko si ipalara laisi iranti*.

Cierto. No hay injuria sin memoria. Y estas cosas se han de pagar. Cuando terminamos el trabajo y Negra Flor tuvo su última morada tan decente y limpia como el patio de la casa de San Roque, alguien tuvo el valor y la dignidad de, cantando

bajito, invocar en nuestra lengua a Oyá, la dueña del cementerio, la diosa de las tempestades y del viento, capaz de dominar el espíritu de los muertos a su favor. Dejó al lado de la tumba una escudilla de madera con trocitos de berenjena, vino tinto y azúcar. Y comenzó a salmodiar:

—*Oya yegre iyá viesa oyó orún…*

Y siguió sin algarabías ni palmas ni tambores. Quedo. Muy quedo. Sin levantar sospechas en los ojos vigilantes de Sevilla, siempre tan pendientes de que el fuego de su justicia y religión no se apague por falta de combustible. Me fui con el corazón encogido, diez años más de pesares en lo alto y la decisión firme de elegir entre ser un negro que arrastra soga, la de su propia horca, o rebanarle el cuello con cuchillo de jifero al nuevo héroe de la ciudad. Antes de salir del territorio de Oyá le dije a Tomé sereno y determinado:

—Nadie se va sin pagar su cuenta.

—Eso dice un canto a Eleguá, alguacil. Y es verdad tan grande como que tú y yo se las ajustaremos a Bonaventura.

Dos o tres jornadas después de aquel espanto, cayó por casa Ibulorena. Estaba tan hermosa y linda como uno de esos días de otoño sevillano donde el sol calienta, el cielo sigue tan azul como una piedra de lapislázuli y el invierno no se atreve a romper un regalo tan perfecto de la naturaleza. Vino a decirme lo que ya sabía. Y valoré el gesto en lo que encerraba de lealtad y sincera amistad. Dijo no venir como recadera del genovés. Vino porque, como ella decía, Negra Flor fue su madre en tierra extraña, su abrigo y consuelo, su complicidad en costumbres y lengua, la mano que le indicaba caminos seguros cuando se le aparecía el fantasma de los barcos con alas, también la tarde noche en el patio ajazminado de la casa recordando lo que dejaron atrás y rezando a los santos orishas para poder alguna vez retornar a África. Ibulorena nos dio las buenas tardes y miró fugazmente a Tomé. Algo vi en aquella mirada furtiva que me alertó. No sé explicar muy bien qué percibí. Luego la sospecha se diluyó en una rápida sonrisa de la jolofa hacia el viejo.

—Veo que mis medicinas te sentaron bien, Tomé.

—Como a una Virgen un manto nuevo, Ibulorena.

—Hacía tiempo que no nos veíamos.

—Mucho. Tanto que casi no te ponía la cara. Y viéndote ahora ese es un pecado que tendré que pagar en el infierno. O quizás el infierno ha sido no verte más a menudo…

La jolofa, sata como buena hija de Oshun, le agradeció el cumplido, sintiéndose tan halagada y celebrada que le regaló una blanca y perfecta sonrisa.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunté serio.

—La llamada de mi madre, de Negra Flor.

—¿Y qué te dice?

—Cosas nuestras. Cosas de madre e hija.

—Vamos, Ibulorena, dime qué te trae por aquí —le dije bravo.

La jolofa bajó sus ojos, en clara señal de dolor por lo sucedido, y le lastimó hablar tanto como otra travesía en mercante negrero desde el africano río Gallinas hasta Gibraleón, con el olor a muerte y desamparo metido en las narices del alma. La jolofa acabó por decirme lo que tenía que decir:

—A los perros les gustan los huesos. Bonaventura dice que valen los huesos de la perra de tu madre por los de sus hombres que murieron en tu emboscada.

—Conocemos su estilo, Ibulorena. Lástima que tú sigas tan ciega.

Tomé el Guineo, en silencio hasta entonces, intervino con decisión:

—Mucho de culpa tengo en todo esto. Porque vengué el finibusterre que le dieron a Lázaro con un ajuste de cuentas a costa de los soldados napolitanos. Y esa culpa la pagaré. Como todo lo que he hecho en la tierra. No tengo deudas pendientes con nadie. Salvo contigo, negra jolofa. Que supiste sacarme del lazareto con medicinas que tú solo conoces. Solamente a ti te debo todo. Porque todo es la vida.

Alcé una mano y pedí calma.

—En esto vamos juntos los que quieran acompañarnos. ¿Algo más que decirme, jolofa?

—Eso te iba a preguntar yo. Que si tienes algo que referirle a Bonaventura.

—Mucho, tengo mucho que decirle. Pero se lo voy a contar yo, serenamente, con mucha tranquilidad, encantado de hablar con el nuevo héroe de Sevilla. Vete, negra. Y que sepas que el hombre con el que te acuestas es el mismo que profana la tumba de tu madre…

Las apariencias engañan

La vida se pasea siempre disfrazada de lo que no es. Con una careta que ríe mientras su portador llora en silencio. O con otra que llora mientras su oculto dueño ríe a pierna suelta. La vida es puro teatro. Eso lo aprendí pronto para que pocas cosas me sorprendieran. Las apariencias siempre ocultan realidades que no imaginamos y que al buen corazón del justo y del desavisado sorprenden y derrumban. Sevilla, como casi todas las ciudades del mundo, porque el doblez es capa de uso generalizado, tiene maña para dominar esa fea arte. A veces, las tapaderas suelen ocultar ollas con guisos que huelen bien pero que saben mal, que proclaman con humos la virtud de su cocina, pero que cuando entran en tu estómago te lo revuelven y te llevan a la letrina a vomitar. Para socorrer a tanta mendicidad y penuria como había, la ciudad, a través de sus hombres más dinámicos y religiosos más cumplidores, se afanaron siempre en fundar congregaciones para socorrer a los niños tirados en las calles, a las rabizas que quisieran mejor vida, a los marineros que el mar de la existencia llevaron al puerto de la pobreza para que los salvara la misericordia. Un jesuita de la Compañía de Jesús, Pedro León, eligió para sus misiones apostólicas las covachas más miserables y perdidas de Andalucía. En Sevilla volcó todo su amor y caridad sobre los olvidados de la Cárcel Real, los arrabales perdidos de la muralla y en la mancebía del Arenal. Pobres, marginados y convictos fueron el padre nuestro de los cielos más tormentosos de la Sevilla olvidada y, para enderezar el rumbo de vidas tan desviadas, fundó casas para recoger mujeres de cama de pago, abrió un hospital para galeotes y una cofradía en la cárcel para combatir la blasfemia. Su llamada Congregación de Caballeros Incondicionales, que nació para sacar a los presos de sus honduras y desgracias, fue faro y guía

de otras que nacieron para ejercer la caridad y la vanidad de muchos de los que la integraban.

Eso fue lo que pasó con una congregación llamada de los Justos, conformada por las llamadas personas de cuenta, de importancia, tanto del mundo religioso como del mundo del comercio, sin olvidar a algunas casas principales de la ciudad, con hábitos y cruces de renombradas órdenes en el pecho. Aquella Congregación de los Justos funcionaba, externamente, como una auténtica empresa evangélica, porque le daba alimento, techo y educación a los niños que vagaban por la ciudad, sin más horizonte que los de tener habilidad con las manos y convertirse, con la práctica y las enseñanzas de los licenciados en la jacarandina, en buenos alcatiferos, en aventajados chinadores y en insuperables picadores. Con esos nombres se conocen entre hampones a los que roban en las tiendas de seda, a los que cortan la ropa para robar la bolsa y a los especialistas en abrir puertas con una ganzúa. Quizás en el escalón más bajo de tan dudosa industria están los gomarreros, roba gallinas de tres al cuarto que comienzan en la profesión por tan gregario escalón o para terminar como tales, por culpa de su escasa habilidad.

Pude enterarme de que a Bonaventura le ofrecieron un lugar en aquella congregación por su acto heroico frente a los napolitanos. Iba a sentarse en reuniones presididas por un crucifijo de marfil filipino, un retrato de Zurbarán de algún santo con hábitos blancos y un libro de reglas sobre una mesa de castaño que, a buen seguro, jamás leería y tampoco le obligaría. Pero sentarse entre aquellas altas dignidades le confería prestigio y reconocimiento, medallas ambas imprescindibles para ser considerado en la ciudad. Daba igual que fuera un sicario a las órdenes de un duque levantisco en horas bajas. No importaba mucho que fuera un hampón de golilla blanca y manos muy sucias. Todo eso se podía pasar por alto. Porque nada de ello ensuciaba su acción heroica. Y la ciudad ansiaba héroes. Ahora el héroe estaba a punto de ser admitido en la Congregación de los Justos, esa benefactora junta de caridad desvivida por los niños y niñas de las murallas, que lo único comido que tenían eran sus espaldas por

la sarna y los piojos, sin que nadie imaginara que meses atrás, mandó al fondo del río a una negra con su hijo, sin ningún problema de conciencia. En buenas manos estaban aquellos desventurados…

Pero lo más cómico del asunto es que una congregación tan evangélica y piadosa practicaba con primor y galas la máxima de Mateo de que, cuando des limosna, que no sepa tu mano derecha lo que haga la izquierda. Y se aplicaron con tanta maña en ejecutar el mandato del evangelista que nadie preguntaba de dónde salía el dinero que sostenía tan sobradamente aquella seráfica congregación. Tenía vocación ecuménica. Lo abarcaba todo. A los niños sin nada y a los señores con mucho, a los que también les llegaban las limosnas que los Justos, por hacer justicia, repartían tan distributivamente entre los jueces, eclesiásticos, algún que otro caballero veinticuatro, alguaciles y otros necesitados… Por curiosidad, y porque quería saber en dónde se metía Bonaventura, me dediqué a indagar. Y para esos temas donde se mezclan los hábitos, los mercaderes, los aristócratas y los héroes de ocasión, solo había un lugar donde podía lavar bien la lana, donde poder ir al fondo del asunto. Y le dije a Tomé que me tomaba el día libre para ir a San Lorenzo.

—¿Te llama tu condición de padre o de garañón? —me dijo Tomé con ironía.

—Ambas cosas se pueden rimar en el mismo verso. Pero sobre todo voy a saber.

—¿A saber qué?

—A saber qué hay detrás de la Congregación de los Justos —le respondí al viejo.

—Te lo digo yo de coro, de seguido y con una sola palabra: Sevilla. La Sevilla que todo lo puede.

—Yo les pondré nombres, Tomé. Y así sabremos quiénes son los llamados y quiénes los escogidos.

Disfraces

Los contrastes de Sevilla eran tan radicales como los colores de la piel de los que la transitaban. Pasabas de la oscura y tenebrosa casucha adosada a la muralla y, asaltadas por la basura, a las casas señoriales tan luminosas y costeadas que eran muy deleitoso verlas. San Lorenzo, esa jaula de oro de la que tantas veces me alertó Negra Flor, me proporcionaba un gozo especial, una seguridad tal y como había sentido de pequeño en casa del duque de Medina Sidonia. Era como un castillo para mi alma. Como una armadura sin resquicios. Una seguridad plena me abrazaba y me encendía tanto valor como para no temerle a un encuentro fortuito con cuatro o cinco rufianes del matadero de la Puerta de la Carne. Esos jiferos que con sus cuchillos de cachas amarillas abren las barrigas de las vacas para convertirlas en túnica de Cristo y repartirse sus pedazos entre los amigos, las amancebadas y algún que otro solomillo gordo y de buena traza que envían a la plaza de San Francisco para silenciar bocas y tener a la autoridad bien comida y satisfecha de su ejercicio. Llegué a San Lorenzo sintiendo en mi estómago esa sensación tan indescriptible como es la seguridad del real de plata. Se llevaron la mula a las caballerizas y subí, sin prestar atención a la servidumbre, a la habitación de mi señora Isabel, que debería estar con mi hija Ibukun, la bendición de mi madre. Y allí estaban ambas, hermosas y galanas, doña Isabel con la niña en los brazos, riendo ambas por las monerías que hacía la madre.

—Lo pasáis bien y ni el cielo os puede regalar más dádivas —le dije entrando en la alcoba.

—De ti le hablaba a Isabel…

—A Ibukun…

—Da igual.

—¿Y qué le decías a mi hija?

—Que su padre vendría pronto a verla. Y ya está aquí. Parece que me escuchas, Domingo Congo. ¿Vienes a verla o a verme?

—En un soneto caben catorce versos. Y hay rimas para todos los gustos —le respondí haciéndome el académico.

—Me prometiste un poema.

—Y escribiéndolo estoy. Ocurre que pasan cosas.

—Muy desagradables, Domingo. Lamento mucho lo que le pasó a la abuela de tu hija en el cementerio. Mira lo que he mandado hacer.

Dejó a la niña en mis brazos y el color le llamó tanto la atención que con su manita me tocaba la cara, como si le recordara el color de su abuela, intentando apoderarse de él, con aquel recuerdo que poco a poco el tiempo le iría borrando de su cabeza. Los ojos lucían cada vez más verdes. Y la canela de su piel era de un tono tan delicado y perfecto que causaba admiración verla y acariciarla. Doña Isabel mandó subir su encargo. Era una pieza de un lebrel de alabastro, de bellísima ejecución. Y me explicó su razón de ser:

—Tu madre era una princesa africana, ¿verdad?

—Lo fue allí y aquí. Eso no lo borra la geografía.

—Pues a los pies de las tumbas de los príncipes, en España y en Europa, cuando se entierran los cuerpos del esposo y la esposa, siempre se encuentra la escultura de un perro.

—¿Por qué? —pregunté interesado.

—¿No te enseñaron eso en tu infancia en casa del duque?

—Y si me lo enseñaron, señora, lo olvidé. No debió interesarme.

—Pues te debe interesar. Porque los perros simbolizan la lealtad y la fidelidad. Por eso se situaban a los pies de las sepulturas de los matrimonios muy principales que ves en la Catedral, en la cartuja de las Cuevas y en el Salvador.

—¿Quieres que ponga eso a los pies de la tumba de Negra Flor?

—¿Te importaría?

—No duraría ni el tiempo de colocarlo. El primer plantador, el primer sepulturero que pase por allí se lo llevará. Y le faltará tiempo para venderlo y holgar semanas a costa de tu obsequio.

No me gusta que le roben a mi madre. Ni viva, ni muerta.

—Llevas mucha razón. Pero yo no había pensado colocarlo en San Bernardo.

—¿Dónde entonces, señora?

—En ese pequeño huerto que tienes en casa y que tantas veces me has hablado de él, que era donde se sentía tan a gusto con sus yucas, sus tomates y sus albahacas. En esa tierra está su sudor y sus sueños. Yo lo pondría allí. Pero eres tú quien decide.

—Me parece una idea muy oportuna. Te lo agradezco, señora.

La niña, pese a la conversación, se había quedado dormida en mis brazos, que sentí húmedos y convertidos en orinal de infanta. Mi señora no pudo reprimir su risa y soltar una chanza.

—Cosas de vuestra sangre. Es la niña la que bautiza al padre…

La dejé sobre su cuna para que la cambiaran. Y tras aliviarla de la humedad se ovilló como un gatito pequeño entre las sábanas y la colcha.

—Tienes buena mano con los niños, Domingo.

—No creas. Se ha dormido por…

—… por tu color —me contestó mi señora como quien escucha una música repetida.

—Puede ser. Puede ser…

—¿Te quedas a comer y hablamos después de comernos?

—Antes necesito saber una cosa. Y después nos devoramos.

—Celebro esos planes, alguacil. Dime

—¿Es cierto que Bonaventura va a entrar en la Congregación de los Justos por su heroica acción contra los napolitanos?

—Se decide esta semana. Está propuesto. Pero no se ha convenido nada.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que yo no voy a dar mi voto de aprobación.

—¿Tú formas parte de esa congregación? —le dije sorprendido.

—Sustituyo a mi finado esposo. Ocupo su silla en el consejo. ¿Por qué te sorprendes?

—No te hacía en esas caridades.

—Por eso mismo seráficas y evangélicas.

—Y limosneras. Lo que des con una mano que la otra no lo sepa…

—¿Tienes algo contra la congregación?

—Nada en absoluto. Solo que me amostaza el carácter, me irrita saber que un criminal como Bonaventura entre en ese círculo y pase por héroe y hombre de caridad. El matón que mandó profanar la tumba de mi madre y que lleva en su conciencia tantas muertes de negros como…

Doña Isabel puso sus blancos dedos de nácar sobre mis labios, me silenció con dulzura y me invitó a cambiar la ira por el placer.

—¿No tienes hambre?

—Mucha. Pero antes de servirnos prométeme que ese malnacido no entrará en la congregación.

Me empujó sobre la pared, rebuscó en mis calzas y hasta que no inflamó a su gusto lo mío no dijo nada. Luego lo aclaró todo:

—No entrará, te lo juro. Pero tú pasa hasta el fondo…

ILEGALES

Las apariencias nos engañan y Sevilla no iba a ser la excepción de la regla. Este modelo es universal. Y hace progresar al mundo. O al menos a la parte del mundo que escoge las caretas más efectistas y los disfraces más llamativos. Si además interpretan una buena obra, los éxitos de público, de prestigio y de plata están asegurados. Bajo la careta del disfraz de la Congregación de los Justos se escondía un negocio tan productivo como ilícito. Porque el dinero a barrisco, a raudales, que entraba en aquella seráfica institución llegaba en barco y desde las costas occidentales de África, en forma de oro humano. Saltándose todos los requisitos legales que convertían los barcos negreros en una actividad normal y permitida. Los Justos traficaban, al margen de la ley, con negros esclavos. Tenían sus pilotos a buen sueldo y a comisión por entrega de mercancías que, con arrojo temerario y sobrada habilidad, habían sabido abrirse camino en un mercado tan cerrado. Trabaron amistades con los caciques negros que suministraban los esclavos en el golfo de Guinea, entre aquellos grandes ríos que desembocaban en el Atlántico. El negocio era tan fácil como el acuerdo: hombres por licor o por telas de colores hindúes tejidas en Nantes. Hombres por manillas de cobre. Hombres por conchas cauries de las islas Maldivas que era una de las divisas del África occidental. Ese era el negocio. Hombres por nada para convertirse en mucho. En mucho dinero cuando el negro llegaba a Europa. Entraran por los puertos de Lisboa, Lagos, Cádiz, Sevilla o Huelva.

Las manos que podían ahogar el negocio eran convenientemente acariciadas con la plata del cohecho. Y la vista era tan gorda que no cabía en los ojos y, por eso, quizás se cerraban a la par que las manos acariciadas. De tanto, muchos sacaban algo. Y las naves iban y venían viento en popa

hasta el puerto seguro. Sin miedo a zozobrar bajo una tempestad legal, una tormenta religiosa o una marejadilla de mercaderes. Así que, como aconsejaba Mateo, las limosnas que da tu mano derecha no debe conocerlas la izquierda. Porque, en algunos casos, esas limosnas estaban manchadas y fuera de la ley. Pero el disfraz funcionaba. Era efectivo y rentable. Los niños y niñas se apartaban del mal de las calles. Los congregantes adquirían reputación y prestigio. Y casi todos los que alcanzaban la caridad de los Justos tenían la bolsa rebosante de buena salud, sin tercianas ni cuartanas. A lo peor porque, tantos siglos atrás, la verdad la escribió el sabio Aristóteles, cuando dijo que la humanidad se dividía en dos partes: los amos y los esclavos. De mis clases en casa del duque no retuve lo del lebrel en los sepulcros de mármol de los príncipes y princesas. Pero jamás olvidé lo que con tanta sabiduría y síntesis dijo el sabio griego sobre la división de la humanidad.

¿Cambiaría alguna vez tan radical división? Sin profundizar mucho confieso que alguna vez me lo llegué a plantear. De hecho, tras disfrutar de mi hija y de su madre en San Lorenzo, se lo planteé a Tomé el Guineo. Que me miró de arriba abajo con esos ojos que me regalaba cada vez que yo pintaba para ingenuo. Ni me contestó. Apuró el vino de aquella noche y me soltó:

—Cuando te dije que iban a pasar cosas no me refería a esa cosa tan simple que me estás planteando. La humanidad tiene fácil división: el que tiene, el que aspira a tener y el que jamás tendrá. Es tan sencillo como saludar al sol cuando Olofi te regala un nuevo día.

—Sí, Tomé, pero llegará el tiempo en el que algunos de los nuestros tengan un sueño…

Me interrumpió con la reciedumbre que se interrumpe a los lerdos.

—Llegará el tiempo en el que tú y yo ajustemos las cuentas con Bonaventura. Es el único sueño que tengo ganas de que se haga realidad.

—Pero…

—¿Pero qué? ¿Vienes desfogado de San Lorenzo y olvidas

que tus fuerzas están destinadas a vengar a un maldito profanador de tumbas?

—Eso nunca lo olvido.

—Pues fija tu mente y tus fuerzas en ese objetivo. Y no las pierdas en pensamientos de locos.

—*Pesia mi!*

Exclamé enfadado y renegando de lo que le oía a Tomé. Que, como siempre, no se desviaba del camino y hacía noria de sus metas, trabajando sin descanso en alcanzarlas.

—¿Qué te dijo la señora de la Congregación de los Justos?

—Tengo la noche para contártelo. Es larga la historia.

—¿Es miembro Bonaventura de su junta de gobierno?

—Se decide en estos días, Tomé.

—¿Y quiénes son las personas de cuenta y razón que lo decidirán? —me preguntó con una evidente carga irónica en sus palabras.

—Mi señora entre ellos…

—Espero que la tengas satisfecha y feliz, porque…

—No lo dudes, Tomé. Ella votará en contra y así no tendremos que acaballar al héroe que toda Sevilla aclama. Eso levantaría tal revuelo de los justicias que no sería fácil escapar a su olfato.

—Llevas razón. No es cómodo pasar todo el día mirando a orza, de reojo para ver qué sombra te sorprende.

—Esperemos entonces, Tomé.

—Ya empiezo a cansarme de esperar. Pero regálame ese cuento de la Congregación de Justos que me ibas a revelar. Aunque creo que sé cómo es su final…

CAPÍTULO X
UNA MALA RACHA

La duda

No hay nada peor que la indecisión, que se debate en un sí pero no o en un no pero sí, cosa que causa tanta pobreza al espíritu que lo hace ir de desasosiego en desasosiego, nublándole el entendimiento. Por dudar se han perdido imperios, batallas, armadas, caudales y hasta amores, que nadie mejor que yo sabe de esas derrotas imperiales del corazón. Debo reconocer que para tomar esta decisión me entretuve entre la racionalidad de mi educación y la magia de las creencias de los negros. Esta ciudad, además, es proclive a ese tipo de duplicidades, porque igual que se baña en agua bendita se perfuma con los ungüentos de las brujas, no concibe llevar una medalla de la Virgen de la Antigua sin un resguardo en el refajo de hierbas y aceites y, con fe casi idéntica, se encomienda por igual al Cristo de San Agustín que a un embaidor, un embaucador en echar las habas. Con una vela a Dios y otra al diablo. Así vamos por esta tierra y por tantas como son y existen en el mundo. Cuando despejé mis dudas le hice un encargo a Casimiro, para que me trajera algo que perteneciera o hubiese pasado por las manos de Bonaventura. Préstamos de hechicería. Y me consiguió un par de monedas devolviéndole yo, a cambio por el favor, el doble de lo entregado. Después, con la mostaza subida a las narices, colérico por todo lo que estaba muñendo el nuevo héroe de Sevilla, me fui hasta Triana, donde vivía el negro que participó en nuestra guerra contra los napolitanos de Bonaventura. Este negro casaba, sin pleitos de conciencia, su pertenencia a la Hermandad de los Morenos del Rosario del otro lado del río, con sus prácticas santeras africanas. Y le pedí, tras ajustar cuentas con él por las estocadas a los bravotes de Bonaventura en la calle del Cementerio, que encargara algún trabajo para impedir la entrada del As de Diamante en la Congregación de

los Justos. Por ninguna razón, el genovés debería sentarse en un sillón de aquella junta. Yo ataba el nudo político con la palabra dada en compromiso por doña Isabel. Pero también atacaba por el flanco mágico encargando un maleficio para el héroe de mentira. Una vez hicieron los religiosos africanos su ensalmo, me lo trajeron a la casa para que yo fuera quien lo dejara en algún rincón del palacio de Medina Sidonia.

—Aquí lo tienes, Domingo.

—Espero que sea efectivo.

—Lo será, alguacil. Eshu, que es la mediación entre los orishas y los hombres, te escuchará.

Destapé el cuenco donde iba el trabajo. Y no supe lo que veía. El negro sí percibió mi falta de conocimiento. Y me explicó:

—Lo que ves ahí son la raíz y las hojas pulverizadas de un árbol parecido al naranjo y que tiene poder para sacar a un sujeto del cargo o empleo que desempeñe. Solo tienes que añadirle una cosa.

—¿Cuál?

—Las monedas y el nombre del que quieres…

—Comprendido.

—¿Negocio cerrado?

—No. Me dieron esto para que te lo pasaras por tu cuerpo y luego lo tiraras en una huerta.

—¿Qué es esa maravilla? —le pregunté bienhumorado.

—Un ensalmo que te protegerá.

—¿Como un escudero, como una coraza del tercio?

—Eso dicen, Domingo. Yo te lo traigo y si quieres te lo quedas o lo tiras. Tú eres el que vive amenazado por el brillo demoniaco de un diamante.

—Pues no perdamos tiempo. Explícame esa gramática de brujos.

—En este lienzo se guarda un huevo, manteca de corojo, una pizca de pescado ahumado y parte de un animal que desconozco. Te lo has de pasar por el cuerpo. Y te protegerá.

—¿Por la cabeza? ¿Por el pecho? ¿Por la espalda? ¿Por las piernas?

—Y por los mismos mondongos, alguacil. Que cualquier

parte del cuerpo sucumbe si no la guardas bien.

—Así lo haré. ¿Y dices que después tire el lienzo con el revoltillo que lleva dentro a un lugar de pastos y de hierbas?

—Así te dije y así lo confirmo.

—Pues lo haré como buen escolar de la Universidad de Salamanca o de Alcalá. Gracias, hermano.

—*O seun arakunrin* —me dijo en yoruba, quizás para ser respetuoso con aquel vademécum de brujerías que me trajo de la muy brujera collación de Triana.

Me fui para aquella casa que guardaba las sonrisas y la felicidad de mi infancia. Iba de retirada hacia la oscuridad el sol de la tarde. Me cubrí con un sombrero que casi ocultaba mi cabeza y con una capa con la que le di otra geometría a mi cuerpo. Me tapé para los demás y para mí mismo. Porque la distancia que separa San Roque de la morada de los Medina Sidonia la anduve con mi corazón lleno de vergüenza, traicionando mi absoluta incredulidad en estas cosas de magia a las que abracé por desesperación. Pero también, y a la par, vivía esperanzado, confiado e ilusionado por que los santeros de Triana hubieran hecho bien su trabajo. En una de las esquinas menos transitadas de aquel bello palacete, ahora abrigado por la oscuridad, dejé el cuenco de barro. Y respiré a fondo. Encomendando a Eshu que se lo llevara a los orishas sin falta. De ello dependía que Bonaventura empezara este juego de héroes con mala mano y cartas adversas. Inopinadamente, no lejos de donde le dejé el recado a las potencias africanas, me lo topé. Cara con cara. Y, de forma instintiva, eché mano a la fruta de Vizcaya. Bonaventura se rio y me preguntó con sorna:

—Lejos de tu Noruega te encuentras, Domingo.

—¿Noruega? —le respondí extrañado.

—Me choca que un tipo como tú, letrado en lenguas clásicas y en verborrea de germanía, no sepa lo que significa Noruega.

—Es una nación del norte de Europa.

—Sumida en la oscuridad. Por eso los rufianes a la oscuridad la llaman Noruega. Y tú eres el embajador de la Noruega de San Roque. Volvamos al principio. ¿Qué haces por aquí tan lejos de Noruega?

—Tal vez venga buscando claridad.

—¿No habrás venido a echarme brujerías? Vosotros, los noruegos tapetados, sois muy dados a las yerbas y ungüentos mágicos.

—Haría falta el mismo demonio con toda su corte de arcángeles caídos para embrujar al cabrón de los embrujamientos. Pero no será por falta de ganas. Aunque confío más en el Cristo de San Agustín que en las pócimas de las brujas blancas que sé que alguna vez has visitado.

—Hablas con cordura. Ya ves que soy capaz de darle la vuelta a la realidad y hacer lo que hacen los demonios: convertir una mentira en una verdad creída por todos y propicia para mí. Ese milagro tampoco me abandona.

Yo seguía desconfiando de su taimada plática y no separaba mi mano de la daga. Bonaventura la miró y se burló:

—¿Quieres asesinar al héroe de Sevilla? ¿Aquí, en la calle, a vista de todos? Sabía que eras necio, pero no hasta ese extremo.

—No me faltan ganas, Bonaventura. Perdigado estoy.

—¿Perdigado? ¿Preparado para cualquier fin?

—Perdigado estoy y ya tardo en verte muerto.

—Ande yo caliente y me río de gente como tú, sin cabeza y con instintos de potros por desbravar. Te sobran ganas y te falta astucia.

—Vengo en las dosis justas, como la buena medicina, para matarte aquí mismo.

—Y a mí me sobra la voz para gritar, justo cuando desnude tu centella, ¡¡al gelfe, al gelfe, que quiere asesinarme!!

—No soy esclavo, no soy gelfe, te recuerdo.

—Lo eres de tu mala cabeza y de los errores que te llevaron a ser cornudo…

Me provocaba. Me metía el dedo en los ojos para que me sublevara ante tanta ruindad. Y de hacerlo, en ese mismo momento, caerían sobre mí los sevillanos que lo adoraban y por allí, al reconocerlo pese a la oscuridad, le daban vivas a su presencia. Guardé las ganas de sangre, una vez más, en algún sitio sin resquicio del depósito de mi ira. Para hacer más negra aún la cólera de mi corazón.

—Acabaré contigo, a hurgonadas en el pecho, genovés, hasta verte ir raneando hasta tu casa, mientras te desangras por las calles.

—No suelo medir la pericia de la espada con gente de tan baja condición. ¿Cómo iba a matar el héroe de Sevilla a un cerdo tan negro como un mantel de Etiopía? Ni la jacarandina del matadero lo haría sin temer a mancharse tan sucias manos.

—¿Sucias? Tú eres más bajo que tus zapatos, no tienes mejor condición que ellos que pisan sobre la mierda y el crimen de esta ciudad.

—Y ya ves: me hacen héroe de Sevilla.

—Esta ciudad es tan necia que sería capaz de celebrar con su nombre el del hombre que la bombardeara y levantarle una plaza…

—El destino es así de caprichoso. Y Sevilla se ha encaprichado en que yo sea su héroe.

—Rezo para que no lo seas.

—Pues rezarás más que un convento en Jueves Santo. Porque en días estaré sentado en esa junta de la Congregación de los Justos.

Ibulorena se presentó en mitad de aquel fuego. Y en vez de apagarlo, lo avivó más, vertió aceite sobre el mismo. Me miró y agarró con amor el brazo de Bonaventura. Salándome la herida de los recuerdos. Mientras Bonaventura la miraba arrobado siguió provocándome:

—La perdiste por tu mala cabeza. Y ahora me calienta la cama, alguacil…

La besó, se abrazaron y me fui rogándole a Eshu que le llevara a los orishas el encargo que le hice. A mitad de camino de San Roque hube de pararme y buscar una esquina solitaria para vomitar. La imagen de Ibulorena besando y abrazando a aquel sicario me revolvió el estómago. Y juré venganza eterna.

La confesión

Dicen, y es verdad, que el ganar cría buena sangre y el perder, mala. Los que están acostumbrados a ganar mano tras mano laureles para sus sienes y plata en el gato de su bolsa no llevan bien un revés de la fortuna y se ariscan de forma y trato, haciendo imposible la camaradería. Se huye de ellos como de un leproso. O como de un recaudador del rey. Porque nada dulce son capaces de producir, ni en los mejores ingenios de Cuba y La Española. A Bonaventura, que durante los días previos a su entrada en la Congregación de los Justos lo estuvo celebrando como si ya el sillón fuera suyo, no esperaba un mañana tan adverso. Iba y venía, como un pavo real en celo, por las mejores calles de la ciudad, montado sobre un brioso corcel bayo, con la daga y la espada relucientes como oro americano, el sombrero con estiloso cintillo adornándolo con plumas de diversos colores. Celebraba lo que aún no tenía. Y hacia oídos sordos a un sabio refrán que nos alerta de hacernos miel porque nos comerán las moscas. Todas las que podían sobrevolar la mierda real y la otra mierda de Sevilla llevaba aquel muñeco engreído a su alrededor, sin avizorar que había anticipado el banquete a la boda, por creer tener en la bolsa un tema que en absoluto estaba en sus manos. La junta había decidido retrasar su ingreso, a la espera de cómo se desarrollaba en la villa de Illescas la testificación ante el juez Alonso Guillén de la Carrera, consejero de Castilla e Italia, de don Francisco Manuel Silvestre de Guzmán y Zúñiga, IV marqués de Ayamonte. La mano derecha del de Medina Sidonia en el intento de levantamiento de Andalucía.

Era de vital importancia no equivocarse y meterse en camisas de once varas con un nombramiento que, aunque Sevilla lo pidiera, podría perjudicar a un negocio tan próspero como el de los Justos. El prestigio del genovés podía esperar

qué noticias llegaban desde Illescas. ¿No era una necedad sentar en una congregación tan boyante a un miembro que estaba ligado al sedicioso más señalado entre la nobleza levantisca? Además, el tiempo es uno de los mejores aliados de las causas delicadas, y dejarlo correr es a veces tan bueno como una sangría de sanguijuelas de barbero para aliviar del mal de los vagidos. Eso se comentaba por la lonja de mercaderes de Indias, donde no hay trato entre mayoristas indianos que no lleve en la carga del galeón un buen fardo de chismes, rumores y verdades. El dinero suele enterarse antes que nadie de lo que pasa. Porque es temeroso y no le gustan los sustos ni los hucheos, los gritos. En silencio se trabaja mejor. La noticia me alegró el día. Me fui hasta San Roque para comunicárselo a Tomé. Aunque no miento si digo que, tentado estuve de acercarme a los dominios de Bonaventura, para gritarle desde lo alto de la mula, sin cintillos de seda ni plumas de indios de Moctezuma en el sombrero una chanza avinagrada:

—¡¡Antes que acabes, no te alabes!!

En casa compartí velada con un animado Tomé. Bebió con alegría y ganas, como celebrando una victoria. Ya, rezando las laudes, en plena fase de confesiones personales y exaltación de la amistad, osó saltar por encima de su gravedad natural, contándome burlas rozando lo chocarrero, la grosería. Algo impropio de un negro tan severo. Cuando creí que, entre botella y botella, cabía un rato para la confesión le pedí una promesa.

—Tú dirás, alguacil. Qué quieres que te prometa.

—Que contestarás a lo que te pregunte.

—Si lo sé, te lo digo con sumo placer.

Echó más vino sobre su vaso y lo apuró brindando por el sillón de Bonaventura:

—¡Por el genovés y los Justos! —Alzó su vaso de barro.

Yo lo acompañé, mojé los labios en vino y no tragué ni gota.

—Dime, Tomé ¿cómo se enteraba el perro Lázaro de lo que pasaba en Sevilla?

El negro me miró de orza como diciéndome que lo había sorprendido.

—Me lo has prometido —le insistí—. ¿O es que tienes dos caras como los doblones?

—Mi cara es la que ves. Y lo prometido lo cumplo.

—Te escucho, Tomé.

—Es muy fácil. El perro fue enseñado para ir y venir del lazareto a Sevilla. Iba con preguntas que yo escribía y la escondía en su collar. Las respuestas regresaban del mismo modo.

«Como hacía el perro Berganza de la obra de Cervantes con los libros de los hijos del mercader que estudiaban gramática en la Compañía» me dije de boca hacia adentro maravillado del ingenio.

—¿En qué piensas, alguacil?

—En Cervantes y en Berganza.

—¿Cervantes?, ¿Berganza? ¿Quiénes son esas ilustrísimas?

—Gente de la imaginación.

—No deberías entretener la tuya con nombres de tan escasa rentabilidad.

—Llevas razón, Tomé. ¿A quién le pedías novedades y quién te las daba?

—Gente de confianza.

—¿Gente de letras?

—Saben leer y escribir. ¿Es eso gente de letras?

—Pueden serlo. Pero creo que, sin faltar a la verdad, no me la dices completa.

—Con lo que te he dicho sabes casi todo. Solo debes ponerles nombres a los santos.

—Se los pondré, Tomé. Tenlo por seguro.

Llené otra vez los vasos de vino y le pedí un brindis:

—¡Por Lázaro!

—¡Por mi amigo! —respondió Tomé.

Y nos echamos a dormir sintiendo la almohada más mullida que nunca, quizás porque los que estamos acostumbrados a perder, cuando ganamos lo celebramos con la alegría que da la sorpresa. Sobre la almohada reposé mi cabeza y, sin quererlo, mis pensamientos se iban con Ibulorena…

El duelo

Hay quien piensa que es mejor un buen rey que una buena ley. Pero los tiempos que corren no son los mejores para lo uno ni para lo otro. Malo es el rey y no mejores son los jueces que administran la justicia, tan escorada siempre al que puede y al que tiene. Lorenzo di Bonaventura, desengañado por la espera de su detenido nombramiento, dio muestra de su mejor rencor, al menos así me lo comunicaron los que tenían la desgracia de estar cercano a su imperio. La cólera dominó sus relaciones y me temí lo peor, teniendo a Ibulorena tan a mano. Parecía haber olido, como un perro alano, que la buenaventura de su apellido comenzaba a tornarse mala, muy mala. Pero no era galeote de la derrota. Desde la corte le llegó la noticia de que su señor, el de Medina Sidonia, para limpiar su traición al rey, transitoriamente perdonada por la persuasión del conde-duque, había viajado hasta la frontera con Portugal, a la villa de Valencia de Alcántara. El motivo del viaje era tan descabellado como teatral, digno de un dramaturgo de escaso ingenio de los que venden sus romances a los gitanos para que los reciten por calles, plazas y hospitales de la ancha España. Hay ataques de dignidad tan falsos como ridículos.

El duque retó en duelo al rey de Portugal, a su cuñado Juan IV, para demostrar su fidelidad a la Corona. Aún deben de estar riendo tanto el rey como la reina, su hermana doña Luisa de Guzmán, aquella que le dijo alguna vez para levantar la sed de sublevación de cierta nobleza portuguesa, que «más vale ser reina por un día que duquesa toda la vida». Fue quizás la bufonada más extraordinaria del que, tiempo a, fue mi dueño y señor que, a ciencia cierta, sabía de la necedad de su propuesta: una patraña más destinada a hacer pública su subordinación al rey que a concretarse en un duelo de libros de caballería. Era el golpe de suerte que esperaba Bonaventura

para recuperarse del revés sufrido por su prestigio al no ingresar en la Congregación de los Justos. Se encargó de encender la hoguera de los rumores y los chismes, los hizo correr por la ciudad, de una puerta a otra, de un barrio a otro, para que todo el mundo supiera que él estaría presente en Valencia de Alcántara. En lo que sería, sin duda, el duelo del siglo. El del noble más leal al rey contra un levantisco portugués que había roto España. El nuevo Amadís de Gaula, pensé yo con más sorna y chanza que rigor.

Pero pasaba el tiempo y Bonaventura seguía en Sevilla, paseando sobre su caballo bayo y con su sombrero de plumas, intentando aplacar la curiosidad de los sevillanos que lo paraban y preguntaban:

«¿Cuándo marchas, Lorenzo, para acompañar a tu señor?».

A lo que invariablemente contestaba que presto, pronto marcharía para la frontera portuguesa, que a la espera estaba del permiso del duque. Este jamás llegó. Y su racha de buena mano continuaba entretenida, por llegar, olvidado como lo tenía. Un día alguien le recordó por la calle que jamás hubo duelo, que fue ardid de pícaro el de su señor y que en el arzobispado había oído decir a una alta dignidad de la Iglesia, que el duque había abandonado Valencia de Alcántara para quedarse en Garrovillas, donde la Extremadura, hasta nueva orden del rey. Bonaventura reaccionó como si él fuera jinete de gaznate, verdugo de su caprichosa justicia, dándole con el estribo en el pecho, dejando maltrecho y quebrantado al contador. La buena ley que su señor el de Medina Sidonia quería defender en la frontera de Portugal de la nobleza separatista nunca contó con un buen rey que lo apoyara. Hasta esos extremos de locura llegaba el genovés intentado justificar y defender el honor perdido de su señor, tan manchado por la traición al rey en la que el As de Diamante tuvo parte y arte. La mala racha de Bonaventura tenía más pases. Porque desde Illescas llegaron serías noticias…

Noticias de Illescas

La mosca con el buey sucio se atreve. Le incordia los ojos, se le cuela por las narices, no deja de chuparle las orejas y, osadas y molestas como son, tienen en el rabo del animal su lugar de paseo y holganza. La mosca más insignificante de la corte se habría cagado en él, sucio como estaba de ser uno de los conspiradores contra el rey. Se llamaba Francisco Manuel Silvestre de Guzmán, el malhadado marqués de Ayamonte. En Illescas, como antes anticipé, le tomaron declaración. Y también el pelo. ¿Cómo estando por medio el conde-duque de Olivares cayó en trampa tan para lerdos? Una semana después de la declaración de Illescas, por Sevilla corrían los rumores de la encerrona en la que había caído. Unos contaban que le prometieron el oro, el moro y la Arabia feliz si en su declaración olvidaba nombres y situaciones. Otros comentaban que, en Illescas, el de Ayamonte ya conocía bien que el rey había perdonado a la cabeza principal de la abortada rebelión y que, en su testificación ante el juez Alonso Guillén de la Carrera, tuvo lengua de camaleón y la alargó cuanto pudo y más. Si fue así como sucedieron las cosas, el confiado Francisco Manuel iba arrastrando la soga de su condena allá por donde se moviera, porque no tuvo en cuenta que el poco hablar es oro, y el mucho hablar es lodo.

Todo lo que de Illescas saliera mal para el de Medina Sidonia era bueno para mí y pésimo para Bonaventura. Me interesé en manejar información y no chismes, datos reales y no murmuraciones. Dejé las orejas abiertas escuchando a mercaderes con intereses en la corte, me persigné con agua bendita en las pilas de las altas jerarquías del arzobispado, siempre con oídos tan finos para un concierto de órgano o para el desconcierto callejero de una zarabanda. Pero no lograba sacar más que humo. Mucho humo. Como si fueran pelos de

condenado los que ardieran. Hay veces que buscamos respuestas en bocas desavisadas. Así que pensé que no había forma más directa de enterarme de lo que pasó en Illescas que reuniéndome con doña Isabel. Le pedí cita. Y me la dio fuera de casa, lejos de la vista de los mil ojos chivatos de Sevilla, en aquellas tumbas latinas en el camino de la vieja Cádiz. Temí que, más que informarme, la señora quisiera masticarme, otra vez, los labios y dejarme con tan pocas energías que ni sostenerme en pie alcanzaba, pese a que también me pasé por los mondongos aquel resguardo protector que me enviaron los brujeros de Triana. Me faltaba una cosa para ir relajado a la cita. Un poema de amor. Ese que tenía prometido escribirle desde hacía algún tiempo. Pero los acontecimientos que me ahogaban no me concedieron el recogimiento necesario para escribir un poema a mi Venus caníbal. Necesitaba tiempo y serenidad para pensar y escribir. Así que, no sé si tirando por la mala dirección, le copié a Cervantes un precioso poema de su *Gitanilla*, ese que empieza «Gitanica, que de hermosa te pueden dar parabienes: por lo que de piedra tienes, te llama el mundo Preciosa». Manipulé el poema para no ser declarado plenamente falsario. Y donde aparecía «Gitanica» lo mudaba yo por «Señora», y donde aparecían el Tajo y el Manzanares, yo le ponía Guadalquivir y algún afluente. El poema quedó lindo. Tan lindo que podía firmarlo el propio don Miguel de Cervantes como suyo, pero con el auxilio interesado de un negro enamorado… Fui hasta los sepulcros latinos, la esperé como media hora y, en ese tiempo, pude discernir que era mejor enterarme primero de lo ocurrido en Illescas que leerle el poema. Si le leía primero el poema, por puro embeleso, se derretiría como la manteca en el fuego y, voto a Cristo, acabaría Illescas como acabó Roma: en llamas y violentada bárbaramente…

—Disculpa el retraso, alguacil. Entre los negocios y la congregación apenas si me da tiempo para mirarme al espejo.

—No lo hagas. Porque tú eres espejo de hermosura.

—Galante y adulador vienes. ¿Quieres lo de siempre o más? —me insinuó acariciándome la nuca.

—Quiero antes de sorprenderte y pagar mi deuda, que me

cuentes algo que me interesa muchísimo.

—¿Me traes un regalo? ¿Seguro que no es de Madrid? No me gustan en absoluto los regalos de Madrid —me dijo recordando una situación incómoda de nuestra relación con un rictus de ironía en su boca frutal.

—No, está hecho en Sevilla. Con mucho amor.

—Entonces me placerá. ¿Qué quieres saber, alguacil?

—Illescas. Quiero que me cuentes qué ha pasado con la declaración del marqués de Ayamonte.

—Siéntate y pon atención.

—Soy como una de esas paredes que dicen que oyen…

—En esa testificación, el marqués imputa con datos precisos el acuerdo del conde con su hermana y su esposo, el rey de Portugal sublevado. También da los nombres de la nobleza levantisca que se sumaron a la rebelión.

—¿Y el de Ayamonte se metió en el saco?

—¿Qué cordero pide que lo degüellen? Se exculpó diciendo que era un elemento secundario de la conspiración y que rogó al cielo y a todos los santos del mundo para que el duque de Medina Sidonia se retractara de su error, que él lo único que perseguía era procurar el descanso de la Andalucía, tan demandada de tributos y hombres para la guerra, pero que nunca quiso maquinar contra la persona ni la Corona de su majestad.

—¿Lo crees?

—No me importa en absoluto, alguacil. Pero luego te explicaré las razones de mi falta de interés. Prosigo.

—Te escucho.

—El marqués de Ayamonte justificó su declaración diciendo que la había hecho bajo la promesa que le hizo el conde-duque…

—Las promesas del diablo…

—Trataba de salvar a su primo, el de Medina Sidonia, por eso buscó una cabeza fácil para que el verdugo hiciera su trabajo. Adujo el marqués de Ayamonte, otro traicionado en esta historia de traidores, que ese testimonio fue hecho bajo la promesa de una condena liviana para él, perdón incluido, si se declaraba culpable.

—¿Qué se llevaba a cambio el marqués? ¿Qué es una condena liviana para el conde-duque?

—Ciertos beneficios penales y la promesa de que aquella testificación no era ni acto solemne ni judicial, y que haciendo lo que se le pedía tendría las galeras de Sicilia y lo casarían con la princesa de Botera.

—No era mal negocio de no ser vana la palabra del conde-duque.

—Era un negocio imposible que el desgraciado marqués de Ayamonte se tragó como se traga un sumidero el agua sucia.

—¿Hubo coerción para que aceptara el trato?

—Más que en un barco negrero. Porque le dijeron que de no convenir con la propuesta padecería dilatada prisión y muchos trabajos. ¿Te parece buena la tanda de latigazos de esas amenazas?

Doña Isabel parecía que había estado en la sala oyendo testificar al marqués de Ayamonte. Porque continuó su relato, con comas y puntos, algunos suspensivos que lo decían todo. Por lo oído, el marqués expuso que el duque de Medina Sidonia había mantenido correspondencia habitual con su hermana Luisa, recién nombrada reina de Portugal, a través de un agente del duque en Lisboa, un fraile con sueños de grandeza, llamado Nicolás de Velasco.

—¿Cómo llegaba esa correspondencia desde Lisboa al duque?

—Unos mozos portugueses, llegando al río Guadiana, con señales apañadas, tenían la entrada franca, sin estorbo alguno.

—¿Hay pruebas de esos despachos? —le pregunté a doña Isabel.

—Algunos venían cifrados y el duque los destruía una vez leídos. En una de aquellas cartas, el marqués, que no tuvo acceso a todos esos despachos, pudo ver el interés que mostraba el duque de Braganza en que la Andalucía se alterase y procurase no pagar tributos, porque sin ellos y sin la asistencia de esta provincia no se le podría hacer la guerra…

—Y en una de esas cartas tuvo que llegar la idea de la orza del catalán para preparar la alteración del Jueves Santo sevillano…

—Bien hilado, alguacil. ¿Dónde estará esa orza?

—Ese trabajo no acabo de cerrarlo. He llegado a pensar que incluso fue un invento, un bulo.

—La declaración que hace el marqués de Ayamonte apunta a que existió, que ese dinero llegó a Sevilla para levantarla contra el rey y separar sus reinos.

—Nunca lo sabremos —le dije resignado.

—Yo en cambio, Domingo, sé las razones por las que ese levantamiento no prosperó.

—Me interesa mucho tu opinión.

—Le agradezco al cielo y al Cristo de San Agustín que no sucediera. ¿Te imaginas en qué manos estaríamos? ¿Te imaginas a un duque feble de carácter, manejado desde Lisboa por su hermana y su cuñado, al albur de sus caprichos y con la intención de acabar con la España americana con la ayuda francesa? Los más lerdos de la nobleza andaluza a disposición de los más listos de la nueva corte de Portugal y de una guzmana muy ambiciosa.

Pensé unos minutos en todo lo escuchado. En las manipulaciones del conde-duque y la forma en la que convenció al rey para dejar libre al de Medina Sidonia. También pensé en la orza… Hasta que mi señora me pidió que cumpliera con mi palabra y la regalara con mi sorpresa.

—¿Y el regalo que me prometiste?

—Es un poema. El que tantas veces me has pedido y, por una u otra razón, jamás pude escribirte.

—¡Pues léelo, amor mío!

Sudaba, balbuceaba, temblaba de pensar que mi señora conociera el poema. Que hubiera leído esa novela tan popular de Cervantes y lo hubiera hecho suyo, con una rosa roja marchita sirviéndole de separador, para acudir a su música y sentimiento cada vez que un alma tan liberal se lo pidiera. «¿Para qué prolongar más la angustia?», me dije. Lo que tenga que pasar, pasará. Y comencé a leérselo al oído, como un susurro, como un batir de alas de paloma:

«Señora, que de hermosa
Te pueden dar parabienes;
Por lo que de piedra tienes,

Te llama el mundo Preciosa.
De esta verdad me asegura
Esto, como en ti verás;
Que no se apartan jamás
La esquiveza y la hermosura.
Si como en valor subido
Vas creciendo en arrogancia,
No le arriendo la ganancia
A la edad en la que has nacido…».

Y hasta ahí llegó el verso porque surgió su beso, sus besos, la lírica incendiada de sus rimas de amor, los dedos de su erotismo, esa forma tan apasionada de sentir al amante, amando como si hubiese de aborrecer y aborreciendo como si hubiese de amar. No me dejó acabar lo que el bueno de don Miguel le dedicó a la gitana más preciosa de Madrid. Eso me relajó tanto que me entregué a todas sus proposiciones y a todos sus artículos de amor que, por muy indeterminados que fueran, ya se encargaría el fuego de modelarlos y darles la determinación que se nos antojara. Y caí en su volcánica hondura pensando en el buey sucio y en la mosca osada. Dios nos libre de bueyes tan sucios como hay disfrazados con damascos negros y cruces rojas de órdenes… tan desleales que cumplir.

Saber retirarse

El jugador avisado, libre del cepo de la pasión de la apuesta, sabe cuándo tiene que levantarse de la mesa, dejar los naipes sobre ella y retirarse antes de que la derrota se convierta en tragedia. Dicen que en la mesa y en el juego se conoce al caballero. También a los lerdos y a los imprudentes. Tres envidos fuertes se jugó Bonaventura en las últimas semanas: la Congregación de los Justos, Illescas y Valencia de Alcántara. Las tres manos las perdió. Sin que tantos reveses, avisos ciertos de que la Fortuna no te mira bien, le invitaran a firmar consigo mismo una retirada digna y estratégica. Hay guerras que se ganan por una retirada a tiempo. Por contrario, siguió jugando fuerte. Sin miedo a que algunas de las picas de la baraja se le clavaran entre el alma y el corazón, que algunos sitúan casi en la misma vecindad del cuerpo de los hombres. Si el rey tenía tres cosas por ganar en Sevilla, la calle de la Caza, la Costanilla y el matadero, Bonaventura dejó por ganar las guerras que debieron llevarlo a lo más alto de su prestigio personal. Tres reveses. Tres manos perdidas. Tres oportunidades que pintaron bastos…

Al igual que el duque de Medina Sidonia y Lorenzo di Bonaventura, la Sevilla de aquel año de 1641, también miraba siempre para Cataluña y Portugal. Los levantamientos eran como bocas hambrientas incapaces de saciar su apetito de dinero y hombres. El de Olivares apretaba más y más, como si España fuera el cuello que el tornillo del garrote debía asfixiar. Los recursos fiscales estaban destruidos por las gabelas, los empréstitos y las peticiones reales que no se podían satisfacer. El regente de la Real Audiencia sevillana, Juan de Santolius, recibió una orden de cumplimiento obligado: se conminaba a toda la nobleza a que sirviesen a su majestad en los citados frentes de Portugal y Cataluña. Pero casi ninguno se dio por

enterado, como si aquello no fuera con ellos. Quizás porque algunos de aquí y otros nobles de la Andalucía, como dejara bien claro en Illescas el marqués de Ayamonte, veían con simpatía y beneficios inmediatos que el reino de Andalucía se separara del de España. La realidad es que daba la impresión de que los intereses de la corte de Madrid iban por un lado y los de algunos nobles andaluces por otros bien distintos y ajenos a los de Felipe IV. Una buena prueba de lo que digo es lo que le ocurrió al muy noble y, ¿leal?, señor de… bueno, mejor omitamos su santo y seña, pero puedo decir que es hombre principal, con hábitos de órdenes y con caudales sobrados. El regente de la Real Audiencia se entrevistó con tan principal personaje, con el objetivo de comprometerlo personalmente y sin excusas en colaborar con la Corona. O iba a la guerra con sus ejércitos o pagaba bien por no ir. Este duque se negó a facilitar dinero y mucho menos a aportar hombres y armas para combatir en Portugal, aduciendo que él no era ni fue nunca noble.

Y esa respuesta tan atolondrada lo dejó in púribus, desnudo ante la sagacidad del regente. Vio claro el flanco que había desprotegido el duque y le dijo sin medias tintas ni medias palabras: «Si usted no es noble pone en aprieto a sus hijos y a los que depusieron para que les fuese dado el hábito, pues resultan las informaciones falsas y nula la merced, pues para ello hay que probar hidalguía; no es buena herencia la que les deja», prosiguió don Juan de Santolius, «y usted me firmará ante escribano y testigos lo que acaba de manifestarme, para dar cuenta a su majestad, que no es bien que paguen justos por pecadores, ni que usted pase por lo que no es…». Cuando el duque se vio como ratón sin ratonera donde refugiarse, aflojó la mosca. Así me lo contaron y así lo cuento. Por las calles de Sevilla el hecho fue de boca en oído y del oído a otras bocas, como campanas tañendo a burla y chanza, que repicaban todas encima de la reputación del noble aristócrata. Cuentan que el regente iba diciendo que aquel noble valía por cuatro, quizás el peso en oro de su deslealtad y tacañería.

Como la ciudad hizo suyo el sucedido, Lorenzo di Bonaventura, sufriente de las payasadas de su señor en

Valencia de Alcántara, fue también blanco de algunas pullas de los que antes lo aclamaban como héroe. El pueblo es así de tornadizo. Un día te da el víctor; el otro, el martirio. Y fue por esta razón por la que Bonaventura tuvo que escuchar en plena plaza de San Francisco si el duque tacaño al que el regente le había contado las cuarenta y sacado los cincuenta y tantos en doblones de oro, era de la gavilla quejosa y resentida que acaudillaba su dueño y señor.

—¿Tan tacaño es el que nos quiere hacer libre del rey, Lorenzo? ¿Qué clase de hambre nos espera?

—A ti no te pillará de sorpresa. Estás acostumbrado a pasarla desde tiempos bíblicos —le respondió el genovés.

—Pues entonces, que le corten la cabeza, Bonaventura, porque creo que las penalidades que dice padecer Andalucía y que quieren remediar, tienen más que ver con los intereses de algunos nobles que con los de los hombres corrientes y molientes. Váyanse él y sus conmilitones a la pelea. Que esa guerra es más suya que mía.

—¿Qué sabrás tú de eso y de aquello?

—Sé lo que ha llegado desde Illescas y que toda Sevilla comenta.

—¿Qué comenta? —preguntó con forma de jayanes Bonaventura.

—Que tu duque tenía como amistad y correspondencia para este asunto a otros nobles: el duque de Arcos, el de Cardona, los marqueses de Priego y Poza, el duque de Nájera y otros muchos señores quejosos. Baja esos humos, Lorenzo. Porque no digo necedades.

—Inventas. Todo eso son inventos y fantasías. Mi señor apoya al rey y denuncia el mal gobierno…

—¿También es invento las cartas que el marqués de Ayamonte envió al asistente de Sevilla y al de la Real Audiencia para que proveyese la plaza de Ayamonte de gente de guerra y artillería? ¿También es un invento que demandara soldados para proteger Ayamonte porque él se llevó hasta Sanlúcar a los suyos dejando la plaza desguarnecida? Contesta, Lorenzo. Esas cartas están aquí en Sevilla. Y en Sevilla se lee hasta lo que viene lacrado y con sello de Roma.

—Hablas con lengua de rabiza de mesón.

—No más murmuradora que la de su señor. Que ha traicionado a los suyos al verse descubierto. Y que en mala hora fuera que un noble de su calaña gobernara una Andalucía por ellos, para ellos y sin los demás.

—Mereces el hambre que pasas —le insultó Bonaventura.

—Y tú el pan tan amargo que ganas desde que quebrara tu padre. Yo trabajé para él. Y le daría vergüenza saber lo bajo que ha caído su hijo.

Sin mediar media palabra más, Bonaventura sacó su daga y le asestó con la empuñadura un golpe seco y duro en la boca:

—Te juro que te acabo de hacer un favor. No tendrás que procurarte comida en un par de semanas…

A Bonaventura le seguían entrando cartas malas en una partida que se negaba a abandonar y lo dejaba cada vez más in púribus ante los ojos de la ciudad que semanas atrás lo aclamó.

Por el río

Los paseos invitan a la meditación. Y yo entraba, obligado por las cosas pendientes de resolver, en un tiempo de juicio y pensamiento, teniendo como objetivo saber de una vez si la orza existió o no existió. Pasear por el río me ordenaba la cabeza. Me sosegaba el espíritu. Pese a que su ambiente no era el más indicado para la reflexión. Uno de aquellos días me acompañó Tomé, que hablaba poco y pensaba largo. Y su lengua tenía más luz que saliva. La declaración de Illescas, según me contó la señora Isabel, llevaba implícita la posibilidad de que la orza hubiera existido. Para sublevar la capital económica del imperio, para levantar Sevilla contra el rey, se necesitaba dinero y comprar voluntades, plata para subvertir el orden en las calles y cohechos para cerrar ojos ante un manifiesto acto de sublevación. Nada de esto pudo llevarse a cabo por aquella riada que nos dejó sin Semana Santa. Y que, pese a lo que los cofrades más rabiosos opinaban, para mí había sido la mejor Semana Santa de toda la historia de la ciudad. De haberse celebrado, el Jueves Santo se habría teñido no por las heridas abiertas de los crucificados, sino por la roja sangre de los hombres y por la negrura de una acción tan desatinada. Y estaba seguro de que, en la Hermandad de la Antigua, unos pocos conjurados en la clandestinidad de sus objetivos atendían órdenes portuguesas y del de Medina Sidonia para que las calles fuesen dominadas por el miedo y el terror. La nuestra, la de los negros de la Virgen de los Ángeles, sería utilizada como pretexto y ocasión para los disturbios. Era bueno recordar las cosas tal y como estaban trazadas. Aunque el diluvio aguara los planes, afortunadamente.

Hablaba de estos pormenores con Tomé, siempre tan lúcido y despejado. Sus palabras eran pocas. Pero iban sobradas de su inteligencia. El día acompañaba al paseo, con la luz herida del

otoño, las gaviotas del río posadas en los velámenes de las naos y los espulgabueyes buscando culebras entre los cañaverales de las orillas. Los zagales pescaban albures. Y las putas te reclamaban tras de las matas para invitarte a carne puesto que no era vigilia. El paseo fue fructífero. Porque saqué en claro algo que ya no lo estaba tanto. Jugué un poco con Tomé antes de meternos en harinas mayores.

—¿No te apetece un buen bocado de ramera, Tomé?

—La carne es mala para la gota, Domingo.

—¿Para la gota o para las goteras? —me burlé del viejo con buen tono.

—Algún día los años te averiarán las cañerías y ni goteras tendrás para dar placer al harén turco que contentas en Sevilla.

—Pero eso tardará aún algunos años, amigo.

—No te preocupes. Ese encargo te llegará seguro. Vendrá en su día.

—¿Nunca pensaste en tener mujer y familia, Tomé?

Me miró de arriba abajo, perplejo:

—¿Y tú me preguntas eso…?

Nos echamos a reír mientras veíamos a las putas sacarnos la lengua de forma lasciva y enseñarnos el culo.

—Por sus modales deben ser vírgenes —le dije a Tomé.

—Yo las pondría el Domingo de Ramos en lo alto de una parihuela. Santas patronas entre las santas son, alguacil. Porque en el barro tienen su industria…

Y fue Tomé quien me dio el pie. Quien me abrió la puerta para entrar donde yo quería. Ir del Jueves Santo negro a la maravilla de una orza repleta de plata y perlas del Darién que nadie sabía dónde estaba y que algunos, como el propio Tomé me insinuó, jamás existió.

—Sigo entretenido con lo que me insinuaste hace algún tiempo.

—¿Qué fue tal insinuación, Domingo Congo?

—La posibilidad de que la orza del catalán nunca llegara a existir y que, por semejante fantasía, hayan muerto personas inocentes.

—Todas negras, de la comunidad de San Roque.

—Excepto los dos primeros, los que nadie conocía. Y en

Sevilla nos conocemos todos los negros.

—Esa fue una circunstancia chocante, Domingo.

—Muy chocante, Tomé.

Me agaché, recogí una piedra y la arrojé al río. Se la tragó el agua tras un ruido seco y profundo, multiplicando sus ondas hasta perderse en las aguas del Guadalquivir.

—¿Has visto la piedra?

—Puedo tener goteras en algún sitio, Domingo. Pero la vista me funciona perfectamente.

—Lo sé. Por eso he tirado la piedra. Para que veas cómo un golpe levanta las ondas del río y es el mismo río el que las hace desaparecer pasado el tiempo.

—¿Y? —me preguntó escéptico aquel negro tan pragmático.

—Trato de explicarme que aquellos dos primeros negros que acogotó como conejos Bonaventura hicieron su ruido para que, después, fuera el río de los acontecimientos quien se los tragara.

—En su día te dije que Bonaventura no se iba a cobrar sangre cercana a ti, que buscaría, para hacer valer su chantaje, sangre negra pero distanciada de San Roque. Con eso te iba a desconcertar y a meterte miedo. Pensar es imposible con miedo y desconcierto.

—¿Quería anularme? —le pregunté.

—Te anuló, alguacil. Las primeras semanas no eras tú. Eras un fantasma. Y estabas tan perdido como la piedra que acabas de tirar al río. Sumido en un profundo desasosiego. Él era el gato y tú el ovillo de lana con el que se entretenía y jugaba.

—¿Y con qué motivo?

—Creo, Domingo, que con un motivo muy principal: tenerte tan enredado que fueras incapaz de entender lo que estaba pasando.

—¿Acaso tú, Tomé, sabías lo que estaba pasando?

—Sí. O al menos lo intuía, alguacil.

—¿Qué intuías?

—Que quien tuviera la orza, si es que existe, estaba eliminando testigos directos de la operación. O tal vez que…

—¿Qué?

—Que fueron dos salteadores de tumbas que, de forma

fortuita, se encontraron con el tesoro del faraón.

Nuevamente paré el paseo. Cogí otra piedra y la arrojé al río. Tomé se burló.

—¿Te han encargado ese trabajo, alguacil? Te advierto que en este camino hay más piedras que en las barrigas de los galeones sirviendo de lastre. Acabarás reventado como cuando vas a San Lorenzo y vienes tan exprimido…

No le seguí la broma. Y permanecí concentrado en el asunto, en mi asunto.

—Me quedo con la primera explicación, Tomé.

—¿Por qué desconsideras la segunda?

—Porque los salteadores de tumbas los conocemos en Sevilla…

—Domingo, en este juego, los salteadores de tumbas, o lo que fueran, son los títeres del mayor teatro del mundo: el poder. Esos títeres estaban movidos por la estrecha connivencia entre la nobleza de Portugal y la de algunos aristócratas andaluces. Ahí radica toda esta historia —me dijo Tomé con cierto aire de suficiencia, como el hombre que lo sabía todo.

—Estás apuntando a matar, Tomé.

—Y procuraré no fallar. Porque la bala del pistolete sabe cuál es su diana.

Decidimos desandar lo andado, ver a los mismos niños pescando, a las mismas putas enseñándonos el culo y a las mismas gaviotas chillando en lo alto de los velámenes de los barcos. Y sin venir a cuento Tomé me soltó una de las suyas:

—Te diré algo, Domingo. Algo que no debes olvidar nunca.

—Te escucho.

—Cuando uno quiere ocultar la verdad, lo primero que ha de hacer es darle a la gente una verdad distinta para tenerla confusa…

—Esa verdad la tenemos. Lo que no tenemos es la orza.

—Pues mira bien todo lo que ha pasado. Porque quizás nos hemos tragado una verdad distinta para tenernos confundidos…

—¿Me permites una pregunta?

—Siempre las haces y nunca te las he prohibido.

—Desde hace unos días llevas un arma contigo. Y esa no es tu costumbre.

—No están las cosas tranquilas, Domingo.

—Nunca lo están en Sevilla.

—Pero esta vez pueden alcanzarme.

—¿Qué me quieres decir?

—Que no mataron a Lázaro solo por hacer daño. Te dije que era una advertencia. Y estamos advertidos, Domingo…

Por el Arenal vimos confusión de gentes, acusaciones en voz alta, nombres de portugueses que debían pasar por el quemadero de Tablada acusados por la muchedumbre de judaizantes, de casados con dos o tres mujeres, de blasfemos y embusteros, de hechiceros y de inventores de trabajos para no trabajar. Era fácil culpar al de fuera de los males que ocasionaban los de dentro, aquellos que, por ejemplo, gritaban viva el rey y muera el mal gobierno. Yo temía esos arrebatos populares con tan poca conciencia como tan mala predisposición. Y pensé en un hombre bueno, sabio, trabajador y cristiano a carta cabal. Pensé que, en aquel ambiente tan soliviantado y torcido contra los portugueses, el judío Elías Benasayag corría mucho peligro… Más que el que pudiéramos correr Tomé y yo.

Diáspora

No es bueno para los reinos que lo abandonen por el rigor de las leyes sus hombres más dispuestos y preparados, porque entre las guerras que los desangran en los frentes, los que se pierden en las cofradías de bellacos para ganar lo que no es suyo, los santeros que viven, como los profesionales del naipe, de la flor de sus misticismos y los que alcanzan el grado de holgazanes pidiendo en plazas, calles, iglesias y hospitales a costa de úlceras, fracturas y deformaciones físicas, nadie queda para ayudar a tales reinos. Y estos caen en la ineptitud y la ineficacia. Me relataron alguna vez en San Roque que un hombre de justicia convocó a todos los tullidos y ciegos de la ciudad, en el campo del hospital de las Cinco Llagas, para censarlos y darles licencias a los que de verdad no podían mantenerse por sí mismos por graves afecciones físicas y reprender a los que simulaban sus lacras y laceraciones para no trabajar y vivir de la sopa boba de sus oraciones en las calles. El trabajo le llevó un día entero, me informaron. Para ser, mayormente, las viejas y desvalidas por los años y la necesidad, las que lograron las tablillas con licencia para pedir. En resumen: en este reino los hombres de cocha, los que son expertos y están versados en su materia, son los pocos. Y cada vez menos cuando la religión y la sangre median en el conflicto. La animadversión contra los portugueses y judíos, muchos de ellos de aquel reino ahora en abierto desencuentro con el resto de España, iba creciendo como buena guilla, como una cosecha abundante. Y Elías Benasayag decidió, tras hablar con el prior del convento de San Agustín, con los hombres principales que atendía como médico y con sus contactos en el Santo Oficio, que lo más prudente era abandonar la ciudad y buscar un destino más suave y placentero. El propio judío me lo confesó una tarde, quince días antes de tomar otros aires.

—Es insostenible, Domingo. No puedo seguir en esta ciudad. Te habrás enterado de lo que pasó días atrás en el Arenal.

—Por allí pasamos Tomé y yo y lo vimos con nuestros propios ojos.

—¡Dios santo!

—No te amilanes, Elías. Tienes buenos contactos, te protegen eclesiásticos y hombres poderosos, no eres ni brujo ni santero. Eres un médico que toda Sevilla conoce y en alta estima te tiene.

—Aun así tengo mucho temor.

—Nadie te puede acusar de culto secreto, de dar a logro como hacen los usureros, de apreciar el cerdo o de tener en tu casa un candelabro con siete brazos y una estrella de David.

—Soy cristiano nuevo, pero lo soy. Ya lo sabes.

—Entonces no te marches, sigue con nosotros, en esta ciudad necesitamos gente con tu preparación y discernimiento.

—Tengo tomada la decisión. Cada día son más los judíos portugueses que pasan por los tribunales, unas veces porque son bellacos y amigos de las ventajas. Otras por ser solo eso: judíos y portugueses. Una mixtura mortal en los tiempos que corren. El peor de los venenos para el que bebe de esa condición.

—Los negros te sabríamos proteger.

Elías, descreído, me miró para decirme con la luz de sus ojos que mejor nos protegiéramos nosotros mismos, que desde la Cuaresma vivíamos en permanente angustia. Luego me reveló sus intenciones.

—Diré para excusar mi marcha, como así me aconsejan mis frailes de San Agustín, que viajo hasta Lima, para enseñar latín, griego y hebreo en su universidad.

—Eso te permitirá el regreso cuando las cosas se suavicen.

—Esa es la intención. Pero en realidad no iré a Lima.

—¿Entonces?

—Me embarcaré en Sevilla, dejaré el barco en Sanlúcar y desde allí marcharé hasta Madrid y de Madrid a Holanda, donde tengo familiares.

—Largo, cansado y peligroso viaje, Elías.

—Más largo, pesado y peligroso es el tiempo que consumo

en esta ciudad.

—¿Qué harás con la jolofa? ¿La venderás?

—Le daré la libertad y firmará un acuerdo conmigo para que siga en esta casa, la cuide y la mantenga intacta hasta que yo regrese.

—¿Y si no regresas?

—Regresaré. Nadie me puede echar sin motivos. Nadie puede expulsarte de tu tierra por ser mejor que muchos de los que murmuran y propagan infamias y mentiras.

Cada frase me asombraba más y más y más.

—¿Una negra guardando tu casa? Es como poner a un resellero a guardar la plata de la Casa de la Moneda.

—Es una negra libre como tú, Domingo y respaldada por mis amistades religiosas y civiles.

—No pasará un mes de tu marcha cuando alguien murmure, levante falso testimonio y la acuse de hacer ungüentos de bruja. ¿Recuerdas el pasaje del *Coloquio de los perros* donde la Cañizares le relata al perro Berganza cómo son los ungüentos que preparaba la Camacha de Montilla y que dejaban a las personas muertas, pero con vida?

—No lo recuerdo, Domingo. No tengo la cabeza para literaturas.

—Pues eso será poco para lo que dirán de ella y nadie en el Santo Oficio podrá parar por segunda vez una acusación de brujería contra Ibulorena.

—¿Crees menos necio, entonces, que la ponga en venta y la compre Bonaventura?

Callé, miré al suelo embelesado y entendí que, de todas las soluciones posibles, aquella era la menos mala para ambos. En quince días dejaría la ciudad otra de sus cabezas más dispuestas y preparadas. Para que fuéramos más pobres en ilustración y más ricos en bellaquería, hampones y viejas con tablillas para pedir limosnas. Abracé a Elías y le prometí ir a verlo con Tomé, antes de que se embarcara, porque quería agradecerle sus cuidados médicos.

—Sí, venid, me placería mucho. Además, tengo algo que obsequiarte.

—Nada me debes, Elías. Yo a ti tanto que no tengo con qué

pagarte.

Sonrió. Me guiñó un ojo y miró a la pared donde colgaba aquel magnífico dibujo del Cristo de San Agustín que le regalaron del taller de Pacheco.

—Te salvó la vida, ¿recuerdas, alguacil?

—Lo recuerdo…

—Pues te quedarás con él para que siga siendo tu mejor ángel de la guarda. En esta ciudad toda protección es poca…

CAPÍTULO XI
UNA VERDAD DISTINTA

ENCUBADO

Listo como la experiencia y largo como los caminos que llevan a Lima, a Tomé le sirvió su cuchillo para luchar contra la desatada locura de un demente con delirios de justicia. Por parricida y según el santo tribunal que llevaba entre sus piernas lo condenó a la pena de encubamiento. Un castigo romano que seguía vigente en Sevilla para ajustar cuentas con los parricidas. No hacía muchos años, una mujer de Triana, viuda pero en tratos de amor con un gallego, tuvo un hijo al que le quitó la vida recién nacido. Y la condenaron a dicha pena. Era un castigo cruel y terrible. A la altura de la ferocidad que es matar a la sangre de tu sangre. Consistía la pena en atar las manos y pies del acusado, meterlo en un saco de cuero, acompañado por un perro, un gato y un mono si lo hubiera. De no encontrarse, valían culebras. Luego el saco de cuero de vaca era arrojado al río. Y cuando se recuperaba el cuerpo, solía trocearse y ser exhibido en diferentes lugares de Sevilla. La agonía de aquel tormento debía ser tan extrema como la pena en sí. A Tomé lo sorprendieron los rufos de Bonaventura, con el genovés a la cabeza, en algún lugar de la Puerta de la Carne. Quizás venía de visitar la tumba de su amigo Lázaro. O fue a dejarse ver por los viejos conocidos que por allí tenía. El caso es que le dieron lazo, lo pillaron desprevenido y el mismo Bonaventura le explicó, camino de un apartado lugar del río, las razones de su apresamiento.

—Quedas condenado por parricida.

—Yo, en cambio, te acuso a ti de perricida —dijo con media sonrisa en la boca.

—Insisto, cuervo: quedas condenado por parricida.

—No he podido matar a mis padres porque muertos están desde hace años y nunca pisaron Sevilla. Aunque de vivir aquí jamás se me hubiera ocurrido asesinar a quien la vida me

regaló.

—Mataste a mi padre, al duque de Medina Sidonia. Tuyas han sido todas las argucias para quedarte con la orza del catalán y hacer correr los rumores por Sevilla de su deslealtad al rey.

—Deliras, sicario. Deliras para hacer lo único que sabe hacer tu corazón: matar, asesinar, mentir, chantajear. Siempre buscando culpables. ¿Por qué será?

—¿Tienes algo más que decir en tu defensa?

—Sí.

—Habla.

—*O yoo ku laipe*.

—¡¡Rebuznas, asno!!

—Te lo traduzco: no vivirás mucho.

Le aplicaron la pena a Tomé, lo tiraron encubado al río y se cercioraron de que el cuero de vaca bajaba hasta el fondo, produciendo tal terremoto en las aguas, que llegaban las ondas desde abajo a la superficie. Tras unos minutos las aguas se calmaron y a Tomé lo dieron por ajusticiado. Bonaventura y sus bravotes fueron a celebrarlo a un mesón, donde se regalaron un gaudeamus en el que no faltaron ni perdices ni conejos y bebieron *sine fine*, como decían los de la germanía, beber hasta el fin de los días. Me enteré del suceso tras un canto que me llegó tarde y me obligó a pedir un caballo ligero y galopar por el exterior de la muralla hasta el lugar del río donde, me aseguraban, habían ejecutado a Tomé. Al menos quería recuperar el cuerpo de mi maestro y compañero. Recorrí aquella infrecuente y tenebrosa orilla sin que viera rastro del ajusticiamiento. Me desnudé y fui a tirarme a un lugar donde las aguas se movían de forma poco natural. Cuando me quitaba las calzas oí, entre el cañaveral del río, un quejido, un dolor de palabras. Y allí estaba Tomé, con poca vida, con muchos arañazos y mordidas, sobreviviendo a la pena de encubamiento. Debió ser de los contados que superó una condena tan brutal. Lo recogí. Lo monté sobre el caballo y lo llevé a nuestro hospital de negros. Allí quedó para que lo sanasen o lo amortajasen. Era cuestión de días saberlo. Pero una vez más deduje que lo salvó su luz. Era verdad que el

ahorcamiento de Lázaro no moría con el perro. Era una clara advertencia de que Tomé también estaba en la lista del genovés y cuando le tocó, le tocó. ¿Por qué fue elegido? No lo sé. ¿Quién puede conocer cómo se desempeña la cabeza de un demente sanguinario?

La diablesa

Hay esperas que te desesperan. Unas son de amor al que le pides trato y correspondencia. Otras son las del final de tus días, la incertidumbre de saber hora, momento y circunstancias. No falté ni una jornada al lado de la cama de Tomé. Esperando y desesperado. Días tuvo de momentos con plena conciencia. Otros de absoluta inconsciencia, como preámbulo del sueño definitivo. En aquellos momentos de lucidez y conciencia, cuando la fiebre le remitía y reconocía mi persona, hablaba y confesaba extremos que debía saber.

—Nada de lo pasado debe nublarte el juicio, Domingo.

—No voy a esperar un día más, Tomé. Voy a matarlo y a librar a mi comunidad de su ángel exterminador.

—Ten paciencia. Todo tiene su tiempo. Y no le queda mucho. Así se lo dije antes de que me tirara al río.

—No puedo aguantar más. Es juez, testigo y verdugo de los negros. Por algo que solo él puede saber. La orza nunca estuvo en nuestras manos.

—Te diré algo, Domingo Congo.

—Te escucho.

—¿Sabes por qué nadie conocía a los negros que aparecieron asesinados en aquel árbol de San Roque durante la riada?

—No lo sé.

—Porque como bien averiguaste no eran sevillanos. Los trajeron de Zafra o de Gibraleón. Eso es lo de menos. Lo de más es que lo mataron porque eran dos testigos.

—¿Los testigos?

—Sí, Domingo, los testigos…

—¿Fueron los que se llevaron la orza del cementerio? —pregunté.

—Así es. Eliminaron a los testigos que, además, sabían

dónde depositaron la orza tras sacarla de San Bernardo. Y le sirvió al genovés para cumplir su primer plazo de chantaje. Las dos ciruelas negras que te dejaron en San Roque fueron los dos negros que se llevaron la orza del cementerio.

Le acomodé la cabeza sobre la almohada y le di de beber agua.

—Entonces esa orza está en casa de Bonaventura, siempre estuvo en casa de Bonaventura. De ahí no se movió. Y por eso su interés en buscar siempre un ladrón, un responsable del robo del dinero. Primero quiso inculpar al catalán. Pero vio mucho más creíble y fácil que fueran los negros los que se la quedaron. Negros fueron los que se la llevaron. Y negros son todos los malhechores de Sevilla —concluí.

Tomé hizo un esfuerzo por continuar la conversación. Pero cambió de palo. Ni me confirmó ni me negó que la orza la tuviera el genovés.

—Hace días te dije una frase que quiero que recuerdes: cuando uno quiere ocultar la verdad…

—… lo primero que ha de hacer es darle a la gente una verdad distinta para tenerla confusa, la recuerdo bien, Tomé.

—No la olvides porque todo este asunto de la orza del catalán está encerrado y se explica con esa frase tan cortita.

—No la olvidaré.

—También quiero que sepas que, muchas veces, desde el lazareto, te desorienté en las investigaciones.

Me sorprendió y movió su mano para que me calmara.

—Fue por tu bien y para preservar a Negra Flor.

—¿Cómo, por qué? —pregunté desconcertado.

—No encontré mejor forma que esa. Abusé de tu confianza, pero eso te salvó.

—También a Ibulorena…

—No, a Ibulorena no. Tú sabes mejor que yo que era la persona ideal para reventar desde dentro este laberinto. Tú sabes mejor que yo que si hubiera un demonio que pudiera meterse en la cabeza torcida y enferma del genovés era ella.

—Entonces, Ibulorena ha estado…

—Sigue estando en la parte de los negros, Domingo. Sigue un plan trazado por mí que le comuniqué a través de Lázaro.

Por eso vistes al perro varias veces en casa del judío. Hasta que empezaste a sospechar de la frecuencia con la que el perro se pasaba por la casa de Elías. Ahí temí que te dieras cuenta de todo.

—¿Entonces Ibulorena no está enamorada del genovés?

—Te pierde la sangre que necesitas para regar antes la verga que el cerebro. Y si no dominas esa pasión, nunca serás dueño de tu vida.

—No me mortifiques más. Dime: ¿Ibulorena entonces no está enamorada del genovés?

—Pareces tonto, alguacil. Y perdona, tengo pocas ganas de seguir hablando. Estoy muy cansado.

—Mañana vendré a verte. ¿Necesitas algo?

—Mañana quiero que te quedes aquí todo el día. Siento que puede ser mi último día…

La revelación

Hay noches a las que no convences de que son para descansar y para que el sueño sosiegue la cabeza. Una de esas noches fue la que pasé en vela esperando la mañana siguiente para ir al hospital y sentarme junto a Tomé. Tuve un tambor redoblando en mi cabeza toda la noche. Ni en los frentes de guerra suena con tanta furia. Y el palo que más fuerte golpeaba aquel pellejo fue lo que me descubrió el Guineo sobre Ibulorena. Ahora me encajaban perfectamente muchas cosas. Como las bromas picantes que me gastaba en el lazareto tratando de encender mis celos con comentarios sobre la jolofa con el único fin de despistarme. La querencia de Ibulorena con mi madre, siempre tan cerca de ella, cuidándola y recabando información de mis movimientos, para que ambos estuvieran al tanto de lo que hacía. Pero sobre todo el profundo significado de su frase más repetida cada vez que me veía:

«Alguacil, siempre llegas tarde a mi vida. Pero yo sigo protegiéndote…».

Y en verdad que me protegía. Me protegía como solo una jolofa con su carácter y valor, con su fuerza y arrojo, era capaz de hacer. Montó un teatro más grande que el de la Montería para romper con nuestra relación cuando más pasión derrochábamos haciendo el amor en casa del judío y, dejándome con la miel en los labios, echarse en las manos del genovés, diciéndome que yo me quedara con San Lorenzo que ella se marchaba con San Siro, el patrón de Génova. Ella fue la diablesa en aquel infierno cercano a la calle San Miguel. Ella fue aquel leviatán que, alguna vez, sin quererlo, pensé sería la mejor solución para meterle a Troya un caballo que acabara con su superioridad; vergüenza me dio pensarlo. Solo una mujer como Ibulorena era capaz de tanto. Tuvo los redaños de soportar que yo, a quien protegía, la humillara diciéndole que

se fue con Bonaventura porque le gustó lo que le hicieron él y sus rufos antes de ser denunciada a la Inquisición. Soportó las arcadas de asco que sentía cada vez que el genovés le ponía la mano encima, le exigía placer y luego la humillaba diciéndole que le encantaba que la tratara como a una puta. Que por eso volvió a sus brazos y me abandonó. Y todo era puro engaño para ganarse su confianza hasta el punto de que Bonaventura me comentó en cierta ocasión que gozaba tanto de su nuevo hombre que parecía que estaba en África. Todo me vino de golpe a la cabeza. En aquella noche tan oscura que tanta luz me dio. Tuve que abandonar la cama varias veces. Perseguido por el dolor de su sacrificio y la vergüenza de mi estupidez. Y concluí que, a tonto, a bobo, solo me ganaba Bonaventura, tan engañado como yo lo estuve tantas veces en esta historia…

Era cierto: siempre me protegía. Y yo, en cambio, solo le aconsejé que fuera más veces a la iglesia y me adueñé de sus *otán* para que nadie pudiera acusarla de bruja. Hice tan poco por quien tanto hizo por mí que, si hubiera de pagarle lo que le debía, ni la orza sería suficiente. Cuando el sol iluminó la mañana, me lavé la cara en la tinaja del huerto y me fui con la cabeza hecha un bombo de los que sonaban en el Corpus hasta el hospital. Tomé dormía. Y me senté, sigilosamente, a su lado. Un cura me adelantó que había pasado una noche muy inquieta. Que lo dejara descansar. Dejé vagar los pensamientos con las alas de mis intuiciones para sobrevivir a tanta culpa gastada en una noche repleta de revelaciones. El frescor de la mañana despejó mi rostro y silenció aquellos tambores que casi me vuelven loco. Todo parecía cobrar cierto grado de serenidad. Volví a mirar a Tomé pero seguía dormido. Y me acució saber si mis sospechas sobre el paradero de la orza eran ciertas. Aquel hombre que lo mismo pisaba el jardín de los vivos que el de los muertos, que vivía horas de conciencia e inconciencia, sabía dónde estaba la orza. ¿Por qué razón me lo ocultaba? ¿Por qué no quería decírmelo? Intentó despistarme cuando me preguntó si yo estaba seguro de que aquella orza había existido alguna vez, y que ese propósito no tenía otro fin que el de concluir el plan trazado por ambos sin que yo interfiriera. Tal vez el encubamiento al que lo condenó el

genovés cambiara algo las cosas. Y yo encontrara mi lugar en el sitio que me correspondía por ser el alguacil de los negros y no el lerdo que me sentía en mitad de aquel complot al que tan ajeno estaba. Pasaron las horas y Tomé no se despertaba. Me asusté. Y arrimé mi oído a sus narices para comprobar si respiraba.

—¿Quieres besarme a mí también? —me asustó con la broma.

—No será por ganas, Tomé.

—Tantas mujeres te han vuelto maricón —me dijo con una sonrisa en la boca.

—Creí que te habías ido para siempre.

—Has creído tantas cosas que no son que oírte me reconforta. ¿Estás dispuesto a escuchar más cosas?

—Amo a Ibulorena —le dije alocadamente, impulsado por la culpa de mi estupidez.

—Ella también a ti, Domingo. Pero no era de eso de lo que quiero hablarte. Eso son cosas tuyas y de Ibulorena. ¿Quieres escucharme?

—Te escucho.

—Pronto aparecerá la orza donde menos te lo puedes imaginar…

—Sé que está en casa de Bonaventura, pese a que me ocultas esa información y no sé por qué…

—Pronto aparecerá esa orza donde menos te lo puedes imaginar…

—Quiero participar en ese hallazgo.

—Participarás. Pero recuerda que donde menos se espera, salta la liebre…

Perdido

Dice el ifá que cuando la verdad llega, la mentira baja la cabeza, se avergüenza y se va. Es posible que al genovés le pasara algo de esto. Porque había dejado de verse por Sevilla, ya sin corcel bayo ni sombrero de plumas coloreadas, perdido hasta el punto de que la gente rumoreaba que se había ido con su duque a Garrovillas, su refugio extremeño, o que había pasado en una galera rumbo a Italia. Consideré que era una buena noticia, de ser ciertos los rumores. Pero me quedó la inquietud de no haber podido ajustar cuentas cara a cara, haber jugado a los tarafes con él y ganarle con los dados la apuesta mayor de su existencia: la vida. Al número más alto. El que ganara era libre de cortarle el cuello al perdedor. Tan seguro estaba de ganarle que fantaseé con ese momento muchas veces. Necesitaba verlo sangrar, herido de muerte, con media herrería clavada en su costado, con los ojos pidiendo aire y angustiado de ver la vida que se le escapaba a chorros. Necesitaba vengarme de tanta brutalidad y desolación como había sembrado entre la comunidad por buscarse una coartada. Necesitaba, en fin, satisfacer el precio que pagué en miedo y zozobras por la seguridad de mi madre y por lo que le había hecho al judío, a Ibulorena, a Tomé y a aquella desgraciada madre con su hijito a los que mandó ahogar en el Guadalquivir. Necesitaba matarlo con mis propias manos, sin que valiera delegar su ajusticiamiento en papeles de escribanos, alguaciles ni corchetes, ni en manos ajenas a mi insuperable deseo de reparación. Me sentía tan animal como él cuando ejecutaba por capricho o por salvar sus planes. Y sentirme así, tan brutal, tan criminal como lo había sido él, no me resultaba incómodo. Al revés. Llegué a pensar que con ese instinto asesino puede uno entenderse y llegar a vivir con placidez saboreando la cota máxima que alcanza el poder: ser

dueño y amo de la vida de otro hasta sus más últimas consecuencias.

Nadie sabía dónde estaba el hombre que tan visible, días atrás, se había lucido por Sevilla. Aquel sicario con un as de diamante en su cabeza que ahora brillaba menos que nunca. Me asomé por San Miguel para husmear, como un podenco tras su pieza, entre los vecinos del barrio. Todos decían lo mismo: ni caballo ni caballero se habían visto por allí en los últimos días. Y que era probable que, tras los reveses vividos con la Congregación de los Justos, hubiera marchado de la ciudad como dicen que hizo Santa Teresa, tras comprobar cómo la capital del mundo del pecado trataba a los que no veía con buenos ojos: limpiándose los hábitos y dándole la espalda a la torre grande de la Catedral camino de Castilla. Me sentí frustrado. Iracundo. Y anduve al morro con los que me encontré por el camino. A Casimiro lo mandé bien lejos por no haberme avisado de la marcha del genovés. Al negro de Triana de la Hermandad del Rosario casi le di una tabalada en el cogote por estar tan lento y no enterarse de lo que debía. Y a mí mismo me reproché el haberme comportado como caballo de buena boca, conformándome con el silencio que llegaba de la orquesta silente de Bonaventura desde que encubaron a Tomé hasta hoy mismo, fecha en la que nadie lo ve desde hace tiempo. ¿Dónde se metió el criminal? ¿Dónde fue a parar semejante monstruo con cabeza solamente para el mal? ¿Cómo se pudo marchar de Sevilla sin pagar ni uno solo de sus interminables crímenes de chantaje, extorsión, intimidación y sangre? ¿Por qué, cuando menos sombra podía darle el árbol al que se arrimaba, pudo escaparse sin que su cuello sintiera el definitivo calor del finibusterre?

Desde San Miguel me llegué al hospital para ver a Tomé. Y atravesando sus puertas me crucé con Ibulorena, mis piernas temblando, mi corazón a galope como en una carga de caballería, mis manos extendidas implorando perdón, mis ojos aguados y tanto peso en mi alma que volví a sentirme tan desalmado como cuando le dije aquella brutalidad que me duele y me ahoga, que me mata y me entierra en vida: «Te vas con Bonaventura porque te gustó lo que te hicieron él y sus

jayanes antes de que te llevaran al castillo de Triana». Ibulorena también extendió sus brazos y se abrazó conmigo para que yo sintiera que dos somos uno, que ambos no somos pares, que hielo y fuego se conjugan, que un círculo perfecto lo abre una mano para que otra lo cierre. Dentro de ese círculo estábamos la jolofa y yo. Y en su centro el altar que mi devoción le labró con las columnas de su firmeza, el oro de su corazón, la plata de sus palabras, la luz de su gracia y el cantar de su valentía.

—No sé qué decirte, jolofa.

—No digas nada. Eres capaz de estropearlo —bromeó mientras sus ojos se encendían con el sol de su fuerza interior.

—Nunca me perdonaré haber dudado de ti, haberte creído una…

—… una puta en manos de Bonaventura. ¿Eso lo que querías decir?

—Sí, pero no…

—No pero sí, Domingo. Y es normal. No tenías motivos para creer otra cosa cuando te abandoné en casa del judío y te monté el teatro de los celos. Era la oportunidad que estaba esperando para buscar una buena coartada que me acercara a Bonaventura y entrar en su mundo.

—¿Para matarlo?

—Para saber, para conocer sus planes. Para ir siempre dos pasos antes que él. Aunque a veces era capaz de engañarme. Pero hoy sé de él más que él mismo. Sus sueños, sus ambiciones, sus planes, sus contactos en los tribunales, en los bajos fondos, en las casas más principales de esta ciudad, en la corte…

—¿Un asesino tan desalmado tiene sueños?

—Todos los tenemos. Soñar cura. Ha servido a su señor por llegar a convertirse en un mercader aventajado en esa república independiente que el duque y el rey de Portugal querían hacer de Andalucía. Siempre quiso emular a su padre, borrar de sus recuerdos el triste final de su madre, cuando quebró aquella banca de Juan Castellanos y el rico genovés cayó en la más absoluta bancarrota. Soñó con levantar una casa con columnas italianas, muebles de Filipinas y cuadros

napolitanos. Y alcanzar el respeto y el prestigio que le dio el oro de América a su padre.

—¿Te contó eso? ¿Tanta intimidad llegaste a tener con él?

—En la cama, tras darle mucho más de lo que me pedía, plenamente confiado de que yo lo amaba, garganteaba más que un hereje durante el tormento.

—Saberlo me pone celoso, muy celoso.

Ibulorena me acarició las manos y firme me contestó:

—A mí nunca me pueden los celos. ¿Sabes por qué, alguacil?

—No lo sé —le dije mientras besaba su mejilla marcada por su condición de esclava.

—Porque sé que lo que manejo me pertenece. Tu madre solía decirme que las hijas de Oshun sabemos lo que hacemos porque matamos con nuestros éxitos y enterramos con nuestras sonrisas…

—¿Me estás diciendo que has matado a Bonaventura? Hace días que nadie lo ve por Sevilla.

—Yo tampoco lo veo desde hace días. Soy una mujer libre. Elías me ha quitado el cepo, si es que alguna vez me consideró su esclava. Y de ese mal recuerdo solo me queda el terror a los barcos con alas y la marca de la cara. Que sigo luciendo con orgullo. ¿Te gusta el solimán que le he untado hoy?

—Estás linda siempre. Con afeites y sin afeites.

—Aunque no huelo a San Lorenzo…

—Tampoco a San Siro. Prefiero que huelas a África, porque de allí llegaste y con aquella tierra sueñas.

—Tengo un acuerdo con Elías que debo cumplir. Y cumplo lo que acuerdo.

La dejé marchar con ganas de devorarla allí mismo, delante de los religiosos que nos miraban y murmuraban al vernos tan entregados, pero la jolofa me urgió a que subiera a ver a Tomé:

—Le he aplicado remedios para sus heridas. Y siguen luchando por lo único que ha tenido siempre: su vida. Temo por él, Domingo. Cuídalo.

—Así lo he hecho y seguiré haciéndolo. *Okan mi ni tire* —le dije.

—También el mío, Domingo. También mi corazón es tuyo.

Un judío apurado (I)

Si no estás a buen recaudo, huye por temor de las lenguas imprudentes, porque suelen volar alto y arrastran tras sus murmuraciones una cola como la del dragón, que no hay San Jorge que pueda aplastar, y solo traen desdichas y pesares. Sevilla estaba bajo el imperio de las malas lenguas, de las murmuraciones y de las desdichas y pesares. Eran cada vez más frecuentes las iras desatadas en las calles contra los judíos, si eran portugueses peor aún; también contra los moriscos de los alfares de Triana y los negros de la Puerta de la Carne. Todos éramos sospechosos de algo. Algunos, con razón. Otros, sin ningún atisbo de culpa. Tan solo el invento y el capricho de la calle. No tenía otra explicación que la que ya he dado en otras ocasiones: cuando los tiempos nacen de nalgas y se esquinan sus estimaciones, toda la culpa de lo que pasa en la tierra la tienen los extranjeros y los que sobreviven en tabernas, mesones de pícaros y arroyos. Una mañana, mientras cuidaba de Tomé en el hospital de los Negros, me llegó un recadero con urgencia para indicarme que fuera a la capilla de la Virgen de los Ángeles.

—Lo esperan allí, alguacil.

—¿Algún asunto de la hermandad?

—No.

—¿Entonces?

—Un judío que huye de estos tiempos.

Dejé a Tomé dormido, al menos eso me pareció, salí lanzado para la capilla y lo encontré allí, entre penumbras, embozado en la oscuridad de las iglesias cuando solo las habitan los cuadros tenebristas de santos martirizados y las velas con luz de pobres.

—¿Qué te ocurre, Elías?

—Mejor sería preguntar qué le ocurre a esta ciudad. Ha

perdido la razón y la mesura. Y vomita odio, rencor y aborrecimiento. No puedo seguir en Sevilla, alguacil.

—¿Te ha pasado algo? ¿Han asaltado tu casa?

—No, pero temo que pase todo lo que me estás preguntando.

—¿Adelantas tu marcha a Sanlúcar por el río?

—Adelanto mi salida pero no para Sanlúcar. Temo no llegar de casa al puerto.

—¿Has cambiado de planes?

—Por el momento.

—¿Los puedo saber?

—Tú formas parte de ellos. Verás…

Y me explicó su plan para desaparecer de aquella Sevilla atacada por la ira y la cólera. Elías me trajo un regalo, el regalo que prometió semanas atrás: aquel bonito cuadro del Cristo de San Agustín, facturado en el taller de Pacheco, que le regalaron el día en el que, gracias a su intervención, pude evitar un carro de piedras tirado por mulos que habían dirigido hacia mí. Tanto Elías como yo convinimos que aquel Cristo, tan milagrero y rezado en Sevilla, me salvó la vida. Ahora lo llevaba bajo el brazo, con el marco tan hermoso que le puso, para que yo lo tuviera en mi casa de San Roque.

—Bendecirá tu casa y la protegerá siempre, Domingo.

—Gracias, Elías. Sé lo que estimas ese cuadro y lo que significa para ti. Lo colocaré en la cabecera de mi cama. Para que me proteja al levantarme y al acostarme.

—Él te guiará bien.

—¿Y yo a ti puedo guiarte en algo?

—Puedes. Si tú no pudieras, estaría perdido.

—Vamos a casa y me lo cuentas.

Nos persignamos ante la Virgen de los Ángeles, hincamos las rodillas en señal de respeto y salimos de la capilla en dirección a casa. A tiro de piedra de allí. Por el camino, apenado y dolorido, me expresó que sus sueños por ver una Andalucía regenerada, curada de sus males políticos y éticos, eran una vana ilusión, la locura de un médico que estaba más entre las redomas y los almireces que entre los viciados aires de la política y las cuestiones de Estado. El hambre, la pobreza y la

ignorancia continuaban devorándonos en un banquete eterno, que tuvo principio, pero al que no se le veía final. Quise consolarlo.

—El mundo no se cambia en un día.

—Llevamos cientos de años intentándolo desde que Jesús murió en la cruz.

—Pero los hombres son los que gobiernan el mundo. Es verdad que Dios lo creó. Pero nosotros lo hacemos a nuestra imagen y semejanza.

—No es mala lección la que me das, Domingo. Pero alguna vez hay que avanzar y borrar los estigmas de la pobreza y el hambre.

—Eso solo te molesta a ti. A los que debería importarle no les importa. Y las casas de caridad, beneficencia y acogida que fundan no hacen más que multiplicar esos males. Yo creo que existen para que todo siga igual.

—Algo remedian, alguacil.

—Sí, sobre todo lo que a ellos les importa. Porque tomando el nombre de Dios en vano, tapan todo lo que tanto interés les reporta.

Llegamos a casa, lo invité a sentarse y le serví un poco de agua.

—No es tan buena como la de tu pozo, Elías. Pero quita la sed.

—Con eso basta.

—Dime en qué puedo ayudarte.

—Me has de llevar hoy al convento de San Agustín, solo no me atrevo a ir.

—Haces bien. Déjame pensar un momento.

—Tienes tiempo.

Es posible que el miedo exagerara la prevención de Elías. O no. Quizás llevaba razón y las calles se habían levantado no ya contra el mal gobierno, sino contra el hambre, la injusticia, el abuso fiscal y las levas de soldados que dejaban los campos sin manos para trabajarlos y disparaban los precios de los alimentos de primera necesidad. Yo hacía unos días que no la

pisaba, atendiendo en el hospital a Tomé. Pero no era extraño que de vez en vez explotara aquella ciudad por la que entraba el oro, lo cataban unos pocos y salía para Italia y Flandes con la misma facilidad que había entrado. Dejé a Elías en la mesa. Y yo me afané en buscar los mimbres donde iba a fabricar el canasto de su salvación.

—¿Te importaría ser negro por un rato? —le pregunté y se quedó sorprendido.

Un judío apurado (II)

Con maña, tizne, algo de tinta y un sombrero de faldas tan amplias como las de Sierra Morena, disfracé al judío de negro. Sus ropas quedaron en casa. Y se cubrió con lo que le di, las más usadas y estropeadas. Algún jubón de Tomé también entró en tan urgente reparto. Y así lo llevé, en la mula, hasta el convento de San Agustín, sin más temores ni reservas, siguiendo el camino de las murallas y evitando cualquier concentración de quejosos y alborotadores.

—Hacía tiempo que no veía un negro tan engalanado —le dije de broma.

—Pues míralo con atención porque seré el negro de más corta existencia del mundo. Lo que tardemos de tu casa al convento de San Agustín.

—Un simple paseo.

—Espero, alguacil, que sea tranquilo.

Salimos de San Roque; yo tirando de la mula y Elías en lo alto, chitón y viéndoselas negras por el miedo, para irnos a topar con un saludador que tenía montado cerca de la Puerta de Carmona el espectáculo acostumbrado. El saludador solía ser un embaucador que, ataviado de hábito de sarga zamorana, basto y de ínfima calidad, portaba un crucifijo de latón y aseguraba sanar de la rabia con su aliento. Llevaba, para rentabilizar su trabajo, a un reclamo que se hacía el rabioso, para que el experto lo sanase. Entre sanación y sanación, los más incautos le pedían que también a ellos les remitiese su aliento, arrimándose con la seguridad y confianza que te da la inocencia, embaucándolos de tal forma que le sisaba el gato de los dineros. Cada vez que veía una de estas tretas pensaba lo mismo:

«Rabiará después de sanado, cuando vea que le quitó la bolsa y se quedó con la enfermedad del tonto por confiado».

Sevilla se derrite por cosas como estas en la calle. Es esta una ciudad más de ver trabajar que de sudar trabajando. Cuando pasaba por delante de la Catedral, no lograba entender cómo una obra tan descomunal se levantó en una ciudad que siempre está acostada, ya sea en un catre de la mancebía o en una cama de la India de una sala del Alcázar. Me pintó el pensamiento un rictus de risa en los labios que apagó presto un lindo que se hizo el bravote. Nos hucheó, nos habló a gritos desde donde el saludador trabajaba para su bolsa:

—¡Mirad, dos negros que son rabiosos de por sí! Que vaya el saludador y los sane…

Miré a Elías y le hice un gesto con la mano para transmitirle seguridad. A la par le dije:

—Ni te muevas, ni lo mires. Seguimos nuestro camino. Casi estamos…

—Como tú digas, Domingo.

El lindo siguió con su guapería de arrabal, gritando más y más, animando a que la algarabía formada en torno al saludador se formase, al punto, con los dos negros. Pero el reclamo, el cooperante del embaucador hizo su papel de forma extraordinaria. Hasta el extremo de que nadie se quiso perder aquella obra, al parecer, tan monumental como la de la Catedral. Elías y yo aprovechamos la falta de seguimiento del guapo hucheador para salir de aquella zona tan rabiosa y ponernos a salvo en las inmediaciones del convento de San Agustín. Llegados a sus poderosas puertas, llamé y me despedí de Elías:

—Eres tan buen médico como mal negro, no te va ese color, Elías —le dije bromeando.

—Lo he intentado. Pero es evidente que lo que la naturaleza no te da, difícil es conseguirlo.

Nos dimos un abrazo y le deseé suerte.

—Espero y deseo que Tomé se reponga, alguacil.

—Yo también lo espero, Elías. Ibulorena lo cuida y le administra sus drogas. Y ahí está: peleando un día con las tinieblas y el otro agarrado a la sábana para seguir viendo la luz.

—Pondré a los agustinos a rezar por su salud. Ya sabes que

me estiman y me respetan. Me quedaré aquí unos días hasta que Sevilla se haya calmado. Entonces veré si me embarco o hago el camino hasta Madrid con algún hermano del convento que tenga que ir en esa dirección.

Lo dejé tranquilo y sosegado con sus frailes. Y yo me volví para casa pensando que las murmuraciones hacen de la cola de los dragones de la mentira las más infelices horas de los hombres. Y que por esa razón Sevilla perdía una de sus personas de cuenta y razón más estimadas, escondiéndose en un convento para dejarnos lo antes posible. Como uno que yo me sé y que se me fue de las manos como agua en un lienzo de estameña. Buenos y malos desparecían de Sevilla. Quizás los primeros huyendo de los segundos, que siempre ganaban la partida…

MÁS RESPUESTAS

Para muchos no toda palabra requiere respuesta. Yo no me encontraba entre esos muchos. Porque si ayuno estaba de algo desde la Cuaresma era, precisamente, de eso, de respuestas. Y tenía palabras de sobra que pedían una explicación. Buscando lo prometido, quizás las respuestas que me debían, marché hasta la Casa Hospital de los Negros, en la calzada de entrada a la Puerta de Carmona, muy cerca de la cruz del Humilladero, donde Tomé trataba de escaparse de un destino fatal. Aquella mañana parecía haber restado su quebranto y lo noté muy recuperado. Le transmití mi optimismo.

—Te veo mejor, Tomé.

—Yo a ti también, Domingo. Pero dejemos estas cosas para más tarde. Porque no sé qué tiempo tengo y no quiero perderlo…

—Dios respetará tu vida. Elías, al que dejé ayer en el convento de San Agustín, pondrá a rezar a todos los frailes por tu salud.

—Muchos frailes son esos. Y rezando todos a la vez podrán atolondrar al Santísimo —dijo con chanza—. ¿Elías abandona la ciudad?

—De momento abandona su casa y se refugia en el convento para poner el pellejo a salvo. Luego, seguramente, marchará a Madrid y de allí, quizás, a Holanda, donde tiene familia. Nada tiene cerrado.

—A este paso solo quedarán en Sevilla pícaros, vagos y tontos. Acabarán rebosando por las almenas de las murallas, como la leche cuando hierve en el cazo.

—Algunos listos quedamos, Tomé.

—Y ya ves en qué trabajos andamos. Escúchame, Domingo Congo.

—Siempre lo hago con atención.

—Hoy ponla toda, no dejes ninguna en la talega.

—Así lo haré.

—¿Cuántas horas habrás dedicado a saber por qué el catalán se fue tan presto y, luego, apareció muerto y sin la orza?

—Muchas. No sé cuántas horas me habré enredado en ese laberinto. Pero sí recuerdo cuántos desvelos me ocasionó. Porque conociendo esas respuestas se apartaba el humo de lo que tapaba.

—Así es, Domingo. El catalán era como un enorme horno de carbón, expulsando humo y más humo que no nos dejaba ver más allá de sus locuras. Y él era una enorme tapadera.

—¿Sabes ya lo que tapaba?

—Algo sé. En primer lugar, el catalán era otro enemigo en potencia para Bonaventura. Otro testigo más de la locura política del señor del genovés. Era el enlace entre los activistas portugueses y los rebeldes andaluces. Y cuando el de Medina Sidonia perdió fuerza ante Felipe IV al ser acusado de traición…

—… Bonaventura lo mató. Evitaba que el catalán, de ser descubierto, fuese un testigo muy directo, otro más, que acusara al duque y a su sicario en Sevilla de formar parte importante de la trama sediciente.

—Un papagayo menos, Domingo. Una boca cerrada para siempre que no perturbaría la ya delicada situación del duque.

—Debió pasar algo entre ellos para que Bonaventura lo creyese un posible delator…

—Algo surgió entre ambos conjurados para que perdieran la mutua confianza de dos aliados. ¿Qué pudo ser, Domingo?

—Lo desconozco.

—Yo lo sé.

Pese a la contundencia de su respuesta lo dijo suavito y sin ínfulas. De forma humilde. Casi haciéndose perdonar las palabras. Para sorprenderme una vez más. Siempre me sorprendía. En las bromas y en las veras. En los sueños y en las vigilias. En el lazareto y en San Roque. Trazando un plan para vengar a su perro y aquí en una cama de este hospital. Era impredecible. Un maestro del que debías copiar hasta la forma

de sus andares. Me dio vergüenza pedirle la respuesta.

—¿Quieres saberlo, Domingo? —insistió sin rastro de suficiencia.

—Sí. Debo saberlo.

—¿Qué es lo que falta en este rompecabezas? ¿Qué es lo que nunca aparece?

—La orza, Tomé.

—Ese fue el motivo de la discordia, de la ruptura entre ambos conjurados. La orza. La propiedad de la orza. El catalán le exigió que se la diera cuando Sevilla no se levantó contra el rey. Quería la orza para regresar con ella a Portugal o a…

—Cataluña. El mercader era un rufián y un trapero, no un sedero, Tomé.

—Era lo que era. Pero no te pierdas en esas consideraciones personales. Sigue el camino despejado y llega hasta el final. La orza había que devolverla porque en Sevilla no pasó nada y el rey abortó desde la corte la rebelión de los aristócratas quejosos. ¿Tú qué hubieras hecho?

—Abandonar presto Sevilla y llevarme la orza a Portugal o a Cataluña.

—Pero la orza se quedó en Sevilla y el catalán también, emparedado en una cortijada de Coria.

—La pregunta es ¿dónde está escondida la orza…? —musité sin rubor de que tanta incertidumbre descubriera mi impericia ante el maestro.

Y esa era la palabra que sí requería una respuesta. Clara y contundente. Real como su peso en plata y perlas. ¿Dónde había escondido Bonaventura la orza de cuya desaparición imputó a todo aquel que tuvo a mano, a sabiendas de que cuando uno quiere ocultar la verdad lo primero que hay que hacer es darle a la gente una verdad distinta para confundirla?

OYÁ TE LLAMA

La muerte nos iguala. Al poderoso y al pedigüeño. Pero incluso en ese último viaje en el que entregas tu cuerpo al plantador, al sepulturero, hay evidencias notables entre un ricohombre y un hijo del arroyo. La Hermandad de los Ángeles sufragó el entierro de Tomé, finalmente vencido por las terribles fiebres derivadas de su encubamiento. El hombre que venció a la lepra no pudo con el tormento al que lo condenó Lorenzo di Bonaventura. La jolofa se empleó a fondo con sus remedios yerberos, con sus fórmulas africanas, con la medicina de los brujos de la selva que tan bien dominaba. Ni aun así, ni con yerbas ni con santos africanos invocados por Ibulorena, Tomé pudo con el naufragio de su salud, hundiéndose en la boca grande y oscura de la enfermedad. Decía que la muerte iguala a los hombres. Hace sacristán al papa y soldado al general. Encomendero al indio y negro al blanco. Pero aun así, pese a que el final de todo nos convierte en polvo y en una irremediable ausencia, los hombres se han empeñado siempre en que el adiós se revista de la dignidad del finado. Antes de que la tierra y los gusanos se encarguen de no dejar rastro de nuestra existencia, los hombres se afanan en hacer ostensible la calidad y el prestigio del muerto.

Gracias a nuestra hermandad, Tomé no fue llevado hasta el cementerio del hospital como un deshecho. El día estaba frío, gris como panza de burra y tan lluvioso como aquellas jornadas de Cuaresma en las que Sevilla sufrió tan despiadada arriada. El carro que lo llevaba camino de la eternidad no era un furgón de caoba y cristales esmerilados tirado por cuatro caballos negros y emplumados a la funerala. Aunque su recuerdo valía eso y treinta furgones más. Pero al menos fue llevado en un carro de abastos alquilado y en una caja de pino serrano. Tras aquel coche íbamos Ibulorena, yo y el perro del

plantador. Nadie más. El olvido comienza y se destila con el último suspiro que te brinda la vida. Enterraron a Tomé y cada palada de tierra sepultaba parte de mi vida y de mi respeto hacia el viejo maestro. Qué sonido más real y terrible es el de la música del adiós. Seco y retumbador. Como imagino deben de sonar los pasos por los suelos del otro mundo. Otro capricho más en la vida de aquel Tomé irrepetible: se fue tan serio como en vida pintó. Y eso que aquel viejo maldito había gozado con la zarabanda, el guineo y la chacona, los bailes de los negros que a los blancos entusiasmaban. Nunca se lo pregunté. Pero estaba convencido de que le hubiera gustado irse de esta tierra con un buen coro de negros y negras bailando a tambor y dejando en la tierra de Oyá la picardía vital de las pelvis y las caderas africanas celebrando la vida. Quise relajar la situación y murmuré:

—Le hubiese gustado bailar en las próximas fiestas de la Epifanía, honrando al rey Baltasar, de nuestro color y sangre.

Pero Ibulorena estaba allí sin estarlo, con la cabeza en algún cielo de Ifá, porque salmodiaba, sin escuchar nada ni a nadie, una retahíla que arreció cuando la tierra del plantador cubrió el cajón de Tomé:

—*Oya yesere Iyá viesa oyó orún*…

La miré y la invité a irnos.

—Ahora voy, Domingo. Cumplo con Oyá.

—Te espero más adelante. Parece que no dejará de llover en todo el día.

—Iré a verte. Tengo cosas que contarte, Tomé me dijo que las compartiera contigo.

POSTREROS

Dicen que uno acepta la verdad que es capaz de soportar. Yo había soportado las verdades o revelaciones que fui capaz de cargar sobre mi alma y reputación. Siempre empujado por proteger a mi comunidad, ser fiel a mi trabajo y salvar de las iras del genovés a los más cercanos a mí. Cargué con mi estupidez por no enterarme de lo que Tomé y la jolofa hacían y deshacían a mis espaldas; cargué con las insidias de Bonaventura cuyas verdades se tradujeron en coronarme con Ibulorena como el toro negro más engañado de San Roque; cargué y soporté el olvido voluntario de una aristócrata que no mandó hasta la corte una carta que libraría a mi comunidad de la locura del lacayo del duque levantisco; había soportado, en fin, tantas verdades que las que me echaran de más en lo alto, como si fuera el asno de un leñador, no me supondrían más peso. Cuando uno carga con la verdad de su vida, le pierde el miedo a trabajar solo en una viga de almazara.

Llegó la jolofa y lo primero que hizo fue una cruz sobre mi frente con una especie de polvo de cascarilla de huevo, algo por lo visto recomendable cuando se visita la tierra de Oyá, los reinos de su camposanto. Me dejé hacer pensando que tras la religión vendría la pasión. Estaba loco por encerrarme en sus labios, esconderme en sus piernas y beberme la vida de sus senos. Ansiaba ser su preso. Su galeote. Su condenado a muerte de amor. Quería ser el vino que la excitara, el brinco de esmeralda de su boca, la rosa roja en su pecho. Pero me evitó con dulzura y elegancia. Sin un mal gesto.

—Hay tiempo, Domingo. Pero no ahora.

—Llevas razón. Yo debería estar buscando a ese malnacido que ha acabado con la vida de Tomé. He jurado delante de su tumba que lo vengaré. Y que no habrá nada que me lo impida.

—¿Estás seguro, alguacil?

—¿De qué?

—De que no habrá nada que te impida vengarte de Tomé.

—¿Puede haberlo?

—Lo hay. Y te lo diré.

—Dímelo. No quiero morirme de tonto.

La jolofa me dedicó una sonrisa preñada de buenos augurios. Al parecer, las mujeres se apiadan de los bobos y les enternece. Será porque le recordamos a los baberos y les despertamos su instinto maternal.

—No podrás vengarte de Bonaventura, alguacil. Ese trabajo ya está hecho.

—Imposible.

-El mismo día que me enteré de que a Tomé lo habían encubado empezó el genovés a caminar hacia el punto final de su destino. Por eso desapareció de Sevilla.

—¿Dónde fue?

—De Sevilla no se movió.

—Entonces ¿por qué dejó de verse?

—Porque no estaba para ser visto.

—¿Quién lo dejó invisible?

—¿Tú quién crees, alguacil?

—¿También estaba eso planeado?

—A Tomé no se le pasaba atar ningún cabo.

—Entonces el genovés no está ni en Garrovillas ni en una galera rumbo a Génova. Está…

Me interrumpió la jolofa.

—Está aquí, muriéndose como el perro rabioso que es. En esa cama donde tantas veces ahogué mi asco bajo la simulación del placer. Hasta que supe que controlaba su vida y que cuando lo atrapaba entre mis piernas perdía su voluntad y me entregaba su confianza. En la cama se mueve el mundo, alguacil.

—¿Qué le hiciste?

—Lo amé hasta extenuarlo, le di vino hasta hacerle perder la razón y luego le regalé el salvoconducto para que tuviera una agonía larga y quejosa, dura y terrible. Deseaba que se pudriera en vida. Y me esmeré en mi trabajo. Cogí su excremento, lo herví con aguardiente y agua. Lo lleve a un

árbol de mala sombra. Y allí lo enterré.

—¿Qué árbol es ese?

—El árbol donde aparecieron muertos los dos primeros negros y el perro de Tomé. El árbol de San Roque. ¿Quieres más mala sombra?

—¿Y qué ha sido de él?

—Hoy es día de que las campanas de las iglesias de su barrio toquen a muerto. Si no es hoy, lo será mañana.

—Cuando encubó a Tomé, el negro le dijo que tenía los días contados —le comenté a la jolofa.

—Y tan contados. Si os pasaba algo a ti o a Tomé yo debía actuar según lo planeado.

—Nuestra muerte sería la suya.

—Ojo por ojo…

—¿Estás segura de que su vida está tan extrema que anda de extremaunción?

—Segura estoy… Porque al tercer día del encantamiento empezaron a caérsele las uñas, los dientes y el pelo de las cejas. La boca le expelía olor a cementerio. Y era incapaz de ponerse en pie. Nunca tuvo la cara más blanca. Ni las manos tan sarmentosas. En tres días se le echaron encima tres siglos…

—¿No sospechó de tu fruncimiento, de tu engaño?

—Ya te dije que perdió el seso por lo que llevo entre las piernas y a cambio me entregó su absoluta confianza.

—Burla burlando llega el lobo al asno… —sentencié—. El papo tumba al pepe —me acotó la jolofa.

Llevábamos los pies empapados por los charcos del camino. Un camino de barro, herido por las marcas de las ruedas de las carretas de carga que entraban y salían a diario por la Puerta de Carmona y donde alguna vez hubo, muchos siglos atrás, una esplendorosa calzada romana que daba acceso a la perdida ciudad de Hispalis. Bajo el acueducto que traía tan buena agua de los manantiales de Alcalá, se habían refugiado del temporal gentes malencaradas y de cuchillos fáciles, por lo que decidimos pasar de largo y buscar resguardo dentro de las murallas. La jolofa me seguía los pasos, pisando donde yo pisaba. Caminaba con la extraña sensación del dolor de la muerte del maestro y el placer del sufrimiento final del

criminal. Dentro de mí llevaba esa molesta combinación del trueno y el sol, del aguacero y la escampada, del nubarrón negro y el lejano arco iris. Mientras me perdía en sensaciones tan difusas e inconsistentes, la jolofa me preguntó:

—¿Dejó de interesarte la orza, alguacil?

Y fue tal la tabalada, el bofetón que me dio al espíritu el recordatorio que, de desavisado como iba, metí los pies en el charco más hondo, donde quedé flotando y raneando. Sin salir de aquella fuente de lodo le pregunté a la jolofa que, a duras penas, reprimía su risa:

—¿Sabes dónde está?

—Tomé me dijo que te lo revelara.

—Pues dime dónde tengo que ir y buscar.

—¿Te gustan los baños, alguacil?

—Dime, por el cielo, jolofa, ¿dónde está la orza?

—Sal del Guadalquivir y descubrirás el mundo.

—¡¡No juegues con adivinanzas!!

—Pues ahí llevas otra: la orza la guarda un perro. El animal más leal…

TODA UNA VIDA

Si es verdad que eres el sudor que gastaste en la vida, muchos negros y blancos seríamos hombres muy ricos. La realidad es que los hombres poderosos lo son por el sudor de los que, por no tener, no tienen ni nombre. Como me dijo alguna vez mi señora doña Isabel refiriéndose a este asunto: era necesario que yo viviera en una casa tan humilde como la mía para que ella pudiera hacerlo en su palacio de San Lorenzo. Tras la noche que pasé en la antigua casa del judío Elías, ahora administrada por acuerdo común por la jolofa, puedo decir que entré lleno del barro de la miseria y salí convertido en uno de los hombres más poderosos de Sevilla. Un negro. Un negro que había sudado mucho desde que dejó de ser paje en el palacio de Medina Sidonia. Un negro al que la Fortuna eligió con su caprichoso dedo para darle un vuelco a su vida. Y para dejarlo, cómo no, comido de dudas. Porque si es penoso ser pobre, no es más fácil ser rico sin poder justificarlo.

Cuando me desprendí del barro y de las ropas empapadas del diluvio que nos cayó desde el cementerio de la Casa Hospital de los Negros hasta la judería, Ibulorena me abrió la dulce hospitalidad de sus besos y abrazos, para hacerme olvidar quién era y qué había venido a hacer a este mundo. No había droga más efectiva que su roja lengua en mi boca, ni medicina más sanadora que la tersura de sus pechos en mis manos. Tenía mi deseo apetencia aplazada de los meses en los que se entregó a otros brazos para seguir protegiéndome. Y tan endeudado estaba de su amor que una mirada, un roce, una leve satería me convertía en su esclavo. Esclavo de amor. Grillos de pasión. Cadenas impetuosas. Fue una noche tan delicada como el aceite de romero que nos untamos los dos cuando dejamos el barro en una bañera de agua caliente. Fue

una noche tan apasionada como la que solo el vino y las rosas son capaces de combinar. Fue una noche tan distinta que no hubo ni reglas ni prohibiciones porque lo que bendice el amor lo santifica el cielo. En su posada yo fui un viajero sin reloj ni destino, sin tiempo ni espacio. En su confortable posada yo comí frutos prohibidos y carnes apetitosas. Cuando nos concedimos una tregua, retomé la adivinanza con la que Ibulorena había saludado mi botadura en la charca de la calzada de la Puerta de Carmona:

—Estoy fuera del Guadalquivir y quiero que me digas dónde está la orza. ¿Está aquí?

—Apuntas mejor cuando te guía el deseo…

—Compruebo que quieres jugar, Ibulorena.

—¿No tenemos derecho tras haber pasado tanto?

—No lo tenemos para jugar con una orza que tantas muertes ha provocado.

—Pudo provocar muchísimas más si hubiera llegado a manos de los rebeldes.

—En casa de uno estuvo todo este tiempo…

—Pero ya no lo está. ¿Quieres saber dónde está la orza, alguacil?

Y la jolofa rompió a reír, se encaramó sobre mi cuerpo, desnuda y deseable, apetitosa y frutal, para hacerme perder la razón, olvidarme de la orza y seguir disfrutando del trato que me daba su cálida y confortable posada. Era en esos momentos donde yo abandonaba mi yo, me transformaba en algo que no conocía y que, con el filtro apasionado de los sentidos mandando sobre la razón, me hacía decir cosas que, en la frialdad cotidiana, era incapaz de firmarlas. Cosas como «siempre», «para toda la vida», «por una eternidad», «hasta el fin de los tiempos»… Cosas que el corazón inspira y que somos capaces de creernos. Sin saber que no hay nada más mudable que los sentimientos y que del amor al odio hay mucho menor trecho que de la riqueza a la pobreza. Yo sé que dije todo esto y más durante aquella noche. Pero no una, ni dos, ni tres veces. Estoy convencido que juré fidelidad eterna, por siempre y para siempre, hasta más allá del final de los tiempos, cien veces al menos. O para no ser hiperbólicos, tantas como la

insaciable voracidad de la negra me reclamaba para servir bajo la bandera amarilla de Oshun. Que fueron tres veces tres, más tres, más tres…

—Te amo, Ibulorena.

—Yo también, alguacil. Pero entre tú y yo hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Yo no necesito decir que te amaré siempre para que sepas que te amo. Pero tú…

—Pero yo qué…

—Tú necesitas decirme muchas veces que me amarás siempre, por siempre y para siempre para creértelo tú mismo. Y eso me provoca risa y ternura. Sé que te encantaría saber amar. Pero te educaron para ser un paje, un perrito faldero que iba de las manos del duque a la de tu madre, la única mujer que fuiste capaz de querer.

—Eso no es verdad.

—Eso es tan cierto como que yo sé dónde está escondida la orza que tantas veces has buscado.

—Y nunca encontré.

—Estabas demasiado absorbido por jurar eternidades amorosas a mí y a tu señora de San Lorenzo. Y segura estoy que habrá otra mujer por ahí a la que, igualmente, le hayas entregado tu sentido eterno del amor.

—No hay nadie más —le respondí haciendo un esfuerzo por creerme a mí mismo.

—Y si la hubiere, a mí no me importa. Te tengo cuando te deseo. Y te deseo cuando quiero que me tengas. Ya sabes que si alguna vez te expresé celos fue para acabar lo que hemos acabado en casa del duque de Medina Sidonia. Y sin venderte un siempre, toda una vida, un amor hasta el final de los tiempos, lo hice porque te quiero y necesitaba protegerte.

—¿Quién tiene la orza, Ibulorena?

—Tú. La tienes tú. Ese es tu problema, amor mío, que no sabes lo que tienes…

ABRIENDO PUERTAS, CERRANDO HERIDAS

Aquella noche la pasé escuchando a Ibulorena, atendiendo a sus explicaciones y tratando de entender por qué la orza acabó en mi casa, justo en el huerto de Negra Flor, enterrada y con el lebrel que doña Isabel me regaló como símbolo de lealtad tras la muerte de mi madre, encima del tesoro oculto. No acababa de entender cómo Bonaventura había accedido a ocultarlo en mi propia casa. O era un loco o un desesperado. La jolofa me lo dejó bien claro.

—Era en el único sitio donde nadie iba a buscarlo. Y lo recobraría el día que te diera muerte.

—¿Cómo se le ocurrió semejante locura?

—No se le ocurrió al genovés, alguacil.

—¿A quién entonces?

—Al que enterramos esta mañana debajo del diluvio.

—¿A Tomé?

Chasqueé la lengua con el paladar de mi boca para rechazar una contestación tan absurda.

—Créeme, Domingo Congo. Fue idea de Tomé.

—¿Y cómo convenciste al genovés de que era mi casa el mejor sitio para guardar la orza?

—Te lo acabo de demostrar en la cama. Y te he dicho varias veces que un hombre sin cerebro tiene más que uno que anda encoñado. Solo hube de insinuarle que con la orza en tu casa ningún espía del rey podría acusar a su duque y a él mismo de estar señalados por la rebelión.

—Lo convenciste para darle tiempo al tiempo…

—No había prisas. En tu casa nadie la iba a encontrar. Y Bonaventura esperaba que su señor saliera con cierta dignidad de su encuentro con el rey. Ya libre de acusaciones la orza podía volver al palacio o…

—¿… O qué?

—O navegar hasta Génova, dejando atrás Sevilla y llevándome Bonaventura como su concubina más preciada. Ese era su plan. Tuvo a mano la vida que ansiaba, la de volver a vivir en una casa como la de sus padres, con muebles filipinos, mármoles de Carrara, bargueños de caoba y marfil y pinturas napolitanas. Ese era su gran sueño. Pero también lo estropeó.

—Matando a Tomé.

—Ahí firmó su pena de muerte. Y fue Tomé quien lo mandó ejecutar. Lo demás ya lo sabes.

Un espeso silencio que bajó sobre el fuego en el que habíamos consumido tantas horas aplazadas de amor desbarató nuestro abrazo, para convertirnos en dos seres silenciosos y pensativos. Abandoné la cama y me asomé a la ventana. Había dejado de llover. Y antes de que dieran las diez y cerraran las puertas de la muralla, me vería obligado a dejar a Ibulorena para irme hasta San Roque.

—¿No te quedas esta noche?

—Quiero volver a casa, jolofa. Poner la cabeza en orden.

—No lo lograrás en un día —bromeó la negra.

—En un año han pasado tantas cosas como en una vida —me defendí.

—Yo te la hago agradable, alguacil…

Ibulorena abandonó la cama, vestida con su bonita piel de azabache, que brillaba por el aceite de romero y que resaltaba la perfección de sus muslos, cintura y pechos. Se abrazó a mi espalda y se propuso no dormir sola aquella noche.

—¿No te quedas esta noche?

La miré desarmado, sin fuerzas para negarme, sin fuerzas siquiera para hacer el intento de resistirme. Era la viva estampa de Oshun. Y yo no tenía palabras para administrar mi desconcierto. Ibulorena siguió en su empeño:

—¿Eres rico y ya me dejas? —susurró picante como la pimienta.

—Somos ricos y ya tendremos días para festejarlo.

—Yo no quiero nada de esa orza.

—Tú tienes mucho en esa orza que ha ganado tu valentía y sacrificio.

—Lo doy por bien pagado si esta noche te quedas conmigo.

Me cogió suavemente la hombría que me colgaba y jugó conmigo para decirme:

—Esta perla negra es la que me pertenece. No quiero otra.

Y otra vez me venció. La noche fue una primavera de pulsos desbocados y rosas reventonas. Nuevamente caí en mis excesos de las lealtades eternas. Y entre gemidos de placer y risas de la jolofa cada vez que le prometía un por siempre y para siempre, acabamos con el vino de aquella noche tan dulce e intensa. Despuntando el sol la besé, me despedí y le dije que en San Roque tenía la parte que le correspondía. Con picardía y mirando mis calzones me dijo:

—Lo sé. Sé que allí tengo lo que me pertenece…

Y la dejé riendo y reinando sobre el imperio de su voluntad, tan libre y suelta como las palomas. Despejado, silbando, sin ninguna sombra a mi espalda que temer, felizmente ingrávido de pesares y angustias, me fui al primer puestecillo de melcochas que encontré pegado a la Puerta de Carmona. El humo del aceite donde se hacían aquellas tortas de miel con forma de manos me pareció tan reconfortante y juvenil que me llevó hasta mi adolescencia, donde las melcochas formaban parte fundamental de mi gula azucarada. Salí de las murallas y me fui para San Roque pensando. Pensando en lo que me había dicho Tomé sobre que este caso se explicaba con una sola frase que no debía de olvidar: «Cuando uno quiere ocultar la verdad, lo primero que ha de hacer es darle a la gente una verdad distinta, para tenerla callada o confundida». En realidad, esa frase no solo explicaba este caso. Podía explicar la vida. Porque nos pasamos gran parte de nuestra existencia ofreciendo una verdad que no es la real, la auténtica. El rey da la verdad que le conviene para no pagar a sus ejércitos que pelean por su grandeza; el conde-duque ofrece la verdad que sin serla salva de la horca a su primo el de Medina Sidonia, principal cabecilla de los aristócratas quejosos y rebeldes; doña Isabel tiene una verdad por la mañana distinta que la que me ofrece de forma clandestina en los atardeceres de las tumbas romanas del camino de Cádiz; los tribunales dan la que más peso en plata le dejan los acusados; las putas se parecen mucho a mí y siempre te juran su verdad de amor eterno, quizás

porque no tengamos otra verdad que ofrecer; los inquisidores sacan la verdad que les conviene a base de potros para que la horca no pierda su baile; los blancos tienen como verdad absoluta la del Dios de sus catedrales al que luego le mienten convirtiendo la religión en negocio en las Gradas; los negros tienen una verdad para ellos y otra para los blancos pero solo hay una que define su brutalidad: son negros los que cazan negros para abastecer a los blancos haciendo la cadena de la esclavitud cada vez más larga. Y en fin, todo es una verdad engañosa que le damos al mundo para tenernos callados y confundidos. Somos lo que ocultamos. Somos el miedo que disimulamos. Somos la pasión que no dejamos arder. Somos el rencor que guardamos. Somos las caricias que soñamos. Somos la fe de nuestra vulnerabilidad. Somos lo que vale nuestra mentira. A la mía le tendré que añadir a partir de ahora una de muy difícil arquitectura: cómo explicar que de pobre se pasa a rico sin que nada lo justifique. Una orza que vino a pagar una rebelión contra el rey le sirve a un negro para ganar su independencia. Pienso en estas cosas y veo la cara de mi madre, de Negra Flor, fumando y riendo, esparciéndome el humo por la cara, burlándose de mí y de mis fantasías. Y recordándola caigo en la cuenta de que nada me hacía sentir tan seguro como aquellas tibias noches en San Roque, cuando éramos pobres y la única verdad que teníamos era la de tenernos. Miré al cielo limpio de la mañana decembrina de Sevilla y lancé un besó al aire:

«Mama mi mo nife re».

Y creí escuchar su respuesta entrando en el barrio de San Roque:

«Yo también te quiero, hijo…».

Gines, noviembre de 2019 - noviembre de 2020

NOTA HISTÓRICA

Esta novela es un relato de ficción sobre la base de hechos históricos perfectamente documentados y contrastados. Para no confundir al lector quiero dejar claro que los personajes, excepto los que fueron reales en la historia de la nación, son todos inventados pero verosímiles en sus diferentes mundos y probables en sus recreadas relaciones. El ambiente social y delincuencial de la Sevilla de mitad del XVII está recogido de crónicas de la época y es, por tanto, rigurosamente cierto. Tanto los referidos al ambiente de los tribunales como a la picaresca del pueblo. De esa dolorosa y desdichada escenografía me sirvo para intentar componer el mosaico de una ciudad, cuarto puerto del mundo en importancia, que reflejaba perfectamente una sociedad muy jerarquizada, por donde corrían ríos de oro y de mierda. Y que en nada se identifica con cierta postal amable, cromática y sublimada de una urbe cómoda para el buen vivir. También son ciertas las tensas relaciones entre la Hermandad de la Antigua y la de los Negros de San Roque, como bien reflejan los archivos y documentos que lo recogen.

Aquella España donde no se ponía el sol empezaba a tener sombras severas que oscurecían su grandeza militar, política y territorial. Portugal se había declarado independiente de Madrid y Cataluña estaba en plena sublevación contra Felipe IV y su valido, el conde-duque de Olivares. A ese clima de insurrección casi generalizada se unieron en Andalucía una serie de quejosos aristócratas liderados por el IX duque de Medina Sidonia. La intentona secesionista fue abortada. Y me ha valido para construir una ficción histórica sobre la interesada financiación de Lisboa para alentar una revuelta en Sevilla contra Felipe IV en el Jueves Santo de 1641, aprovechando la tradicional enemistad entre la Hermandad de la Antigua y la de los Negros. Insisto: este suceso es pura

fantasía literaria, nunca fue ni se dio un Jueves Santo negro relacionado con la rebelión liderada por el señor de Medina Sidonia.

La novela se desarrolla a lo largo del citado año, en el que también es irreal el desbordamiento del Guadalquivir y la gran arriada que sumerge a la ciudad, que se inspira en la catástrofe vivida en 1626. Como las aguas que remontaron las murallas y el caserío, la narración se cuela en un mundo quizás olvidado o blanqueado por la historia y el tiempo. El mundo marginal, subordinado y muchas veces delincuencial de los negros.

Ninguno de los personajes que encarnan en el relato esa adscripción racial, manumitidos o esclavos, son reales, jamás existieron. Pero sí fue el de alguacil de los negros un cargo cierto que ostentaba la figura con más liderazgo de los morenos. Como también fue real su barrio, extramuros, de San Roque, su iglesia y su hospital y cementerio. Testigo de aquel tiempo es la actual Hermandad de los Negritos, cuyo hermano mayor recibía el nombre de alcalde de la hermandad, que en el texto se ha sustituido, para no confundir al lector, por el nombre del cargo habitual. La trata esclavista, tan legal como brutal, se asoma al relato por algunos de los personajes que hacen posible la trama de la novela, que en ningún caso trata de tomar partido por blancos, negros o mulatos. Pero se empeña en describir una situación de desventaja social, económica y humana de la población más castigada de la pirámide poblacional de aquel tiempo.

Para los que consideren una exageración fantasiosa la culta formación intelectual y la apasionada relación entre el alguacil de los negros y una aristócrata sevillana, me atengo a hechos históricos. Juan Latino, esclavo de una casa aristócrata granadina, fue el primer catedrático negro de Latín de la Universidad de Granada, que contrajo matrimonio con una hija de la nobleza local, con la que tuvo cinco hijos de color chocolate. Claramente no fueron este tipo de relaciones las más frecuentes. O, al menos, las más reconocidas. Pero se dieron tanto en la parte más alta de la escalera social como en los más bajos peldaños de esta. El número de mulatos de la época así lo refrenda. A lo largo de la novela encontrará el lector, para

darle una nota de verismo a la vida más personal de los negros, frases en lengua yoruba y expresiones de la germanía, jerga delincuencial de la época compartida por negros, blancos y gitanos de los bajos fondos. Debo aclarar que no todos los negros sevillanos pertenecieron al área de influencia de la citada cultura yoruba, como tampoco descarto que, en el mayor de los secretos, reconstruyeran liturgias prohibidas de sus religiones africanas. Tampoco resulta disparatado pensar que los primeros sincretismos religiosos de las posteriores religiones afrocaribeñas se dieran, primeramente, en los distritos negros de Sevilla y de otras ciudades andaluzas. Las fórmulas de brujería africana que aparecen en la novela son reales, al menos así lo utilizan los descendientes de los esclavos africanos en la isla de Cuba.

La novela ya no es mía. Es del lector. Al que espero haber mantenido intrigado hasta el final del relato, donde se resuelve la ubicación de la orza del catalán, dinero con el que se quiso levantar contra el mal gobierno del conde-duque de Olivares a aquella Sevilla que fue la capital económica del imperio de los Austrias. No hubo un Jueves Santo negro. Pero sí una patética impostura ducal, tan indecisa como desleal, de encabezar una rebelión que le costó la cabeza al marqués de Ayamonte.

BIBLIOGRAFÍA

Domínguez Ortiz, Antonio. (1991). *Orto y ocaso de Sevilla.* Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones.

Carmona, Juan Ignacio. (2000). *Crónica urbana del malvivir.* Athenaica Ediciones Universitarias. Editorial Universidad de Sevilla.

Pérez-Mallaina, Pablo Emilio. (1992). *Los hombres del océano*. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Sevilla.

Pérez-Mallaina, Pablo Emilio. (2019). *Las Atarazanas de Sevilla.* Editorial Universidad de Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla. ICAS y Diputación de Sevilla.

Elliot, John Huxtable. (1990). *El conde-duque de Olivares*. Barcelona: Editorial Crítica.

Thomas, Hugh. (1998). *La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870.* Barcelona: Planeta.

De Villar, José Luis. (2017). *Al Ándalus y las fuentes del oro.* Editorial Almuzara.

Ortiz, Fernando. (1986). *Los negros curros.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Ortiz, Fernando. (1991). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar.* La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Cabrera, Lydia. (1993). *El monte.* La Habana: Editorial Letras Cubanas.

Moreno, Isidoro. (1997). *La antigua Hermandad de los Negros de Sevilla.* Universidad de Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Noguero Hernández-Farfán, Carlos y Bertoméu Fernández, Juan Antonio. (2009). *Crónicas negras de la Sevilla barroca por maese Farfán.* Editorial Jirones de Azul.

Gracián, Baltasar. (2000). *Arte de prudencia.* Barcelona: Edición de Antonio Bernat Vistarini.

Rodríguez Mateos, Joaquín (1995). «De los esclavos y marginados: Dios de negros y piedad de blancos» en el II Congreso de Historia de Andalucía. Consejería de Cultura y Cajasur. pp. 569-582.

Rodríguez Mateos, Joaquín (2012). «Historia de una manipulación documental: el documento original de la testificación del marqués de Ayamonte en la conjura de Andalucía de 1641».

Andalucía en la Historia, 36. Centro de Estudios Andaluces. pp. 36-41.
Quevedo, Francisco de. (1999). *Poemas satíricos*. Barcelona: Ediciones 29.
Quevedo, Francisco de. (1980). *Historia de la vida del buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños.* Editorial Aguilar.
Vélez de Guevara, Luis. (1980). *El diablo cojuelo*. Ediciones Aguilar.
Cervantes Saavedra, Miguel de. (1980). *La Gitanilla*. Ediciones Aguilar.
Cervantes Saavedra, Miguel de. (1980). *Rinconete y Cortadillo*. Ediciones Aguilar.

El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Emilio Boja Malavé (presidente), Pilar Alcalá García, Luis Alberto de Cuenca, Francisco Prior Balibrea, Reyes Pro Jiménez, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, Pita Sopena, José Vallecillo López y, actuando como secretario, Fernando Fabiani Romero. La novela *Cuaresma de sangre,* de Félix Machuca, resultó ganadora del 54.º Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.

Edición en formato digital: 2022

© Félix Machuca, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-685-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.